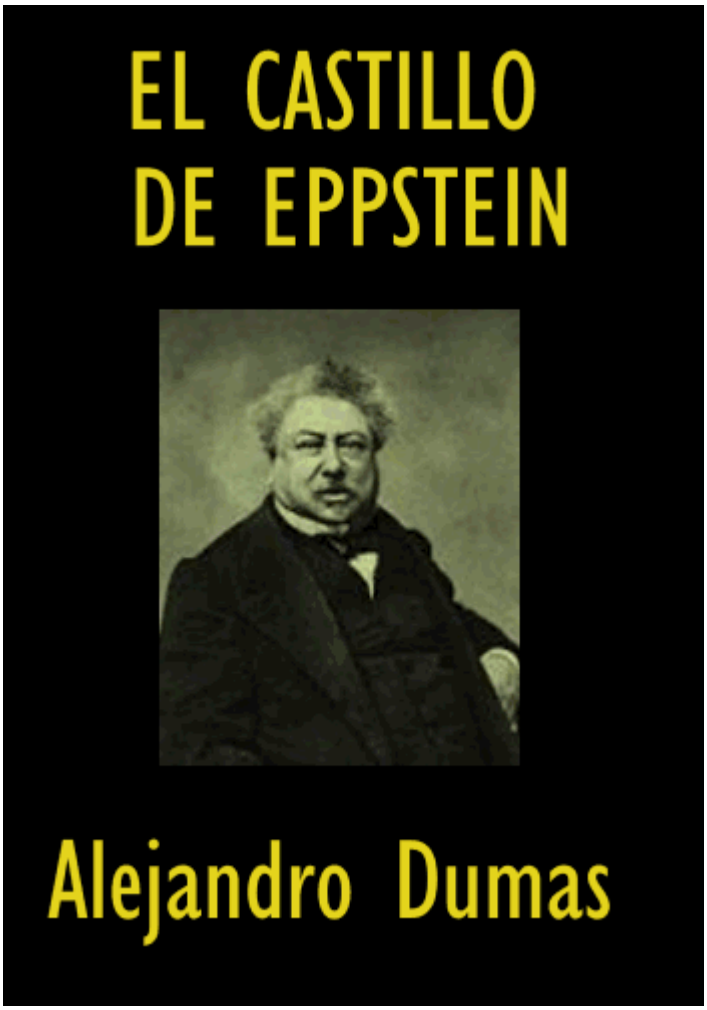
EL CASTILLO DE EPPSTEIN
Alejandro Dumas



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

PRIMERA PARTE

Introducción

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX

SEGUNDA PARTE

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII

PRIMERA PARTE

Introducción

Ocurrió durante una de esas prolongadas y maravillosas veladas que pasamos, durante el invierno de 1841, en la residencia florentina de la princesa Galitzin. En aquella ocasión, nos habíamos puesto de acuerdo para que cada uno contase una historia, un relato que, por fuerza, había de ser del género fantástico. Todos habíamos narrado ya la nuestra, todos menos el conde Élim.
Era un joven alto, rubio y bien parecido, delgado y pálido también. Mostraba, normalmente, un aspecto melancólico, que marcaba un fuerte contraste con accesos de alocada alegría que en ocasiones sufría, como si de una fiebre se tratase, y que se le pasaban de forma súbita, como un ataque. En su presencia, la conversación ya había versado sobre cuestiones semejantes; pero cada vez que le preguntábamos acerca de apariciones, aunque no fuera más que la opinión que tenía sobre el particular, siempre nos había respondido, con una sinceri-dad de las que no dejan lugar a dudas, que él creía en ellas.

¿Por qué? ¿Cuál era la causa de aquella seguridad? Nadie se lo había pre-guntado nunca. Además, en lo tocante a estas cosas, uno cree en ellas, o no, y no resulta fácil dar con una razón que explique el motivo de tal fe o de tal incredulidad. Por ejemplo, Hoffmann pensaba que sus personajes eran todos reales, y no le cabía ninguna duda de que había visto a maese Floh o de que había trabado conocimiento con Coppelius. Por eso, cuando ya se habían contado las más singulares historias de espectros, apariciones y fantasmas, y el conde Élim nos había comentado que creía en ellas, nadie dudó ni por un instante de que así fuese.
De modo que cuando le llegó el turno al propio conde, todos nos volvimos con curiosidad hacia él, decididos a insistirle en caso de que pretendiese excusar su contribución, convencidos como estábamos de que su relato contendría todos los rasgos de realismo que constituyen el atractivo principal de este tipo de narraciones. Pero nuestro cronista no se hizo de rogar y, en cuanto la princesa le recordó su compromiso, hizo una reverencia a modo de respuesta afirmativa, al tiempo que nos pidió disculpas por contarnos un sucedido que era personal.
Ya imaginarán que tal preámbulo sólo sirvió para añadir más interés si cabe al relato que todos esperábamos. Todos guardamos silencio, y el conde dijo así:

«Hará unos tres años, me encontraba de viaje por Alemania, y era portador de unas cartas de recomendación para un rico comerciante de Francfort, que poseía una estupenda finca de caza en los alrededores de esa ciudad. Como sabía de mi gusto por este ejercicio, me invitó, no a cazar en su compañía (deporte que detestaba con todas sus fuerzas), sino con su primogénito, cuyas ideas sobre este particular diferían por completo de las de su padre.
En la fecha que habíamos acordado, nos encontramos en una de las puertas de la ciudad, donde nos esperaban caballos y carruajes. Cada uno de nosotros ocupó su lugar en aquellos coches, o montó en la cabalgadura que tenía asig-nada, y partimos tan contentos.
Al cabo de hora y media de marcha, llegamos a las posesiones de nuestro anfitrión, donde nos aguardaba un espléndido almuerzo. Me vi, pues, obligado a reconocer que, aunque no fuera cazador, nuestro comerciante sabía muy bien cómo hacer los honores cinegéticos a sus

invitados.
Éramos ocho personas en total: el hijo de nuestro anfitrión, su tutor, cinco amigos y yo. En la mesa, me tocó al lado del preceptor. Y hablamos de viajes: él había estado en Egipto, y yo acababa de llegar de aquel país. Este hecho creó entre nosotros una de esas relaciones pasajeras que, aunque parecen duraderas en el momento de su aparición, se esfuman al día siguiente, con la separación de los contertulios, para no reanudarse jamás.
Así que, cuando nos levantamos de la mesa, convinimos en que cazaríamos juntos. Incluso me aconsejó que me quedase en la retaguardia y que apuntase con mi arma en todo momento en dirección a los montes de Taunus, habida cuenta de que tanto liebres como perdices tendían a escapar hacia los bosques allí situados, con lo que disfrutaría de la posibilidad de disparar no sólo a la caza que yo levantase, sino también a las piezas de los demás.
Y seguí al pie de la letra sus consejos, máxime si se tiene en cuenta que comenzamos a cazar ya pasado el mediodía y que, en el mes de octubre, los días son cortos. Cierto es que, ante la abundancia de caza, al punto comprendimos que pronto recuperaríamos el tiempo perdido.
No tardé en comprobar la excelencia del consejo que me había dado el pre-ceptor. No sólo saltaban cada poco liebres y perdices cerca de donde yo me encontraba, sino que observaba cómo se escondían en los bosques bandadas enteras, a las que yo podía disparar fácilmente, puesto que las tenía a tiro, mientras que mis compañeros se veían obligados a correr tras ellas.
Al cabo de dos horas, como iba acompañado de un buen perro, decidí lanzarme a la montaña, con la intención de permanecer siempre en los lugares más elevados para no perder de vista a mis compañeros.
Pero está claro que el dicho de que el hombre propone y Dios dispone se inventó especialmente para los cazadores. Durante un rato, procuré tener la llanura a la vista, cuando una bandada de perdices rojas levantó el vuelo hacia el valle. Eran las primeras aves de esta especie que había visto en todo el día. Maté a un par de ellas de dos tiros y, ávido de más, como el cazador de La Fontaine, comencé a perseguirlas...».
-Perdón -dijo el conde Élim a las damas, tras interrumpir su narración-; les pido excusas por todos estos detalles cinegéticos, pero estimo que son necesarios para explicar mi situación de aislamiento y la singular aventura que siguió a esta circunstancia.
Todos aseguramos al conde que le escuchábamos con el mayor interés, y nuestro narrador prosiguió con su historia.
«Perseguí, encarnizadamente, aquella bandada de perdices que, de mata en matorral, de cuesta en pendiente y de valle en llano, acabó por arrastrarme hasta el interior del monte. Las perseguía con tanto ardor que no reparé en que el cielo se había cubierto de nubes y amenazaba tormenta, hasta que un trueno me lo puso de manifiesto. Miré a mi alrededor: me encontraba en el fondo de un valle, en mitad de un claro, rodeado de montañas boscosas. En la cumbre de una de ellas, vi las ruinas de un antiguo castillo. ¡Pero ni trazas de camino para llegar hasta él! Como había ido tras la caza, había corrido por zarzas y brezales, pero si quería un sendero como Dios manda, había que dar con él, aunque vaya usted a saber dónde.
El cielo se tornaba más oscuro, y los truenos se sucedían a intervalos cada vez más cortos. Con estrépito, gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre las hojas que amarilleaban, y que cada bocanada de aire arrastraba a centenares, como pájaros que abandonan un árbol.
No había tiempo que perder. Traté de orientarme como mejor supe y, cuando me pareció que había dado con la dirección adecuada, me puse a andar, decidido a no apartarme de aquella trayectoria. Me parecía evidente que al cabo de un cuarto o de media legua daría con algún sendero, con algún camino, que me llevaría a algún sitio. Por otra parte, ninguno de los habitantes de aquellos montes, ni animales ni personas, me inquietaban, puesto que todo se reducía a posibles y timoratas piezas de caza y a unos cuantos pobres campesinos. Lo peor que me podía pasar era que me viera obligado a pasar la noche bajo un árbol, lo que tampoco sería para tanto si el cielo no tomase a cada instante un aspecto más amenazador. Me dispuse,

pues, a hacer un último esfuerzo para dar con algún refugio, y anduve más deprisa.
Pero, como ya les he dicho, mi caminata tenía lugar por un talud situado en la ladera de uno de aquellos montes y, a cada paso, algún accidente del terreno me obligaba a detenerme. En ocasiones, era una vegetación tan tupida que hasta mi perro de caza reculaba; otras, se trataba de uno de esos cortes del terreno tan frecuentes en las zonas montañosas, que me forzaba a dar un largo rodeo. Además, y para colmo de males, el cielo se tornaba más negro cada vez, y la lluvia ya caía con una intensidad lo bastante fuerte como para preocupar a cualquiera que no tiene ni idea de dónde encontrar cobijo. A eso hay que añadir que el almuerzo que nos había ofrecido nuestro anfitrión ya quedaba lejano en el tiempo, sobre todo si tienen en cuenta la caminata que me había dado desde hacía seis horas, ejercicio que me había facilitado extraordinariamente la digestión.
A medida que avanzaba, se espesaba la vegetación de aquel monte bajo hasta convertirse en un verdadero bosque, lo que me permitió caminar con mayor facilidad. Pero con tantas vueltas y revueltas, y según mis cálculos, tenía que haberme desviado del itinerario que había previsto inicialmente, aunque esto no me preocupaba demasiado. A cada paso que daba, aquel bosquecillo aumentaba, hasta tomar el imponente aspecto de un respetable bosque. Me interné en él y, tal y como había previsto, al cabo de un cuarto de legua, di con un sendero.
Mas, ¿en qué sentido debería seguirlo? ¿A la derecha o a la izquierda? Como no tenía ninguna indicación que pudiese ayudarme, me arriesgué a ponerme en manos del azar, y torcí hacia la derecha o, más bien, seguí al perro, que había comenzado a andar en aquella dirección.
Si me hubiera encontrado resguardado en cualquier cobertizo, en una gruta o en unas ruinas, habría admirado el magnífico espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos: los relámpagos se sucedían, casi sin interrupción, e iluminaban todo aquel bosque, al que arrancaban fantásticos destellos; escuchaba por partida doble el rugido del trueno, desde su origen en uno de los extremos del valle hasta que se apagaba al otro lado; de vez en cuando, fuertes golpes de viento sacudían las copas de los árboles, y enormes robles, abetos gigantescos y encinas seculares se inclinaban al paso del vendaval, como espigas de trigo mecidas por la brisa en el mes de mayo; pero resistían con fuerza, en el fragor de aquella contienda, y no se curvaban sin exhalar hondos gemidos. A la fuerza de la tempestad, que azotaba el bosque con viento, lluvia y relámpagos, éste respondía con unos lamentos largos, tristes y solemnes, parecidos a los de cualquier infortunado al que, injustamente, persigue la adversidad.
Pero ya me sentía lo bastante inmerso en aquel enorme cataclismo, cuyas consecuencias sufría, como para reparar en la poesía que encerraba el momento. El agua caía a mares, y no tenía ya seco ni un hilo de la ropa que llevaba. Cada vez tenía más hambre. En cuanto al sendero que yo estaba empeñado en seguir, me pareció que se ensanchaba y se volvía más practicable, de lo que deduje que me conduciría a algún sitio habitado.
Tras una media hora de camino en medio de aquellas turbulencias naturales, y gracias al resplandor de un rayo, contemplé que mi senda llevaba directamente hasta una pequeña cabaña. Al momento me olvidé de mis penares, y aceleré el paso con la esperanza de que alguien me acogiera de forma hospitalaria, de manera que, en un instante, me encontré ante aquel refugio. Pero para mi disgusto, no vi ninguna luz en su interior. Aunque no era tan tarde como para que el propietario del lugar ya se hubiese acostado, tanto puertas como contra-ventanas estaban herméticamente cerradas. La cabaña tenía tal aspecto de estar deshabitada, que no otra era la impresión que se sacaba al contemplarla desde el exterior. Pero, aparte de los destrozos que había causado la tormenta, no' resultaba difícil de imaginar, por el terreno que la circundaba, que cuando menos había unas manos que lo cuidaban todos los días. A lo largo de uno de los muros había una viña que había perdido ya sus hojas en parte, así como' algunos rosales, que adornaban los senderos de un pequeño jardín delimitado por una valla de madera, y sobre los que se balanceaban todavía algunas flores tardías. Llamé, convencido de que nadie me oiría.

Y así fue. El ruido de mis golpes se apagó sin que se produjese ningún movi-miento miento en el interior de la cabaña. Llamé de nuevo, pero nadie respondió.

He de confesar que, hasta en ausencia del propietario, si hubiera habido algún medio de entrar en aquel lugar, lo habría hecho. Pero puertas y postigos no sólo estaban cerrados herméticamente, sino que lo estaban a cal y canto y, aunque mi confianza en la hospitalidad alemana era absoluta, debo confesara que no habría llegado al allanamiento.

Algo me servía de consuelo, no obstante, y era que, evidentemente, aquella casa no podía estar completamente aislada, sino que debía de encontrarse en las proximidades de una aldea o de un castillo. Llamé de nuevo, aunque con menos vigor que en la ocasión precedente, como último intento. Pero también: esta vez fue en vano. Así que me decidí a continuar mi camino.

Tras haber caminado unos doscientos o trescientos pasos, y tal y como había imaginado, me di de bruces con la cerca de un parque. La rodeé durante un rato por ver de encontrar una entrada, pero reparé en una brecha del muro, lo que me evitó posteriores indaga ciones. Salté por encima de aquellas ruinas, y me encontré en el interior del parque.

Como sucede aún a veces en Alemania, cosa que no pasará en Francia en menos de cincuenta años, aquel terreno debía de haber servido, en otro tiempo, como lugar de paseo para nobles, porque era similar a los de Chambord, Mortefontaine o Chantilly. Con una diferencia: así como los alrededores de la cabaña que acababa de abandonar parecían ser objeto de asiduos y especiales cuidados, aquel parque señorial se mostraba ante mí solitario, descuidado, abandonado.Por la idea que uno podía hacerse en algunos momentos en que las nubes no eran tan espesas, porque la tormenta se tomaba un respiro, que la luna aprovechaba para señalar su presencia en el cielo mientras la naturaleza recobraba el aliento, aquel parque, que debía de haber sido espléndido en el pasado, mostraba un deplorable estado de devastación. Enormes matorrales habían crecido bajo las arboledas, mientras que troncos de árboles, desarraigados por la fuerza del viento o caídos de puro viejos, se cruzaban en los senderos reservados para pasear, de forma que uno se veía obligado a luchar con los ramajes de los primeros o a saltar sobre los segundos, despojados y desnudos como cadáveres. La verdad es que el aspecto del lugar no resultaba tranquilizador, y me hacía concebir raquíticas esperanzas de que alguien habitase el castillo al que, sin lugar a dudas, conducían aquellas veredas oscuras y destrozadas.

Sin embargo, al llegar a una especie de encrucijada donde de los cinco postes allí clavados sólo uno quedaba en pie, vi una luz, o esa impresión tuve, que, tras pasar por delante de una ventana, desapareció rápidamente. Por rápida que fuera la visión, me bastó para orientarme. Me dirigí hacia aquel lugar y, al cabo de diez minutos más o menos, me encontraba fuera del parque. Al otro lado del césped, creí ver una mole negruzca, rodeada de árboles, y me imaginé que se trataba del castillo.

Tras avanzar unos pasos, tuve la confirmación de no haberme equivocado. Pero aquella luz, igual que una estrella fugaz, había desaparecido por completo. Por otra parte, cuanto más me aproximaba a aquel singular edificio, más me parecía que estaba deshabitado por completo.

Era uno de esos viejos castillos tan habituales en Alemania, cuyo conjunto arquitectónico, que había sobrevivido a las sucesivas obras que el deterioro o el capricho de sus propietarios hubieran ordenado, parecía remontarse al siglo XVI. Pero lo que confería una sensación de indefinida tristeza a aquella enorme mole era que no se veía luz en ninguna de las diez o doce ventanas que daban a la fachada. Tres de ellas tenían contraventanas, pero como una de ellas estaba rota por la mitad, estaba claro que aquella estancia no estaba más iluminada que las restantes, ya que, de no haber sido así, la luz se hubiera colado a través de aquel enorme boquete. En cuanto al resto de las ventanas, todas debían de haber tenido contraventanas como aquellas tres, pero cuando yo las contemplé o bien habían sido arrancadas, o pendían desencajadas de un único gozne, como un pájaro con las alas rotas.

Recorrí toda la fachada, en busca de una manera de acceder al interior del edificio, donde

esperaba volver a ver aquella luz que buscaba, cuando, en una de las esquinas del edificio, entre dos torreones, encontré una puerta que creí cerrada en un primer momento, pero que, carente de cerradura y cerrojo, cedió al primer intento que hice de abrirla. Traspasé el umbral, y comencé a andar bajo una oscura bóveda, hasta llegar a un patio interior, lleno de hierbas y zarzas, en cuyo fondo, y a través de un cristal opaco, vi cómo brillaba entre la niebla aquella bendita luz, acerca de la cual ya empezaba a pensar que no había sido sino producto de mi imaginación.

Al resplandor de una vela, dos ancianos trataban de entrar en calor. Parecían marido y mujer. Busqué la puerta, que se encontraba al lado de la ventana y, como con las prisas apoyé la mano en el picaporte, ésta se abrió de pronto. La mujer dio un grito. Me apresuré a tranquilizar a aquellas buenas gentes por el temor que, muy a pesar mío, les había inspirado.

-No tengan miedo, amigos míos -les dije-; soy un cazador que se ha perdido. Estoy cansado, tengo hambre y sed. Vengo a pedirles un vaso de agua, un trozo de pan y un lecho

-Disculpe el pánico de mi mujer -me respondió el anciano, tras incorporarse-. Este castillo se encuentra tan aislado que, sólo por accidente, llega hasta aquí algún viajero. Así que no le extrañe que, al ver a un hombre armado, la pobre Berta haya tenido miedo, aunque, gracias a Dios, nada hayamos de temer de los ladrones, ni nosotros ni nuestro señor.

-En ese aspecto, pueden estar tranquilos, amigos míos -les repliqué-; soy el conde Élim M... Ya sé que no me conocen, pero seguro que sí que saben quién es el señor de R..., con quien he estado en Francfort, y en cuya compañía cazaba cuando, tras seguir a una bandada de perdices rojas, me he perdido en los montes Taunus.

-Señor -me contestó el hombre, mientras su mujer no dejaba de mirarme con curiosidad-, ya no conocemos a nadie en la ciudad, sobre todo si tiene usted en cuenta que hace más de veinte años que ni mi mujer ni yo hemos puesto los pies en ella. Pero nos basta y nos sobra con lo que nos ha dicho. Tiene hambre, sed y necesidad de descanso. Vamos a prepararle algo de cenar. En cuanto al lecho -y los dos ancianos intercambiaron una mirada-, eso quizá resulte un poco más complicado, pero ya veremos.

-Me basta con compartir algo de su cena, y con que me indiquen dónde hay un sillón en cualquier parte del castillo.

-Permítanos, señor -me respondió la mujer-. Séquese y entre en calor. Mientras tanto vamos a arreglárnoslas como mejor podamos.

Desde luego que su recomendación no era baladí: estaba calado hasta los huesos y los dientes me castañeteaban de frío. Por otra parte, ya el perro me daba ejemplo: se había tumbado cerca de la chimenea, que desprendía calor suficiente como para asar toda la caza tras la que había correteado aquel día.

Como me temía que su despensa no estuviera muy bien provista y que, con toda probabilidad, la cena de aquellas buenas gentes se limitara a la olla que hervía en el fuego de la chimenea y a la cacerola que se calentaba en el hogar, puse a su disposición mi zurrón de cazador.

-¡Qué bien! -exclamó el anciano, tras elegir unas cuantas perdices y un lebrato-; esto nos viene al pelo, señor; de lo contrario, habría tenido que conformarse con nuestra pobre cena y, si es cierto que trae tanta hambre, no le oculto que mi mujer y yo andábamos preocupados.

Hablaron entre ellos en voz baja. La mujer se dispuso a desplumar las perdices y a desollar la liebre. El marido se fue.

Tras ponerme diez minutos de cada lado, comencé a sentirme seco.

Pero, cuando el hombre regresó, aún echaba vapor de los pies a la cabeza.

-Señor -me dijo-, si quiere, puede pasar al comedor; he encendido un buen fuego, y estará mejor que aquí. Enseguida le servimos la cena.

Le regañé por haberse tomado tantas molestias, le reiteré que me encontraba allí perfectamente y que me habría gustado compartir su mesa para cenar. Pero, con una reverencia, me respondió que sabía muy bien lo que era un conde como para aceptar

semejante honor. Y como seguía en pie cerca de la puerta y con el sombrero en la mano, me levanté y le indiqué con un gesto que estaba dispuesto a instalarme en la estancia que había preparado. Se puso en camino, y le seguí. Tras emitir un largo gemido, mi perro movió las cuatro patas a regañadientes y se vino detrás de mí.

Como tenía verdaderas ganas de encontrar un fuego semejante al que había tenido que abandonar, no presté gran atención a los pasillos y salas que recorrimos. Lo único que recuerdo es que me pareció que el lugar se encontraba en un estado de abandono total.

Por fin, el hombre abrió una puerta, y observé un inmenso fuego que crepitaba en una gigantesca chimenea. Me acerqué con rapidez, pero por más prisa que me di, Fido, gracias a sus cuatro patas, que habían recuperado ya toda su elasticidad, se situó delante de ella antes que yo.

En un primer momento, sólo había prestado atención al fuego. Pero en cuanto estuve instalado ante aquella chimenea, me fijé en la mesa que habían dispuesto: estaba recubierta con un mantel de esa tela maravillosa que sólo confeccionan los húngaros y, sobre él, lucía una espléndida vajilla.

Tanta magnificencia, inesperada por otra parte, me llamó la atención. Examiné, pues, cubiertos y platos. Estaban hermosamente trabajados y eran de una riqueza notable. Cada uno de aquellos objetos llevaba grabadas las armas de su propietario, sobre las que aparecía una corona condal.

Estaba metido de lleno en estas indagaciones, cuando la puerta volvió a abrirse y apareció un criado, vestido de gala, que traía la sopa en una sopera de plata, como de plata era el resto del servicio. Tras contemplar aquel objeto y levantar mis ojos hacia su portador, reconocí al anciano que me había acogido.

-Pero, amigo mío -le dije-, he de insistirle en que me tratan con dema-siada ceremonia. Van a privarme del placer de su hospitalidad, aunque sólo sea por todos los inconvenientes que les causo.

-Sabemos bien el respeto que debemos al señor conde -contestó el hombre con una reverencia, tras dejar la sopera en la mesa- como para no recibirle tan bien como se merece y esté en nuestras manos. Además, si no actuáramos así, el conde Éverard no nos lo perdonaría.

Más valía dejar las cosas como estaban. Intenté sentarme en una silla, pero aquel singular mayordomo me acercó un enorme sillón, el que correspondía al señor de la casa. El respaldo lucía un escudo con las mismas armas en las que había reparado un momento antes, y la corona condal.

Me acomodé en el sitio que me indicó. Como ya les he contado, estaba muerto de hambre y de sed, así que lo primero que hice fue dar buena cuenta de todas las viandas; y todo lo que me servían, incluso la parte de la que privaba a los dos criados, estaba delicioso, especialmente el vino, que era de una de las mejores cosechas de Burdeos, de Borgoña o del Rin. Durante todo el rato, el anciano no hacía más que pedirme disculpas por la forma en la que se había visto obligado a recibirme.

Con el fin de que olvidase esta su preocupación, que tanto parecía tortu-rarle, y también por curiosidad, le pregunté quién era su señor y si no vivía en el castillo.

-Mi señor -me respondió- es el conde Éverard de Eppstein, último vástago de ese linaje, y no sólo vive aquí en el castillo, sino que no sale del mismo desde hace veinticinco años. La enfermedad de una persona a la que estima sobremanera le ha obligado a ir a Viena. Hace seis días que se fue, y no sabemos cuándo regresará.

-Pero -proseguí-, ¿a quién pertenece esa cabaña tan limpia, tan preciosa y rodeada de flores, que he visto a un cuarto de legua de aquí, y que tan diferente es del castillo?

-Es el lugar donde reside realmente el conde Éverard -respondió el anciano-. Tras morir los antiguos habitantes del lugar, y el último fue el guardabosques Jonathas, el señor conde se la reservó para sí. Es allí donde pasa los días sin que regrese al castillo nada más que para

dormir. Así que, como comprobará hoy por la noche y como se convencerá usted mañana por la mañana, el pobre castillo se encuentra casi en ruinas y, excepción hecha de la cámara roja, no hay ni una sola estancia más en condiciones.
-¿Qué aposento es ése?
-Es el lugar donde, de padres a hijos, siempre han vivido todos los condes de Eppstein; allí nacieron y allí murieron, desde la condesa Eleonor al conde Maximiliano.
Reparé en cómo, al pronunciar estas palabras, el anciano bajaba la voz y miraba en torno suyo, con cierta inquietud. Pero no dije nada, ni hice más preguntas. Me limité a pensar en la actitud extraña, a la vez que romántica, del último de los condes de Eppstein y su solitaria vida en aquel viejo castillo que, posiblemente, tras su muerte, se desmoronaría sobre su propia tumba.
Al terminar la cena, saciados ya el hambre y la sed, comencé a sentir una imperiosa necesidad de dormir. Me levanté, pues, de la mesa, y rogué a aquel mayordomo, que tan bien me había agasajado, que me condujera hasta mi cuarto. Al escuchar mi petición, dio muestras de cierta incomodidad, y balbució algunas excusas casi ininteligibles. Pero, finalmente, me dijo:
-Está bien, señor conde. Sígame.
Así lo hice. Fido, que había disfrutado casi tanto como yo de la cena, y que había vuelto a ocupar su lugar ante el fuego, se incorporó y se vino detrás de nosotros. El anciano me condujo hasta la primera habitación en la que yo había estado, y donde había una cama con finas y blancas sábanas.
-Pero -le comenté-, ésta es su habitación.
-Le presento mis excusas, señor conde -me respondió el hombre, tras malinterpretar el sentido de mis palabras-; pero no hay en todo el castillo ni una habitación en condiciones.
-¿Y dónde dormirán su mujer y usted?
-En el comedor; nos acomodaremos cada uno en un sillón.
-No me parece bien -exclamé-. Yo seré quien ocupe el sillón. Quédense ustedes en su cama, o enséñeme otro cuarto.
-Ya he dicho al señor conde que, en todo el castillo, no había ninguna otra habitación en condiciones, salvo la de...
-¿Cuál? -pregunté.
-Salvo la del conde Éverard: la cámara roja.
-¡Y de sobra sabes que es imposible que el señor conde se acueste en ella! -interrumpió la anciana, con brío.
Miré fijamente a ambos, pero los dos bajaron la cabeza, visiblemente embarazados por la situación. Sin embargo, mi curiosidad, ya excitada por todo lo que había ocurrido hasta aquel momento, alcanzó su punto álgido.
-¿Por qué ha de ser imposible? -pregunté-. ¿Tan tajante es la orden de su señor?
-No, señor conde.
-Si el conde Éverard llegara a enterarse de que un extraño ha pernoctado en esta cámara, ¿serían ustedes reconvenidos?
-No lo creo.
-Entonces, ¿por qué es imposible que eso pase? ¿Qué hay en esa misteriosa cámara roja, cuyo nombre no pronuncian sin dar muestras de terror?
-Ay, señor, ...
Pero se contuvo, y miró a su mujer, quien se limitó a encogerse de hombros como si pensase que, si así lo deseaba, lo dijera.
-¿Qué hay? -pregunté-. Dígame.
-Es que la habitación está encantada, señor conde.
Al momento, como el buen hombre me hablaba en alemán, pensé que había entendido mal.
-¿Cómo dice, buen hombre? -le pregunté.

-Es que... -añadió la mujer-, se aparecen fantasmas. Eso es lo que ocu-rre.
-¡Fantasmas! -exclamé-. Si sólo es eso, le diré, buen hombre, que siempre he deseado ser testigo de una aparición. Así que lejos de parecerme válida la razón que me dan para que no pernocte en la terrible cámara, les confieso que, sólo por ese motivo, siento aún más vivos deseos de pasar la noche en ella.
-Señor conde, reflexione bien antes de insistir sobre el particular.
-Está todo más que pensado. Además, les repito, que nadie tiene mayores deseos que yo de entrar en contacto con un espectro.
-La experiencia no resultó bien en el caso del conde Maximiliano -dijo la anciana.
-Quizá el conde tuviera sus motivos para temer a los muertos. Pero yo no los tengo. Y estoy convencido de que si emergen de la tierra es para protegernos o para castigarnos. Como no creo que los muertos abandonen la tierra para infligirme ningún castigo, porque no recuerdo que, en toda mi vida, haya una sola acción que pueda reprocharme, saldrían para protegerme y, en ese caso, no existiría razón alguna para que tuviese miedo de cualquier sombra que se acer-case a mí con tan caritativa intención.
-¡Eso es imposible! -exclamó la mujer.
-Pero si el señor así lo quiere... -añadió el marido.
-No es que lo quiera, porque no estoy en situación de reclamar ningún derecho. Si así fuera, os juro que exigiría su cumplimiento. Pero, precisamente por carecer de tal prerrogativa, se lo ruego a ustedes.
-¿Entonces? -preguntó la mujer.
-Pues hagamos lo que el señor quiere. Acuérdate de lo que siempre nos ha dicho el conde: el invitado es el dueño y señor de la casa.
-Está bien -respondió la anciana a su marido-; pero con una condición: que vengas conmigo a hacer la cama, porque yo no iría sola ni por todo el oro del mundo.
-Pues, claro que sí -replicó el hombre-. Mientras tanto, el señor aguar-dará aquí mismo, o en el comedor, hasta que hayamos acabado.
-Vayan, vayan, que yo esperaré.
Tras hacerse cada uno con una vela, los dos criados abandonaron el cuarto en el que estábamos, el marido, primero y, detrás de él, su mujer. Yo me quedé pensativo al lado del fuego.
En mi juventud había oído mil historias acerca de aventuras similares en viejos castillos, acontecidas a viajeros que se habían perdido. Pero, incrédulo, siempre me había reído de tales relatos, que me habían parecido fantásticos. Mas no dejaba de tener una extraña sensación al darme cuenta de que me había convertido en el protagonista de una de aquellas historias. Me palpé para tener la certeza de que todo aquello no era un sueño, y eché un vistazo en derredor para asegurarme de que me encontraba en una situación verdaderamente especial. Incluso salí al exterior, para convencerme de que estaba realmente en aquel viejo castillo, cuya oscura y maciza mole había contemplado desde la oscuridad. El cielo ya estaba sereno, y la luna iluminaba los tejados. Todo estaba en silencio; todo parecía muerto; sólo el grito agudo de alguna lechuza, oculta en las ramas de un árbol, cuya silueta negra se percibía en un extremo del patio, perturbaba aquella quietud.
Estaba claro que me encontraba en uno de esos castillos que encierran vie-jas tradiciones y maravillosas leyendas. Así que si la anunciada aparición fallaba, es que el fantasma actuaba de mala fe. Desde luego, el castillo al que Wilhelm condujo a Lénore no podía tener un aspecto más fantástico que el de aquel recinto en el que iba a pasar la noche.
Convencido de que no era un sueño y de que todo era más que real, volví a la habitación de los dos ancianos. Tanta prisa se habían dado en acabar su cometido, que la mujer ya estaba de regreso; el marido se había rezagado para encen-der la chimenea.

De repente, se oyó el tintineo de una campanilla y, muy a pesar mío, tuve un sobresalto.
-¿Qué es eso? -pregunté.
-Nada -me dijo la mujer-; es mi marido que llama para advertirme de que ya está todo dispuesto. Si el señor conde quiere acompañarme hasta el pie de la escalera, mi marido le esperará arriba.
-Vamos allá -contesté alegremente-, que estoy impaciente, se lo prometo, por ver esa famosa cámara roja.
La buena mujer se hizo con una vela, y se puso a caminar delante de mí. La seguí, y Fido, que no entendía nada de todas aquellas idas y venidas, se apartó del fuego por tercera vez y se vino con nosotros. Por si acaso, cogí el fusil.
Tomamos el mismo pasillo que ya habíamos recorrido para llegar al comedor. Pero, en vez de torcer a la izquierda, giramos a la derecha, y nos encontramos ante una de esas gigantescas escalinatas con barandilla de piedra, que en Francia ya sólo pueden contemplarse en algunos dominios regios o en monu-mentos públicos. Al final de la escalera, me esperaba el anciano criado.
Subí aquellos altos peldaños, que parecían propios de gigantes, y fui tras el anciano, que hacía las veces de guía, hasta que llegamos a la famosa cámara roja.
En el hogar de la chimenea ardía una gran fogata, sobre la que había dos candelabros de tres brazos. Pero, de entrada, no fui capaz de abarcar la enorme amplitud de aquella estancia.
El anciano me preguntó si necesitaba algo más y, tras escuchar una respuesta negativa por mi parte, se retiró. Cerró la puerta tras de sí, y oí cómo se alejaban sus pasos, hasta que todo ruido cesó, y me encontré no solamente a solas, sino rodeado de silencio.
Mis ojos, hasta entonces clavados en aquella puerta, recorrieron toda la estancia. Mas, como he señalado, al no poder abarcarla de una ojeada, me dediqué a examinara al detalle. Tomé un candelabro y comencé la inspección.
El hecho de que fuera conocida como la cámara roja se debía a unos enormes tapices del siglo XVI, en los que predominaba el color rojo y que, al estilo renacentista, representaban las campañas de Alejandro. Todos estaban guarnecidos por enormes marcos de madera a los que, dos siglos más tarde, se les había aplicado un baño dorado y que, sólo en aquellas partes aún relucientes, brillaban y devolvían los destellos de la luz de las velas.
Hacia la izquierda de la puerta, había un enorme lecho, cubierto por un dosel que ostentaba las armas de los condes de Eppstein, y del que pendían grandes cortinajes de damasco rojo. Unos veinticinco años atrás, parecían haberse renovado tanto las cortinas de la cama como los dorados del sobrecielo.
Entre ventana y ventana había consolas doradas de la época de Luis XIV y, sobre ellas, unos espejos con admirables marcos adornados de pájaros y moti-vos florales. Colgaba del techo una enorme lámpara de cobre con aderezos de cristal, aunque no era difícil adivinar que hacía mucho que no alumbraba.
Di lentamente una vuelta por la habitación, seguido de Fido, que se detenía cada vez que yo lo hacía y que no entendía nada de aquel afán mío por pasear. Entre la cabecera del lecho y la ventana, es decir, a lo largo de la pared que se encontraba en el lado opuesto al de la chimenea, Fido se detuvo en seco: olfateó la tela que la recubría, se estiró cuan largo era y luego se tumbó, mientras apoyaba el hocico contra la base de aquel muro y resoplaba con fuerza, signo evidente
de nerviosismo. Indagué la razón de aquel estado de agitación, pero no di con nada que pudiera causarla. La tela de la tapicería era perfectamente uni-forme, sin que se viera ningún desgarrón. Apoyé el pulgar en algunos sitios al azar, en busca de algún resorte oculto, pero no pasó nada y, tras diez minutos de infructuosas indagaciones, seguí con mi recorrido por la cámara roja. Fido me seguía, pero con la cabeza vuelta hacia el lugar sobre el que había querido, y en ello estaba todavía, llamar mi atención.

Librodot

Me acerqué de nuevo a la chimenea, y todo volvió a quedar sumido en un silencio, que sólo quebraba el ruido de mis pisadas. Pero en aquella quietud, se oía también un ruido distinto, que no era otro que el grito fúnebre y monótono de una lechuza. Miré el reloj, que marcaba las diez. A pesar de estar muerto de cansancio, no tenía ni pizca de sueño. Aquella inmensa estancia y su decora-ción, propia de una época pasada, todo lo que tenían que haber visto aquellas cuatro paredes a lo largo de dos siglos, los comentarios de los dos ancianos sobre los huéspedes sobrenaturales que la frecuentaban, todo me inspiraba una emo-ción que no sabría bien cómo designar: no era miedo; era inquietud, una especie de ansiedad, aliñada con curiosidad. No tenía idea de qué podría pasarme en aquella cámara, pero tenía el presentimiento de que algo habría de ocurrirme.

Por espacio de una media hora, permanecí sentado en un sillón, con las pier-nas estiradas, delante del fuego. Pero al no ver ni oír nada, tomé la decisión de acostarme, no sin dejar encendido uno de los candelabros, sobre la repisa de la chimenea.

Una vez acomodado en el enorme lecho de los condes de Eppstein, llamé a Fido, y el perro vino a tumbarse a mi lado.

Nadie en semejante situación, cuando se está a la espera de que pase algo, habría tratado de dormir. Aunque los ojos se cierren lentamente, basta el menor ruido para abrirlos como platos. Por mucho que se abarque con la mirada la estancia en la que uno se encuentra acostado, por muy solitaria y silenciosa que ésta permanezca, los párpados se cierran para abrirse a continuación. Y eso fue lo que me ocurrió, de forma que, aunque me adormilé dos o tres veces, me des-pabilé sobresaltado. Luego, poco a poco, a pesar de la luz que emanaba de las velas que había dejado encendidas en el candelabro, todos aquellos objetos comenzaron a difuminarse. Las grandes figuras de los tapices parecieron adqui-rir movimiento y, hasta de la chimenea, brotaron destellos fantásticos e inusua-les, que vinieron a confundirse con la enredada madeja de mis pensamientos, hasta que acabé por dormirme.

No sé cuánto duró aquel sueño. Lo único que recuerdo es que me despertó una indefinible sensación de terror. Abrí los ojos. Las velas ya se habían consumido; el fuego se había apagado. Un tizón había rodado fuera del hogar, y aún humeaba sobre el mármol. Miré a mi alrededor, pero no vi nada. Por otro lado, la habitación sólo estaba iluminada por un rayo de luna que se colaba a través de una de las contraventanas rotas.

Pero, como les digo, sentía en mi interior algo extraordinario, indefinible, inaudito. Me incorporé y me apoyé en un codo. En aquel momento, Fido, que se había tumbado sobre la parte de mi cobertor que llegaba hasta el suelo, aulló tristemente. Y aquel lúgubre y prolongado lamento hizo que me estremeciera sin querer.

-Fido -dije- Fido; ¿qué pasa, buen animal?

Pero en lugar de responderme, noté que el animal, tembloroso, se agaza-paba bajo mi cama y emitía un segundo aullido. En aquel mismo instante, escu-ché un ligerísimo ruido, como el de una puerta al girar sobre sus goznes.

A continuación, parte de la tela que recubría la pared se desprendió de ella, y se enrolló sobre sí misma. Esto ocurría justo en el lugar en el que Fido se había detenido anteriormente.

Entonces, sobre el oscuro cuadrado que acaba de quedar al descubierto, vi cómo se dibujaba una sombra blanca, etérea y transparente, que, sin tocar el suelo, sin hacer ningún ruido, se acercó, flotando, hasta mi cama. Los pelos se me pusieron de punta, y un sudor frío bañó mi frente.

Me eché hacia atrás, hasta casi dar con la pared en la que se apoyaba el cabecero del lecho. La sombra se acercó a la cama, tras remontar el estrado en el que estaba colocada, y me contempló un momento, mientras movía la cabeza, como si quisiera decir:

-No es él.

Luego, suspiró, descendió como se había elevado, cruzó por delante del rayo de luna, lo que me permitió comprobar su asombrosa transparencia; se volvió para mirarme una vez más,

suspiró de nuevo, meneó otra vez la cabeza y se introdujo por la abertura que había quedado al descubierto tras la tapicería, cuya puerta se cerró con los mismos chirridos que cuando se había abierto.

He de confesar que me quedé sin voz, sin fuerzas, consciente sólo de seguir vivo gracias a los fuertes latidos de mi corazón. Poco después, sentí cómo Fido abandonaba su refugio y volvía a ocupar su sitio. Le llamé, y se alzó hacia mí, sobre sus patas traseras, mientras apoyaba las delanteras en la cama. El pobre animal no dejaba de temblar.

Así que lo que había visto era completamente real, no era un sueño de mi imaginación, ni se trataba de una confusión de mi espíritu: era una aparición, una sombra, un fantasma. Había asistido a un suceso sobrenatural. Sin duda aquella habitación había sido el escenario de algún terrible y misterioso acon-tecimiento. Mas, ¿qué sería lo que había pasado allí? Y en torno a eso divagó mi espíritu, hasta que me sorprendió el amanecer, porque, si no recuerdo mal, no fui capaz de volver a dormir.

A los primeros rayos del alba, salté fuera de la cama y me vestí. Cuando estaba a punto de finalizar esta tarea, oí pasos por el corredor. En esta ocasión eran pisadas humanas, sin lugar a dudas, que se detuvieron ante la puerta de mi cuarto.

-Pase -dije-. Y apareció el anciano.

-Señor -me explicó-, estaba preocupado por qué tal habría pasado la noche, y venía a interesarme por cómo se encuentra.

-Pues, ya ve -repuse-, estoy perfectamente.

-¿Ha dormido bien?

-Estupendamente.

Pareció dudar un momento.

-¿Y nada ha venido a perturbar su sueño? -añadió.

-Nada.

-Me alegro. Venía a saber a qué hora piensa abandonarnos.

-En cuanto desayune.

-Voy a prepararlo todo ahora mismo. Si fuera tan amable de concederme un cuarto de hora tan sólo, el señor encontrará todo dispuesto cuando tenga a bien bajar.

-Está bien; dentro de quince minutos.

El viejo abandonó la cámara tras una reverencia. Permanecí a solas durante aquel cuarto de hora, que era el tiempo que me hacía falta, exactamente, para averiguar todo lo que quería saber.

En cuanto dejé de oír sus pasos, me acerqué a la puerta y eché el cerrojo. Luego, fui hacia aquella parte de la pared que se había abierto ante mis ojos. Esperaba que Fido me ayudase en mis indagaciones pero, en esta ocasión, ni amenazas ni azotes le habrían hecho moverse del lugar en el que se encontraba: no quería ni acercarse a la tela de la pared.

Palpé todos los recovecos de las molduras, pero no di con nada que rompiera la continuidad que mostraban a simple vista. Me apoyé con fuerza sobre todas las partes sobresalientes, pero ninguna de ellas cedió a la presión de mis dedos. Deduje, pues, que debía de haber algún resorte, desconocido para mí, e imposible de accionar sin saber dónde se encontraba.

Tras veinte minutos de vanas intentonas, tuve que renunciar a mi propósito. Además, oía ya los pasos del anciano que regresaba, y no quería que se diera cuenta de que me había encerrado, de modo que corrí a la puerta y descorrí el cerrojo justo en el momento en que iba a llamar.

-El desayuno del señor conde está listo -dijo.

Empuñé mi fusil y le seguí, no sin antes echar un vistazo a aquel misterioso trozo de tela. Llegué al comedor, donde el desayuno estaba preparado en una vajilla de plata tan lujosa como la de la cena de la víspera.

Aunque estaba muy preocupado por mi aventura nocturna, no dije ni palabra, porque

rápidamente me di cuenta de que no podía preguntar por el secreto de sus señores a sirvientes nacidos en aquella casa y que, sin lugar a dudas, habían llegado a la vejez con total fidelidad. Desayuné, pues, con prontitud y, en cuanto hube acabado, di las gracias a mis anfitriones por la amable hospitalidad con que me habían tratado, y pedí al hombre que me indicase el camino de regreso a la ciudad. E1 mismo se ofreció a acompañarme hasta un sendero que me conduciría más allá de las montañas del Taunus. Como ya no estaba preocupado por si me perdía otra vez, decidí aceptar su ofrecimiento.

Anduvimos cosa de un cuarto de legua, hasta que dimos con un camino tan claramente trazado que no había peligro de equivocarse. Media hora más tarde, dejaba atrás las montañas y, tres horas después, me encontraba de regreso en Francfort.

Me cambié de ropa a toda velocidad, porque tenía prisa por ver al preceptor del que les he hablado. Y me fui rápidamente para su casa. Estaba muy preocupado por mi ausencia, y ya había enviado a dos guardias forestales y a tres o cuatro labradores en mi busca.

-Pero -me preguntó-, ¿dónde ha pasado la noche?

-En el castillo de Eppstein -repuse.

-¡En ese castillo! -exclamó-; ¿y en qué parte de él exactamente?

-En la cámara del conde Éverard, que se encontraba en Viena.

-¿En la cámara roja?

-Precisamente.

-¿Y no observó nada? -me preguntó el profesor, con una curiosidad ahíta de vacilaciones.

-Por supuesto que sí -repliqué-; vi un fantasma.

-Ya -murmuró-; es el de la condesa Albine.

-¿Quién era esa condesa? -pregunté.

-Se trata -me contestó- de una historia terrible, increíble, insólita; una de esas narraciones que sólo se oyen en los viejos castillos que bordean el Rin, o en nuestras montañas del Taunus. Y que usted no creería jamás, si no hubiera pasado una noche en la cámara roja.

-Ya; pero en la que creeré a pies juntillas, a partir de ahora, una vez que he dormido en ella. Se lo juro. Cuéntemela, pues, querido profesor; le aseguro que nunca habrá gozado de oyente más atento.

-Bueno -replicó mi compañero de caza-, el relato es un poco largo. Venga esta noche a cenar conmigo y, a los postres, con sendos cigarros en la boca y los pies en cómodos escabeles, le contaré esa terrible leyenda a partir de la cual, de haber sido conocida por él, nuestro fantasioso Hoffmann habría escrito el más terrorífico de todos sus cuentos».

Como se imaginarán, no podía rehusar semejante invitación. Así que, a la hora acordada, me encontraba en el domicilio del preceptor, quien, una vez cenados, me contó, tal y como había prometido, la historia de la cámara roja.

-¿Y cómo es? -preguntamos todos a una al conde Élim.

-He escrito un voluminoso libro, un poco aburrido, sobre el particular. Pero si así lo desean, mañana lo traeré, y se lo leeré lo más rápidamente que pueda.

-¿Y por qué no esta misma noche? -pregunté yo, reconcomido de impaciencia.

-Porque son las tres de la mañana -me contestó el conde Élim-, y es una hora más que razonable para que todos nos retiremos.

Todo el mundo asintió, y quedamos para la velada siguiente, a las diez de la noche. Un cuarto de hora antes, todos nos encontrábamos ya en el salón; y a la hora exacta, apareció el conde con su manuscrito bajo el brazo. Como ardíamos en deseos de oír el relato de aquellos acontecimientos, casi no le dimos tiempo ni a sentarse. Nos acomodamos alrededor del lector y, en medio del más absoluto silencio, el conde Élim comenzó la narración de aquella historia por la que todos habíamos suspirado con tanta impaciencia.

Capítulo I

Estamos en septiembre de 1789, cuando el suelo europeo retumba aún tras la toma de la Bastilla, y Francfort, ciudad libre, en la que se elige a los emperadores, está poseída por una mezcla de miedo y esperanza ante el bramido de la revolución. Pero en el castillo de Eppstein sólo reina el miedo, ya que su señor, el viejo conde Rodolfo, es totalmente fiel al emperador, que se dispone a declarar la guerra a Francia.

Pero no eran sólo de índole política las preocupaciones que fruncían su ceño y apuraban su espíritu el día en que comienza este relato. Estaba sentado, con la cabeza gacha, en el gran salón de su castillo; su mujer se encontraba a su lado. Abundantes lágrimas corrían por las afiladas mejillas de la condesa. El conde no lloraba más que en su interior.

Los dos tenían la apostura, hermosa y noble, de los ancianos, y cada uno de sus movimientos revelaban profunda dignidad y conmovedora bondad a un tiempo. En palabras de Schiller, podríamos decir que sus cabezas encanecidas aparecían coronadas por virtuosas acciones. Deliberaban con aspecto grave y triste a la vez.

-Hay que perdonar -decía aquella madre.

-¿Lo crees posible? -respondía el padre-; si nadie nos viese, tendería mis brazos a Conrado y a su esposa, pero, nobleza obliga, y son muchas las miradas puestas sobre nosotros. Tenemos que dar ejemplo a los demás y, aunque estemos muertos por dentro, hay que saber morir de pie. Le he desterrado, y nunca más volveré a tenerlo ante mí. Ya no le besaremos nunca más, Gertrudis.

-Entendería mejor una medida tan rigurosa -proseguía, tímidamente la mujer-, si Conrado fuera el primogénito de nuestra estirpe. Mas, después de ti, será Maximiliano quien ostente la jefatura de la casa de Eppstein.

-No por ello -replicó el conde-, deja de ser un Eppstein.

-¿Podrá soportar el peso de tu cólera? -dejó caer la condesa.

-Si no es así, antes se reunirá con nosotros en el más allá, donde a los padres siempre les está permitido besar a sus hijos.

Y no dijo más, porque tenía miedo de que una sola palabra le hiciese llorar como su mujer.

Tras un momento de silencio, alguien llamó con discreción a la puerta. Un viejo criado de la casa, llamado Daniel, entró en la estancia tras una indicación de su señor.

-Monseñor Maximiliano solicita de su padre el honor de que le conceda audiencia -dijo Daniel.

-Que pase mi hijo -respondió el conde-, ése -prosiguió el viejo Rodolfo, con amargura- que pierde su honor a mis ojos, pero que no me deshonra ante la sociedad. Es un depravado, pero no pervierte a nadie; se olvida de ser bondadoso, pero siempre tiene presente que es un conde, y es noble, si no de alma, sí al menos en apariencia. Maximiliano es un heredero digno de mí.

-Conrado también es digno hijo tuyo -replicó la condesa.

Cuando Maximiliano entró, sin embargo, no es que se hubieran esfumado las rudas o siniestras facciones de su fisonomía, pero sí se mostraban muy dulcificadas por el violento esfuerzo que se había impuesto. Se arrodilló ante el conde, le besó la mano, al igual que la de su madre, y aguardó, de pie y en silencio, a que el anciano le dirigiese la palabra.

El conde Maximiliano era un hombre que rondaba los treinta años, de aspecto tenebroso y altanero, alto y de fuerte complexión. Sus ademanes eran, por lo general, resolutorios e impetuosos. En circunstancias normales, su rostro traslucía menos inteligencia que arrojo. En su presencia, todo el mundo se sentía dominado por una voluntad implacable y, precisamente gracias a ese gesto determinado y altivo, conseguía imponerse incluso a inteligencias más

dotadas que la suya. Sus deseos debían traducirse inmediatamente en acciones, y no resultaba tarea fácil sostener su penetrante y osada mirada. Daba la impresión de que escasos eran los obstáculos que pudieran resistirse a su cólera, y hasta de que ni él mismo era capaz de contener su violenta naturaleza.

Ya hemos dicho que andaba por los treinta, pero precoces arrugas surcaban su rostro, como huellas lacerantes de la comezón de sus ambiciones. Su frente era germana y ancha, pero de esas que parecen hueras de tan llenas como están de orgullo más que de ingenio. Tanto su nariz ganchuda como sus finos labios contribuían eficazmente a otorgarle ese aspecto dominador que tanto llamaba la atención. Su ceño era terrible, siempre fruncido; mientras que su sonrisa, que en raras ocasiones podía contemplarse, era obsequiosa, falsa y ávida, como la de un cortesano. Su elevada y estirada estatura sabía muy bien cómo doblegarse ante su señor. En resumen, que más que grandeza era audacia lo que revelaba al exterior o lo que albergaba en su alma; y más que frialdad, calma y desdén, mas no clemencia. Era ambicioso como el padre Joseph, pero no al modo de Wallenstein. Y, de entrada, cualquiera era capaz de darse cuenta de que se resar-cía de la humildad que mostraba ante los poderosos con el recurso a su altivez frente a los humildes.

-Antes de oírte, hijo mío -dijo Rodolfo-, tengo que reprocharte una nueva falta. Mientras fuiste joven, nos mostramos indulgentes, y siempre achacamos a la edad tus errores. Pero ya eres mayor, Maximiliano. Y si Dios se llevó a tu mujer, te ha dejado a tu hijo. Maximiliano, eres padre. Y de si hacer caso a mi flaqueza, en breve te convertirás en dueño y señor de todas nuestras posesiones, como único representante de nuestros antepasados. ¿No crees que ya es hora de prepararte con seriedad para el destino que has de afrontar, y enmendar esa con-ducta, que tanto escándalo ocasiona en la región y tantas penas aquí en el castillo?

-Padre mío -respondió Maximiliano-, en vuestra bondad, tengo la impresión de que siempre habéis prestado excesiva atención a las quejas de los villanos. Soy un caballero, y me gustan los placeres; además, las diversiones del león no son las más adecuadas para los corderos. Pero nunca me he rebajado, en mi opinión. Es más, hasta tres veces me he batido por defender el honor de mi apellido. Cierto es que, en todo lo demás, mi conciencia no es precisamente estrecha. Os ruego que me expliquéis de qué delito soy culpable ahora. ¿Han devastado mis monteros otro campo de trigo? ¿Quizá mis perros se han hecho con la jabalina de algún vecino? ¿Habré pisoteado con el caballo a algún campesino por descuido?

-Hijo mío, has deshonrado a la hija del juez de Alpoenig.

-¡Vaya! ¡Pues, sí! Es cierto -replicó Maximiliano, con un suspiro-; pero mi noble padre no debería fijarse tanto en esas cosas. Bien sabéis que jamás obraré como mi hermano Conrado, y que jamás me reba jaré a casarme con una hija del pueblo.

-No, no son esos mis temores -repuso el anciano, con triste ironía.

-Entonces -prosiguió Maximiliano-, ¿qué teméis? ¿El escándalo, como acabáis de mencionar? Podéis estar tranquilo sobre el particular. Parece ser que ha ocurrido una terrible desgracia. Por lo visto, ayer, la pobre Gretchen paseaba sola a orillas del río Mein. Supongo que querría coger una rosa salvaje, una vincapervinca o una miosota, pero resbaló y el río la arrastró: esta mañana, han recuperado el cuerpo. Estoy destrozado por esta tan inesperada muerte, por-que quería mucho a Gretchen y, espero que sepáis disculparme, padre, la he llorado. Pero ya veis, monseñor, que podéis estar tranquilo respecto a las consecuencias de mi devaneo.

-Así es, en efecto -repuso el conde, sin salir de su asombro ante tan cínico dolor y tan egoísta insensatez, que prefería creer en un accidente debido al azar antes que en un crimen.

La madre alzó manos y ojos al cielo para pedir perdón a Dios y a Gretchen, en nombre de aquel hijo que no sabía lo que se hacía. Tras una pausa, el conde continuó:

-¿De qué querías hablarme, hijo mío?

-Padre, quiero pediros un favor, no en mi nombre, que yo he tratado de no suscitar vuestra cólera jamás, sino en el de mi hermano Conrado que, caso de que sea culpable, será muy

desgraciado.
-¡Así me gusta! ¡Un gesto de buen hermano, Maximiliano! -exclamó la condesa, emocionada, contenta de comprobar que, por una vez, su hijo actuaba según los dictados de la generosidad.
-Pues, sí, madre -continuó Maximiliano-; ya sabéis cuánto quiero a Conrado, ser débil, aunque de magnífico talante. Siempre me consideró como señor suyo, y jamás he tenido ocasión de sentir celos de la dulce e inofensiva naturaleza de quien reconoce mi superioridad sobre él sin protestar. No creo, por otra parte, que sea culpa suya el que haya nacido para ser profesor de filo-sofía antes que para llevar una espada. Lo que no disculpa su inexcusable torpeza. Para mí, como para vos, casarse con una muchacha cualquiera, porque decía que la amaba, o introducir en el seno de nuestra familia al legítimo hijo de una burguesa, en vez de incrementarla con un bastardo, es un desvarío. Pero errar no es delito. La tal Noemí es muy hermosa y, como era su primer amor, habrá encandilado a nuestro inocente Conrado. A fin de cuentas, padre mío, la cosa es mucho menos seria que si hubiera sido yo, primogénito y jefe de la casa de Eppstein, quien hubiera cometido la misma torpeza. Bien sé que si aceptáis, llevado por vuestro paternal afecto, alianza tan inconveniente provocaréis la ira del emperador. Mas yo me ofrezco a ir a Viena, con el propósito de apaciguarle. Diremos que el padre de Noemí, Gaspar, el guardabosques, sirvió como militar, y el tiempo hará que todo este asunto caiga en el olvido. Vuestra indulgencia en todo esto sólo a mí traería complicaciones, a mí, que debo sucederos en vuestros títulos y en el favor de la corte. Pues, bien; dada la estima que siento hacia el pobre Conrado, arrostraré las consecuencias. Me esforzaré en reparar el daño que, con todo este asunto, haya sufrido nuestro nombre, y conseguiré de nuevo el favor del emperador. Estad tranquilo sobre el particular. Por eso, os ruego, monseñor, que no desterréis a Francia, como pensabais, a Conrado y a su esposa. Permitid que se quede cerca de vos. Su vida de estudio y reflexión a nadie hace mal. El pobre es un joven rebosante de cariño, que os adora tanto a mi madre como a vos. Y está muy apegado a estas tierras, que jamás ha abandonado. Para él, un destierro sería como una condena a muerte.
Maximiliano, cumples con tu deber al defender la causa de tu hermano. Mi negativa a lo que me propones me ayudará a cumplir con el mío. ¿Conrado sigue obstinado en no poner fin a ese matrimonio, no es así?
-Convengo que, en ese punto, se muestra inflexible, monseñor. En mi opinión, no merece siquiera la pena hablarle del asunto.
-Si cediera cuando se atreve a enfrentarse a mí, ¿crees que la nobleza alemana, solidaria como es con las decisiones de todos los suyos, me perdonaría tamaña debilidad?
-Parece claro que no. Pero, cuando menos, consentid en ver a Conrado, padre mío; escuchadle -respondió Maximiliano.
-No puede ser -replicó el anciano conde, que temía por las consecuencias del afecto que sentía-; imposible.
-Que Vuestra Señoría me perdone en ese caso -dijo Maximiliano-, pero he invitado a mi hermano a reunirse aquí conmigo, para que no se vaya sin contemplar vuestro rostro por última vez. Ahí está. Aquí llega. Os suplico que le recibáis, padre.
-Monseñor -dijo la condesa, en voz baja, a su marido-, siempre he sido una sumisa y amante esposa para vos. Concededme, porque nadie sabrá nada de esto, la suprema felicidad de ver una vez más a mi hijo.
-Puesto que así lo deseáis, que así sea, Gertrudis. Pero os ruego que no mostréis debilidad.
A un gesto del conde Rodolfo, Maximiliano se acercó a la puerta y la franqueó para que entrase Conrado, quien, en silencio, se postró a cierta distancia de su padre.
Nunca hubo mayor contraste entre dos hermanos. Lo que Maximiliano exhibía de fuerza y decisión, lo tenía de enclenque y dulce Conrado. El pálido rostro de este último, con sus largos cabellos rubios, animado por la fuerza de unos grandes ojos castaños, hacía que llamasen aún más la atención los angulosos rasgos, la tez de bronce y la fornida fisonomía de

Maximiliano: sólo en una de sus manos habrían cabido la dos femeninas extremidades de Conrado. Uno casi daba miedo; el otro producía una casi inmediata sensación de calma.
Cuadro familiar, pues, magnífico y solemne. El primogénito, de pie, inmóvil, espectador indiferente y tranquilo de aquella escena, fruto de su clemencia calculada; el menor de los hermanos, rodilla en tierra, emocionado, temblo-roso, pero animado por una vida interior que llevaba a sus ojos tantos destellos como lágrimas; el padre, el gran señor, como un patriarca, con cabellos y barba ya blancos, sentado en un sillón tallado, pletórico de majestad, a simple vista, aunque muy preocupado en su fuero interno, y preocupado porque en él no trasluciese nada parecido al afecto; la madre, hundida en un escabel, parecía arrodillada, mientras se enjugaba lágrimas furtivas, y contemplaba a su marido, con pavor, y a su hijo, con amor; y como fondo, un antiguo y oscuro artesonado, del que pendían retratos, de gran realismo, de los antepasados de los allí presentes, como testigos y jueces a un tiempo de aquella escena.
-Habla, Conrado -dijo el conde Rodolfo.
-Monseñor -respondió el joven-, hace tres años, alcanzaba yo los veinte, y era dueño de un alma soñadora y ávida de amor. Mientras mi hermano Maximiliano, llevado de su ardor, se dedicaba a recorrer Alemania y Francia, yo me contentaba con sentirme cerca de vos y de mi madre; en mi hurañía, no sólo me negaba a visitar la corte, sino que ni siquiera me dignaba frecuentar los cas-tillos de nuestros vecinos. Mi felicidad no precisaba de tan vastos horizontes. Pero, os repito, por más que mis pies se mostrasen perezosos, mi pensamiento bullía y mi corazón se impacientaba. La única mujer que había conocido hasta entonces era mi madre. Por eso, cuando en mi camino se cruzó una muchacha, hermosa como era y buena, lo que menos me preocupó fue el apellido de su familia, porque el amor sólo conoce de nombres de pila. Y amé a Noemí, por sus encantos y su candor.
-Si yo hubiera estado aquí -murmuró Maximiliano-, ¡con qué placer hubiera liberado a la tal Noemí de esa última virtud que tanto te sedujo, hermano!
-Sin embargo -proseguía Conrado-, como no pretendo más que deci-ros la verdad, monseñor, he de confesaros que no cedí a ciegas y enseguida a la pasión que me arrastraba. No; calculé, primero, la distancia que me separaba de Noemí; pensé en vuestro disgusto y traté de arrancar aquel amor de mi pecho. Pero brotó aún más violento tras mis tentativas: un poder irresistible tiraba de mí y me arrastraba hasta la casa de Gaspar, hasta que un día, por fin, rendida, Noemí me confesó que me amaba también.
-¡Ambiciosa! -masculló Maximiliano.
-¿Qué debía hacer? -continuó Conrado-. Alejarme de ella, ¿no es así, madre? Pero no tuve fuerzas suficientes. ¿Engañarla, Maximiliano? No era tan ruin. ¿Venir y contároslo todo, padre? No me atreví. Así que me casé en secreto con Noemí. De esta manera, me evitaba vuestro enojo y me ahorraba el dis-gusto del momento, porque creía, entonces, que no ofendía a Dios ni a los hombres. Pero me equivocaba, y por partida doble. Me nació un hijo, y hube de ele-gir entre vuestra cólera, padre, o el deshonor de mi esposa. Preferí, pues, la primera, porque sólo contra mí iría dirigida. Y a pesar de todas las tentativas de los hombres por separar lo que Dios ha unido, hoy, la escogería a ella de nuevo y, mañana, lo volvería a hacer. Ya veis, monseñor, que creo que vuestra cólera es justa y, como tal, la he tenido en cuenta. Pero no he venido a postrarme ante vos para que amaine. Sólo que, desterrado de vuestra presencia como lo he sido, antes de partir, he venido para saber que no he incurrido, además, en vuestro desprecio.
-Conrado -respondió el conde, con voz ronca y despaciosa-, tú y yo pertenecemos a un linaje histórico al que no le está permitido ni un solo fallo. La suerte nos ha colocado en la cúspide, para que el mundo nos contemple y noso-tros le demos ejemplo. Quizá sea una fatalidad, pero hay que saber soportarla, no eludirla, como tú has hecho. Eres culpable de un delito de lesa nobleza, Conrado. Y, sin embargo, los vientos revolucionarios que soplan en Francia deberían haber servido como advertencia para te mantuvieras firme. Hoy más que nunca, cuando se

tornan peligrosos, debemos conservar nuestros privilegios. Como noble y padre de familia, conviene que mi severidad repare tu debilidad, y que el anciano se reafirme donde tú te has tambaleado. Parte, pues, con mis bendiciones; vete a Francia, y sirve bien al rey Luis XVI. Me has preguntado si te despreciaba. Debo responderte con una justificación. Cuando tu ama de cría te trajo a mí, Conrado, te tomé en mis brazos y, tras elevarte por encima de mi cabeza, te ofrecí a Dios, en primer lugar, al emperador y a la nobleza alemana y, a continuación, a cada uno de mis ilustres antepasados. Hoy, todavía en esta tierra, debo responder de ti ante mis antepasados, ante la nobleza y ante el emperador. Reniego ante ellos de ti, aunque quizá mañana, allá arriba, me gloríe de ti ante el Señor.

-Padre -exclamó Conrado-: os reverencio y os adoro. Sois grande, terrible y bueno. Vuestra humillación me hace sentirme orgulloso. Seré digno de vos, monseñor. Debo una expiación a nuestra familia, y la llevaré a cabo en Eppstein. Adiós.

Aunque sin aproximarse, Conrado hizo una profunda reverencia ante su padre. El viejo le despidió con la mano, pero no dijo nada más, porque la emoción le embargaba y temía abrir los brazos a su hijo. La condesa, por su parte, ni se atrevía siquiera a mirarle. De lejos también, Conrado se despidió de ella, pero, a pesar de la etiqueta tácitamente establecida para esta postrer entrevista, no pudo evitar enviar un beso con la mano a aquella que le había llevado dentro de sí. Tras lo cual, el orgulloso joven imitó al conde y permaneció impasible. Y su padre se sintió satisfecho de aquel hijo.

-Acompaña a tu hermano hasta la puerta -dijo a Maximiliano, que había permanecido mudo y con los labios apretados a lo largo de tan singular como sobrecogedora escena.

-Si Vuestra Señoría me lo permite -repuso el primogénito-, regresaré después para hablar con vos.

-Te espero -le contestó el anciano.

Y los dos hermanos abandonaron la estancia; uno de ellos para no volver.

Nadie sabrá decir lo que ocurrió entre aquel padre y aquella madre, una vez que el dolor que ambos sentían se aposentó en el interior de cada uno de ellos, porque sólo Dios contempló aquellas lágrimas y escuchó los lamentos de aque-llos corazones rotos. Cuando, al cabo de un cuarto de hora, regresó el primogénito, los dos ancianos habían recuperado su serena compostura y su apariencia de paternal aplomo.

-He de convenir, monseñor -comenzó Maximiliano-, que ahora que vuestra voluntad no puede volverse atrás, y una vez que he visto cómo Conrado partía, con su mujer y con su hijo, que no os quedaba más remedio que hacer lo que habéis hecho.

-¿Tal es, pues, Maximiliano -replicó el conde, con una amarga sonrisa-, tu opinión?

-Así es, padre, porque el emperador jamás habría perdonado vuestra indulgencia, y nuestra familia habría caído en desgracia por mucho tiempo.

-He obrado según los dictados del honor, no por ansia de honores -contestó el conde.

-Lo que no es poco para los tiempos que corren, padre mío.

-¿De qué querías hablarme, hijo? -le interrumpió, con gravedad, la voz del conde.

-Resulta, padre, que, a pesar de la prudencia de vuestra severidad, vuestro crédito en algo se ha visto afectado. Por eso, he pensado en levantaros el ánimo. Sólo hace un año que perdí a Tecla, mi mujer; con la tranquilidad que me dio el nacimiento de nuestro hijo Alberto acerca del porvenir de nuestro apellido, no me había parado a pensar todavía en la posibilidad de un segundo matrimo-nio. Pero, además de la ocasión de recuperar el favor del emperador, se ha hecho patente a mis ojos un partido más que deseable: se trata, padre, de la hija de uno de vuestros viejos amigos, el duque de Schwalbach, quien goza de la más alta consideración en Viena.

-Te refieres a Albina de Schwalbach, Maximiliano? -preguntó la condesa.

-Así es, madre. Es hija única, y aportará una gran fortuna a nuestra casa.

-Mi hermana, que es la abadesa del convento en que se ha educado Albina -continuó la madre-, me habló de su inigualable belleza, en una ocasión en que le pedí informes sobre la hija de un amigo.
-Y como dote -añadió Maximiliano- aporta la magnífica propiedad de Winkel, a las mismas puertas de Viena.
-Mi hermana me contaba que la hermosura de Albina no era sino un adorno más para su incomparable bondad.
-Y eso sin contar -prosiguió el joven- con que el duque de Schwalbach conseguirá con facilidad la transmisión de título y bienes a su yerno. ¿No sois de la misma opinión, padre?
-¡Qué alegría -exclamó la condesa- poder llamar hija a esa muchacha, y ocupar el lugar de la madre que perdió!
-¡Y qué honor emparentar con los Schwalbach! -añadió Maximiliano.
.-Sí -dijo el conde-, los Schwalbach son una de las más nobles y mejores ramas del árbol de la nobleza germánica.
-Padre, tened la bondad de escribir a vuestro antiguo compañero de armas, y solicitad la mano de su hija para vuestro primogénito.
Tal demanda fue seguida por un largo silencio. La cabeza del anciano conde reposaba sobre su pecho, y parecía sumido en profundos pensamientos.
-¿No me respondéis nada, padre? ¿Dudáis quizá? Una unión como ésta, que tanto esplendor añadiría a nuestro nombre, no puede, no debe disgustaros.
-Maximiliano, Maximiliano -repuso el conde, con severidad-; ¿no puedo echar mano de esas disquisiciones tuyas, y decir que, si en ti no hay nada que pueda reprocharse a un caballero, todo lo que hace al hombre deja bastante que desear? Maximiliano, ¿harás feliz a esa muchacha?
-Será condesa de Eppstein, padre.
Se produjo un segundo silencio. Aquellos dos hombres ni se parecían ni se conocían, unidos como estaban más por conveniencias mundanas que por lazos de sangre. El hijo despreciaba al padre por sus prejuicios; el padre hacía de menos a su hijo por sus extravíos.
-Poned cuidado, señor -añadió Maximiliano-, antes de rechazar una ocasión así, vos que sois el guardián de nuestras glorias, y responsable ante nosotros tanto de los honores que alcancemos como de las manchas que haya que limpiar.
-Vuestro padre sabe lo que ha de hacer, señor -replicó el anciano conde, herido en su corazón-; cuando lleguéis allá, encontraréis una carta mía de recomendación para el duque de Schwalbach.
-Abandonaré, pues, si os parece bien, el castillo ahora mismo -contestó Maximiliano-; tan noble heredera ha de estar, por fuerza, rodeada de nume-rosos pretendientes. Dios quiera que mi petición no se produzca demasiado tarde.
-Haz lo que te plazca, hijo mío -dijo el anciano.
-¿Negaréis, señor, y vos madre mía, vuestra bendición al hijo que parte?
-Que mi bendición te acompañe, hijo mío -exclamó el conde.
-Maximiliano, ¡que Dios te bendiga! -añadió la condesa.
Maximiliano besó la mano de su madre, se inclinó respetuoso ante el conde y abandonó el salón.
-El otro -dijo el anciano, cuando se quedó a solas con la condesa-, el pri-mero de nuestros hijos que partió, ni siquiera se atrevió a solicitar vuestra bendición. Pero se la llevó consigo. ¿No es así, Gertrudis? Se fue con vuestra bendición y la mía, y Dios siempre ha escuchado más al corazón que guarda silencio que a los labios que hablan.

Capítulo II

Alejémonos, ahora, de las riberas del Mein y del tétrico castillo de Eppstein, y trasladémonos a los deliciosos alrededores de Viena. Acerquémonos a la encantadora mansión de Winkel, donde hallaremos a Albina de Schwalbach, una preciosa muchacha de dieciséis años, que juguetea entre las flores, con los cabellos sueltos y las mejillas como la grana. Al final del paseo por el que corre-tea, sentado en un banco, se encuentra su padre, el duque, menos serio y más afable que su viejo amigo el conde de Eppstein. Se dedica a contemplar a su hija, que le hace mil y una monadas cada vez que pasa por delante de él. El duque de Schwalbach era un ministro consejero alemán de los pies a la cabeza.

-Pero, ¿qué os ocurre esta mañana, padre? -preguntó la joven, tras dete-nerse repentinamente en el momento en que pasaba por enésima vez por delante del duque, y observar en sus labios una sonrisa que le intrigaba-. Tengo la sensación de que me miráis de una forma tan extraña como misteriosa. ¿En qué pensáis?

-En esa enorme carta, sellada con lacre negro, que, según tú, olía a medie-val, que nos ha llegado desde muy lejos y sobre la que he meditado largamente.

-Bueno; si es así, padre, ya no os preguntaré nada más acerca de vuestro secreto, porque nada tengo que ver con tan respetable misiva -respondió la muchacha, al tiempo que se disponía a reemprender sus correrías.

-Al contrario, hija mía; tienes mucho que ver con eso -le contestó el ministro consejero-. En esa digna carta no se trataba más que de la atolondrada de mi hija.

Albina se detuvo al instante, y abrió unos ojos como platos.

-¿De mí? -preguntó, tras aproximarse al anciano-, ¿acerca de mí? Mostrádmela, entonces, padre mío. ¿De qué se trata? ¡Contadme, contádmelo todo, pues!

-Es una petición de matrimonio.

-¡Ah, bueno! Si no es nada más que eso... -contestó la chiquilla, mientras hacía delicioso mohín de desdén.

-¡Cómo que nada más! -prosiguió su progenitor, sonriente-. ¡Me gustaría saber a qué das tú importancia, cuando con tanta ligereza hablas del matrimonio!

-Pero, padre mío, bien sabéis que rechazo a todos mis pretendientes. Todos esos estorninos de Viena, cortesanos, ministros de misiones diplomáticas, consejeros privados, cabezas rizadas todas, pero hueras, que ni me gustan ni me complacerán jamás. Y eso bien lo sabéis vos. Os lo he dicho mil veces, y creí que habíamos llegado al compromiso de que ninguno de los dos volvería a mencionar esos asuntos.

-Olvidas, hija mía, que la carta nos llega desde muy lejos.

-Cierto. Así que, encima, tendría que vivir lejos. No quiero separarme de vos. ¡No quiero, no quiero! -insistió la joven, mientras comenzaba a perseguir una mariposa que, al poco, ascendió por el aire y desapareció como una flor arrastrada por el viento.

El duque aguardó un momento. Y cuando su hija se aproximó lo suficiente como para que le oyera, le dijo:

-Pequeña hipócrita. Ocultas la verdadera razón de tu rechazo.

-¿Y cuál es esa verdadera razón, según vos? -replicó Albina, extrañada.

-Tu profunda e irresistible pasión.

-Padre, de nuevo os burláis de mí -prosiguió Albina, mientras se aproximaba al duque, como si quisiera desarmarle.

-Sí, esa pasión, desafortunada y desesperada, que concebiste por Goetz de Berlichingen, el caballero de la mano de hierro, muerto en tiempos del emperador Maximiliano.
-Y resucitado gracias a un poeta, padre. Verdaderamente, está vivo en el drama de Goethe. Pues, sí; cien veces lo afirmaría. Por mucho que os burléis de mí, amo y admiro a ese corazón noble y leal, a ese héroe sencillo y sublime a la vez, que ama con tanta pasión y pelea con tanto valor. Nada puedo hacer por evitarlo. Es una desgracia. Ya sé que es viejo, porque vos no dejáis de recordármelo a cada instante. Pero es que tales hombres carecen de edad. Aunque sea un anciano, capaz es de desmitificar a mis ojos a todos esos caballeretes cortesanos. Goetz de Berlichingen; Goetz, el de la mano de hierro: ése es mi hombre. Convendréis conmigo, padre, que, hasta el momento y en comparación con él, no me habéis presentado más que muñecos.
-¡Hija mía, hija mía! Todavía no has cumplido los dieciséis -dijo el duque-, y quieres por esposo a un hombre de sesenta.
-De sesenta, de setenta o de ochenta. No me importa, con tal de que se asemejen a mis rudos, leales y valientes caballeros del Rhin, Goetz, el de la mano de hierro, Franz de Sickingen o Hans de Selbitz.
-Entonces, mi querida Albina -prosiguió el duque, con aspecto serio-, esto nos viene al pelo, porque un hombre de ese temple, hecho a la medida de lo que tú deseas, es quien solicita tu mano.
-¡No os burléis de mí, padre! ¡No me toméis el pelo!
Pues claro que no. Bastará con que leas el nombre de quien firma la carta.
El ministro consejero la extrajo del bolsillo, la desdobló y mostró la firma a Albina.
-Rodolfo de Eppstein -leyó la joven.
-Así es, mi querida amazona. Se trata de alguien que, en mi opinión, te conviene, o así lo espero -continuó el duque-. Me han dicho que luchó en la guerra de los siete años, y tengo entendido que lo hizo tan bien como si hubiera nacido en el siglo XVI de nuestra era, de tan bárbara memoria. Debo confesar que es un poco mayor, pero qué más te dan a ti los sesenta, setenta u ochenta años, con tal de que guarde parecido con alguno de tus héroes. Rodolfo de Epps-tein tiene setenta y dos años, lo ideal para ti. En cuanto a valentía, lealtad y nobleza, confío en que no encuentres ningún inconveniente.
-¿Pensáis, padre -replicó la muchacha, sonriente-, que tan poco es lo que sé de Alemania como para ignorar que el conde Rodolfo de Eppstein llevará unos treinta años casado con la hermana de mi buena tía, la abadesa del Tilo Sagrado?
-Ya veo, sabihonda, que no hay manera de engañarte. Mi antiguo compa-ñero de armas solicita tu mano para uno de sus hijos, quien incurre en el doble infortunio de tener unos treinta años y pocos cabellos blancos. Pero, aunque no sea uno de tus héroes, cuando menos pertenece a su raza. Además, puedes estar tranquila, porque sus treinta años se incrementarán y su cabellera negra blanqueará. A lo cual debes añadir, cabecita loca e imbuida de novelas, un anti-guo castillo en las montañas del Taunus, a pocas leguas de ese Rhin que tanto te gusta, y protagonista de una de las más fantásticas leyendas: la de que una de las antiguas señoras del castillo se aparece, porque tuvo la desdicha de morir el día de Navidad, lo cual, por otra parte, me parece de lo más consecuente. Pero ya sabe que Poesía y Razón, esos dos seres celestiales, son como los sueños, que los hay que nos asaltan desde la gatera, mientras que otros nos llegan por la puerta grande. Las dos gozan de idéntica procedencia, pero viven de espaldas una a la otra.
-¿Qué leyenda es ésa, padre? ¿La sabéis? -preguntó la joven, cuyos ojos, al oír tales palabras, habían brillado de curiosidad.
-No lo bastante bien como para contártela. Hace tiempo que se la oí a mi viejo amigo Eppstein durante una de las largas veladas que pasamos juntos en el vivaque. Además, qué importa, tu prometido te lo contará todo de cabo a rabo. Ya le diré que es una buena manera

de cortejarte.
-¿Mi prometido? ¿Aprobáis, pues, tal unión?
-Así es, hija mía, cometeré la crueldad de privarte del aliciente de tus amoríos. Aunque tampoco hubiera estado mal una voluntad contrariada, un matrimonio secreto, un perdón a título póstumo. Pero, ya ves: por desgracia, edad, nacimiento y fortuna vienen a unirse al antiguo afecto que, desde hace casi cincuenta años, profeso por el viejo Eppstein, lo que me hace contemplar este matrimonio como deseable. El único inconveniente que veo es que el joven conde es viudo y ya tiene un hijo. Pero mi Albina, a la que aguarda un futuro radiante, no va a tener miedo del pasado. Por otra parte, y después de todo, querida hija, podrás juzgar por ti misma, ya que la carta de su padre sólo precede a la visita del hijo en unos pocos días.
-¿Y cómo se llama ese honroso pretendiente mío, que ha de conseguir que olvide a mi Goetz, porque lo superará? -preguntó Albina.
-Maximiliano -respondió el duque.
-¿Maximiliano? El nombre promete, aunque más por sus enemigos que en lo que a mí se refiere, ya que, si ha de adecuarse a mis sueños, ese hombre, aun- que feroz en el combate, deberá ser dulce y sumiso en el amor. Se trata de la única ventaja prometida y reservada a las mujeres, a cambio de tantos padecimientos como les aguardan, a saber, domesticar a esos leones, y sonrojar con una simple mirada a aquel al que todos temen por su espada. Además, padre -continuó Albina, con un ademán cómicamente serio-, bien pensado, prefiero que sea joven, porque así asistiré a los comienzos de su gloria: con mi nom-bre en los labios, conseguirá sus primeros triunfos y, al igual que Isabel, seré testigo y recompensa de sus proezas.
-Querida hija -dijo el duque, con un movimiento de cabeza-; ¿crees que van a volver los tiempos épicos de las espadas?
-¿Por qué no?
-Porque la invención de la pólvora de cañón ha dejado un poco atrás a la caballería. Ya no hay Rolandos, ni Renaud ni Olivier. Por muy fuertes que hayan sido, ante una bala de cañón, todos esos hombres son iguales. Sería mejor que pensases en el mariscal de Berwick o en el gran Turenne.
-Sin embargo, padre, a falta de grandes paladines, siempre nos quedan los más aguerridos capitanes. El ingenio ha ocupado el lugar de la fuerza. No por carecer de la Durandal de Rolando, la Balizarde de Renaud o la lanza encantada de Astolfo es menor el mérito de Gustavo Adolfo, Wallenstein o Federico el Grande. Desconozco la razón de esta ocurrencia mía, pero creo que nos aguarda un buen futuro en el siglo que se nos viene encima.
-Me parece bien -contestó el duque, contento-; haremos que incluyan tu predicción en el almanaque de Gotha. Tras mirar su reloj, añadió: Mientras tanto, vamos a cenar, mi preciosa sibila, porque a mi edad, y siento provocarte un nuevo desencanto con respecto al porvenir, uno ya no se alimenta sólo de profecías y perfumes, de poesía y de sol.
Albina tomó a su padre por el brazo, mientras meneaba la cabeza con un gesto que significaba que el tiempo no representaría edad para ella y, juntos, regresaron al castillo.
Al día siguiente de esta conversación, que nos da una idea de la originalidad y soltura de las puras y poéticas ideas de Albina, Maximiliano de Eppstein llegó a Viena, precedido, por decirlo de alguna manera, por los sueños de tan joven y gracioso espíritu. Como ya sabemos acerca del joven, cualquiera entenderá fácilmente que gustó mucho menos al padre que a la hija. Como experto diplomático, acostumbrado a arrancar las máscaras hasta llegar a los rostros, el padre vio en él más ambición que méritos, más orgullo que inteligencia, más cálculo que amor. Pero, en cuanto a Albina, gracias a la altura y a la frente pálida, y preocupada del muchacho, éste superaba a todos sus enamorados vieneses, tan sosos. Le contempló a la luz de la poesía que habitaba en ella, hasta el punto de que su rudeza le pareció franqueza; su falta de modales, la consideró sencillez, y su frialdad, la tomó por nobleza.

-Es un alma primitiva y orgullosa -pensaba-, cuyo único defecto con-siste en ser trescientos años más joven que todos esos lindos cortesanos.
Al poco tiempo, con ingenuidad, confió a Maximiliano la novela que se había inventado, y el joven acomodó su conducta a las aspiraciones de ella: fingió sentir el más profundo desprecio por el proto colo y las convenciones, mientras hacía resonar espada y espuelas, como cualquier héroe que se precie.
Un día, Albina quiso comprobar por sí misma si el espíritu del joven conde tenía alguna afinidad con su alma novelesca y poética, y le rogó que le contase la leyenda del castillo de Eppstein. Maximiliano se había dedicado con poco ahínco a esa parte de la retórica que se conoce como oratoria; en contrapartida, su verbo era rápido, poderoso, vivaz. Por encima de todo, Maximiliano buscaba gustar. Contó, pues, la leyenda del castillo con tal convicción, con tanto senti-miento y con una verborrea tal, que se adueñó de aquella muchacha con tanta novela en la cabeza. Según él, el relato que sigue era la leyenda del castillo de Eppstein.
El castillo había sido construido en la época heroica de Alemania, es decir, en tiempos de Carlomagno, por un conde Eppstein, antepasado de sus moradores actuales. Nada se sabía acerca de aquella primitiva época de la fortaleza, salvo una profecía del mago Merlín que aseguraba que «cualquier condesa de Eppstein que falleciese en el castillo en Nochebuena tan sólo moriría a medias». Como todo horóscopo, la profecía resultaba bastante abstrusa, y nadie logró " entenderla durante mucho tiempo. Hasta que falleció la esposa de un emperador alemán, cuyo nombre nadie recordaba. Cosa que no ocurría con el de la emperatriz: se llamaba Ermangarda.
La emperatriz había sido educada con la hija del señor de Windeck, quien, con el paso del tiempo, llegó a ser condesa de Eppstein. A pesar de la diferencia de rango, convertidas en condesa y emperatriz, respectivamente, las dos muchachas conservaron la amistad de su infancia. Como la emperatriz vivía en Francfort y la condesa en el castillo de Eppstein, a tan sólo tres o cuatro leguas de la ciudad, las dos condiscípulas se veían con relativa frecuencia. Por otra parte, el conde Segismundo de Eppstein gozaba de alta consideración en la corte, y el emperador lo había destinado al servicio de la emperatriz.
Pero, de repente, la emperatriz falleció en la noche del 24 de diciembre de 1342, y aquella muerte inesperada produjo un gran pesar en toda la corte. El emperador, que adoraba a la emperatriz, dio grandes muestras de pesar. Según la costumbre, la soberana fue expuesta en un catafalco, y todos los nobles señores y damas de la corte hicieron un besamanos, ceremonia que el protocolo exigía que se desarrollase según el siguiente ritual. La emperatriz estaba sola, en la capilla ardiente, sobre el catafalco, revestida con los atributos imperiales, a saber, coronada y con el cetro entre las manos. Uno de sus caballeros hacía siempre guardia a la puerta, con relevos de dos en dos horas. Él era el encargado de acompañar a la persona que venía a rendir homenaje a la soberana difunta hasta la cámara mortuoria. El sujeto en cuestión se arrodillaba, besaba la mano de aquella que había sido su emperatriz, daba un golpe en la puerta para que le abrieran y, con su salida, permitía que entrase en la estancia otra persona. Así, pues, sólo de uno en uno, cumplían los cortesanos con la ceremonia fúnebre.
Y le llegó el turno de guardia a la puerta de Ermangarda al conde Segismundo de Eppstein. Hacía ya veinticuatro horas que la emperatriz había falle-cido: era, pues, Navidad. El conde Segismundo había comenzado el relevo a las doce del mediodía, y ya eran la una y cuarto. Hasta entonces, había acompañado hasta la cámara mortuoria de la emperatriz a ocho o diez personas, cuando, de pronto, y para mayor extrañeza suya, se presentó en la puerta de la capilla ardiente su mujer, la condesa Leonor de Eppstein. Su sorpresa se debía al hecho de que no había informado a la condesa de lo que había sucedido, lo que pensaba hacer personalmente, una vez que hubiera finalizado su turno de guardia, habida cuenta de la profunda amistad que unía a su mujer y a la emperatriz, y así mitigar, con su presencia, el enorme dolor que la noticia le produciría.

Segismundo no se había equivocado: debía de haber sido un golpe terrible, y la condesa Leonor estaba pálida como una muerta, palidez que aún resaltaba más por su atuendo, largas vestiduras de luto. Su marido corrió hacia ella y, sabedor del piadoso deber que hasta allí le conducía, sin preguntarle siquiera quién le había dado la fatal noticia, la condujo, muda y desconsolada, hasta la puerta de la cámara mortuoria, que procedió a abrir y cerrar.

Aquellas visitas eran cortas, por lo general: el visitante se arrodillaba, besaba la mano de la emperatriz y abandonaba la estancia con rapidez. Pero el conde Segismundo sabía que, en el caso de su mujer, no sería así, porque la condesa no iba a cumplir un simple deber impuesto por el protocolo, sino que acudía guiada por razones sentimentales. Así que no se extrañó de que, transcurridos algunos minutos, aún no hubiera salido. Pero cuando hubo pasado un cuarto de hora sin que se oyese cómo la condesa llamaba a la puerta para que se la fran-queasen, comenzó a preocuparse. Tuvo miedo de que Leonor no hubiera sido capaz de soportar la impresión, pero como no se atrevía a abrir la puerta sin ser requerido, lo que hubiera sido considerado como una contravención de las normas, se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura, temeroso de que sus ojos tuviesen que contemplar a la condesa desmayada, a los pies de la fallecida emperatriz.

Pero, para su mayor extrañeza, no fue así. Tras mirar unos segun dos por el ojo de la cerradura, se incorporó con la frente empapada en sudor y pálido como un muerto. El cambio que se había producido en su rostro era tan nota-ble que algunos cortesanos que se encontraban cerca de él, a la espera de que les tocase entrar, le preguntaron qué le ocurría.

-Nada -les contestó el conde Segismundo, al tiempo que se llevaba una mano a la frente-; nada, absolutamente nada.

Los cortesanos, pues, volvieron a sus cosas, mientras el conde Segismundo, que creía que había visto mal, puso por segunda vez el ojo en aquella cerradura. Pero esta vez, el conde se convenció de que no estaba equivocado, porque vio a la emperatriz muerta, con la corona en la cabeza y el cetro entre las manos, pero sentada sobre el catafalco, en animada charla con su esposa, la condesa Leonor.

Aquel acontecimiento era lo bastante sorprendente como para que el conde no diera crédito a sus ojos: creyó que soñaba o que se traba de una fantasía. Y se incorporó más pálido que la primera vez. Casi en el mismo instante, la condesa llamó a la puerta, señal de que había finalizado su visita a la emperatriz. El conde de Eppstein abrió la puerta, y echó un vistazo rápido al interior de la capilla ardiente. Pero la emperatriz estaba, de nuevo, tendida e inmóvil, sobre el catafalco.

El conde ofreció el brazo a su esposa y, mientras le acompañaba, le hizo dos o tres preguntas a las que ella no contestó. Su deber le exigía que permaneciese aún durante diez minutos a la puerta de la cámara de la emperatriz. Así que dejó a la condesa en la antecámara, y pensó que su silencio se debía a la aflicción que sentía, o a que, quizá, su mente estaba tan confundida que no se daba cuenta de nada.

Y continuó la afluencia de cortesanos. Durante cada una de aquellas visitas, el conde de Eppstein miró por el ojo de la cerradura, pero la emperatriz per-manecía inmóvil. Dieron las dos, y apareció el escudero mayor, quien debía sustituirle en sus funciones de introductor. El conde de Eppstein apenas le saludó, le transmitió la consigna y se fue rápidamente hasta las habitaciones que ocu-paba el emperador, a quien encontró en un estado cercano a la desesperación.

-Majestad-exclamó-, no lloréis más. Haced que vuestro médico vaya a ver a toda prisa a la emperatriz, porque no está muerta.

-¿Qué decís, Segismundo? -preguntó el emperador.

-Digo que, hace un momento, he visto con mis propios ojos a la muy noble emperatriz Ermangarda, sentada en el catafalco y en conversación con la condesa de Eppstein.

-¿Qué condesa de Eppstein? -dijo el emperador.

-La condesa Leonor de Eppstein..., mi mujer.
-Pobre amigo mío -replicó el emperador-, el dolor os ha hecho perder la cabeza.
-¿Qué decís, señor?
-¡La condesa de Eppstein! ¡Que Dios os dé fuerzas para soportar tamaña desgracia!
-¿Qué le pasa a la condesa de Eppstein? -preguntó Segismundo, con ansiedad.
-La condesa falleció esta mañana.
El conde Segismundo dio un grito. Corrió hasta su casa, montó un caballo y atravesó las calles de Francfort como loco; media hora más tarde, llegaba al castillo de Eppstein.
-¿La condesa Leonor? -gritó-; ¿dónde está la condesa Leonor?
Pero todos aquellos a los que preguntaba, volvían la cabeza, y las lágrimas eran su única respuesta. Corrió hacia la escalera, sin dejar de dar voces.
-¿La condesa Leonor? ¿Dónde está la condesa Leonor?
Por el camino, se cruzaba con sirvientes, pero nadie respondía a sus gritos. Se precipitó en la cámara de su esposa: estaba tendida en el lecho, vestida de negro, y tan pálida como la había visto tres cuartos de hora antes. Un sacerdote recitaba sus oraciones a los pies de la cama. La condesa había fallecido por la mañana, pero el mensajero que habían enviado, al no encontrar al conde Segismundo en su residencia, fue a transmitir la triste noticia al emperador. El conde preguntó si, desde la medianoche, hora en la que había muerto la condesa, alguien la había visto moverse.
-Nadie -fue la respuesta que obtuvo.
Preguntó al capellán, que se encontraba junto al lecho, si se había alejado de aquella estancia.
-Ni siquiera un segundo -fue la respuesta del sacerdote.
Entonces fue cuando el conde recordó que era precisamente el día de Navi-dad, y que una antigua profecía de Merlín aseguraba que las condesas de Eppstein que falleciesen en la Nochebuena habrían de morir a medias tan sólo. Y Leonor era la primera condesa de Eppstein que había muerto en Nochebuena. Segismundo, pues, se había equivocado: no era que Ermangarda estuviese viva, sino que lo que se había producido era el fallecimiento de Leonor: la condesa muerta había acudido al besamanos de la emperatriz muerta, y ambos fantasmas se habían puesto a charlar durante diez minutos.
El conde Segismundo creyó volverse loco. Hubo quien afirmó que la con-desa, a cuya alma se le había concedido el privilegio de ponerse en relación con los vivos, había visitado a su esposo en diferentes ocasiones durante el tiempo que duró la enfermedad del noble tras estos acontecimientos. Unos años más tarde, Segismundo se recluía en un monasterio, tras haber transmitido a su primogénito rango, título y fortuna, a los que había renunciado para consagrarse al servicio de Dios.
Se dijo que tales apariciones se habían producido en aquella estancia del pala-cio, conocida como la cámara roja, que disponía de una puerta que daba directamente al lienzo de la muralla, de donde partía una escalera secreta que llevaba hasta la cripta de los condes de Eppstein. Incluso se dio por cierto que, al menos durante tres generaciones, y con motivo de circunstancias excepcionales, la con-desa se había hecho presente a los primogénitos de la familia, pero que tales apariciones no se habían vuelto a producir a partir de la cuarta generación. Desde entonces, nadie había vuelto a ver a la condesa Leonor, pero se mantuvo la tradi-ción de que el primogénito de la familia Eppstein durmiese en la cámara roja.
No cuesta mucho imaginar la influencia que un relato de tales caracterís-ticas tuvo sobre Albina. Su alma, predispuesta a la poesía, se impregnó de tan fantástica leyenda, palabra por palabra. Como pensaba, además, que algún día se convertiría en condesa de Eppstein y viviría en aquel viejo castillo de la época de Carlomagno, pensó que, en realidad, se había transportado a aquella Edad Media que era su época preferida.
Maximiliano no se hubiera desenvuelto durante mucho tiempo más en el papel que había adoptado, a los ojos, despiertos y clarividentes, de Albina. Por suerte para él, al cabo de

quince días, un asunto de importancia reclamó su presencia al lado de su padre. Y partió, no sin llevarse consigo la promesa de la muchacha y el con sentimiento del duque de que la celebración del matrimo-nio se llevaría a cabo en el plazo de un año.
Durante este período, Maximiliano fue varias veces a Viena, pero siempre se escabullía a tiempo; una vez, por causa de la muerte de su madre; más tarde, porque su padre también les dejó para reunirse con ella. Antes de su fallecimiento, aquellos nobles ancianos habían dirigido a la prometida de su hija unas cartas tan elevadas como sus propios corazones, las cuales no sólo mantuvieron, sino que incluso acrecentaron, las ilusiones de aquella pobre entusiasta incondicional. Gracias al prestigio que le concedía la lejanía, Albina, fiel al caro fan-tasma que su alma divina se había imaginado, consideraba que su Maximiliano era un ser de grandeza excepcional. Estaba dispuesta a consolarle de todos los dolores que le afligían, a acompañarle en su triste soledad y a animar, como una reina o como un hada, el antiguo castillo de Eppstein con su presencia.
Recordaba en muchas ocasiones la leyenda de la condesa Leonor, y se sor-prendía a sí misma cuando pedía a Dios que le concediese la muerte en Nochebuena, para así gozar del antiguo privilegio concedido a las condesas de Eppstein que morían en tal noche y poder así, tras su muerte, regresar de la tumba para visitar a su esposo.
Finalmente, hacia finales de 1791, aquel tan deseado matrimonio se celebró en Viena. El emperador firmó como testigo del contrato matrimonial, y los dos nuevos esposos partieron para el castillo de Eppstein.
Al llegar, lo primero que hizo Albina fue pedir que le condujesen a la cámara roja, que era la que ocupaba Maximiliano, por otra parte, desde el fallecimiento de su padre. Ya conocemos esta estancia que, ya en aquella época, se encontraba tal como la hemos descrito.
Quince días después de la marcha de Albina, el duque de Schwalbach murió repentinamente, a consecuencia de un ataque de apoplejía, como si la protec-ción de la figura paterna ya no le fuera necesaria a aquella hija. Ése fue el primer dolor grande que sufrió Albina, cuya vida habría de ser un rosario de sinsabores.
Ya nadie hablaba de Conrado y de Noemí y, menos que nadie, el nuevo conde de Eppstein.

Capítulo III

Al cabo de un año, muchas eran las cosas que habían cambiado tanto en el castillo de Eppstein como en el mundo entero. Para entonces, Albina tem-blaba ante Maximiliano, mientras que el mundo entero se estremecía ante Francia.
Y eso que el furor de la Revolución aún no había alcanzado su punto álgido. El rey no había sido ejecutado, pero ya estaba encarcelado, y los rugidos de aquel trueno presagiaban ya las dimensiones de la tormenta. Como el mar cuando crece en sus orillas, el ardor de Francia llegaba ya hasta las provincias renanas, anticipo de cómo sería la inundación que iba a sufrir el continente. Tras haber tomado Maguncia, Custine se encontraba a las puertas de Francfort.
En el castillo de Eppstein, ya había salido a la luz el carácter turbulento y pendenciero de Maximiliano, aunque sin alcanzar los excesos de ocasiones anteriores, y Albina había visto cómo se volatilizaban, una tras otra, todas sus quimeras. Pronto se dio cuenta de quién era en realidad el noble y poético caballero que ella se había imaginado: un vulgar ambicioso y libertino, para quien el matrimonio sólo representaba un escabel, y su mujer, un objeto de placer. Al principio, grande y profundo fue el sufrimiento de Albina; pero ya se había resignado, y consentía, sin una queja, que aquel brutal pie destrozase las delicadas flores que

habían visto la luz en su alma. Por otra parte, apenas le quedó tiempo para enfadarse o lamentarse, porque los acontecimientos políticos se sucedieron de forma más vertiginosa que sus ideas.

Tomada Maguncia, las dos riberas del río Mein fueron ocupadas militarmente, y las viejas tropas imperiales se batieron en retirada ante la juventud de los ejércitos de la libertad. Francfort sólo podría resistir unos cuantos días. El conde de Eppstein, cuyo castillo se encontraba tan próximo al escenario del conflicto, hubiera sido un prisionero de peso, lo que le llevaba a enaltecer su importancia más allá de la realidad. Fue llamado a Viena, y se vio obligado a abandonar sus tierras hasta que la tormenta amainase. En semejantes y deses-peradas circunstancias, tratar de resistir en el castillo hubiera sido imposible, y tal acto de valor hubiera resultado una imprudente locura.

Pero Maximiliano se había retrasado, y ya la vanguardia del ejército francés cortaba el camino hacia Viena. Su evasión, pues, se tornó azarosa, ante una ruta sembrada de peligros. La presencia de Albina a su lado sólo hubiera servido para incrementar los riesgos de su huida. El conde decidió, pues, dejar a su mujer en el castillo.

Albina recurrió a todo lo imaginable para conseguir que su esposo la llevase con él. Incluso la víspera de su partida, le conminó, por lo más sagrado, a no dejarla sola. Pero, desgraciadamente, las decisiones que Maximiliano había tomado eran irrevocables, y permaneció insensible a las lágrimas y sordo a las súplicas. En vano, se lo exigió su mujer.

-¿Qué es ese miedo que tenéis -le dijo-, y qué significan esos terrores infantiles? Seguir juntos es nuestra perdición; separados, conseguiremos salvarnos ambos. Disfrazado de campesino, esta noche huiré con Daniel. Si alguien da con nosotros mañana por la mañana, difícilmente ahuyentaremos las sospechas. ¿Qué ocurriría, pues, si vos nos acompañaseis? Una vez que yo esté lejos de aquí, ¿qué pueden haceros? ¿Hay quien se atreva a encarcelar a una dama? Claro que no. Ni siquiera los franceses carecen de generosidad: daos a respetar, y os respetarán. Además, no merece la pena seguir con esta discusión. No nos queda otro camino. Si mi vida tan sólo fuera mía, tened por seguro que no la vendería tan cara; pero, al parecer, soy de cierta utilidad para mi país. Así que, ¡valor, Albina! Pensad que os confío lo que me es más preciado en este mundo, mi hijo y mi honor. A lo peor, mañana, Albina, ya estáis sola y, además, viuda. Pero -añadió no sin ternura, mientras besaba a la pobre desconsolada-, olvidemos el mañana, puesto que aún nos queda el día de hoy.

Como de costumbre, Albina se sometió, obediente, a las órdenes de su señor. A la noche siguiente, Maximiliano se fue. Tres días después, Albina recibió una carta en la que le anunciaba que se encontraba a salvo. Pero durante aquellas tres jornadas algo ocurrió en el castillo de Eppstein, que debería tener, en adelante, una influencia terrible en la vida de la infortunada Albina.

Antes de marchar sobre Francfort, y para evitar sorpresas desagradables, Custine había ordenado que se rastreasen los alrededores de la ciudad. Fueron dos las compañías que recibieron la orden de explorar los desfiladeros del Taunus. Tal precaución dio sus frutos. En efecto, los franceses descubrieron, no lejos del castillo de Eppstein, que se les había preparado una emboscada en aquellas montañas boscosas. En el enfrentamiento que se produjo, las tropas francesas, ante el número de los contrincantes, se vieron obligadas a replegarse hasta el grueso del ejército. Pero la treta del enemigo había quedado al descubierto, y ya era posible avanzar sobre Francfort, sin temor a ser sorprendidos entre dos fuegos. La decisión fue la de hacerlo al día siguiente. En aquella terrible escara-muza, las dos compañías de reconocimiento perdieron a muchos de sus solda-dos, así como a algunos de sus más valerosos oficiales.

Entre ellos, figuraba un joven capitán, conocido sólo como Jacques, quien se había distinguido en el momento de cruzar el Rhin, es decir, cuando se había producido la invasión de Alemania, por haber arrojado la espada al agua, y atravesar el río con la vaina vacía. A

pesar de no estar en posesión del arma, que en el caso de los oficiales de infantería es más un distintivo de su grado que un ins-trumento defensivo real, el joven capitán, con su valentía, su sangre fría y sus conocimientos de aquellos parajes, había prestado importantes servicios. Fue él quien primero se dirigió hacia el lugar de la emboscada y, como premio a su temeridad, fue quien recibió los primeros disparos con que las tropas imperiales obsequiaron a los franceses republicanos. Cayó herido, con una bala en la frente. Y se le dio por muerto durante la batalla, no solamente por parte de los suyos, sino también por el enemigo.

Aquel mismo día, al anochecer, uno de los nuevos criados del castillo de Eppstein -porque a la muerte de su padre el conde, Maximi liano había renovado el servicio por completo, a excepción de Daniel, el anciano administrador, y de Jonathas, el viejo guardabosques- oyó unos lamentos por la parte de Falkenstein, y comprobó que el capitán Jacques aún respiraba. Con la ayuda de dos campesinos, trasladó de inmediato al herido hasta el castillo. Y Albina ordenó que se le acogiera con la más solícita hospitalidad. Como el capellán del lugar era también cirujano, llevó a cabo un reconocimiento de la herida del oficial, hizo una primera cura y, a partir del día siguiente, comentó que respondía de su vida.

Albina se había ocupado del herido con tanta diligencia, porque era mujer y sensible al dolor; pero, también porque la presencia del capitán constituía para ella una protección contra posibles merodeadores del ejército francés, pues los vencedores en aquel momento, todo hay que decirlo, no hacían uso de sus triunfos con la moderación que el fácil egoísmo de Maximiliano había hecho ver a su mujer. Cuando los saqueadores llegaron a las puertas del casti-llo, Jacques, avisado, se levantó y, a pesar de las recomendaciones de Albina y del capellán, se arrastró hasta ellos, pálido aún a causa de la herida, y supo cómo hacer oír su voz para evitar todo peligro al castillo y a su dueña. A par-tir de entonces, una mezcla de reconocimiento y compasión hizo que la joven condesa multiplicase atenciones y cuidados con aquel que le había salvado la vida y, quizá, algo más.

Por otra parte, el capitán Jacques era dueño de un corazón generoso, ardiente y compasivo, frente a Albina, de natural dulce y valiente. Lo único que se le podía echar en cara era una actitud melancólica casi permanente, dema-siado femenina para un militar; pero el aspecto triste no le iba nada mal al rostro de aquel de quien, por otro lado, se sabía que era osado como un león. Todos le habían visto tan tranquilo y despreocupado entre balas y proyectiles de cañón, que los soldados a su cargo sentían por aquella figura, tan débil en apariencia y tan fuerte en realidad, una admiración rayana en el respeto. Además, el capitán Jacques era muy estimado entre los oficiales por su gran erudición, lo que contribuía a que se le disculpasen algunas de sus ideas filosóficas, un tanto excéntricas, que hacían que sus compañeros de armas no pudieran seguirle en las poéticas e imaginarias evocaciones por las que, a veces, divagaba en sus fantasías. Mientras los soldados conocían al capitán Jacques como «el valiente», sus compañeros de armas le designaban como «el soñador». En cualquier caso, estaba claro que Jacques siempre luchaba por una idea, sólo por eso, y que las disputas parciales entre soberanos reinantes desaparecían por completo, para él, ante cuestiones que afectaban a todos los pueblos en general.

No es difícil imaginar que un carácter así se acomodase rápidamente a la forma de ser de Albina. Jacques era el hombre de sus sueños: bravo, leal y valeroso, como Goetz de Berlichingen; apuesto y dotado de una vena poética, como Max Piccolomini.

De modo que, para asombro del capellán, que bien sabía lo reservada que era Albina, entre el joven oficial y la condesa pronto se estableció un evidente trato de confianza. Al cabo de unos pocos días, el capitán llamaba a la joven esposa por su nombre, mientras que ésta empleaba también el nombre de pila del oficial francés.

Como a Jacques no le gustaba demasiado encontrarse con las gentes que vivían en los alrededores del castillo, casi nunca abandonaba las estancias que le habían preparado, lugar donde Albina le hacía compañía. Los criados entraban con toda libertad, y en cualquier

momento, en la estancia donde se encontraban los dos jóvenes que, por lo general, charlaban o reían: la completa inocencia de ambos era su salvaguardia, como si aquellas dos almas tan puras, tan parecidas, tan hermanadas, se hubiesen conocido de antemano en un mundo mejor y hubieran vuelto a encontrarse aquí en la tierra. Y así transcurría el tiempo para ambos, en conversaciones rebosantes de encanto, sin que ni Albina ni Jacques se diesen cuenta de su paso.

Así que cuando Jacques tuvo noticias de que, dos días más tarde, debía aban-donar el castillo para volver a Francia con su regimiento, le pareció que despertaba de un sueño, porque dos meses de convalecencia se le habían pasado como una hora. Albina acompañó a Jacques hasta la escalinata, donde el oficial se despidió de ella, tras besarle la mano y llamarle hermana. Albina le deseó toda suerte de felicidad, y le llamó también hermano. Hasta que lo perdió de vista, lo siguió con sus ojos, mientras agitaba un pañuelo. Quince días después de la marcha de Jacques, Albina recibió carta de su marido. La retirada de los franceses permitía el regreso de Maximiliano al castillo, y éste comunicaba a su esposa que le esperase de vuelta en cualquier momento.

Como no se podía llegar hasta el castillo en carruaje, Albina envió a Tobías -quien, tras la marcha de Daniel, había ocupado sus funciones en el castillo-, junto con dos caballos, a esperar a Maximiliano en Francfort. Maximi-liano vio en este hecho una de las atenciones habituales de Albina, pero su espíritu orgulloso era de los que piensan que resulta obligado lo que sólo por ellos se hace. Montó, pues, en uno de los caballos, mientras Tobías subía en el otro. El resto del séquito ya se las compondría para llegar hasta el castillo.

Como era de esperar, la conversación versó sobre la estancia de los franceses en aquellos parajes. En cuanto el conde y Tobías se pusie ron en camino, el primero hizo una seña al segundo, que se mantenía discretamente unos pasos más atrás, para que se pusiera a su lado y cabalgasen juntos. Tobías obedeció.

-Creo -dijo Maximiliano-, por las cartas que me ha escrito la condesa, que los franceses han respetado el castillo.

-Así es, señor conde -respondió Tobías-; todo gracias a la protección del capitán Jacques. Sin él, las cosas no nos habrían ido tan bien.

-¿Quién es ese capitán Jacques? -preguntó Maximiliano-. La condesa me habló de él en una de sus cartas. Resultó herido, según tengo entendido.

-Sí, señor. Hans se lo encontró moribundo a quinientos pasos del castillo, y consiguió trasladarlo hasta Eppstein. Pasó una noche entera entre la vida y la muerte. Pero el capellán lo curó tan bien y la señora condesa lo cuidó con tanta asiduidad que, al cabo de un mes, se encontró plenamente restablecido.

-¿Y se marchó del castillo? -inquirió Maximiliano, quien había fruncido el ceño, de forma casi imperceptible, ante la mención de los cuidados que la condesa había dispensado al herido.

-No; se quedó un mes más.

-¡Un mes! Y, ¿a qué se dedicaba?

-A nada, señor. Estaba casi siempre en las habitaciones de la señora. Sólo salía de vez en cuando, al atardecer, para darse un paseo por el parque, como si temiera que alguien le descubriera por allí.

Los labios de Maximiliano se tornaron lívidos, pero sin que su voz demostrase la más mínima alteración.

-¿Cuándo se fue, pues? -continuó.

-Hará ocho o diez días.

-¿Cómo era? -preguntó el conde-; ¿joven o viejo, apuesto o feo, triste o alegre?

-Pues era un joven de unos veintiséis o veintiocho años, más o menos, rubio, pálido, delicado, que siempre daba la impresión de estar triste.

-Imagino que -prosiguió el conde, tras morderse los labios, por seguir la conversación casi a su pesar, con esa obstinación que mueve a los corazones a saber de cosas que han de hacerle daño- se aburriría mucho en el castillo...
-No, señor. Parecía triste, pero no aburrido.
-Ya -continuó Maximiliano-, porque sus compañeros vendrían a visi-tarle y le distraerían.
-No, no buscaba distraerse. En todo el tiempo que permaneció en el castillo, tan sólo en dos ocasiones vino su furriel a ver cómo estaba. Y nunca a petición suya, sino para transmitirle las órdenes de su coronel.
-Entonces, se dedicaría a cazar...
-Ni cogió un fusil, ni montó a caballo una sola vez. Jonathas me dijo ayer mismo que, en estos dos meses, no lo había visto ni una vez.
-Pero, ¿qué hacía, entonces? -dijo el conde, tras intentar contenerse, porque notaba que la voz se le alteraba.
-¿Que qué hacía? Muy fácil. Por las mañanas, jugaba como un niño con el señorito Alberto, que le había tomado un enorme cariño y que, en cuanto se despertaba, corría a su cuarto; o bien charlaba, como un viejo, con el señor cura, que se maravillaba de tantas cosas como sabía. Después de comer, se dedicaba a la música y acompañaba -a veces, incluso cantaba también- a la señora al clavecín. Como era la hora de descanso del servicio, todos escu-chábamos a la puerta del salón aquel par de voces que parecían las de dos ángeles. Terminado el concierto, solía dedicarse a leer en voz alta. Por las noches, y como ya le he dicho, señor, en raras ocasiones, daba un paseo por el jardín.
-¡Qué extraño oficial! -dijo el conde, amargado-. Juega con niños, filosofa con ancianos, canta con mujeres, lee en voz alta y pasea en solitario.
-Sólo, no, señor -replicó Tobías-; la señora siempre le acompañaba.
-¿Siempre? -preguntó el conde.
-Por lo menos, casi siempre -repuso Tobías.
-¿Y eso es todo lo que se sabe de ese oficial? ¿Nada de sus orígenes, de su familia? ¿Es noble o plebeyo, rico o pobre? Cuéntame.
-En cuanto a esas cuestiones, no sé nada, señor. Pero estoy seguro de que la señora condesa os dará todas esas informaciones que me pedís.
-¿Y por qué lo cree así, Tobías? -añadió el conde, tras echar una mirada al indiscreto narrador, para asegurarse del sentido con que éste le había dado tal respuesta.
-Porque me dio la impresión, señor -repuso Tobías, con esa afectada caballerosidad que produce en casi todos los criados el odio que sienten hacia sus señores-, que la señora condesa y ese joven oficial se conocían ya desde hace tiempo.
-¿Y qué le llevó a concluir al señor fisonomista -prosiguió Maximiliano, en un tono lleno de rencor, cuyo alcance Tobías no acertaba a entrever que el joven oficial y la condesa se hubiesen visto antes del acontecimiento que los reunió?
-Pues el hecho de que la condesa llamaba Jacques al militar, y que éste, a su vez, le llamaba Albina.
Con gesto mecánico, Maximiliano alzó la fusta que llevaba en la mano para cruzar la cara al sagaz observador que cabalgaba a su lado. Pero se contuvo.
-Está bien -contestó, tras azotar a su caballo, en lugar de a Tobías-; es todo lo que quería saber por ahora. Por otra parte, lleva razón, Tobías: la condesa me contará todo lo demás.
El caballo dio un respingo hacia delante, y Tobías se quedó rezagado. Pero, como su señor no le hizo ninguna seña y no le dirigió más la palabra, siguió tras él, y guardó la distancia respetuosamente.
Aunque el rostro de Maximiliano parecía tranquilo, espantosas sospechas le roían el corazón, aquel corazón tan insensible al amor, pero tan pronto para la cólera, tan presto para acusar.
-¡Una prueba! ¡Tan sólo una prueba de su deshonor! ¡Una prueba que me permita acabar con

la culpable!
Y casi deseaba la aparición de tal prueba. Cuando llegaban al extremo de la alameda que conducía hasta el castillo, vio a Albina en la escalinata, que le esperaba, entre nerviosa y contenta. De forma convulsiva, el conde clavó sus espuelas en el vientre del caballo. Y la pobre mujer pensó que el conde ponía al trote su montura por la impaciencia de volver a verla. En cuanto el conde echó el pie a tierra, Albina se colgó de su cuello.
-Perdón, amigo mío -le dijo-, perdón por no haber acudido a vuestro encuentro, pero no me encuentro bien. ¿Qué os pasa Maximiliano? ¡Parecéis inquieto y preocupado! Será culpa de la política. Yo haré que, en vuestra frente, resplandezcan de nuevo la serenidad y la felicidad. Venid, Maximiliano, acer-caos para que os diga en voz baja un gran secreto, un dulce secreto que no dejo de repetirme a mí misma, y que me ha hecho más tolerable vuestra ausencia. Un encantador secreto, que he preferido no confiaros por carta, porque me parecía mucho mejor comunicároslo de viva voz. Un secreto que no podía revelaros cuando os fuisteis, porque todavía era desconocido para mí. Escuchadme, Maxi-miliano; apartad de vos ese sombrío humor. ¿Os acordáis de la noche de nuestra separación, aquella noche tan dulce y tan cruel a un tiempo? Besad rápida-mente a vuestra esposa, Maximiliano, porque dentro de seis meses haréis lo mismo con vuestro hijo.

Capítulo IV

Abandonemos, por un instante, los torreones del conde Maximiliano, y acerquémonos ala vivienda mucho más modesta del guarda Jonathas. Tanto el castillo como esta choza han tenido ya y todavía tendrán, como podrá verse a lo largo de este relato, una estrecha relación. Es más, habrá ocasiones en las que la historia de esta choza coincidirá, e incluso explicará, el devenir del castillo.
La casita del guarda de Eppstein se encontraba a unos cien pasos de la cerca que rodeaba el parque del castillo, a la entrada del bosque, pegada a una pequeña colina arbolada que permitía el paso del viento del norte. Era vieja y poco sólida y, sin embargo, daba la impresión de ser nueva y alegre, por el tono rojizo de los ladrillos, por las contraventanas pintadas en verde oscuro y por la viña que adornaba caprichosamente sus paredes. En conjunto, lucía esa pátina armoniosa que sólo se consigue con el paso del tiempo, el gran pintor. Tanto cuatro grandes tilos, plantados a la puerta de entrada para dar sombra, como el acogedor poyo del umbral, el arroyo, el bonito patio y un pequeño jardín, alegre, lleno de flores y de frutas, tupido y con pájaros, todo hacía que los ojos se fueran detrás de aquella casa que alegraba la vista. En el interior, reinaba ese mismo orden, carente de afectación, la misma limpieza sin asomo de tristeza. En la planta baja, estaban la sala común de la familia y el cuarto del padre. En la planta alta, la habitación de los niños, pintada de blanco, no exenta de coquetería, ordenada, alegrada por una jaula cantarina y perfumada con un jarrón de flores. Ya se sabe que la ventana que exhibe una rosa y un pinzón atestigua que sus inquilinos son mejores y más bondadosos que sus vecinos.
Desde 1750, Gaspar Muden ocupaba el puesto de guardabosques del conde Rodolfo de Eppstein. A los cuarenta años, en 1768, se casó. Tras cinco años felicidad y tranquilidad conyugales, su esposa falleció. Y el pobre Gaspar se quedó con dos niñas pequeñas, Guillermina y Noemí.
Ambas eran preciosas y muy trabajadoras. La única diferencia estribaba en que Guillermina era más alegre, y Noemí, más reflexiva. Cuando la primogénita, Guillermina, llegó a los

dieciséis años de edad, hubo que pensar en el muchacho de aquellos contornos con el que habría que casarla. De entre todos los pretendientes, Gaspar eligió a Jonathas, a quien apreciaba por su valor y por la felicidad que experimentaba al ir de caza. Porque la caza era la pasión del viejo Gaspar, y consiguió que su yerno le sucediera en su puesto tras su desaparición. Mientras tanto, Jonathas fue nombrado ayudante del guarda forestal.

Con docilidad, Guillermina aceptó al esposo que le había elegido su padre, y se sintió feliz, porque Jonathas era un ser bondadoso; un poco simple, quizá, y un poco descuidado para todo lo que no tuviera que ver con gamos y jabalíes, pero siempre un marido solícito, que cuidaba de su mujer. Ambos vivían en casa de Gaspar.

En cuanto a Noemí, la niña mimada del guarda y de su hermana mayor, hay que decir que, mucho menos dócil que Guillermina, rechazó a cuantos preten-dientes se le presentaron. La razón hay que buscarla en que la dulce mirada de Conrado de Eppstein ya le había calado hasta el fondo del alma. Sin que ella se diese cuenta, aquel pálido y melancólico joven, con quien coincidía, a veces, en el bosque y que, en cada ocasión, se apartaba de ella tan turbado, llenaba todos sus pensamientos. Hasta que un día, una fuerte tormenta condujo al agreste paseante a refugiarse en la casa del guarda. Desde aquel instante, animado por la acogida cordial que le había reservado el padre y fascinado por la belleza de la hija, Conrado regresó a aquel lugar todas las semanas, al principio; más tarde, todos los días.

Gracias a su astucia campesina, Gaspar no tardó en darse cuenta de la emo-ción que experimentaba Noemí cada vez que llegaba el joven, y cómo se quedaba como alelada, una vez que éste se había ido. Por supuesto que habría recha-zado de todas todas a un libertino reconocido, como Maximiliano; pero el aspecto serio, el carácter duro y digno de aquel joven sabio, así le conocían todos, inspiraban no sólo confianza al guardabosques, sino hasta respeto.

Cuando Conrado no se encontraba en su casa, Gaspar hablaba de él con enfado, para mayor disgusto de Noemí, y juraba y perjuraba que jamás volvería a pisar su choza el noble y segundón señor de Eppstein, cuyo sitio estaba en el castillo. Pero, cuando Conrado llegaba, Gaspar se quitaba el sombrero con torpeza, y se alejaba sin dejar de mascullar.

El resto de la historia nos es conocido. Cuando Gaspar supo del matrimonio secreto de su hija, como hombre de honor no tuvo nada que decir, aunque como fiel sirviente tembló al pensar en la cólera que tal hecho provocaría en su señor. Encontró todo tipo de justificaciones para la noble equidad del conde Rodolfo, pero como padre tuvo que sufrir el verse obligado a separarse de su querida hija Noemí, desterrada por haber amado. Noemí se parecía tanto a la que había sido su esposa que, al tener que apartarse de ella, creyó perderla por segunda vez. Pero, como buen cristiano, ante aquella nueva prueba, doblegó su voluntad a los dictados de la Providencia. Sin derramar una lágrima, besó a su hija, a quien no había de volver a ver, por última vez, y se retiró para leer en la Biblia, una vez más, la historia de Agar.

Noemí se fue, y pasaron días, meses y años sin una carta suya: todo lo que sabían de ella era que se encontraba en Francia. Guillermina lloraba, cuando se acordaba de su hermana. Ésos eran sus únicos momentos de tristeza, porque, por lo demás, era feliz y amaba a su marido, que la adoraba.

Ya sabemos de la muerte del conde Rodolfo y de su esposa. Pues, bien, cuando Maximiliano decidió relevar a todo el servicio, así lo hizo, con las solas excepciones de Gaspar y Jonathas. Si hubieran estado al servicio de otros, Gas-par podría hablar de su yerno, y Jonathas, de su cuñado; si los mantenía a ambos entre el personal de la casa, el conde les obligaba a comportarse con discreción.

Cuando Albina llegó al castillo de Eppstein, la dulce y bondadosa Guillermina fue muy de su agrado. Los incipientes celos de Maximiliano le llevaron a prohibir a su esposa que visitara los castillos vecinos, pero nada le impedía acer-carse a las chozas. Albina se aburría menos en la alegre casita del guarda fores-tal que en la lúgubre y oscura fortaleza. Y en casa de

Guillermina, llegó a tener sus propias flores, que ella misma regaba, y hasta su presencia resultaba familiar para algunos pájaros. Fue en aquel lugar donde Albina disfrutó un poco del aire, del sol y de la libertad; allí fue donde contempló, por casualidad, la maravillosa luz de aquellos hermosos días de Winkel.

Cuando la presencia de los franceses obligó al conde a escapar a Viena, éste ordenó a su esposa que no abandonase jamás el castillo. Como Guillermina tenía que realizar las tareas propias de su casa, la pobre Albina se sentía más triste y sola que nunca en el momento en que apareció por el castillo el capitán Jacques. Las personas que sufren por razones sentimentales experimentan una mayor compasión hacia todo tipo de dolor. Por eso, Albina volcó todas sus pre-ocupaciones en aquel joven herido, mientras que el francés, por su parte, sentía una especial simpatía por la castellana. Durante una velada, el capitán Jacques contó su vida a Albina. Parece fuera de toda duda que, en aquella narración que no ha llegado hasta nosotros, debieron de aparecer algunos asuntos de profundo interés, ya que, a partir de aquel momento, aquellos dos corazones jóve-nes se sintieron unidos por una real amistad.

Desde aquel instante también, el pensamiento de Albina encontró materia a la que dar vueltas, y su vida, un nuevo interés. Y ya no echaba tanto de menos sus paseos por el bosque, ni insistía tanto a Guillermina para que fuera al castillo a visitarla. Es más, la mujer del guardabosques ni siquiera se cruzó una sola vez con el herido, durante todo el tiempo que éste permaneció en el castillo de Eppstein: le pareció ver tan sólo un atisbo de su uniforme, el día en que éste partió para unirse a su regimiento, estacionado en Maguncia.

Cuando el capitán Jacques faltó, Albina se acercó de nuevo a Guillermina, y la pidió que viniera a verla tan a menudo como le fuera posible. Porque aquellas dos mujeres, separadas tanto por la cuna como por la educación, eran dos almas gemelas, cuyos espíritus estaban en comunión. La castellana recuperó 'a algo de su antigua alegría, y confió a Guillermina, y sólo a ella, la dulce esperanza a la que se debía aquel contento, porque la mujer de Jonathas también iba a ser madre, un mes, o así, antes que la condesa. Y se dedicaron a imaginar proyectos, sueños, locuras...

-Nuestros dos hijos -le decía Albina- serán criados juntos y tendrán los mismos tutores. Quiero que así sea; ¿me has oído Guillermina?

-Sí, señora -le respondía ésta-; pero pienso que vos sois demasiado delicada como para alimentar a vuestro hijo, así que yo seré quien le dé de mamar al mismo tiempo que al mío. Soy una mujer de campo, fuerte y bien plantada, así que perded cuidado, que sabré cuidar de los dos, aunque al final no sabré ya cuál de los dos sea mi verdadero hijo.

Con todos estos planes y esperanzas por el medio, el conde Maximiliano regresó de Viena. Pero al día siguiente de su vuelta, cuando Guillermina se presentó en el castillo como siempre, se le dijo que la señora no podía ver a nadie, por orden del conde. Aunque la muchacha insistió, casi la echaron de allí. Y regresó a su casa, inquieta y afligida.

A partir de entonces, el conde Maximiliano, que muy rara vez se había dado a la caza, se dedicó a cazar todos los días, en compañía de Jonathas. Mientras, el viejo Gaspar no se movía de casa, encantado de ver cómo su yerno ocupaba su puesto. Durante aquellas jornadas cinegéticas, el conde daba muestras de una arisca crueldad que nadie le suponía, que iba en aumento cada día, y que pare-cía responder a un deseo íntimo de causar sufrimiento. Cuando un ciervo o un gamo ya estaban heridos, en lugar de acortarles una larga y dolorosa agonía, de un tiro o de una cuchillada, permitía que los perros los devorasen, aunque en la liza los mejores de la jauría resultaran destripados. Mientras tanto, y siempre taciturno, contemplaba el espectáculo con una sonrisa en los labios. El resto del tiempo guardaba silencio, y así la mayor parte de los días. A petición de su mujer, en una ocasión, Jonathas se atrevió a preguntarle por su esposa. Maximiliano palideció y, con voz cortante y mirada amenazadora, le dijo:

-Cállate. ¿Qué te importa a ti lo que haga o deje de hacer la condesa? No es cosa tuya.

Desde entonces, el pobre guardabosques no osó formular preguntas tan mal recibidas. Y así transcurrieron unas cuantas semanas, hasta finales del mes de diciembre. Llegó el momento del parto de Guillermina. La mañana del día de Navidad, el conde había quedado con Jonathas, quien en vano esperó a su señor durante un par de horas, sin que éste se dignase aparecer. En su lugar, al cabo de un rato, Jonathas vio que alguien se acercaba y le llamaba a grandes gri-tos: Guillermina iba a ser madre. Jonathas regresó rápidamente a su casa cuando, en el momento en que traspasaba el umbral, su mujer daba a luz a una niña. Tras el parto, el primer pensamiento de Guillermina fue para su esposo; el segundo voló hasta Albina.
-Hay que avisar a la señora condesa -exclamó Guillermina, radiante, a pesar de los dolores.
Pero tan sólo lágrimas y silencio respondieron a la petición de la muchacha, Porque, aquella misma mañana, algo terrible había ocurrido en el castillo.

Capítulo V

Albina había pensado que, cuando hiciese partícipe a su marido de la feliz revelación que alegraba plenamente su corazón maternal, Maximiliano compartiría esa felicidad, estrecharía a su esposa entre sus brazos, y daría esos gritos que sólo el alma es capaz de comprender y recibir, porque una nueva era se inicia para el amor.
-No he prestado la debida atención al conde -se decía Albina, con la pre-ocupación generosa que le caracterizaba-. Es noble, bueno, solícito, pero, en mis sueños, lo comparaba con mis quimeras infantiles. Exigía a la vida que hiciese reales las caprichosas fantasías de mi imaginación, como si un hombre de Estado fuera un personaje novelesco, como si los hombres del siglo XVIII tuvieran algo que ver con los que vivieron doscientos años atrás. Estaba loca. Pero, ahora, soy seria, fuerte y madre, y ya nada debo exigir, porque tengo debe-res que cumplir, y abandonaré toda rigidez, en aras de esa responsabilidad. Creo, además, que sería capaz de perdonar todo al padre de mi hijo, a quien me ha dado la felicidad de ser madre, la alegría más pura del mundo.
Así que con toda impaciencia, aguardó y deseó Albina el regreso del conde. Y alegre y expansivamente apresurada, le confió, entre sonrisas, aquel amado secreto. Y con la ingenuidad y la gracia de una niña traviesa, escrutó el rostro de su marido para hacerse idea del efecto causado por tan buena nueva. Esperaba que le besaría con delirio, que le llamaría con los nombres más dulces, que le plantearía mil preguntas, todas tiernas y cuajadas de inquietud. Pero, en vez de eso, Maximiliano se puso terriblemente pálido, y estrechó con rabia la mano que Albina le tendía. Calculó, a continuación, a qué distancia venían Tobías y su séquito y, sin decir palabra, insensible, pasó ante su mujer, consternada, y se alejó de ella con precipitación.
Albina se quedó de pie, inmóvil y fría, en el mismo lugar en que el conde le había dejado, como una estatua viviente del dolor. Se llevó la mano a la frente; pero estaba perfectamente despierta: no era un mal sueño. Con el alma poseída por el terror y la angustia, se volvió a sus habitaciones. ¿Qué había hecho? ¿Qué falta había provocado la cólera de su marido? ¿Qué delito había cometido? Por-que para que tanta cólera fuera más intensa que la felicidad que ella le había anunciado, debía de tratarse de algo de extraordinaria gravedad.
Por más preguntas que se hacía Albina, no era capaz de encontrar en toda su vida un motivo que suscitase tanto rigor por parte del conde. A lo peor, se había equivocado por haberse guardado la noticia durante tanto tiempo. Pero si tal había sido su manera de actuar, sólo lo había hecho por darle en persona la noticia a su esposo. Tan ligera falta no se merecía un trato tan desconsiderado. La pobre condesa, extraviada entre mil terribles dudas, sola, en su cuarto,

no sabía qué pensar, y se echaba a temblar en cuanto oía el mínimo ruido. Al cabo de una hora, la puerta se abrió, y entró un criado con una carta, de Maximiliano, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora,

Me limito a haceros saber mi voluntad, mi expreso deseo. ¿Queda claro? Pues es éste. Nunca más abandonaréis los muros de este viejo castillo. Nunca más os aceptaré en mi presencia. Si salgo, cosa que haré todos los días, sois libre para pasear por el patio o por los jardines. Pero, y os va en ello la vida, os ordeno que no deis ni un solo paso más allá. Os prohíbo también que escribáis a nadie, y que volváis a ver a vuestra Guillermina. Sabéis quién soy y lo que represento. Obedeced, y no provoquéis mi cólera, porque no respondo de las consecuencias de un estallido del que sólo vos seríais responsable.

Maximiliano de Eppstein.

Tras la lectura de aquella carta, de la que no entendía nada salvo que estaba perdida, la condesa se quedó anonadada. Ya hemos mencionado la violen autoridad con que Maximiliano imponía su implacable voluntad, y cómo todo el mundo se sometía a sus violentos y groseros deseos, con tal de evitar los ciegos e inevitables pasos del destino. Tanto era así que Albina, a pesar de saberse inocente, agachó la cabeza, como ante la muerte, y esperó, aunque en la actitud tranquila que adoptó, había tanta dignidad como resignación. La sostenía el sentimiento de que era inocente y, como ya no amaba a su marido, pensaba menos en la estima del conde que en la propia.

-Si Maximiliano ya no respeta a su esposa -meditaba Albina-, habrá de ser ella quien se respete a sí misma, y proteste, con su calma fuerte y confiada, contra tan injusta condena. Ni siquiera sé del delito que me acusa Maximiliano, pero el futuro siempre es portador de una antorcha que ilumina los tiempos pasados. Y llegará el día en que Maximiliano habrá de reconocer su error. Mientras tanto, con viene que yo permanezca orgullosamente tranquila.

¿No fiaba demasiado a sus fuerzas aquel alma sensible que, hasta el momento de su matrimonio, había visto cómo todo se inclinaba ante su debilidad? La cólera de un hombre como Maximiliano no podía tomarse a la ligera, porque, una vez desatada, ni se detendría a mitad de camino ni habría obstáculo que la frenase. Pasaría por encima de todo hasta alcanzar su objetivo.

El conde lo sabía tan bien, además, que hasta tenía miedo de sí mismo, y temblaba ante su propio rencor. Trastornado en el momento en que su mujer le había anunciado con toda ingenuidad aquello que era una felicidad para ella, pero que él consideraba un deshonor, había emprendido una huida hacia la venganza. Si sólo hubiera hecho caso de sus violentos instintos, habría matado allí mismo a la mujer que, tras haberle engañado, le insultaba. Pero eso hubiera sido como proclamar públicamente su vergüenza y, provisionalmente, optó por refrenar su cólera, y se limitó a encarcelar a su mujer, como si fuera una delincuente.

Una vez escrita aquella amenazadora carta, también él se dispuso a esperar. Mañana y noche, los dos habitaban bajo el mismo techo, y Albina oía los pasos de Maximiliano por el pasillo, siempre lentos, siniestros. Ni una sola vez se paró ante su puerta, ni vaciló por sentir deseos de detenerse allí. Durante semanas y meses, no se vieron ni una sola vez, pero aun así, ambos pensaban en el otro, y tanto o más que los amantes más unidos. Por más que el conde buscaba en el cansancio físico el modo de olvidar las sombrías ideas que le obsesionaban, le resultaba imposible. El ultraje del que creía ser víctima era de esos que un hombre de su carácter padece con tanta intensidad que les resulta imposible olvidar o perdonar. Por su parte, la condesa, aunque buscaba refugio en su conciencia y trataba de apartar todo pensamiento que no fuera para su futuro hijo o para Dios, el misterioso comportamiento de Maximiliano la espantaba y perturbaba continuamente sus esperanzas, por el día, así como sus sueños, de noche.

La calma que ambos aparentaban no era sino esa engañosa tranquilidad que precede al estallido de una tormenta. Los dos lo sabían bien, y los dos estaban dominados por la angustia, dolorosa y febril, de la espera. Porque Maximiliano y Albina ya no vivían: con aquella calma reflejada en sus rostros, sino que con la muerte en sus almas, muchas veces se sobresaltaban ante los sordos terrores que les oprimían el pecho. Sin darse cuenta, él se echaba a temblar ante la aureola de pureza con que su mujer se había adornado. Ella, conocedora del carácter violento de su marido, se esperaba cualquier cosa del primer día en que hubieran de volver a encontrarse.
Pero fue Albina la primera para la que tal estado de cosas resultó intolerable. Segura de su inocencia, se decidió a afrontar aquel peligro desconocido que la rondaba, amenazante. Estaba tan segura de la existencia del mismo que, tras varios días de duda, cuando tomó la decisión de pedir una explicación a Maximiliano, antes de nada dejó escritas unas líneas que, como veremos, constituyen más un testamento que una carta propiamente dicha.

«No sólo tengo prohibido verte, mi querida Guillermina, sino hasta escribirte. De modo que recibirás esta carta sólo en caso de que haya muerto. Creo, sin embargo, que la muerte es capaz de sortear el deber de obediencia.
No te extrañes de mis tristes aprensiones, Guillermina. En el estado en que me encuentro, es mejor preverlo todo. Pero no me gustaría abandonar este mundo sin haberte hecho a ti, que tanto me has cuidado, el legado de corazón que dejan los moribundos a las personas que han amado.
¡Dios mío! No sé por qué tan tristes palabras salen de mi pluma. Sin embargo, créeme, mi querida campesina, estoy contenta y tranquila. Ahora mismo, sonrío al recordar los proyectos que hacíamos juntas meses atrás. ¿Te acuerdas? En cualquier caso, voy a tomarme la licencia de repetírtelos, porque aquellos planes tenían mucho que ver con un compromiso.
Guillermina, me prometiste que serías el ama de cría de mi hijo, caso de que yo faltase. No olvides tal promesa, porque cuento con ello. Y viviré, espero hacerlo, para recordártela yo misma. Pero me quedo más tranquila tras habértela recordado por escrito, en el momento en que la decisión que he tomado la convierte en solemne promesa.
Pero eso no es todo, Guillermina. Escucha lo que voy a decirte. Si Dios me llamase, estoy segura de que el conde Maximiliano educaría noblemente y como conviene a mi hijo. Pero la educación del espíritu, ya sabes a qué me refiero, la que se recibe en el regazo de una madre, sólo una mujer puede transmitirla. Los hombres enseñan las cosas de la vida; pero hace falta siempre una mujer que instruya en lo que al cielo toca. Por ejemplo, tú que me conoces, le hablarías mucho mejor de mí de lo que lo haría su padre, que nunca se tomó la molestia de conocerme. Háblale de mí, Guillermina, cuando tengas ocasión, o siempre. Haz que me conozca como si me hubiese visto, y no le niegues ni la menor de esas caricias que son tan necesarias a los pequeños como la leche que maman. ¡Pobre huérfano!
Confío en ti para que crezca en una atmósfera de amor y cariño. Te pido, mi querida Guillermina, que seas no sólo su nodriza, sino también su madre.
Creo que eso es todo lo que tenía que decirte. Si se me ha olvidado algo, tu corazón sabrá adivinar el resto de mis ideas.
Pensarás que soy una egoísta, porque todavía no me he referido a ti. ¡Perdóname! ¡Sólo te he hablado de él, del niño que llevo en mis entrañas!
Ahora verás cómo, tras estas recomendaciones sobre mi hijo, no he olvidado al tuyo. En este mismo sobre, encontrarás dos cartas: una, dirigida a la superiora del Tilo Sagrado; la otra, para el mayor De Kniebis, en Viena.
Si dieras a luz una niña, cuando tenga cinco o seis años, la enviarás junto con esa carta a ver a mi buena tía, la abadesa Dorotea, que es como mi segunda madre. Ten por seguro, Guillermina, que tras leer mi petición, acogerá al instante a tu hija, en el mismo convento en

el que yo fui educada junto con las más importantes herederas de Alemania. Fueron tiempos felices, en los que yo me dedicaba a entonar cánticos al Señor, y en los que la pérdida de una paloma constituía la mayor de mis penas. Y quédate tranquila, porque tu hija recibirá en ese lugar una buena y piadosa educación.
Si fuera un niño el fruto de tu alumbramiento, envíale a ver al mayor, quien lo llevará a un colegio o le hará ingresar en una academia militar. Este oficial era íntimo amigo de mi padre, y todos los días venía a Winkel a vernos. Recuerdo cuánto me divertía hacerle rabiar, y con qué gracia y bondad secundaba mis inocentes bromas, si no las provocaba él mismo. ¿Quién diría, al verme hoy, mi que-rida Guillermina, que yo era la más alocada, la más atolondrada de las niñas? El mayor no se habrá olvidado de su pequeña Albina y, por el cariño que me tenía, acogerá a tu hijo como si del mío se tratase.
Desearía que ambas tuviésemos niños o niñas, para que nuestros hijos llega-ran a ser hermanos o hermanas.
Si muero, haz por mi hijo lo mismo que yo haría por el tuyo, caso de que yo viviese. ¡Adiós, Guillermina! En cualquier caso, estoy segura de que las almas no mueren, y la mía no ha de abandonar a la persona que cuide de mi vástago.
Para mi pobre criatura, te adjunto con la carta un bucle de mis cabellos, porque ya sabes que mi misiva no te llegará más que después de mi muerte.
¡Adiós, adiós! ¡No olvides nada de lo que te he dicho!

Albina de Eppstein, nacida Schwalbach
24 de diciembre de 1793
P.S.: Se me olvidaba. Una chiquillada más. Si tuviera un hijo, me gustaría que se llamase Everard, como mi padre; si fuera niña, debería llamarse Ida, como mi madre.»

Tras escribir esta carta, Albina se quedó mucho más tranquila. Porque nada sosiega tanto el alma como una determinación ya adoptada. Y Albina estaba decidida a que Maximiliano pusiese fin a aquel silencio obstinado, siniestro y terrible, aunque sus primeras palabras, fatales como el rayo, la hirieran de muerte.
A Albina aquel día se le hizo más corto que los anteriores. Pensaba que cada t minuto que pasaba le acercaba a la hora decisiva, al momento supremo. Las últimas horas volaron. Y llegó la noche. La condesa ordenó que encendiesen á unas cuantas velas. Le parecía que cuanto más iluminada estuviera la estancia, mejor se vería la calma que reflejaba su frente, más resplandecería la inocencia de su alma y más fuerte se sentiría. Luego, se puso a escuchar. A la hora habitual, oyó los pasos de Maximiliano. Abrió la puerta y avanzó por el pasillo.
Maximiliano llegó a lo alto de la escalera. Delante de él, iba un criado que le alumbraba el camino. Cuando vio a Albina, se detuvo un momento, sorprendido. El doméstico siguió su camino, tras hacer una reverencia a la condesa. A continuación, llegó Maximiliano, que iba a pasar de largo, sin decir nada. Pero, con una firmeza de la que la propia Albina no se hubiera creído capaz, le puso una mano en el brazo. Y al sentir aquel contacto, el hombre de hierro se estremeció.
-¿Qué queréis, señora? -preguntó Maximiliano.
-Hablar con vos un momento, conde -respondió Albina.
-¿Cuándo?
-Ahora mismo, si no tenéis inconveniente.
-¡Cómo! ¿Esta noche?
-Así es.
-¡Señora! -exclamó Maximiliano, como una amenaza.
-Os lo ruego.

-Recordad el consejo que os di. Más vale que dejéis que mi cólera perma-nezca adormecida. Pero, por voluntad vuestra, la habéis despertado, señora. Está bien. Estoy a vuestras órdenes.
Y los dos se miraron a la cara, a la luz vacilante de una antorcha. Ambos estaban muy pálidos. Había llegado el momento decisivo, el instante tantas veces temido y, no por eso, menos inevitable. En el fondo de sus corazones, y a pesar de haberlo deseado en más de una ocasión, seguramente ambos hubieran deseado retrasarlo. Pero ya era demasiado tarde. Un impulso más fuerte que la propia voluntad de cada uno los obligaba a seguir adelante.
-Señora -dijo, tras una pausa, el conde, con la voz alterada-, todavía estáis a tiempo. Pedidme que me retire a mis aposentos, y así lo haré. Sé cómo sufrís, pero os advierto, señora, con toda sinceridad, que no respondo de mí. Tened cuidado. ¿Deseáis que nos veamos las caras ahora mismo, o creéis que nuestras explicaciones aún pueden esperar?
-No ha de haber más dilaciones -replicó la condesa-; hace mucho tiempo que espero este momento y, además, no tengo nada que temer. Seguidme, os lo ruego.
El conde hizo una seña al sirviente para que dejase aquella lámpara en sus habi-taciones, y siguió los pasos de su esposa. La condesa entró primero, y cerró la puerta tras el paso del conde. Tanta seguridad cohibía un tanto a Maximiliano, quien la contemplaba con cierta sorpresa. Al ver que la condesa se situaba de nuevo frente a él, y le miraba con sus ojos tranquilos directamente a los suyos, exclamó:
-¡Señora! ¡Señora! ¡Cuidado! He de exigiros rigurosa cuenta de vuestros actos, de todos.
-Yo también, señor -repuso la condesa-; yo también he de acusaron. Más tarde, podréis calumniarme, si tal es vuestro deseo.
-Hablad, pues, en primer lugar -contestó el conde-. Pero estáis pálida, y no os encontráis bien. Sentaos, pues, os lo ruego -añadió con odiosa galantería, tras acercar un sillón a la condesa.
La condesa tomó asiento, y Maximiliano permaneció en pie, con los brazos cruzados, los labios apretados, un oscuro mirar. Se encontraba en la gran: cámara roja, en el aposento familiar, en el que la condesa había permanecido durante el tiempo que duró la ausencia de Maximiliano, y en el que se le había permitido quedarse. La cámara estaba iluminada por cuatro velas, pero era tan espaciosa que la luz apenas llegaba a las paredes del fondo. En la penumbra, se adivinaba el lecho, cubierto con grandes colgaduras; las cortinas se movían y se agitaban en las ventanas, al deslizarse, a través de ellas, algunas bocanadas del viento invernal. Hubo un instante de silencio. Y con voz firme y segura, la condesa continuó:
-Señor, al lado de mi padre, fui una joven feliz, tranquila y adorada. Reía, corría y jugaba. Mi alma desbordaba de gozo, y mi corazón, de entusiasmo. La ilusión no es una virtud banal, creedme, señor. Aunque debo reconocer que es ella la que me ha perdido. Aparecisteis vos y, pobre loca de mí, pensé que erais como en mis sueños. Vi en vos a un verdadero caballero, atento, valiente, ardoroso. Vos, sin embargo, señor, no buscabais sino mi título y mis riquezas...
-¡Señora! -le interrumpió el conde, con voz sorda, aunque un poco burlona.
-En el momento en que me convertí en vuestra esposa -prosiguió la condesa-, ni os molestasteis en seguir con aquellos disimulos, ni en mantener aquellas ilusiones, que ya no os eran de ninguna utilidad. ¡Dios mío! Creo que algo más se podría haber hecho de mi vida.
-¡El colmo! -exclamó Maximiliano, con una risotada amarga, ruidosa.
-He visto, señor -añadió la condesa-, cómo todas las creencias a las que me aferraba, porque sin ellas no hubiera podido vivir, desaparecían una por una. Y entonces recordé una frase de esa buena religiosa, la abadesa del Tilo Sagrado: «Hija mía -me dijo, en el momento de separarnos para no volver a vernos-, si alguna vez te falta la felicidad, busca refugio en el deber».
-¡Ya, ya! -le interrumpió el conde, una vez más. Pero su acento sarcástico sonaba verdaderamente terrible.
-Fiel a ese recuerdo -continuó la condesa, con angelical serenidad-, he obedecido toda mi

vida, y he hecho, de la resignación, virtud. Estaba preparada para luchar contra el olvido, pero no contra el odio, la indiferencia y el despre-cio. No os reprocho, señor, que me engañaseis cuando era joven, ni mis sueños destruidos, ni mi existencia, echada a perder. No os pido un amor imposible. Pero, cuando menos, tengo derecho a exigir vuestro respeto, porque no quiero que mis súbditos vean cómo me sonrojo. ¿Es mucho pedir, señor conde? ¡Res-pondedme! ¡Decidme algo!

-¿Habéis terminado? -replicó Maximiliano-. Pues ahora me toca a mí.

-Os escucho, señor -contestó la condesa.

-Comenzaré por deciros que no tengo ganas de ocuparme de esas chiqui-lladas de colegiala que tanto os gustaban. Creo que el tiempo de un hombre es lo bastante precioso como para no desperdiciarlo en semejantes quimeras. Si yo no he sido capaz de llevar a cabo los sueños de vuestra sensibilidad, ¿tenéis algo que decir, por vuestra parte, en cuanto a los objetivos de mi ambición?

-¡Oh, padre! ¡Padre mío! ¡Me lo advertisteis! -exclamó Albina-. ¡Es un ambicioso en busca de condecoraciones, un buscatítulos, cuyos únicos esfuerzos buscan ser recompensados con una gran cruz en lugar de ser comendador, llegar a duque sin conformarse con ser conde! ¡Y a eso lo llama ambición! ¡Dice que me habla de su ambición!

-Un momento, señora -dijo el conde, rojo de cólera, tras dar unos taconazos-; a fin de cuentas, no se trata sólo de eso, ya lo sabéis.

-No; no lo sé. Para saberlo, precisamente, es por lo que deseaba mantener esta conversación.

-Pues, bien, os lo diré. Os había confiado mi apellido y mi honor. Y, ¿qué habéis hecho de ellos, señora? No mintáis; no dudéis; no adoptéis esos aires de santa o de mártir. Todo es inútil. Mi pregunta es clara. Responded a ella.

-Nunca he mentido, ni siquiera en asuntos frívolos.

-Está bien. Decidme, pues, mi leal esposa, ¿quién era ese hombre, ese francés, ese tal capitán Jacques?

Al oír estas palabras, Albina entendió todo. Sonrió, y miró al conde con una sonrisa compasiva, para añadir:

-El tal capitán Jacques, señor, era un hombre herido, a quien quizá salvé la vida, y que, desde luego, dejó mi honor a salvo.

-Por eso, él os llamaba Albina, y vos a él, Jacques. Por eso, le tratabais de amigo mío, mientras que él, por no atreverse a llamaros del mismo modo, se conformaba con hermana mía. Por eso, permanecía siempre en esta cámara, junto a vos; por eso, no os separabais jamás; por eso, llorasteis, cuando se fue.

-¡Señor! -exclamó la condesa, puesta en pie.

-No os hagáis la orgullosa, no finjáis indignación, señora -dijo Maximiliano, tan exaltado como sus palabras-. Os aconsejo que no me sonriáis con desdén, ni me miréis con desprecio. Si hay uno que deba despreciar al otro, este papel corresponde al marido ultrajado, no a la mujer culpable del engaño.

-¡Pobre Maximiliano! -murmuró Albina.

-¡Y ahora, compasión! ¡Cuidado, señora! No me saquéis de mis casillas con vuestra insultante frialdad. ¡Cuidado, señora, cuidado! Mi sangre es fogosa. Ese hombre fue amante vuestro; os digo que así fue. Pero me vengaré, estad tranquila. Me lo he jurado a mí mismo, y ahora repito, en voz alta, mi juramento. En lugar de sonreír, señora, creo que mejor haríais en echaros a temblar.

-Pues no tiemblo, señor -dijo Albina-; ya lo veis.

-¿Qué sentís, pues?

-Me compadezco de vos.

-¡Oh! ¡Ya es suficiente! ¡Basta! -gritó el conde, tras explotar-. ¡Doble-gaos ante mi cólera! Pero ahí estáis, de pie, insolente y altiva, con la esperanza de engañarme con la ayuda de

vuestra falta de pudor. Os repito que lo sé todo, que no se me engaña con tanta facilidad como habéis creído, que os habéis prostituido con ese hombre, y que el niño que lleváis en las entrañas no es mío, sino hijo de un adulterio. ¿Me habéis oído, señora, me habéis oído? Atreveos ahora a mirarme a la cara. Os atrevéis... ¡Miserable! ¡Aún se atreve! ¡Bajad los ojos! ¿No queréis, infame? Y hasta sonreís...

Furioso, Maximiliano, se abalanzó sobre la condesa, deslumbrado, cegado por la rabia, como si una nube de sangre se hubiese posado sobre su vista. Tranquila, con la mirada firme y una sonrisa triste, Albina vio cómo se le venía encima la tormenta, sin dar un paso atrás, sin decir palabra, sin hacer un gesto por evitarla. Rabioso, inflamado, el conde se detuvo a un paso de ella. Durante un segundo, permanecieron así, cara a cara, perdidos ambos, él, con invocacio-nes al infierno; ella, sin dejar de rogar al cielo. Pero Maximiliano no soportó durante mucho rato el insulto mudo de tanta serenidad y, tras poner las manos sobre los hombros de su esposa, gritó, con voz tronante:

-Por última vez, humillaos y pedid perdón de rodillas.

-¡Pobre insensato! -replicó Albina.

No hubo acabado de pronunciar tales palabras, cuando se oyó un salvaje juramento. Aquellas dos manos, violentas e impías, del conde la troncharon como a un rosal y arrojaron sin miramientos al suelo a aquella frágil criatura que osaba hacerle frente. Al caer, Albina se golpeó la cabeza con la esquina del sillón en el que había permanecido sentada. Salió sangre, y se desvaneció, mientras decía:

-¡Mi hijo! ¡Dios mío! ¡Mi hijo!

Maximiliano permaneció un instante ante aquel cuerpo inanimado, con la mirada fija, quieto, estupefacto de su propio crimen. Pero supo salir de aquella torpeza, y abandonó la estancia al grito de:

-¡Socorro! ¡Socorro!

Al oír las voces, aparecieron algunos criados, que trasladaron a la condesa, desvanecida, hasta el lecho. Y fueron en busca del capellán, que, como ya hemos dicho a propósito del capitán Jacques, había estudiado medicina.

-No sé cómo se lo ha hecho -balbucía el conde-; se ha caído y se ha golpeado la frente con el mueble. Ha debido de resbalar.

Pero, tras decir estas palabras, Maximiliano se acordó de la pobre Gretchen, la hija del juez, quien también había resbalado, y que también había muerto como víctima, no de su cólera, sino de su amor. Aquel hombre acababa con todos los seres a los que se acercaba.

Con tales pensamientos, Maximiliano se puso pálido en extremo, y se apoyó en la chimenea para reponerse, porque los sirvientes le miraban y el cura acababa de llegar. Tan fuerte había sido el golpe, que Albina no volvía en sí, aunque era el alma lo que tenía destrozada, no el cuerpo. El capellán no sabía cómo reanimar a la condesa. El agua fría no surtía efecto, y las sales tampoco ayudaban. Pero el milagro que no alcanzaba la ciencia, lo obró la naturaleza. La condesa sintió los dolores del parto, y abrió los ojos, aunque con la mirada perdida. Recuperó el habla, pero no la razón. Y comenzó a delirar, con palabras incoherentes, pro-ducto de la fiebre, que ninguno de los asistentes acertaba a comprender, pero que para su marido, y sólo para él, encerraban un terrible significado.

El sacerdote aseguró que si no llegaba pronto algún médico de Francfort que le ayudase, no sólo no respondía de la madre, sino que tampoco sería capaz de salvar la vida del niño. Y uno de los criados del conde se fue a la ciudad, con un caballo cogido por la brida, para que el médico pudiese llegar sin tardanza. El delirio de la condesa iba en aumento.

-Me muero -decía Albina, entre gemidos que entrecortaban aquellas tristes palabras, porque la armonía destruida de su mente permanecía íntegra en el dolor-. Siento que mi alma se separa de mí. ¡Que no toda ella ascienda hasta Dios! ¡Que la mitad de mi espíritu se quede con mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Y vuestro, Maximiliano! ¿Me oís? ¡Vuestro! Al borde de la eternidad, ¡os lo

juro! ¿Dónde estáis, Maximiliano? Vuestra crueldad os ha jugado una mala pasada. ¡Cruel-mente! ¡Dios mío, qué dolor! Si supierais, Maximiliano, si supierais... Pero tal secreto no me pertenece. Me hizo jurar que jamás lo revelaría. Mas un día, lo sabréis... Un día, él mismo...; un día volverá. ¡La muerte! ¡La muerte! Pero la muerte no es el final, ¿no es así, señor capellán? El féretro es la cuna del cielo. Y vos, padre, buen cura, dadme la mano. Padre, he de pediros una cosa; sólo a vos. Que Maximiliano no oiga lo que he de deciros. Padre, escuchadme: en la cabecera de mi cama, hallaréis una carta para Guillermina. En el nombre de Jesús, os ruego que se la entreguéis. Decidle, padre, decidle que me muero, pero que volveré para ver si cumple lo que la he pedido. Sabéis, padre, que las condesas de Eppstein que mueren durante el día de Navidad, o en Nochebuena, sólo a medias mueren... ¡Hijo mío! ¡Pobre hijo! ¡Que Dios me perdone! ¡Que Dios me ayude! Te siento ahora más que a mí misma: te doy mi corazón; te transmito mi vida. Tómalo, tómalo todo, y que pueda morir. ¡Señor capellán! Salvadle a él; no os preocupéis por mí... Yo estoy perdida...

En ese instante, dieron las doce de la noche. El conde se estremeció. En efecto, como había dicho Albina en mitad de su delirio, comenzaba el día de' Navidad. La condesa se sentía cada vez más débil.

-¡Adiós! ¡Adiós! -dijo-. Os perdono, Maximiliano. Amad a vuestro hijo, queredlo. Padre, ¡estoy preparada! ¡Es Navidad! ¡Me muero!

Y Albina que, en el último espasmo de su agonía, se había incorporado casi por completo, cayó sobre el almohadón y expiró.

Maximiliano corrió hacia el lecho, y tomó en sus brazos el cuerpo de Albinas; Aunque estaba muerta, sintió cómo se agitaba en su seno el futuro hijo, y dio paso atrás, espantado. En ese momento, entró el médico que había venido desde Francfort, quien ordenó a todo el mundo que abandonara la estancia, también Maximiliano. Se trataba de llevar a cabo una operación terrible para salvar la vida de aquel niño.

Una hora más tarde, del seno de aquella madre ya fría, extrajo un niño vivo. Extraño misterio que hace que la vida surja tras la muerte. ¿No será que es mayor aún la intimidad, en esos momentos, entre madre e hijo? Dígannos, filó-sofos y médicos, ¿no es como si el alma de ese niño estuviera constituida gracias al postrer aliento de su madre?

El capellán entró en la habitación del conde, a quien encontró sudoroso. Tras entregarle la carta encontrada en la cabecera del lecho de la condesa, diri-gida a Guillermina, dijo:

-Señor, habéis tenido un hijo.

El conde abrió la carta, que no iba lacrada, la leyó rápidamente, y respondió:

-Está bien. Se llamará Everard.

El mismo día en que nació el hijo de Maximiliano en el castillo de Eppstein, la hija de Guillermina veía la luz en la cabaña del viejo Gaspar.

Capítulo VI

Al día siguiente, y ataviada con sus mejores galas, colocaron a la condesa en su lecho, y allí quedó expuesta, durante tres días, al cabo de los cuales, y vestida como estaba, la introdujeron en un féretro, y la enterraron en la cripta de la familia Eppstein.

Un día después de que Albina fuese inhumada, el conde partió para Viena, ciudad en la que permaneció un mes. Durante ese tiempo, los criados se dedicaron a retirar todas las pertenencias de la muerta, de tal forma que, a su regreso, aparte del pobre huérfano que había sido adoptado por Guillermina, nadie hubiera imaginado que Albina hubiera existido alguna vez. El servicio actuaba así, según les dictaba el instinto, convencidos de que para tener contento al señor había que apartar de su vista todo aquello que le trajese recuerdos de la

condesa.
A pesar de tanto miramiento, Maximiliano se emocionó mucho cuando se encontró a solas en aquel viejo castillo. Además, Alberto, su querido hijo, estaba en un internado en Viena.
Sobre todo, cuando volvió a entrar en aquella estancia familiar, conocida como la cámara roja; cuando se vio a los pies de aquel sillón en el que la condesa se había abierto la frente, o frente al lecho donde se había expuesto su cadáver, fue entonces cuando todos los recuerdos de Albina se agolparon en su corazón. Y, a su pesar, sintió un estremecimiento.
Porque, desde siempre, incluso para los de conciencia tranquila, aquellas paredes desprendían un terror glacial, imposible de describir, y que aquella noche estaba aún más presente por la fuerza con que el viento soplaba en el y exterior. Un buen fuego ardía en la gran chimenea, donde enormes trozos de encina se consumían entre chirridos. Sin embargo, y como siempre, hacía un frío terrible en aquella vasta y desangelada estancia. En una mesa, había un candelabro de cuatro brazos, con las velas encendidas, pero daba la sensación de que no habría claridad capaz de iluminar aquellas oscuras paredes, aquellos techos tan altos. Todo estaba igual que en la noche terrible en que se habían producido los acontecimientos de la Nochebuena. La única diferencia consistía en que el sillón que ocupara entonces Albina, hoy estaba vacío.
La violencia del temporal aumentaba por momentos, y el viento rompía en lamentos al chocar contra las esquinas de la cámara: eran largos lamentos que, apenas acallados, volvían a comenzar, y que no se apagaban por completo más que para resonar con más fuerza.
Pero el conde era un personaje valiente. Si alguien le hubiera dicho que un hombre cualquiera se estremecía al oír el viento, se hubiera reído de él y lo habría tachado de cobarde. Sin embargo, allí estaba el conde, tembloroso.
Paseaba por el cuarto, sumido en sus cosas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y una mano en la barbilla; andaba a lo largo y a lo ancho de aquella habi-tación, sin salirse, en ningún caso, del halo de luz que extendía a su alrededor aquel candelabro. Hay que decir que, de vez en cuando, echaba una ojeada a los ángulos más oscuros o a las cortinas que se movían y formaban ondas.
-Terrorífica idea -decía el conde, en voz baja- la de creer que las largas ráfagas de viento transportan los gemidos desesperados de todos los muertos de este mundo. Terrible resultaría pensar en todos los sollozos de esas almas, que no dejan de aumentar, y que flotan en determinados momentos sobre la naturaleza inanimada, en las insoportables agonías que se estrellan contra bosques y montañas, en la fúnebre llamada a los de aquí arriba de todos aquellos que están bajo tierra.
Estremecido, el conde se detuvo, y se apoyó en la chimenea. Y le ocurrió lo que siempre pasa en tales circunstancias: que una vez acariciada una idea, su espíritu indagó en ella hasta el fondo.
-Entre todos esos muertos que lloran -añadió-, quizá los que tan triste-mente se lamentan por los corredores del castillo son los de mi familia. ¡Y mira que son numerosos! ¡La implacable hoz ha hecho ya una buena siega en este recinto! ¡Lástima! Veamos... Sin hablar de mis antepasados, sin remontarme a los que no he llegado a conocer, en primer lugar viene mi madre. ¡Santa mujer! ¡Cuánto le hice sufrir en vida! Cuanto más dulce y cariñosa se mostraba, más enloquecido y testarudo me volvía yo. Y la de noches que pasó la pobre de rodillas, entre mi padre y yo, para dar consejos a uno y tranquilizar al otro. También mi padre se cuenta entre ellos y, si fue antes de tiempo a la tumba, quizá fue por mi culpa por lo que se redujo el número de sus últimos días. ¡Dios mío! Era un noble anciano el conde Rodolfo, aunque austero y rígido: nunca debería haberse tomado tan a pecho las tormentosas calaveradas de mi juventud. Y tam-bién se hallará mi hermano con ellos; sin duda, porque desde el día en que se fue, nada he vuelto a saber de él. ¡Pobre Conrado! A ése sí que le quería, en contra de lo que pensaran mi padre y mi madre: un joven frágil, de temperamento poético, a quien mi padre

maldijo por causa de un matrimonio poco conveniente y que, quizá, haya muerto como consecuencia de aquella maldición. ¿Son ésos todos mis deudos? No; aún no he terminado tan fúnebre revista. Está Berta, mi primera mujer, un nombre, más que un recuerdo; una sombra, incluso durante su paso por este mundo, figura insignificante que no vino a él más que para traer, Dios sea loado, un primogénito a la casa de Eppstein. Y después, después está...

Con la respiración entrecortada, el conde se detuvo un momento, como si notase que las piernas le fallaban, a pesar de estar apoyado contra la chimenea. Se dejó caer en un sillón. Y siguió con sus mudos pensamientos, que iban acompañados, no obstarte, de algunos movimientos de sus labios.

-Está la otra -prosiguió, mientras respiraba con dificultad-, Albina, la que me traicionó... Seguro que sus lamentos son más fuertes que los de los demás, porque su muerte no fue una muerte natural, como en el caso de Berta. La enfermedad que acabó con ella fueron mis celos. Porque yo la maté, no con mi espada, sino con mi cólera. ¡Y qué! La maté o, más bien, la castigué, y no me arrepiento, no; es más, si me viera obligado a hacerlo de nuevo, no lo dudaría.

En ese momento, el viento gimió con la mayor de las tristezas. Y el conde se puso en pie; estaba pálido, helado.

-¡Qué frío hace aquí! -dijo, en voz alta.

Y empujó con el pie hacia el fuego un enorme trozo de madera de encina.

-¡Qué oscuro está esto! -añadió.

Y encendió otro candelabro, que estaba en la bocana de la chimenea. Pero no le valió de nada, porque el frío se había adueñado de su corazón, y su conciencia estaba envuelta en tinieblas. Trató de librarse de los negros pensamientos que asediaban su alma, como búhos que revolotean sobre un sepulcro. Y recurrió a lo que mejor le distraía, a saber, sus sueños y sus ambiciones.

-Vamos -dijo, tras llevarse la mano a la frente-, vamos, Maximiliano. ¿O es que ya no eres hombre? Al diablo con todas esas quimeras. Voy a escribir una carta a Kaunitz.

Se sentó al escritorio, cogió una pluma y escribió la fecha: 24 de enero de 1793. Pero la pluma se le fue de las manos.

-Hoy, hace un mes que murió -murmuró.

Y se levantó, tras echar para atrás la silla, no sin violencia. Una angustia muy particular le oprimía el corazón. Comenzó a andar, como perdido, y trató de retomar el hilo de sus deshilvanadas ideas. Parecía como si fúnebres murmullos le advirtiesen en voz baja de que iba a suceder algo terrible, algo de carácter sobrenatural e inesperado, algo a lo que no podía hacer frente, algo que no podría evitar ni siquiera si emprendía la huida. Sin querer, establecía compara-ciones entre la agitación que bullía en su espíritu y el lúgubre silencio que le rodeaba, tan sólo interrumpido por los agonizantes gemidos del viento. Estaba aterrorizado.

Hay momentos en que, incluso para las almas más decididas, todo se reduce a un sentimiento de espanto. En medio de aquel silencio, el crujido del reloj de pared que se disponía a dar las doce campanadas, los doce tañidos en sí, el último de los cuales anunciaba que comenzaba el vigésimo quinto día del mes de enero, el chisporroteo de un leño que saltó de la chimenea al suelo, todos aquellos sonidos arrancaban sacudidas eléctricas del cuerpo de aquel hombre tan reputado por su valor. Por fin, el aullido de uno de sus perros, desde la perrera, hizo que aquel corazón, tan decidido siempre, experimentase una turbación insoportable. Al cabo, incluso le dio miedo el ruido sordo que producían sus pasos mientras andaba, y se quedó de pie, inmóvil, apoyado contra la pared Y hasta su propia falta de movimiento le aterrorizó; se frotó las manos, y sacudió la cabeza con un movimiento nervioso.

Estaba al acecho; sentía que se acercaba a él algo espantoso. El mundo invi-sible que nos rodea, a pesar de que no lo veamos y de que se escabulla a nuestro tacto, capaz como es de confundir todos nuestros sentidos, agitaba en torno a él sus mudos horrores, en mitad de

aquella cámara silenciosa y en penumbra. Y todos los terrores que han evocado los Alighieri en su poesía, los Miguel Ángel de la pintura o los músicos como Weber, se agolpaban contra las sienes del conde Maximiliano. Es más, tenía la sensación de que los respiraba. Nada podía su pobre razón contra las siniestras visiones que producía su alterada imaginación.

Por otra parte, un terrible recuerdo se cernía vagamente sobre todo aquello. Maximiliano recordó la siniestra leyenda de la condesa Leonor, muerta el día de Navidad. Pensaba en que la condesa Albina también había fallecido en tal fecha, y le venía a la mente la tradi ción que aseguraba que las condesas de Eppstein muertas en tal día sólo a medias lo hacían. Al poco, y desde el fondo de su alma tenebrosa, Maximiliano escuchó la voz de Albina, que le decía:

-¿Y si yo no hubiera sido culpable, sino simplemente víctima? Y tú, Maxi-miliano, que te erigiste en juez, ¿si no hubieras sido más que un asesino?

Hasta veinte veces oyó cómo su voz repetía aquellas lentas y solemnes palabras, que pesaban sobre su conciencia, gravosas, corrosivas, como las gotas de plomo fundido que menciona el Dante. El conde hizo acopio de fuerzas para tratar de escapar a aquel suplicio.

-¡No son más que locas y extrañas ilusiones! -exclamó en voz alta, como si pretendiera, gracias al sonido de su voz, acallar aquella otra que no dejaba de susurrarle en el fondo del alma.

De repente, mientras esto decía, un grito de niño traspasó el silencio, conti-nuación del lamento de la muerta. Pero, en esta ocasión, no había lugar para equívocos: el ruido era real. Era el vagido propio de una criatura, que provenía de la estancia situada encima de la cámara en la que se encontraba Maximiliano.

-Bueno -pensó el conde-; tras la madre, ahora le toca al hijo. Su niño, su Everard, un extraño para mí, un enemigo por cuya educación debo velar, en mi propia casa, como si fuera hijo mío. De lo contrario, la vergüenza de la madre recaería sobre mí... Pero -prosiguió, enfurecido-, ¿se callará de una vez? ¿Le habrán dejado solo en la cuna? ¿O será así -mientras reía con amargura- como acata las últimas voluntades de su amiga?

Como se trataba de un ruido material, Maximiliano escuchó con menos temor, pero con mayor impaciencia. Los lloros del niño no cesaban. Maximiliano echó mano de su espada, se subió a una esca lera de biblioteca y, con el puño, golpeó en el techo de la habitación con el fin de despertar a la nodriza que, con toda probabilidad, se había quedado dormida. Pero los lloros continuaron.

Al poco, la cólera que experimentaba Maximiliano comenzó a ceder su lugar a una nueva clase de angustia. Y su corazón que, por un momento, se había desahogado, sintió una opresión parecida a la de un momento antes. Aquellos lloros que no callaban, y que eran como quejas ante Dios por la muerte de la madre y el abandono del infante, perturbaron al conde hasta la locura. Quiso salir de allí. Pero, ¿adónde ir? Trató de llamar a alguien, pero la voz se le quebró en la garganta. Tomó una campanilla, y volvió a dejarla sobre la mesa. ¿A quién podría llamar? Todos dormían en el castillo, menos el huérfano y el asesino.

El fuego, que Maximiliano había olvidado avivar, acabó por extinguirse en el hogar de la chimenea, y ya la oscuridad invadía por completo aquella estancia, en la que solamente la dudosa luz de las velas pugnaba por ahuyentar las tinieblas. El viento aún soplaba, lo mismo que todavía resonaban los vagidos del niño. El conde sintió frío, y tuvo miedo. En su delirio, se llevó las manos a la frente, pero las apartó enseguida, porque tuvo la sensación de que su frente, ardiente, le abrasaba las manos.

Entonces, como vuelto en sí por la propia fuerza de sus terrores, se echó a reír, pero con risotadas tristes y terribles, y dijo:

-¡Maldita sea! Me parece que voy a perder la cabeza. Es muy sencillo; vamos a ver por qué llora esa criatura.

Con paso decidido, avanzó hacia una de las paredes, posó su mano sobre un resorte oculto en la tapicería y franqueó una portezuela secreta, que daba a una escalinata de piedra, de cuya

existencia sólo sabían los condes de Eppstein, y cuyo conocimiento se transmitía de padres a hijos. Aquella escalera desembocaba en una salida similar en la planta superior, igualmente ignorada por todo el mundo, en la misma cámara en la que gemía la criatura. Si se bajaba por ella, aquella escalinata conducía a la planta inferior y, más abajo, a la cripta en la que reposaban todos los antepasados de Maximiliano. La escalera cumplía las funciones de un gigantesco espía, que se deslizaba por toda la muralla a lo largo del castillo, y a la que nada de cuanto ocurría dentro de él podía escapar.

En el momento en que abrió la puerta secreta, un viento glacial, sepulcral, azotó el rostro de Maximiliano, apagó las cuatro velas del candelabro que portaba, y el conde, pálido como un cadáver y con los pelos de punta, se quedó petrificado en el umbral. Por aquella escalera, de la que nadie sabía nada y a la que ninguna persona podía llegar, oyó el roce propio de una vestimenta feme-nina: ante él, vio cómo una forma blanca se deslizaba, etérea.

El niño no paraba de quejarse. Demasiados terrores juntos. Al sentir que sus piernas le fallaban, el conde se apoyó en uno de los muros para no caer. Nadie, excepto él mismo, podría decir cuánto tiempo permaneció allí, sin sentido, por-que hay instantes que duran como años enteros. Al cabo de un minuto, o de una hora quizá, volvió en sí, empapado en un sudor frío. Sólo escuchó el silencio. El niño ya no lloraba. El viento había cesado.

Tras realizar un supremo esfuerzo, Maximiliano recurrió a todo su valor. Alzó el candelabro, que había dejado caer, desenfundó la espada y, por la escalera, subió hasta el cuarto del niño. Al abrir la puerta secreta que daba a la planta superior, el candelabro, que el conde llevaba en su mano izquierda, se apagó de nuevo, y no por causa de una corriente o de un golpe de aire: esta vez se trataba de algo sobrenatural. La luna, que en aquel instante se vio libre de una nube que la ocultaba, derramó sus pálidos rayos a través de una alta ventana. A la luz de aquel destello lechoso, el conde observó a-su alrededor.

Guillermina, la nodriza, no estaba. Pero, de pie, al lado de la cuna de su hijo, estaba Albina, la muerta, que lo acunaba con suavidad, mientras la criatura, sin dejar de gemir, volvía a quedarse dormida. ¡Aquel aya tan extraña era Albina! Maximiliano la había reconocido al instante. Llevaba el vestido blanco, con el que había sido amortajada. En el cuello, lucía la cadena de oro, de gruesos eslabones, que había heredado de su madre, y con la que había manifestado, en su carta a Guillermina, el deseo de ser enterrada. Albina estaba tan hermosa como cuando vivía, quizá más aún, como si la muerte la hubiese embellecido. Sus lar-gos cabellos negros se deslizaban por unos hombros, cuya blancura era tal que resultaban transparentes. En torno a su frente, relucía una especie de vapor luminoso. Sus ojos, sobre todo, arrojaban dulcísimos destellos; su sonrisa era resplandeciente.

Cuando Maximiliano llegó al umbral, ella posó sobre él una mirada tran-quila, aunque orgullosa y, tras llevarse un dedo a los labios, como si le pidiera que guardase silencio, se puso a acunar de nuevo a su hijo. Instintivamente, y con la misma mano en la que llevaba la espada, el conde trató de hacer la señal de la cruz, pero la mano se le quedó paralizada a la altura de la frente... ¡La muerta movía los labios!

-Se conjura a los demonios, no a los bienaventurados -dijo, con un deje de melancolía, mientras su voz sonaba como música celestial-. ¿Creéis, Maximiliano, que Dios me hubiera permitido regresar al oír los sollozos de mi hijo, si no me contase entre Sus elegidos?

-¿Elegidos?

-Sí, Maximiliano. Porque Dios es justo, y sabe perfectamente que siempre fui una esposa casta y fiel. Os lo dije antes de exhalar mi último suspiro, y no me creísteis. Os lo repito, hoy, cuando Dios ya me ha acogido en su seno, y los muertos no mienten. ¿Me creéis ahora, Maximiliano?

-¿Y el niño? -murmuró el conde, mientras señalaba a la criatura con la punta de la espada.

-Es vuestro, Maximiliano -replicó la condesa-. Cuando vivía, las apariencias parecían acusarme. Una vez muerta, creo que mi presencia aquí me justifica. Os juro, conde, que este

hijo es nuestro, de los dos, y que os pertenece tan legítimamente como a mí.
-¿Es eso cierto? ¿Es así? -repetía Maximiliano, fuera de sí, como si una fuerza irresistible le obligase a pronunciar aquellas palabras. Tras un momento de silencio, añadió, balbuciente-: Entonces, ¿quién era aquel hombre, el capitán Jacques?
-Algún día lo sabréis, pero ya será demasiado tarde para vos. Es todo lo que puedo deciros; tanto muerta, como en vida, estoy ligada a un juramento. Pero aquel hombre no fue, ni podía ser otra cosa a mis ojos, que un hermano.
-Si eso fuera así -exclamó Maximiliano-, mis sospechas sobre vos habrían sido infundadas. ¿Cómo es que no os vengáis, pues?
Tras sonreír al escuchar la palabra venganza, la muerta volvió a hablar.
-Mi muerte, os la perdono, Maximiliano. Las tumultuosas pasiones huma-nas nada pueden contra la esfera celestial a la que nosotros, los muertos, pertenecemos. Sólo os pido que, por vuestro hijo, tratéis de atemperar vuestro com-portamiento violento y huraño. No le pongáis jamás la mano encima, como hicisteis conmigo, porque debéis saber que el propio Jesús ha consentido en que, más allá del sepulcro, continúe con mis miramientos maternales, y que vigile de cerca tanto al padre como al hijo. Llegado el caso, protegería a uno y castigaría al otro: ya sabéis que fallecí en Nochebuena.
-¡Dios todopoderoso! -murmuró el conde.
-Por eso -continuó la muerta, con voz grave y solemne-, como la que-rida nodriza de Everard, Guillermina, estaba ocupada esta noche, muy a pesar suyo, porque tiene a su marido herido, al ver que mi hijo lloraba, he regresado para acunarlo y dejarle tranquilo... Pero, ya regresa Guillermina. Me vuelvo a mi tumba, aunque dispuesta a salir siempre, al primer grito de mi hijo. ¡Recor-dadlo, Maximiliano! ¡Al primer grito! ¡Adiós!
-¡Albina! ¡Albina! -exclamó el conde.
-Adiós, Maximiliano -respondió Albina, solemnemente-; adiós, y procurad que no sea hasta la vista. Adiós, y guardad silencio. ¡Recordadlo! ¡Tenedlo siempre presente!
La sombra se apartó, a continuación, de la cuna del niño, que se había quedado dormido con una sonrisa en los labios y, tras dirigirse hacia el lugar que ocupaba Maximiliano, que se vio obligado a apartarse, pasó, con un dedo en los labios, ante un conde anonadado, y desapareció por la escalera secreta.
Agotado por tantas emociones, Maximiliano, a partir de aquel momento, ya no se dio cuenta ni de lo que hacía. Seguramente, al oír los pasos de la nodriza, cerró mecánicamente la puerta misteriosa y, guiado por ese instinto ciego que nos preserva cuando la razón se oscurece, volvió a su cámara sin hacer ruido. A la mañana siguiente, tras haber pasado una noche de febriles sueños, amaneció completamente vestido, en su cama, y se dijo:
-¡He tenido una horrible pesadilla!
Sin embargo, tras preguntar a Guillermina, resultaba que ésta, efectiva-mente, había pasado parte de la noche en su cabaña; para curar a su marido, Jonathas, de una herida que había sufrido en el transcurso del día anterior. Un jabalí, que se revolvió contra la jauría, se abalanzó sobre el guarda y le desgarró el muslo con el hocico. A su regreso, Guillermina había encontrado al niño tan relajado como cuando había salido.
Así que no había sido un sueño, sino una aparición. Pero como aquella idea resultaba demasiado terrorífica para el conde, éste no dejaba de repetir:
-¡Ha sido un sueño! ¡Un sueño!

Capítulo VII

Tras la solemne aparición de Albina, los acontecimientos tristes o alegres, aunque más bien siniestros, que, desde cinco años atrás, se sucedían tan rápidamente en Eppstein comenzaron a transcurrir con mayor lentitud. A partir de aquella lúgubre Nochebuena, la permanencia en el castillo se le hacía insoportable al conde Maximiliano y, todas las noches, se despertaba sobresaltado: le parecía oír pasos por la escalera que recorría la muralla. Por el día, cada vez que se topaba con Guillermina y el lactante, se sobresaltaba. Al final, no pudo resistir más, y decidió emprender la huida de todos aquellos remordimientos. Una mañana, pidió el coche y, una hora más tarde, estaba en ruta hacia Viena, acompañado por su hijo Alberto.

Precisamente, en aquel primogénito había puesto por entero sus ojos y sus esperanzas el conde Maximiliano. Aquel niño, seguro que era suyo, y Maximiliano gustaba de repetirse a sí mismo que, tanto por nacimiento como por ley, aquel chaval sería un día el jefe de la casa de Eppstein, y que representaría la continuidad de las ambiciones y títulos de su padre. El conde había dispuesto que Alberto recibiera la más completa y esmerada formación, una educación que le preparase para ser caballero, oficial del Ejército y diplomático, especial-mente esto último. Por lo demás, este hijo bienamado y único, porque su hermano menor no contaba para nada, no había perdido del todo, al igual que su padre, la alianza que los unía a los Schwalbach, desafortunada, sin duda, desde un punto de vista familiar, pero muy ventajosa para los asuntos públicos. Por-que los Schwalbach eran poderosos, y estaban muy bien relacionados. Todo lo que se supo en Viena acerca del triste final de Albina era que había muerto mientras daba a luz, y todo el mundo mostraba sus condolencias a aquel pobre conde, viudo por segunda vez, tras dos años de matrimonio.

-¿Qué puede resultar de un deshonor que todo el mundo ignora? -se preguntaba Maximiliano.

Y como hacía oídos sordos a la voz de su conciencia, no tardó en disiparse gracias a los brillantes placeres que ofrecía la corte, embebido en los proyectos de grandeza que imaginaba tanto para sí como para su hijo Alberto.

En cuanto al otro, el extraño, Everard, que era el nombre con el que el cape-llán había bautizado al hijo de Albina, el conde Eppstein no pensaba nunca en él, igual que jamás volvió a recordar a su hermano Conrado, o a su primera mujer, Gretchen. Además, por Viena se había corrido el rumor de que la deli-cada salud de aquel niño exigía que respirase los aires puros de la montaña, lo que añadía nuevas razones para compadecer a aquel infortunado padre, que se había visto obligado a separarse, por tal motivo, de su segundo hijo.

Gracias a Dios que, mientras Maximiliano recibía todas estas muestras de pésame y de apoyo, sin desaprovechar ni una de las ocasiones que le deparaba su parentesco con los familiares de Albina, Everard había encontrado una madre. Todos los días, Guillermina leía la carta de la condesa, y cumplía piadosamente el sagrado testamento que le había legado su bienhechora. Aceptada como ama, ante el desdén indiferente del conde, con la exaltación de los sentimientos pro-pia de las almas generosas, había cuidado igual, si no con más cariño, del hijo de Albina que de su propia hija. Al cabo de siete meses, destetó a su pequeña Rosamunda, mientras que, durante un año y medio más, amamantó a aquel hijo que había adoptado de todo corazón.

-Mira, Jonathas -le decía a su marido, que se mostraba un poco celoso con tales preferencias-, nuestra hija es nuestra, y a nadie tenemos que rendir cuentas. Pero si no nos ocupamos de este pobre huérfano, que no tiene a nadie más que a Dios y a nosotros, muerta su madre y con un padre que no le hace caso, ¿qué pensaría la señora? Además, ¡es un pequeño tan frágil, en compara-ción con Rosamunda que es tan fuerte y está tan bien!

Así que Guillermina fue, para Everard, la más dulce y solícita de las madres, y excepto la noche en que había tenido que dejarle para atender a su marido herido, nunca estuvo solo más de un cuarto de hora. Gracias a tan continuados cuidados, el niño se desarrolló tan bien, que era una maravilla y un placer ver-les a los dos juntos, a Rosamunda y a él, tan blancos, unas criaturas tan encan-tadoras, mientras correteaban por la hierba.

Así pasaron los años, y las aficiones de Everard se desarrollaron en un sen-tido más bien salvaje y poco dado al estudio. Al mismo tiempo que su hermana de leche, Rosamunda, aprendió sin dificultad a leer y a escribir; pero, como la niña no tenía que estudiar latín ni historia, tampoco él quiso ni oír hablar de aquellas materias, por más que don Aloisio, el capellán, trataba de metérselas en la cabeza. Prefería, con diferencia, correr por los bosques en compañía de Rosamunda, o seguir a Jonathas, como podía, cuando éste iba de caza. Lo que no impedía que, por las noches, le encantase escuchar, sentado al lado de Rosamunda y a los pies de Guillermina, que hilaba, alguno de los cuentos de aparecidos o de hadas que les contaban el propio Jonathas o el viejo Gaspar.

Por lo demás, si la educación del espíritu resultaba insuficiente, en la que tocaba al corazón, aquella que su madre tanto había encarecido a Guillermina, iba más que servido. Bastaba contemplar a la buena mujer del guardabosques para aprender dulzura y sentimientos piadosos. Y por si esto fuera poco, todas las mañanas y todas las tardes, desde que Everard tuvo uso de razón, le llevaba a rezar a la cripta del castillo. Cuando acababa sus oraciones, siempre le hablaba del ángel que había perdido aquí en la tierra, pero que siempre velaría por él desde el cielo.

-Pensad siempre, Everard -le decía-, que vuestra madre os ve y os sigue a todas partes, y que siempre estará al tanto de lo que hagáis, y sonreirá con vuestros buenos pensamientos, o llorará por vuestras faltas. No olvidéis que su cuerpo está aquí, en el sepulcro, pero que su alma os acompañará a donde quiera que vayáis.

Y el niño se esforzaba en ser bueno y dócil para que su madre estuviera contenta. Cuando había cometido alguna travesura, se sonrojaba y echaba la vista atrás, como si temiera encontrarse con la triste mirada de aquel invisible testigo. Tales ideas germinaron en su interior con la fuerza de una segunda reli-gión. Hasta en sus jóvenes ensoñaciones creyó ver más de una vez -¿quién sabe? A lo mejor, lo vio en realidad- en el silencio de la noche cómo una som-bra blanca, que no le daba miedo, se quedaba de pie al lado de su cama, y le contemplaba amorosamente. El niño tendía las manos hacia ella, pero la sombra le decía:

-Duerme, Everard, duerme; el sueño hace mucho bien a los niños.

Y volvía a dormirse en calma, aunque, precisamente era en aquellas noche; cuando tenía los más felices sueños. A la mañana siguiente, le contaba todo a Guillermina, que no le desengañaba jamás, porque no creía la buena mujer que hubiera ningún peligro en aquellas cosas. Y, ¿lo había, en realidad? ¿Cuáles eran los riesgos que entrañaba, para aquel alma infantil, el que creyese en la celestial presencia de una guardiana durante su infancia? Hay que decir que la propia Guillermina era la primera en creer en todo aquello.

-La señora dijo -pensaba para sus adentros- que jamás abandonaría ni al lactante ni a la nodriza.

En más de una ocasión, se sorprendía a sí misma, a solas, mientras hablaba con la fallecida, para pedirle ayuda y consejo. Con su actitud, Everard se acostumbró a invocarla, y decía madre mía, como otros dicen Dios mío. La muerta permanecía viva en aquellos dos corazones.

Hablemos, ahora, de la pequeña Rosamunda que, a medida que crecía, se ponía tan hermosa como un amor, y era tan buena como los ángeles. Graciosa y dulce criatura, era todo amabilidad y ternura, y Everard la adoraba, y le dejaba hacer todo lo que quería. Los domingos, en la iglesia, Guillermina lloraba de contento al ver a los dos niños arrodillados, un poco más adelante de donde ella se encontraba, y que recitaban sus oraciones por ella, mientras que la mujer no rezaba más que por ellos.

Durante siete años, el conde Maximiliano estuvo ausente del castillo: se había dejado atrapar por los torbellinos de la política. Al cabo de todo ese tiempo, decidió ir a pasar un par de semanas a Eppstein, no para ver a su hijo, sino para reclamar las rentas y renovar los contratos de aparcería. Ni siquiera solicitó ver a Everard: sólo tenía ojos para su Alberto que, por otra

parte, se le parecía en todo, y que hizo mil malvadas travesuras a su hermano y a los servidores del castillo.
Pero el capellán se sintió en la obligación de referirle al conde las reticencias de Everard ante su educación.
-Pues no insistáis -le replicó Maximiliano, para mayor extrañeza de don Aloisio-, que haga lo que quiera, y que llegue hasta donde pueda. No me preocupa nada. ¿Para qué necesita saber nada, si no será nadie en la vida?
Transcurrida una semana en el castillo, el conde Maximiliano partió de nuevo, en compañía de Alberto, para Viena.
Y así pasaron otros dos años, tranquilos y felices, en el hogar del guardabosques, alegrado por las risas confiadas de los niños, perfumado con el aliento puro de la infancia. Everard y Rosamunda habían cumplido ya diez años. El dolor anunció su regreso a los dominios de Eppstein con la muerte casi repentina de don Aloisio. Aquel venerable anciano, cargado de años y de virtudes, se apagó dulcemente, mientras ojeaba un infolio, sobre el que pare-cía que se había quedado dormido, aunque en realidad estaba muerto. Fue la primera vez que Everard experimentó una pena, y no pudo evitar llorar por aquel querido maestro que tan poco riguroso y tan indulgente se había mos-trado con él.
¡Pero aquel sufrimiento no era nada, comparado con lo que le aguardaba! Después de todo, don Aloisio había culminado una larga carrera, y su muerte era fruto de un proceso natural, pues no en vano había vivido más años que todos sus coetáneos. Era de la edad del viejo conde Rodolfo y de la anciana condesa Gertrudis, que llevaban ya diez años bajo tierra. Con él, se clausuraba aque-lla época de los antepasados. Mas, en el caso de Guillermina, aquella bonda-dosa y esforzada ama de casa, ¿no necesitaban aquellos dos niños aún de su joven vida? ¿No era ella el alma de toda aquella familia?
Pero, a los veintinueve años, Dios reclamó para sí a aquella mujer, casi al mismo tiempo que al anciano sacerdote de ochenta. Los miembros de la familia de Guillermina morían a edad temprana: su madre había muerto de forma prematura, al igual que su hermana Noemí, y allá se fue Guillermina, a su lado, junto a su dueña, a la que había servido fielmente, hasta la tumba.
Hacía mucho tiempo que su salud era motivo de preocupación. Aunque rubia y sonrosada, don Aloisio se había percatado de que en ella se manifesta-ban todos los síntomas de la enfermedad de los cuerpos frágiles y de los corazones tristes. Hacía tiempo que notaba cómo Guillermina estaba más pálida cada día, mientras que, ante la más pequeña de las emociones, los colores se le subían a la cara. En otoño, su debilidad se hizo más notoria, como si tras llevar una vida parecida a la de una flor, también ella hubiera de apagarse con los lirios, cuyo blancor y modestia compartía, o con las rosas, cuyo color pálido y suave perfume exhibía. En primavera, sin embargo, como si la fuerza regeneradora que alcanza a toda la naturaleza le desbordase a ella también, adquiría un mejor aspecto; pero era una ilusión, porque tal apariencia no era sino síntoma de una fiebre más ardiente. Ignorantes de las causas de aquellos accesos febriles, los dos niños la contemplaban y, tras rodearle el cuello con sus brazos, le decían:
-¡Qué guapa eres, mamaíta!
Entonces, Guillermina sonreía con tristeza, porque no desconocía cuál era su estado, y apretaba a sus queridos hijos contra su corazón. Éstos la miraban con extrañeza, y le preguntaban:
-¿Por qué lloras?
Y ella les respondía:
-Porque soy muy feliz.
Sin embargo, a comienzos del año 1802, al sentir su creciente debilidad, Gui-llermina comprendió que la enfermedad progresaría con rapidez. Para no desperdiciar las pocas fuerzas

que le quedaban, Guillermina renunció a los largos paseos por el campo, aunque a los niños les encantaban, y se recluyó en su cuarto sin quejarse, porque cualquier lamento por su parte habría provocado las sospechas y la tristeza de toda aquella familia. Se quedó, pues, allí, en su habitación que, muy pronto, gracias a sus manos, entre los blancos visillos, las flores que abundaban por todos los muebles y los ramos benditos de Pascua, adquirió la apariencia de uno de esos altares que se preparan en los pueblos con motivo del Corpus Christi, y en los que Dios se detiene un instante para aspirar el perfume del incienso y de las flores.

De toda aquella familia, solamente el viejo, quizá por estar más próximo a la muerte, era el único que la presentía. En los bellos atardeceres de aquel verano, cuando el anciano esperaba el regreso de Jonathas y se sentaba a la puerta de la choza para disfrutar de los últimos rayos del sol poniente, mientras contemplaba cómo correteaban los dos niños, que cogían florecillas y hierbas, o perseguían a algún insecto arrastrado por la brisa, Guillermina se plantaba de repente en el umbral, como una discreta aparición, y sin hacer ruido, se sentaba a los pies de su padre, y apoyaba la cabeza en aquellas rodillas ya renqueantes. Entonces, sin dejar de mirar al cielo, el anciano dejaba caer la mano sobre la cabeza de su hija, quien, al sentir cómo temblaba, respondía a los mudos pensamientos de su progenitor con palabras difícilmente inteligibles.

-¡Qué le vamos a hacer, padre! -murmuraba-; debe ser así, puesto que Dios así lo quiere.

Pero el viejo no contestaba, porque ningún padre es capaz de comprender que Dios pueda desear la muerte de uno de sus hijos. Los niños, sin embargo, no se daban cuenta de nada. Jugaban y cantaban, eran felices en suma.

Llegó el día en que Jonathas se percató de la extrema debilidad de su mujer, y le entró miedo. Se lo comentó a su suegro, quien le confirmó lo que pensaba desde hacía ya tiempo. Al día siguiente, Jonathas salió de casa, como si fuera a dar su acostumbrado paseo por el bosque y, a eso del mediodía, regresó a casa con un médico que había ido a buscar a Francfort. Al verle, Guillermina se estremeció, porque comprendió que su marido estaba al tanto de todo, y la pobre mujer sufrió por lo mal que lo debía de pasar aquel hombre.

Si hubieran sido ricos, el médico hubiera disimulado, incluso habría dejado entrever alguna esperanza para, de esa manera, tener ocasión de regresar. Pero los pobres son los elegidos de la verdad. Y el médico les contó toda la verdad.

Al principio, Jonathas no quiso creérselo: pensaba que era una indisposi-ción, sin más. Jamás se le habría ocurrido imaginar que su querida Guillermina pudiera serle arrebatada en la flor de la vida. Observó a la pobre enferma más de cerca, y se percató de los espantosos estragos que ya había causado la enfermedad. Como hombre fuerte y acostumbrado a realizar tareas que requieren esfuerzo físico, pero cuyo espíritu jamás había tenido que hacer frente a un dolor moral, Jonathas se vino abajo. Lo que quedaba de aquel día, y durante toda la tarde, no pudo articular palabra: sólo miraba a Guillermina. Por la noche, permaneció en vela al lado del cuarto de su mujer. A la mañana siguiente, descolgó su fusil de la pared como cada día, y dio cuatro pasos fuera de la cabaña. Pero no se encontró con fuerzas para seguir más allá. Volvió a casa, colgó la escopeta y, cuando Guillermina se levantó, que cada día era un poco más tarde, se encontró con su marido, sentado en un escabel ante la chimenea, con la cabeza entre las manos. La pobre mujer se aproximó a él.

-¿Qué haces, Jonathas? -le dijo-. Tenemos que ser valientes.

Su marido quiso responderle, pero, al sentir que iba echarse a llorar, salió fuera del hogar familiar.

A partir de aquel instante, la vida del pobre guardabosques se descabaló por completo. Por las mañanas, salía siempre con el fusil en la mano, pero nunca se alejaba lo bastante de la choza como para perderla de vista. A pesar de todas las precauciones que tomaba para esconderse, Guillermina siempre le veía cuando cruzaba un claro, o eran los niños quienes regresaban, tristes y cogidos de la mano, y preguntaban a Guillermina:

-Mamaíta, ¿qué le pasa a Jonathas? Le hemos visto llorar, sentado al pie de un árbol.
Llegó el día en que Guillermina no se levantó más. Al atardecer, cuando el sol se ocultaba, abrían la ventana de su cuarto, y la moribunda sonreía melancólicamente a sus postreros rayos. Era el momento en que todos permanecían juntos en su habitación. Los niños le llevaban enormes ramos de flores, que depositaban en su cama. Jonathas llevaba la Biblia, y se la entregaba a su padre; el anciano leía algún sagrado y sublime pasaje, mientras Guillermina rezaba y Jonathas lloraba, y los dos niños guardaban silencio, sentados uno junto al otro, en un sillón colocado contra la cama de la enferma.
Una mañana, Guillermina se sintió mucho más enferma de lo habitual, y fue ella misma quien pidió a Jonathas que no saliera ese día. Los dos hombres de la casa permanecieron junto a la mujer casi todo el día. Los dos niños, por su parte, hicieron lo de todos los días: entraban, salían, retiraban las flores mar chitas y traían nuevas, porque cuanto más cerca se sentía de la muerte, más le gustaban las flores a Guillermina. Incluso daba la impresión de que ya llevaba unos días en que sólo vivía gracias al perfume que éstas exhalaban.
Aquella noche, leyeron un rato, como de costumbre, pero, cuando la lec-tura tocaba a su fin, Guillermina perdió el sentido. Emitió un leve suspiro, y Jonathas corrió hacia ella. En un primer momento, tras creerla muerta, dio un grito. Pero Guillermina lo oyó, desde las profundidades de su desvanecimiento, y volvió a abrir los ojos.
-¡Pobre amigo mío! -dijo, y tendió su mano fría y húmeda a Jonathas-. ¡Pobre! También a mí se me parte el corazón al tener que abandonarte tan pronto, a ti que me has querido tanto, y cuando todavía me necesitas. Pero el Señor lo quiere así. Sé fuerte; sé un hombre. Gracias a Dios, he conseguido finalizar la parte más dura de mi tarea: los niños están medio criados, y se encuentran bien. Nunca he tenido valor para separarme de Rosamunda, y creo que me equivoqué. Cuando yo falte, amigo mío, te ruego que la conduzcas a Viena, al convento del Tilo Sagrado, a cuya superiora entregarás la carta de mi buena señora. No lo olvides, ¿me oyes? Cuida siempre de Everard, como si fuera yo, y su madre te acompañará a todas partes, igual que hizo conmigo. ¡Everard! Escuchadme vos también... Ya sois mayor, y habéis alcanzado el uso de razón. Aunque yo no esté, iréis todos los días, por la mañana y por la tarde, a rezar al sepulcro. No dejéis de hacerlo ni un solo día, mientras viváis aquí, hijo mío. Respetad a vuestro padre, pero jamás dejéis de amar a vuestra madre. Os ruego que veléis por vuestra hermana Rosa-munda. Y tú, Rosamunda, hija mía, sé siempre piadosa y caritativa, muéstrate digna de la santa casa que va a acogerte, y ten siempre presente el ejemplo de tu noble protectora, cuyas virtudes tantas veces te he elogiado.
Los niños se pusieron a llorar, sin saber muy bien lo que hacían y sin enten-der del todo lo que quería decirles, porque todos sollozaban. A continuación, Guillermina se volvió hacia Gaspar, que permanecía de pie, detrás de su marido, inmóvil y tranquilo, similar a un roble que ve cómo mueren todos sus vástagos.
-¿Qué puedo deciros, padre? A vos que sois ejemplo del más vivo dolor, a vos que amortajáis a todos vuestros hijos...
-Bastará con que me digas hasta la vista, hija mía -respondió el anciano, muy serio-, porque soy yo quien primero ha de reunirse contigo. Aunque mis viejas manos aún hayan de coser tu sudario, nuestra separación será la más breve, y la santidad de tu muerte es para mí un consuelo. Nos volveremos a encontrar a los pies de Dios, Guillermina. Pero abandonaría esta tierra mucho más tranquilo, si tuviera la certeza de que tu hermana Noemí ha tenido un final tan cristiano y tan puro como el tuyo.
-No lo dudéis, padre, no lo dudéis. Yo solamente me muero, pero Noemí había sufrido antes. Mas no digáis nada de reuniros con nosotras, padre mío. Vivid para enseñar la resignación a Jonathas y para cuidar de mis hijos. No cuentan con nada más que sus vidas para disfrutar de vos, mientras que Noemí y yo disponemos de toda la eternidad para esperaros.
Al poco, y como se sentía aún más debilitada, quiso evitar a su marido el dolor del adiós

Librodot

supremo.
-Ahora me encuentro un poco mejor -dijo-; retiraos, que voy a dormir un poco.
Jonathas se dispuso a llevarse a los niños.
-No; déjalos aquí -dijo Guillermina-; se quedarán dormidos en el sillón.
La pobre no quería morir sola. Jonathas se retiró, convencido de que su mujer tenía sueño. Pero Gaspar descubrió la verdad. Se arrojó sobre el lecho de su hija, la besó en la frente y la cogió las manos.
-¡Hasta que te vuelva a ver en el cielo! -le dijo.
Guillermina se sobresaltó. Al instante, y para que no le oyera su marido, dijo con voz queda:
-¡Adiós!
Los dos hombres abandonaron el cuarto. Jonathas, muerto de can sancio, se quedó dormido. Gaspar se puso a rezar. Al cabo de una hora, cuando ya no se oía nada, bajó las escaleras y abrió la puerta del cuarto de su hija con suavidad: Guillermina parecía dormida, como una preciosa virgen de cera sobre un lecho cubierto de rosas. En sus manos, conservaba juntas, las manitas de Rosamunda y de Everard. Los dos niños estaban despiertos, y la contemplaban.
-¡Abuelo! -dijeron al ver a Gaspar-; ¡tenemos mucho miedo! Mamá no nos contesta, y tiene las manos tan frías que nos hiela las nuestras.
Gaspar se acercó al lecho de su hija. Guillermina había muerto. Al día siguiente, tras el entierro de su mujer, el bueno de Jonathas, más débil que el anciano Gaspar, se dejó caer de rodillas ante el lugar que ocupaba habitualmente su mujer... De repente, notó cómo unos brazos lo abrazaban, mientras dos boquitas rosas se posaban sobre sus curtidas mejillas, anegadas de lágrimas. Contempló a los dos niños, y se sintió más consolado.
Aquel mismo año, también el conde Maximiliano de Eppstein obtuvo un premio de consolación: fue nombrado consejero privado.

Capítulo VIII

Cuando Everard se vio obligado a separarse de Rosamunda experimentó un desconocido y espantoso dolor. Acababa de saber lo que es la muerte; aprendería ahora lo que es la ausencia.
A pesar de los lloros y de las súplicas de Everard, Jonathas, en cumplimiento de la última voluntad de Guillermina, llevó a su hija a Viena. Tal y como había asegurado la pobre Albina, su carta abrió a Rosamunda las puertas del convento del Tilo Sagrado, y Rosamunda fue recibida por la abadesa como si hubiese sido hija de la condesa de Eppstein.
Durante algún tiempo, Everard confió en que podría acompañarles, pero el guardabosques le había dado a entender que, sin autorización del conde, no podía llevárselo a Viena. Solo y muy triste, Everard se quedó con el viejo Gaspar.
El regreso de Jonathas no trajo tampoco ninguna alegría. Everard le obligó a repetir más de veinte veces dónde se encontraba el convento y cómo era la celda de Rosamunda. La choza, otrora tan alegre, tan llena de gritos y de canciones, se había vuelto triste y muda. La mayor parte del tiempo, sus inquilinos se quedaban frente a frente, sombríos, taciturnos: allí estaban el anciano, el hombre y el niño.
Gaspar no iba más allá de la casa y del jardín. Cuando hacía bueno, casi siempre se quedaba sentado en el poyo de la puerta; si llovía, se acomodaba en una silla, cerca de la chimenea. Y allí permanecía, pensativo, con los ojos cerrados, mientras repasaba sus vivos recuerdos y sonreía a sus dos hijas, Noemí y Guillermina.

Hiciera el tiempo que hiciese, desde por la mañana, Jonathas se echaba el fusil a la espalda, silbaba a los perros, se iba al bosque y, generalmente, no regresaba hasta al anochecer, con la caza que hubiera conseguido. Pasaba los días en dar vueltas por los lugares más recónditos, o se dedicaba a ver pasar el tiempo, tumbado al pie de un árbol. El alma de los dos hombres era parecida a un reloj averiado, que se hubiera parado por causa del sufrimiento. Desde que aquel dolor se apoderó de ellos, era como si no viviesen, y se limitasen a respirar.

Por lo que se refiere a Everard, era demasiado joven como para que su ardor y su vitalidad se secasen por causa del pesar. Pero, en aquel retiro profundo, apartado de toda relación con los hombres, sin familia, sin personas en quien confiar, sin haber visto del mundo nada más que el bosque y el castillo de Eppstein, sin conocer a más hombres que a Gaspar y a Jonathas, sin haber experi-mentado otros amores más que el cariño filial que sentía por Guillermina, ya muerta, y el fraterno por Rosamunda, separados ambos, encerrado en sus propios pensamientos, sin un corazón con el que desahogarse, se limitaba a dejar que su espíritu siguiese las directrices de su instinto, lo que daba como resultado una personalidad de fondo generoso y recto, pero brusco, extraño, salvaje. A solas consigo mismo, sus primeras impresiones infantiles se convirtieron en sus convicciones de hombre joven, y elevó sus pasiones y sus creencias profundas al rango de ingenuos sentimientos, sin darse cuenta de que eran falsos, lo que habría podido comprobar por sí mismo, si hubiera encontrado puntos de com-paración en algún libro, por ejemplo, o algún consejero o guía, en la vida.

Así que su imaginación ocupó el lugar de su capacidad de discernimiento. Fiel a los terrores y a los amores que la buena de Guillermina había procurado que conformasen el fondo de su corazón, siempre y por todas partes veía a su madre. No tenía más amigos, pensamientos o felicidad que su madre, y vivía continuamente al lado de la muerta, hasta tal punto que toda su existencia era como una visión. Testigo, confidente y cómplice de aquella santa y constante aparición era el verde bosque de Eppstein.

Ya hemos descrito ese enorme bosque, sombrío, oscuro, profundo, solitario, sublime, con reminiscencias de algo sagrado, esa especie de lucus antiguo por el que el aire sonaba como su alma gimiente. Igual que en el mundo de los hombres, había de todo en aquel bosque: barrancos, a los que jamás llegaba la luz del sol; fuentes arrulladoras, que hablaban con los pájaros; enormes bloques de granito, blancos a la luz de la luna, grisáceos, a la del sol, ruinas antiguas de la naturaleza; había lienzos de muralla derrumbados, torreones destruidos, galerías subterráneas al descubierto, viejos restos de una antigua sociedad. Aquellas torres inquietas, orientadas hacia el valle, cuyos senderos controlaban, parecían estar vigilantes todavía, no fuera que volviesen los bárbaros. Hasta a los fantasmas tenía que gustarles el aparecerse en medio de aquellos despojos de la historia, espectros de tiempos pasados, claro está.

Muy pronto conoció Everard todos y cada uno de los recovecos del aquel verde universo. Claros, espesuras o monte bajo, nada tenía secretos para él: había trepado a todos los árboles y bajado por todas las hondonadas; había abarcado con su vista todos los posibles horizontes. Y podía vérsele correr al borde de los abismos, bajar hasta el fondo de las cascadas, pasar de un salto de un roble a un álamo. Jugaba con el bosque como un niño con su ama, y el bosque le respetaba, le amaba y le sonreía.

Todo allí le resultaba familiar y amistoso. Claro que él era bueno e inofensivo con todo lo que le rodeaba: no arrancaba las ramas de los árboles, ni aplastaba flores con el pie, ni siquiera cazaba, como Jonathas, ciervos y ciervas; incluso se compadecía de las lechuzas, y se mostraba compasivo con las culebras. Seguro que, con gusto, habría aprobado, como el bendito san Francisco de Asís, de quien nunca había oído hablar, aquellas expresiones de hermana cabra, hermana golondrina. Así que los gamos que se acercaban a beber al arroyo, en el que solía sentarse, no se asustaban de su presencia, y los pájaros tampoco abandonaban el árbol a cuyo pie descabezaba la siesta; al contrario, no dejaban de agitar sus alas y de piar. Todos los habitantes de aquellas umbrías espesuras le franqueaban el paso a sus guaridas,

porque reconocían en él a un ser inocente y bueno como ellos.
El viejo bosque, por otro lado, no representaba para el joven tan sólo un lugar de retiro, una casa o un nido. Era algo más, mucho más que todo eso: junto con la cripta del castillo, era el lugar donde volvía a ver a su madre, con la diferencia de que, en la tumba, su madre estaba muerta, mientras que allí, en el bosque, estaba viva como él, vivía con él.
Cuando, en alguna ocasión, Everard se internaba por alguno de los más tranquilos senderos, le bastaba con cerrar los ojos para ver a Albina; a veces, incluso la contemplaba con los ojos abiertos, con sus ojos mortales era capaz de ver aquel alma celestial. Y era ella quien le sostenía cuando se colgaba de la raíz de algún árbol, sobre un precipicio, o cuando franqueaba barrancos, o cuando se aventuraba por entre piedras caídas. Y ella no se contentaba con aparecérsele y ayudarle, sino que le hablaba asiduamente y siempre le daba consejos. En esas ocasiones, se servía de la voz del mismo bosque, a veces, dulce y cariñosa, y, en ocasiones, grave, seria, incluso furiosa y terrible.
Al amanecer, por ejemplo, al alba de un día de mayo, cuando el sol naciente en el horizonte convertía en diamantes las gotas de rocío, surgía una orquesta de cada árbol y cada flor devenía un pebetero, donde todo cantaba, olía o resplan-decía, mientras que la brisa, suave como los labios de la persona amada, acariciaba la frente de Everard, el solitario muchacho, tendido sobre la hierba, cegado de luz y embriagado de naturaleza, creía estar en brazos de su madre, le enviaba mil besos y, si pegaba la oreja, oía cómo le decía: «¡Everard, querido hijo, cuánto te quiero! ¡Qué guapo y qué bueno eres! ¡Sonríeme, mírame! ¡Cuánto te quiero!». Esas u otras palabras, todas cariñosas, como una caricia, con las que las madres acunan a sus hijos cuando los tienen sobre las rodillas. Cuanto más subía el sol, más tiernas y cálidas eran las frases de su madre, y más animado y querido se sentía el espíritu de aquel hijo al recibir las vivificantes llamas de aquel amor. Era lo más parecido a la felicidad; era un delirio. Si alguien, en aquellos momentos, le hubiera dicho que era huérfano, lo habría mirado sorpren-dido.
Casi tanto como los hermosos días primaverales, gustaba de algunas jornadas invernales, especialmente si había nevado. La nieve, que parece tan triste en las ciudades, en el campo resulta encantadora. El traje blanco de que se reviste la naturaleza es casi tan alegre como la vestimenta verde que porta en primavera. En esos días, Everard pensaba que su madre estaba contenta con él, lo que hacía que él se sintiera bien.
Pero Albina no siempre hablaba como una madre suele hacerlo con su niño pequeño. Porque no hacía tan sólo de madre, sino que cumplía también el papel de maestra, y había momentos en que, gracias a las serias conversaciones que mantenían, trataba de hacer de él un hombre mejor y más fuerte. Así ocurría durante las horas solemnes del atardecer, cuando las sombras descienden sobre la tierra y los corazones se dedican a reflexionar: todo se adormece, menos el hombre, que piensa. Con los últimos murmullos de las hojas, con los gor jeos finales de los pájaros, con los últimos rayos del sol, la madre daba buenos consejos a su hijo. Su elocuencia era como encontrarse con unas ruinas, como haber visto a un árbol, alto y fuerte la víspera, tronchado al día siguiente por el viento de aquella misma mañana. Del mismo modo, se ampliaba el horizonte para Everard. Cuando llegaba a la cima de una montaña, bajo sus ojos se extendía el bosque en su plenitud; era entonces cuando oía, allá abajo, a lo lejos, un mur-mullo continuado que parecía el ruido de la eternidad. Pero era el río Mein, que discurría tranquilo, poderoso, argentino a los rayos de la luna. De modo que la naturaleza entera mediaba entre la muerta y el soñador, hasta la lluvia, con su gris monotonía, o la niebla, con su triste melancolía, que le hacía volver sobre sí mismo; todo, hasta la tempestad, que le permitía escuchar justos reproches y que arrojaba sobre su corazón un terror saludable, que pronto disipaba el beso del sol que brillaba de nuevo entre nubes.
Así se llevó a cabo la educación de Everard: su alma no tuvo más maestros que los caprichos del viento y la sombra de una persona fallecida. Por lo demás, ni veía, ni escuchaba a nadie.

Librodot

De su padre, tan sólo sabía que tenía uno y, de vez en cuando, oía cómo a su alrededor se comentaba que el señor conde no vendría a Eppstein este año. ¿Qué más le daba? Aquellas palabras no despertaban ningún eco en su alma, ningún recuerdo. Y no se sentía ni triste ni contento por el abandono en que se hallaba, porque ya estaba habituado a eso, y ni se quejaba ni le resultaba extraño. Hasta el punto de que jamás decía padre, sino el señor conde, como todo el mundo.

En el castillo, había dos o tres criados, encargados de ventilar las habitaciones y de cuidar el jardín, pero ni Everard se ocupaba de ellos, ni ellos de él. Por supuesto que, en Eppstein, tenía una habita ción, pero raramente la ocupaba, porque lo más normal era que pasase la noche en casa de Jonathas. Allí estaba más cerca de su querido bosque, hasta el punto de que, en verano, a poco bueno que hiciera, el propio bosque se convertía en su aposento.

En la más honda espesura, en la orilla de un arroyo, que en aquel lugar discurría más ancho e impetuoso, hasta parecer casi un torrente, había dado con una especie de gruta natural formada por la erosión, en una roca muy alta y escarpada. Aquellas riberas agrestes y extrañas le habían encantado desde el primer momento, y cuando descubrió aquel refugio encantador, al abrigo de cualquier mirada, gracias a un matorral de espino blanco y a una higuera silvestre, creyó haber encontrado un paraíso. En la orilla opuesta, se elevaba una montaña cortada casi a pico, poblada de abetos gigantescos. El verde oscuro de los árboles junto con el estruendo del torrente conferían a aquel paraje una lobreguez sublime. Era imponente, grandioso.

A veces, alegraba aquel melancólico lugar algún hermoso reflejo dorado que se reflejaba, de piedra en piedra, desde lo más alto de aquella montaña, o algún leve aroma que, procedente de alguna tormenta, parecía una buena acción realizada a escondidas. En ninguna otra parte, Everard absorbía mejor aquella dulce y misteriosa música que, según él, le acompañaba a todas partes y que ennoblecía todos sus pensamientos y sus actos.

-¿No la oís? -preguntaba.

-No.

-Pues yo sí que la oigo. Me arrastra y me envuelve. Me acompaña a todas partes, como una nube melodiosa, y es ahí donde me atrevo a confiarme a mi madre, y a hablarle de mis deseos, de mis penas y de mis alegrías, o a solicitarle su opinión.

En aquella parte perdida del valle, pasaba Everard la mayoría de las noches y casi la mitad de los días. Allí creció y vivió feliz, en el recuerdo de su madre y de Guillermina, a la espera del regreso de Rosamunda. Una pena, un sueño, ¿no es eso toda la vida? Si nuestro soñador hubiera indagado acerca de las emocio-nes y de los placeres en viajes, movimientos o torbellinos, ¿hubiera hallado algo más que lo que había encontrado en su perfumada soledad?

Sí; ardientemente, deseaba el retorno de Rosamunda. No había sido capaz de arrojar de su memoria a la pequeña compañera de su infancia. Siempre la tenía presente, con su boina negra, que dejaba entrever unos bucles rubios, su carita sonrosada, sus mohínes de enfado, su sonrisa traviesa. Se acordaba de todos los juegos a que habían jugado, de todas las veces que se habían peleado y de la seriedad con que él siempre la había protegido. Hasta el punto de que a Jonathas y al viejo Gaspar sólo les hablaba de ella y, cuando éstos le respondían, toda la conversación giraba solamente en torno a ella. Para Everard, Rosamunda era el único lazo que le unía a la vida de este mundo. Por lo demás, y a pesar de no tener más que catorce años, se parecía en todo a Jonathas, que tenía cuarenta, y a Gaspar, que ya contaba con ochenta. Serio y taciturno, igual que aquel hombre y que aquel anciano, se sentaba cerca de ellos, frente a la chimenea, sin decir ni palabra; tampoco ellos le preguntaban nada, ni de dónde venía, ni lo que había hecho, ni lo que pensaba hacer.

Cuando, por casualidad, recibían una carta desde el internado del Tilo Sagrado, había fiesta en la casa del guardabosques. El chico brincaba de contento, el padre se secaba una lágrima furtiva y hasta el abuelo abandonaba su éxtasis contemplativo. Luego, Gaspar y Jonathas

escuchaban con recogimiento la lectura de la bendita carta, tarea de la que siempre se encargaba el más joven. Rosamunda hablaba de sus compañeras, de los progresos que realizaba, del esmerado trato que recibía, como si fuera hija de un duque. Estudiaba historia, francés, dibujo, música, materias de las que Everard poco más que el nombre sabía. Por eso, lo que más le gustaba era cuando Rosamunda mencionaba las cosas de Eppstein, y las recordaba al lado de su abuelo, de su padre, Jonathas, y de su querido hermano Everard. Una vez leída la carta, la releían de nuevo; la comentaban, y volvían a leerla. Tarde se apagaban velas y fuego en la cabaña de madera de Jonathas durante aquellas veladas. Al día siguiente, cada uno por su lado, aquellos tres seres solitarios pensaban en la ausente, pero ninguno de ellos decía nada.

En aquel refugio escondido, con absoluta libertad, entre apariciones en mitad de pinos seculares, en los límites, en definitiva, de lo maravilloso, del cielo, transcurrió la infancia soñadora de Everard. Durante años, no abrió otro libro que el que la naturaleza le ofrecía a cada instante, y no habló con nadie más que con aquellos dos amigos, mudos y serios, Gaspar y Jonathas. Cuando un leñador o un campesino del lugar se cruzaban con él, procuraba huir de ellos como un cervato asustado. Cuando la Biblia del viejo Gaspar le caía entre las manos, no pasaba de la página señalada, y le bastaba con seguir, de forma maquinal y con mirada distraída, los negros caracteres sobre los que, en tiempos pasados, se habían posado los dedos de Guillermina cerca del dedito de Rosamunda, cuando la mujer enseñaba a los pequeños a deletrear.

¿Era muda, pues, el alma de aquel sublime ignorante, que había aprendido a deletrear con la Biblia y a leer en una fosa? ¿Estaría reseca aquella alma, hecha de fe y de amor, aquel alma fecundada por maravillas, sorpresas y hechos sobrenaturales, como en un cuento de Las mil y una noches? ¿Aquel alma ingenua, pura y caballerosa, como en las leyendas de las riberas del Rhin, semejante a esas catedrales en las que la fantasía árabe se despliega en preciosas flores sobre un fondo de cristiana seriedad?

Sin embargo, los días pasaban, pausadamente. Y una mañana se dieron cuenta de que habían pasado cinco años sin que se hubiera producido ningún cambio, como decíamos al principio, en Eppstein. Pero Everard y Rosamunda tenían ya catorce años, y Jonathas, para mayor alegría de Everard, comenzó a hablar de ir al convento en busca de su hija.

Durante aquellos últimos cinco años, es decir, entre 1803 y 1808, Napoleón ya había realizado la mitad de su peculiar Iliada. Pero el grandioso y terrible drama que se representó entre Francia y Europa nos viene grande. Nuestro interés consiste tan sólo en narrar la historia de un castillo y de una cabaña, situados entre Francfort y Maguncia. Aquellos cinco años, tan fecundos para el mundo en general, resultaron tan anodinos en aquel castillo y en aquella choza, que no merece la pena hablar de ellos.

Fue por aquella época, cuando el viejo Gaspar, cada día más débil, se encontró sin fuerzas, una mañana, para abandonar el lecho e ir a sentarse al poyo del umbral; no podía siquiera llegarse hasta el sillón, cerca de la chimenea. Y llamó a Jonathas.

-Hijo mío -le dijo-, creo que me extingo, que el frío de la muerte ya me vence.

-Será un momento de debilidad, padre -contestó el guardabosques, mucho más conmovido de lo que pretendía aparentar-; aún viviréis mucho tiempo con nosotros.

-No, Jonathas -replicó el anciano, con tranquila firmeza-; créeme cuando te digo que me quedan sólo unos días de vida. No me quejo. Tampoco me alegro, como es natural. Sin embargo, antes de abandonar este mundo, desearía dos cosas. ¡Qué te parece! El hombre es un eterno pedigüeño, y hasta en el momento de la agonía siente deseos de algo. En primer lugar, me gustaría saber qué habrá sido de mi hija Noemí, desaparecida en el huracán francés, si me encontraré con ella allá arriba, si tuvo una santa muerte como su hermana. Ya sé que tal petición no se verá atendida, aunque bien sabe Dios que su cum-plimiento haría que mi muerte me resultase doblemente apacible. Mas hay un segundo deseo, que creo que está en tu

mano satisfacerlo, Jonathas.
-Decidme, padre.
-Jonathas, ¿crees que veré por última vez a la hija de mi Guillermina?
-Mañana mismo iré a Viena, padre.
-Gracias, Jonathas. Que Dios te bendiga por entender tan bien a los moribundos. Sólo le pido que me conceda, y así lo espero, la gracia de permanecer en vida hasta tu regreso.
Y al día siguiente, en efecto, el guardabosques se puso en camino. Everard le acompañó hasta el mediodía. Le hubiera gustado seguir con él todo el viaje y, sin duda, habría podido hacerlo, porque nadie del castillo habría reparado en su ausencia. Pero a Jonathas no le pareció bien, porque alguno de los dos tenía que quedarse para cuidar del abuelo. De modo que, a eso de las tres de la tarde, tras compartir un frugal almuerzo, Everard se despidió de Jonathas, no sin haberle dado miles de cariñosos recuerdos para la pequeña Rosamunda y, despacio, regresó a Eppstein.
Cuando llegó al bosque, ya eran las nueve de la noche. Había oscurecido, pero ya era el mes de junio, y el cielo nocturno aparecía límpido, en calma, azul. Tras detenerse en lo alto de una loma, Everard contempló las hermosas ondulaciones boscosas, iluminadas por la luz de la luna: daba la sensación de que valles y oteros se parecían al mar. No se oía más que algún que otro grillo, y un leve soplo de aire agitaba apenas las copas de los árboles. En el cielo, brillaban mil estrellas; en el suelo, más abajo, se veía un estanque de aguas quietas, que lanzaban destellos como un espejo de plata. En medio de aquella oscuridad diáfana, las casas blancas parecían dormir, y los campos, vacíos, soñar. Cualquiera se habría puesto a divagar ante tan fantástico paisaje, del que emanaba una paz religiosa que llegaba al corazón.
Everard se sentó en la hierba y dejó volar su imaginación. Una vecina le había prometido que, aquella noche, se quedaría con el enfermo. Como el aire era tan suave y tibio, el joven decidió no regresar a casa hasta por la mañana.
Tenía ganas de estar solo, de pensar, de charlar con su madre, que le enviaba las caricias de aquella brisa. Necesitaba hacer recapitulación de lo que había sido su vida, de revisar su pasado y de imaginar su porvenir. Tenía la corazonada de que iba a empezar una nueva época para él y, al igual que el viajero que, tras coronar la cima de una montaña, vuelve la vista atrás, hacia el valle por el que ha pasado, también él quería despedirse de los días ya cumplidos. Pocos acon-tecimientos, sí, pero muchos pensamientos y sensaciones habían colmado su existencia; de ahí que fuera ingenuo y profundo, a la vez: tenía el espíritu sencillo de un niño, pero el corazón ardiente de un hombre. Aquella noche sentía que tanto corazón como espíritu estaban conturbados, como si hubieran de afrontar una crisis de su destino. Y todas las sombras, desde las más queridas a las simplemente indiferentes, que habían aparecido alguna vez en su vida desfilaron ante él y le saludaron. Mientras Albina, como fiel testigo, se mantenía de pie, a su lado, vio, como en una especie de luminosa ensoñación, a Guillermina, su segunda madre, en primer lugar; más a lo lejos, contempló a su anciano y buen preceptor, Aloisio; más allá, mucho más alejados, aparecían su padre, con el entrecejo fruncido, y su hermano, malévolo y burlón. Entonces, apartó sus ojos, con espanto, para fijar su mirada, ahíta de cariño, sobre la noble y her-mosa figura del viejo Gaspar, así como sobre el dulce y triste rostro de Jonathas.
Tras profundizar un poco más en sí mismo, aquel muchacho, a quien tan sólo habían amado dos mujeres ya muertas y dos hombres callados, se encontró muy solo en el mundo, y notó que le faltaba algo, que algo le decía que, en su seno, aún quedaba un hueco por llenar, que su alma aspiraba a una nueva vida. Tras hacerse amargos reproches por habérsele ocurrido semejante idea, trató de luchar contra ella, pero ésta retornaba con insistencia. Pensó, enton-ces, que su madre debía de estar disgustada por su ingratitud, y no se atrevía a cerrar los ojos ni a volver la cabeza, por miedo de verla seria y enfadada. Pero se había equivocado: la vio tranquila y sonriente, porque no todos los muertos tienen mezquinos celos de los vivos.

Feliz de no haberse encontrado culpable por desear algo distinto de lo que ya tenía, Everard pensó en su amiguita de otra época, a la que iba a volver a ver, y una alegría desconocida le inundó el cora zón. No se la imaginaba ni crecida ni cambiada. La veía como una niña traviesa, igual que, cuando cinco años atrás, la cogía en sus brazos para atravesar los arroyos porque le daba miedo a la chica. Estaba decidido a atreverse a ser joven, a divertirse, a reírse. Seguro que como eran de la misma edad, nacidos el mismo día, se entenderían, hablarían entre ellos. ¡Sabe Dios! Desde luego, con Rosamunda, no le apetecía estar callado ni pensativo, como cuando se encontraba entre aquellos hombres mudos o frente a la naturaleza. Cerca de su inquieta y alegre compañera de juegos, sólo podía imaginar que correría, que viviría, que amaría y en la alegría con que le haría los honores en aquel bosque tan suyo.
Y no se imaginó nada más, no era capaz de ir más allá. Por el momento, aquella idea le parecía suficiente y, ante su formulación, tanto la esperanza como la alegría cantaron juntas en su interior, igual que los pájaros al amanecer. Aunque sólo era capaz de imaginarse algunas jornadas por delante, no por eso su futuro dejaba de parecerle menos inabarcable. Se embriagó de divina impaciencia y, en su fecundo delirio, le pareció que en adelante tendría dos corazones.
Pero las horas de tan poética vigilia pasaron con rapidez, y el alba iluminó con su luz la cima de la montaña en la que Everard estaba sentado. El chico se pasó la mano por los ojos y, según su costumbre de cada mañana, ofreció su alma a Dios y a su madre, y comenzó a descender por el valle hasta el pueblo de Eppstein.
La gruta que tanto le gustaba le pillaba de camino; Everard no quiso pasar por delante sin desear los buenos días a su lugar preferido, al que no podría volver en un tiempo, si le retenían sus obligaciones para con Gaspar. Enseguida escuchó el murmullo del manan tial que regaba su reino de doscientos pasos; al poco, ya lo tenía bajo sus ojos. Pero, con un grito de sorpresa e indignación, dio un paso atrás, porque su refugio, su vergel, que nadie conocía, había sido violado. Allí había un hombre sentado, un extraño, con la cabeza entre las manos, al borde del arroyo.
La primera reacción de Everard fue una mezcla confusa de ira y de celos. Se dirigió rápidamente hacia el desconocido. Como un espeso tapiz de musgo amortiguaba el ruido de sus pasos, llegó hasta cerca de aquella persona, sin que ésta se hubiera dado cuenta. Fue en ese momento cuando desapareció todo asomo de indignación en el chaval, porque aquel hombre lloraba.
Tendría entre treinta y cinco y cuarenta años; era menudo, delicado, pero parecía vigoroso, y su rostro era agradable y fuerte. Llevaba una ropa tan seria como su cara; a través de una levita verde, abotonada hasta el cuello, podía verse el extremo de un lazo rojo. Tenía algo de militar, tanto en su actitud como en su porte.

Capítulo IX

Un solo instante bastó para que Everard se hiciera todas estas reflexiones. De pronto, sintió una inexplicable simpatía hacia aquel extraño, quizá por causa de las lágrimas que corrían por sus mejillas. Tras haberle contemplado en silencio, por espacio de algunos minutos, y con cierto cariño no exento de respeto, le dijo con su voz más suave:
-¡Bienaventurados los que lloran!
-¿Quién me habla así? -preguntó el viajero, al tiempo que se volvía- Un chico... ¿Eres de por aquí?
-Sí, señor.

-Entonces, a lo mejor tú puedes darme alguna información sobre lo que he venido a buscar. Dime...; pero, espera..., la voz me falla. Permíteme que me reponga un poco.
-Pues claro que sí, señor -respondió Everard, conmovido por tanto dolor-; tranquilizaos, y llorad todo lo que tengáis que llorar: las lágrimas son buenas casi siempre. ¿Conocéis la leyenda de las aguas de estas montañas?-añadió, corno para sí mismo-. «Un malvado e impío caballero contaba su vida disoluta a un santo ermitaño, no como arrepentimiento, sino por reírse de él, y le decía:
-¿Qué podría hacer, padre, para expiar tantos y tan horribles crímenes?
-Bastará con que llenes de agua esta calabaza -le replicó el santo varón.
-¿Nada más? ¿Con semejante penitencia obtendré vuestra absolución?
-Cuando la calabaza esté llena, quedaréis absuelto. Pero dadme vuestra palabra de caballero de que así lo haréis -añadió el ermitaño.
-La tenéis. Ese manantial que oigo no parece que esté muy lejos.
Pero, cuando el caballero se acercó, el manantial se secó. Fue hasta el arroyo, pero dejó de fluir. Se llegó hasta el torrente, pero su curso se detuvo. Encaminó sus pasos hacia el riachuelo, pero el agua no entraba en la calabaza. Se fue hasta el río, pero la calabaza siguió vacía. Llegó hasta el mar; allí, la calabaza ni siquiera se empapó de agua. Al cabo de un año de inútiles intentonas, el malvado caballero volvió en busca del eremita.
Viejo -le dijo-, te has burlado de mí; mas no quedarás impune. Y abofeteó a aquel santo varón.
-¡Dios mío, ten piedad de él! -exclamó el ermitaño.
-Tú eres quien debe reclamar compasión -añadió el caballero, que empujó con fuerza al ermitaño, y lo tiró al suelo.
-¡Dios mío -rogó el santón-, que toda mi vida de oración sirva como expiación por su vida de pecado!
-¡Cállate de una vez! -gritó el caballero, fuera de sí, y le hirió con su espada.
-¡Dios mío! -exclamó el ermitaño-. ¡Perdónale, como yo le perdono!
Al oír aquella súplica evangélica, al ver a aquel anciano que rezaba por él, que lo había herido, el caballero sintió cómo algo se desgarraba dentro de su alma. Se echó a temblar como un niño, y cayó de rodillas al lado del santo varón. Y todas aquellas lágrimas, una por una, fueron a parar al interior de la calabaza vacía, hasta que, poco a poco, se llenó. Pero el caballero no dejaba de llorar, y no sólo fue salvo y absuelto por sus lágrimas, sino que aquel llanto de remordimiento llegó hasta el manantial que se había secado, y confirió a todas las aguas de estas montañas la propiedad de curar las heridas del cuerpo, al igual que habían conseguido sanar las del alma».
-Llorad, pues, lo que os venga en gana -dijo Everard-, porque las lágrimas dan tranquilidad y sirven de consuelo.
Aunque al principio parecía distraído, el desconocido, sorprendido, había levantado la cabeza y contemplaba, con una sonrisa, a aquel pastorcillo que empleaba con él tan místico lenguaje. Everard, en efecto, iba vestido como un vaquero de aquellas montañas: polainas y cinturón de cuero; un pantalón que le cubría hasta media pierna, un chaleco de terciopelo marrón, una camisa de cuello amplio, ajustada con un broche dorado, y un sombrero de fieltro gris, adornado con una enorme pluma negra. Pero bajo aquellos groseros ropajes, todo en él revelaba una distinción innata. Su firme y profunda mirada no era la de un rústico, y la palidez de su frente revelaba una extraña poesía; bajo la endeble envoltura de aquel cuerpo delicado, bullía un alma poderosa; la torpeza, en fin, entre tímida e ingenua, de su actitud revelaba una gran honradez y una sinceridad perfecta. Así que, con cierta deferencia, el extraño dijo al muchacho:
-¿Quién sois, amigo mío?
-El hijo de la condesa Albina de Eppstein -respondió Everard.

-El hijo de Albina... Y, ¿dónde está vuestra madre?
-Muerta para todos, excepto, claro está, para su hijo -replicó el muchacho, con toda seriedad.
-¿Qué queréis decir?
-¿No viven para siempre los muertos en quienes les aman?
-¡Albina vive por mí! -exclamó el extranjero, con profundo sentimiento-; ¡sólo Dios sabe cómo amé a aquella noble y santa criatura! ¿Cuándo la perdisteis?
-El día en que nací.
-Al menos, algo de ella queda en este mundo. Permitidme, hijo mío, que os traslade el afecto que sentí por ella.
-Dado que habéis conocido y amado a mi madre, tenéis mi afecto y mi reconocimiento -dijo Everard.
Y aquel ingenuo chaval y aquel hombre tan serio se dieron la mano como dos viejos amigos.
-Pues sí que os parecéis a Albina -continuó el desconocido.
-¿De verdad? ¡Qué gusto me da oír eso!
-Tenéis sus limpios ojos, espejo de su alma celestial; su misma voz, cuando habláis, que penetra hasta mi corazón, como antaño. Hijo mío, ¿cómo os llamáis?
-Everard.
-Everard, os aseguro que es como si vuestra madre viviese en vos.
-Y así es, señor, porque, os lo reitero, ella sólo ha muerto para los demás.
En cambio, yo la oigo y la veo. Ella es mi confidente y mi apoyo. Es ella la que ha inspirado a mi alma la confianza y la simpatía que he sentido por vos, a pesar de que soy un salvaje. No habríais podido engañarme, porque veo todo con absoluta claridad a través de ella.
Everard, a continuación, hizo un relato de toda su vida a su nuevo amigo, si es que por tal puede considerarse a aquella existencia, dividida entre un sepulcro y esta tierra; a esa contemplación perpetua de la muerte, en la que la fallecida compartía la existencia del vivo, y en la que este último participaba a medias de la muerte de la primera, vida en la que el muchacho era como un fantasma, mientras que su madre era casi real.
Encantadoras sombras que habitáis Alemania, ángeles y ninfas de la natu-raleza y de la vida, silfos, ondinas y silvanos, salamandras, ¡cómo no habríais de amar y mimar a este joven que no resultaba menos agraciado que vosotros mismos! La propia y antigua Germania, vieja panteísta que tiene el universo como religión y como ideal, hermana europea de la India, ¡cómo no habrías de reconocerte en aquel hijo enamorado de las olas y de las nubes, subyugado por un infinito palpable, tan tiernamente respetuoso con una madre invisible y permanentemente presente!
El desconocido escuchó el extraño relato de Everard con seriedad, sin asomo de sonrisa, como hombre que ha sondeado en las incertidumbres y debilidades del espíritu humano, aun sin haber logrado comprobar la omnipotencia divina en toda su magnitud. Como era habitual en él, Everard habló poco del conde de Eppstein. El secreto de los celos de Maximiliano y la última hora de Albina que-daban para ella y para Dios, y aquel extraño lloró su muerte, extraña, súbita, sin suponer que se hubiera producido crimen alguno.
Por otra parte, se interesó también, y mucho, por todo lo concerniente a la familia del guardabosques.
-¿Así que conocisteis también a mi otra madre, a Guillermina, cuyo final prematuro tanto os ha impresionado? -preguntó Everard-. También ella fue mi madre, y vos lloráis por las dos como si de dos hermanas se tratase.
-Así es; como si fueran hermanas... ¿Pero me decíais que aún vive el viejo Gaspar Muden, y que Guillermina dejó una hija a Jonathas?
-Sí; mi hermana Rosamunda. Ayer mismo, fue Jonathas a Viena en su busca. Esta noche, le comentaba a mi madre que, con su regreso, comenzará para mí una nueva era.
-¿Cuándo regresará Jonathas?

-Espero que pronto. Tendrá que darse prisa, si quiere cumplir uno de los últimos deseos de Gaspar, que está agonizante y que ha manifestado que querría ver a su nieta antes de morir. Hay que hacer todo lo que esté en manos de los hombres para satisfacer a los moribundos. El otro deseo del abuelo está en manos de Dios, porque se trata de saber si su segunda hija, Noemí, tuvo una muerte santa o lleva una vida próspera. Pero Noemí se encuentra en Francia, y nadie puede dar respuesta a este deseo del pobre anciano.
-Claro que sí -dijo el desconocido.
-¿Y quién podría hacerlo?
-Yo mismo.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Como Everard mostró su disposición a acoger a aquel hombre en la cabaña del guardabosques, éste se apresuró a aceptar su ofrecimiento.
-Lo único -añadió-, es que no me gustaría ver al viejo Gaspar hasta que Jonathas esté de regreso. Así, al tiempo que la presencia de su nieta será la rea-lización de uno de sus deseos, yo me comprometo a cumplir con el otro.
El desconocido viajero hacía gala de tanta confianza y autoridad que Everard no se opuso en nada a sus deseos y, aunque pensativo, ambos se pusieron en marcha hacia la choza. A medida que se aproximaban al lugar, el hombre andaba más despacio y daba la impresión de que tenía dificultades para respirar, como si una emoción muy particular le oprimiese el pecho. Cuando se encontró frente a la casa, cubierta por el verdor de la parra, se detuvo de pronto sin poder dar un paso más. Everard le miraba con sorpresa, pero no se atrevió a preguntarle nada. El extraño se repuso, entró en la cabaña y se dejó conducir por su joven amigo hasta una estancia alejada de aquélla donde se encontraba el enfermo. Allí pasó todo el día, dedicado a descansar y a escribir cartas. Cuando llegó la noche, tan transparente y clara como la del día anterior, pidió a Everard, que había ido a verle, que le llevara hasta el castillo. El muchacho tenía llave de una de las portezuelas del parque y, como ya hemos señalado, los dos o tres sirvientes que el conde Maximiliano había dejado en Eppstein ni se extra-ñaban ni se preocupaban de si aparecía o no por allí el hijo de su señor. Everard, pues, pudo satisfacer los deseos del desconocido y le introdujo en la antigua mansión de su familia.
En primer lugar, el muchacho y el hombre atravesaron el jardín. Y allí comenzaron las sorpresas para Everard. El parque parecía traer miles de recuerdos a su acompañante, que se detenía ante cada arbusto o ante cada grupo de árboles. Al pasar por delante de un cenador, se sentó en un banco y cogió una rama de madreselva, que se llevó a la boca. Del jardín, pasaron al castillo, donde nada había cambiado desde el fallecimiento de Albina. El desconocido se fue directamente hasta el oratorio, una capilla tan sólo iluminada por un rayo de luna que atravesaba los vitrales coloreados y que daba de lleno en un reclinatorio de terciopelo, donde había una Biblia aún abierta por la última página que había leído la difunta. El hombre se puso de rodillas, posó su frente sobre el santo libro y rezó con recogimiento.
Everard permanecía de pie, a la puerta, y contemplaba a aquel hombre a quien no había visto nunca antes y, para quien, cada objeto parecía traerle algún recuerdo. Tras rezar durante un cuarto de hora, el desconocido se puso en pie, y ya no era Everard quien le guiaba por el

castillo, sino que el extraño le llevaba a él. Se dirigió, en primer lugar, al gran salón; a conti-nuación, fue hacia la estancia familiar, a la cámara roja. Al llegar a la puerta, y en el momento en que su mano tocaba la llave, Everard puso su mano sobre la de él.
-Ésta era la estancia de mi madre -le dijo al desconocido.
-Lo sé -le respondió éste.
Y entró, seguido por el muchacho. Sólo la luz de la luna iluminaba la estancia, que acogía un resplandor lo bastante brillante como para distinguir con claridad cada objeto. El hombre se apoyó contra un enorme sillón de roble.
-Ese sillón era el de mi abuelo, el gran conde Rodolfo -dijo el joven.
-Lo sé -fue la respuesta del otro.
Entonces, acercó aquel sillón a otro de parecida factura.
-Ese otro sillón era el de mi abuela Gertrudis -dijo Everard.
-Ya lo sé -replicó el desconocido.
Se volvió, a continuación, hacia la puerta y, desde allí, contempló los dos sillones colocados en aquella posición, lo que debió de suscitarle algún recuerdo lejano, porque se llevó las manos a los ojos y comenzó a llorar. Tras un instante de silencio, dijo:
-Vamos ahora a la cripta.
Everard hizo ademán de salir, puesto que no conocía otra entrada a aquel lugar que la que daba a la capilla, pero el hombre le detuvo, le tomó de la mano y le dijo:
-Ven por aquí.
Sorprendido, el muchacho se dejó llevar por aquel hombre que parecía conocer el castillo de sus antepasados mejor que él. El desconocido dio unos pasos hacia la tapicería situada entre la ventana y la cabecera del lecho, y apoyó su mano sobre el muro. Para mayor extrañeza de Everard, la pared cedió, y un aire húmedo le dio en la cara, al tiempo que sus ojos, acostumbrados a ver en la oscuridad, como los de los animales con los que pasaba las noches en el bosque, descubrieron los primeros peldaños de una escalera.
-Sígueme -dijo el hombre.
Y el joven, cada vez más sorprendido, se puso a andar en pos del desconocido. A medida que ambos visitantes bajaban por los escalones de aquella especie de pasillo practicado en el interior de la muralla, un tenue resplandor parecía alum-brar delante de ellos: procedía de la lámpara que iluminaba aquellos pasadizos y que, por encargo de sus antepasados, siempre debía permanecer encendida.
Everard y el desconocido llegaron hasta una pequeña reja, que estaba cerrada. El hombre alzó la mano y, de detrás de uno de los pilares, alcanzó una llave que estaba colgada de un clavo en la pared, y abrió la puerta. Everard recordó que, muchas veces, desde el interior de la cripta, había visto aquella reja, sin que jamás se hubiera preocupado por saber adónde conducía.
El muchacho fue a arrodillarse ante el sepulcro de su madre; el desconocido hizo lo propio ante la tumba del conde Rodolfo. Luego, se acercó a la de la condesa Gertrudis y, al rato, a la de Albina. Tan inmerso estaba en sus oraciones que el mucha-cho no se dio cuenta de que el hombre se acercaba al lugar en el que él se encontraba.
Al acercarse a Everard, el hombre prestó atención a las plegarias del joven. Pero, para su sorpresa, cayó en la cuenta de que no rezaba, sino que charlaba: no oraba, como es normal, junto a la tumba de la madre muerta, sino que hablaba, como se habla con una madre viva. También hacía algunas pausas, en las cuales se dedicaba a escuchar, mientras sonreía. El desconocido se arrodilló al otro lado del sepulcro. Y así permanecieron durante largo rato, como si se hubieran olvidado el uno del otro. Por fin, el hombre se levantó y, tras tocar a Everard en el hombro, dijo:
-Ven; es tarde, y necesitas descansar -porque el joven se había quedado dormido junto a la tumba de su madre.
Al otro día, y durante los días siguientes, aquel hombre se comportó con Everard de manera

cada vez más paternal y familiar. Desde la escena del sepulcro, por otra parte, el muchacho le había tomado un gran cariño, actitud que aprovechó el desconocido para hacerle algunas preguntas acerca de su padre, el conde Maximiliano. Lo malo era que, sobre ese particular, Everard no sabía casi nada.

-De verdad -le dijo el joven-, no sé si sería capaz de reconocerle siquiera. Han pasado tantos años desde que se fue, y todo sucedió tan rápidamente... Como es normal, todo su afecto es para mi hermano mayor, Alberto. Pero no me quejo, porque, de este modo, me ha dejado por entero para mi madre, que me ama por los dos.

El desconocido ya había reparado en que el muchacho hablaba de su madre, no como si estuviera muerta, sino como si siguiese viva. Y aquella lucha en la que un hijo parecía empeñado en disputar el amor de su madre a la misma muerte hizo que el joven aún resultase más interesante para el extraño, que, por otra parte, parecía quererle mucho.

Al ahondar en la amistad que le unía a Everard, el hombre reparó, con enorme extrañeza, en la ignorancia de aquel espíritu tan profundo, tan reflexivo, a veces tan sutil. Un día, el desconocido pronunció ante él el nombre de Napoleón, y el muchacho le preguntó que quién era. Everard era, probablemente, el único ser humano que ignorase aquel nombre que, en aquella época, resonaba como un eco por todo el mundo. El hombre le relató entonces la epopeya de aquel personaje, en la que Egipto no era más que un canto y Austerlitz poco más que un epi-sodio. Le contó también que Napoleón era uno de esos escasos genios que apare-cen de vez en cuando para iluminar a los pueblos, como meteoros de la Providencia, llámense éstos César o Carlomagno. Pero el chico desconocía por igual los nombres de tales personajes, de los que tampoco había oído hablar.

Cuando el desconocido le contó las hazañas de los Alpes, de Italia y de Egipto, el muchacho escuchó con ingenuidad y asombro aquella primera irrupción de la historia en su soledad, como si fuera un cuento de Las mil y una noches. Pero su mente era vasta y profunda: su vida le había preparado para lo maravilloso, para lo infinito y, pronto, la admiración ocupó el lugar de aquella primera sorpresa.

Capítulo II

Gaspar Muden tuvo una hermosa muerte, una muerte como no suelen tenerla ni los reyes, por muy rodeados de príncipes y de sirvientes que se encuentren. A ambos lados de su lecho, Conrado de Eppstein y Rosamunda le cogían las manos, como si fueran representaciones de los ángeles invisibles de Guillermina y Noemí, que venían en ayuda del moribundo. A los pies de la cama, Everard y Jonathas lloraban.

Los dos últimos deseos de Gaspar en vida se habían hecho realidad. La más feliz de las muertes coronaba así una vida de entrega, y su último suspiro se vio iluminado por una divina sonrisa, anticipo del cielo que resplandecía ya en su cara en este mundo. De la misma manera, y gracias a una serena confianza, el dolor de los hijos que perdían a su padre se vio aliviado. Aquel final, tranquilo y hermoso, como una puesta de sol en otoño, les había parecido una recom-pensa. Y cuando al día siguiente, al alba, según la costumbre de los trabajadores del campo, acompañaron hasta la tumba el cuerpo del abuelo, sus lágrimas no carecían de una dulzura llena de una indefinida esperanza.

Fue, precisamente, a través de aquellas lágrimas atemperadas por la fe, cuando Everard se percató por vez primera de la blanca y esplendorosa figura de Rosamunda. Como hemos dicho, esperaba, en su ingenua torpeza, volver a encontrarse con la niña juguetona y risueña

que había conocido. Se imaginaba que tomaría su mano y que la tutearía como años atrás, incluso que su primer saludo sería un franco abrazo fraternal. Pero la niña se había convertido en muchacha y, al compararla con sus sueños hechos realidad, Everard se paralizó, tímido y callado, sin atreverse a dar un paso hacia aquella hermana tan cam-biada. Su silencioso éxtasis debió de ser muy profundo, porque durante un minuto, un solo minuto a decir verdad, le hizo olvidar al viejo amigo que acababa de perder, así como al hermano de su padre, a quien acababa de recuperar.

Sin lugar a dudas, Rosamunda era una encantadora criatura. A sus quince años, alta y ya formada, lo primero que llamaba la atención de su aspecto era un destello encantador, una mezcla de prudencia y bondad, que imponía respeto, a la vez que le otorgaba una cierta gentileza. Todo en ella rezumaba una admi-rable castidad, mientras que de sus finos y puros rasgos emanaba un infinita calma. Su frente lisa y sus ojos azules eran un asiento de paz y dulzura. Era her-mosa, también, con la eterna belleza de las estatuas, vivificada por una orgullosa gracia y una modesta alegría, como sólo Rafael supo transmitir a sus divi-nas vírgenes.

¡Imaginad el asombro que debió de producir en el salvaje Everard aquella resplandeciente aparición que venía a iluminar su soledad! Por muy sencilla que resultase la vestimenta de Rosamunda, a los ojos del muchacho de los bosques de Eppstein, era como una reina, un hada, un ángel, y aquella primera revelación de la belleza ideal inoculó en su alma una inquietud desconocida. A él, hijo de un conde, le pareció que aquella hija de campesinos se había elevado hasta una altura a la que él no podría llegar. Y consideró como un abismo entre ella y él la ingenua admiración que le producía, porque pensaba que nunca sería capaz de colmar aquella inmensa distancia.

Fue Rosamunda quien, al darse cuenta de que su amigo de la infancia no la reconocía, se acercó a él, al tiempo que le tendía su mano blanca y le decía con dulzura:

-Hola, Everard.

El encanto quedó roto. Sin embargo, las pocas palabras que Everard inter-cambió con Rosamunda estuvieron marcadas por aquel extraño respeto que le había sobrevenido al volver a ver, por vez primera, a aquella que, hasta entonces, había considerado su hermana. Pero aquella fugaz conversación, en voz baja y con la frente ruborizada, pronto se vio interrumpida. Además, el día de la muerte de Gaspar tenía que estar dedicado a la oración, a la reflexión y a las lágrimas. La cena tuvo lugar en familia, pero en silencio.

Aquel día, a la vuelta del cementerio, mientras Rosamunda permanecía arrodillada en el reclinatorio de su madre, en la habitación que había sido de Guillermina, Conrado de Eppstein se llevó aparte a Everard y a Jonathas, para hacerles partícipes de algunas confidencias antes de su marcha: tenía que regresar a Francia de inmediato, donde le reclamaba su deber. Se había retrasado para estar presente en el entierro del padre de su Noemí, pero no quería separarse del hijo de Albina y del marido de Guillermina, sin contarles cómo había sido su vida pasada y el porvenir que le esperaba.

-Estoy excluido -les dijo- de mi familia, así como de la vida. Aparte de vosotros, nadie se interesa por mí en este mundo; sólo vosotros sabéis de mi existencia. Porque he decidido enterrarme vivo, extinguir mi apellido y mi persona, borrarme de la faz de la tierra. Mi historia es triste y fatal. Vosotros sólo sabéis una parte, yo os la contaré entera, hasta el final. Mi padre me desterró por causa del amor puro y santo que me embargaba, y busqué asilo en Francia, donde me refugié con mi amada. Aunque era caballero, oculté mi rango, y adopté un nombre corriente, un apellido vulgar. Conseguí ser olvidado y, durante algún tiempo, hasta me olvidé de mí mismo. Pero en Francia rugía la Revolución, y resulta difícil preservar la llama pura del amor del soplo de una tempestad como aquélla. Sin darme cuenta, aspiré las ideas eléctricas que portaban aquellos vientos tempestuosos, y leí a Jean-Jacques y a Mirabeau, al tiempo que me familiarizaba con los osados pensadores del siglo XVIII. Tanto

los estudios como las ilusiones de mi juventud me habían predispuesto a tal aprendizaje. Como alemán desterrado de Alemania y noble repudiado por su clase, adopté la filosofía como familia y la libertad como patria. Libre de los ins-tintos que me habían inculcado, de los prejuicios que me habían impuesto, desde fuera, fui capaz de emitir un juicio más sereno sobre aquellos que me habían expulsado de su seno, y vi con claridad, al mismo tiempo que sus glorias, las faltas que habían cometido en el pasado y las tendencias que, en su contra, se perfilaban en el porvenir. Vestí de nuevo la espada, no la de conde, sino el sable de soldado, y me puse al servicio de la joven república durante el tiempo que durase mi existencia. Noemí, a quien su dulce corazón le obsequiaba con mejores pálpitos que mi razón orgullosa, me dejaba hacer, sin mostrarse contrariada, y se contentaba con sonreírme con tristeza, porque aquella noble mujer era casi feliz al ver cómo yo revivía, con tanto entusiasmo. Cierto, que yo no había hecho más que cumplir con mi deber para con ella, que, a su vez, había jurado recompensarme por ello con el constante sacrificio de su felicidad, de su alma y de su vida. ¡Y bien que cumplió su palabra! Me animaba, pues, a todo lo que me devolvía la esperanza, y siempre parecía compartir mis ilusiones, sin quejarse nunca del abandono en que la dejaba. ¡Qué ciego estaba! No entendí su abnegación, y me dejé, me dejé llevar, sin preocuparme de nada al verla tranquila. Pero no tardaría mucho en darme cuenta de mi doble error: hasta los vinos más generosos provocan embriaguez. Los primeros vapores de la libertad privaron a Francia de razón, y pronto hube de reconocer la vacuidad de mis sueños tendido en la paja de un calabozo.

Ya estáis al tanto del resto de mis desgracias. Ni siquiera la muerte apartó un momento a mi Noemí de su dedicación a mí y, a cambio del apellido que yo le había dado, ella me dio su vida. No sé lo que hice durante tres o cuatro años, a qué me dediqué o en qué pensé durante aquellos primeros tiempos de viudedad; no me acuerdo de nada. Hasta ignoro los sueños que poblaban, por enton-ces, mi descanso.

Pero, al oír hablar de las primeras victorias de Napoleón, salí de aquella tor-peza. Aunque era como un cadáver ambulante, la admiración que sentía hizo que reviviera. Los principios a los que había prestado mi adhesión en otro momento no eran simples quimeras, puesto que se encarnaban en aquel hombre y se disponían a conquistar el mundo entero. Sentí que mi vida, echada a perder y desperdiciada hasta aquel momento, aún podía valer para algo, y que, en los grandes momentos del género humano, siempre hay un papel que cumplir y ser útil a los demás, no fuese más que mediante el sacrificio, como Curcio.

Yo no creía en nada; por otra parte, nadie confiaba en mí. Y me entregué como si fuera un número a lo que se dio en llamar la ambición del Emperador. Renegué de mi pasado y de mis antiguas convicciones, hasta de mi persona, para unirme a aquel que debía encarnar el pensamiento de su siglo, y convertirme así en instrumento de sus proyectos, en parte de la maquinaria de su genio. Creía que, con mi obediencia, acataba un invencible destino, porque, si bien él me conducía, Dios era quien le guiaba.

Fuimos muchos los que actuamos así, quienes le seguimos a una palabra suya, a un solo gesto. Todos los que han contemplado alguna vez su mirada, todos los que vibran en su universo, se sienten atraídos por él, como el hierro por el imán. Tengo el orgullo de pensar que yo, por el contrario, me entregué a él por medio de la razón, no por instinto.

¿Adónde nos llevaría? No lo sabía, pero estaba seguro de que iría con él al fin del mundo; es más, estaba seguro de que no moriría hasta que mi tarea se viera cumplida, y él ya no me necesitara.

No tardó en darse cuenta de mi obediencia pasiva, aunque inteligente, porque es un hombre al que nada se le escapa. Como sabía cuál era la finalidad que perseguía, quiénes eran mi señor, mi familia y mi patria, me decía que fuera, y yo iba; haz eso, y yo lo hacía. Del mismo modo que cuando me ordene morir, moriré, sin protestar jamás, porque es como mi voluntad.

Quizá os extrañe que un descendiente de los condes de Eppstein obre y actúe de manera tan

servil. Es que ya no soy Conrado de Eppstein; Conrado ya no existe. ¿Por qué nombre me llamó usted, Jonathas, cuando creyó que me había reconocido? Conrado ha muerto, le digo, incluso dos o tres veces. Murió el día en que su padre le desterró, y murió otra vez el día en que falleció su mujer. Quien está aquí, ante vosotros, quien ahora os habla, es un coronel francés, al servicio del Emperador, que regresa de cumplir una secreta misión en Viena.
Napoleón que, hasta ahora, sólo había exigido el derramamiento de mi sangre en los campos de batalla, ha querido echar mano, en esta ocasión, de mi inteligencia para una negociación y, como siempre, he obedecido sus órdenes. Y he sido recibido, bajo mi nuevo nombre, mejor que si me hubiera presentado como uno de los hijos del conde Rodolfo de Eppstein. Parece que Austria ha decidido convertir a Alemania en una segunda España, y que, como dinastía antigua y celosa de su imperio de antaño, pretende apoyar la insurrección de la Península, y ha desperdigado agentes y panfletos por ese país; incluso ha reclutado un Ejército de cuatrocientos mil hombres y ha renovado su alianza con Inglaterra. He ido, pues, a Viena a pedir explicaciones, y he recibido todo tipo de excusas. Por eso, creo que, antes de un año, seis meses quizá, habrá guerra, guerra contra mi antigua patria. Pero mis preferencias están con la patria que he elegido, más que con la tierra que me vio nacer, porque la verdadera madre, a quien debo toda mi vida, es el pensamiento.
Jonathas, Everard, ya estáis al tanto de todo. He creído que era mi deber ofrecer un consuelo al padre de Noemí en sus últimos momentos, y no he sido capaz de ocultaros la vida que he llevado a vosotros, que sois tan sencillos y tan cariñosos. Pero, guardadme el secreto, os lo suplico: hay dos hombres en mi interior, y quiero olvidar al antiguo. Me parece como un sueño el mes que he pasado en esta cabaña. Pero ha llegado la hora de despertar, y prefiero no acor-darme de los dulces fantasmas que me han obsesionado. Prosigo, pues, mi obra, y vuelvo a desempeñar el papel que le ha tocado representar a mi persona. Amigos míos, os lo pido una vez más, ni una palabra de lo que os he dicho. Quede todo en vuestros corazones, y que, de ninguna manera, mi hermano se entere de que he estado por aquí. Si le hubiera encontrado tan triste como a usted, Jonathas, quizá no hubiera podido contenerme y le hubiera dado un abrazo; pero sé que es feliz, así que no perturbemos su felicidad. Y ahora, me despido de voso-tros, amigos míos. He de partir inmediatamente. ¿Volveremos a vernos? Sólo Dios lo sabe. Sin embargo, algo me dice que no será ésta la última vez que haya de salir de Eppstein. Adiós, Jonathas. Insista en lo secreto de todo este asunto a su hija Rosamunda. En cuanto a ti, Everard, a quien aún he de hacer algunas revelaciones, ¿te apetece venir conmigo, por el Rhin, hasta Worms, y hacerme compañía durante unos días? -Y Conrado añadió, en voz baja-: Hablaremos de tu madre.
-Querido tío, me gustaría hacerlo tanto como el cariño que os tengo.
-Pues, bien; nos vamos dentro de una hora. Dentro de ocho días, estarás de vuelta.
Aunque parezca mentira, Everard estaba encantado de salir de Eppstein, por alejarse de Rosamunda, porque sentía una especie de temor, por ella y por él: temblaba ante la idea de verse de nuevo ante aquella encantadora muchacha, y aceptaba con alegría todo lo que pudiera retrasar el momento en que volviera a sentirse solo en su presencia. Así que preparó con rapidez y alegría sus perte-nencias; y su despedida de Rosamunda, al producirse al tiempo que la de Con-rado, transcurrió con normalidad. No se percató siquiera del inocente disgusto que reflejó el rostro de la muchacha cuando le vio alejarse tan rápida como alegremente.

Capítulo III

Ocho días después, tal y como había dicho Conrado, Everard estaba de regreso de Maguncia, tras haber recorrido en una semana una parte mayor de su país de lo que había hecho en toda su vida. Según su costumbre, antes de volver a Eppstein, se detuvo en el bosque, se acercó hasta su refugio y allí se dedicó a soñar.

¡Cuántas cosas habían ocurrido en un mes! El viaje de Jonathas, la apari-ción de Conrado, los fabulosos relatos del coronel, la muerte de Gaspar, el regreso de Rosamunda, las revelaciones de su tío sobre su primer viaje a Eppstein, acaecido seis meses antes de su nacimiento, la primera visión del mundo real, una explicación del pasado, las sombras del futuro... ¡Demasiadas cosas! ¡Incontables ideas!

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era lo que Conrado le había contado acerca de su madre. Muchas veces, claro está, el viejo Gaspar y Jonathas le habían hablado de su madre, pero uno lo hacía desde las nieves que cubrían su cabeza, y el otro, a través de la ruda envoltura de su espíritu. Pero Conrado le había hablado de ella con los ojos de un hermano, con el corazón de un poeta, con el espíritu de un soñador.

Y además estaba la extraña historia de los amores de Conrado y Noemí, esa unión entre el castillo y la cabaña, aquel pasado del otro que le parecía una revelación sobre su propio porvenir y que hacía que su corazón se desbocase. ¡Qué extraño! Aquel faro que se presentaba a sus ojos para salvar los escollos, en lugar de espantarle, tiraba de su alma como una inclinación, como una promesa, como un vértigo. Y aquel terrible ejemplo, que parecía enviado por Dios para asustarle, adquiría, vagamente, en su opinión, las dimensiones de una justifi-cación: Conrado había amado a Noemí; un joven, un conde de Eppstein había salido un día del castillo y se había encontrado con una campesina pobre, sin fortuna, nacida en la casa de Gaspar, el guardabosques. Y la había amado, y la había hecho su mujer; su mujer, eso era todo lo que entendía Everard.

Y todo agitaba, atormentaba y oprimía su alma juvenil. El muchacho sufría de algo parecido a la fiebre, puesto que se sentía transformado, exaltado, engrandecido, incluso más fuerte, y orgulloso de su fuerza. Impulsos difusos, confusas esperanzas, nuevos sufrimientos, todo se lo confió a su madre, con un desconocido delirio que era la primera vez que experimentaba. Se sentía feliz, sin saber la razón; hasta entonces había vivido y había pensado: ahora, sentía la necesidad de actuar. Había comprendido tan rápidamente y tan bien las grandes cosas que, por vez primera, se habían mostrado a sus ojos, que aun sin sentirse a su altura en cuanto a ejecución se refería, le parecía que, gracias a su pensamiento, podía alcanzarlo todo. ¿Qué no intentaría? ¿Qué obstáculo podría detenerlo? ¿Ante quién temblaría?

Pero, en ese instante, se dio cuenta de que tan sólo se encontraba a una legua de la cabaña del guardabosques y que iba a ver de nuevo a Rosamunda; se detuvo y palideció. Estaba claro de que era capaz de desafiar al resto del mundo. Pero en cuanto a ella, Rosamunda, tan alta, tan hermosa, tan culta, ¿se atrevería a presentarse ante ella? Instintivamente, sin darse cuenta, en lugar de regre-sar a la choza del guarda, dirigió sus pasos hacia el castillo.

Caía la noche cuando Everard llegó a la portezuela del parque, y nuestro soñador, ocupado como estaba en las grandes cosas que había visto e intuido, no se percató del inusitado movimiento que reinaba en patios y pasillos. Sumido en sus pensamientos, que le aislaban de todo lo que le rodeaba, si no era su amado bosque, entró en la gran sala del castillo, sin ver, sin oír. Llevaba la cabeza baja, pálida la frente, pero su alma se sentía audaz y valiente, todo su ser parecía haberse renovado.

-Aquí está el señorito Everard -dijo un lacayo, tras abrir la puerta del pasillo que daba a la cámara roja.

El muchacho entró en la estancia sin saber por qué se le anunciaba. Un hom-bre alto, a quien Everard no conocía, estaba sentado ante la chimenea, en la que ardía un buen fuego, porque tan espesos eran los muros de aquella habitación que el fuego siempre estaba encendido, fuera la estación que fuese. Como el resplandor que producía la chimenea era escaso, el sirviente

encendió las cuatro velas de un candelabro, con lo que se produjo un círculo de luz que alumbró la tercera parte del cuarto, más o menos, aunque sus débiles destellos apenas alcan-zaban a iluminar el resto de las enormes sombras que poblaban aquella cámara.
-¡Claro que sí! ¡Aquí está el señorito Everard! -dijo, en tono sarcástico, aquel extraño, al tiempo que se incorporaba, y que, para sorpresa del muchacho, parecía haberse instalado en aquella estancia en la que había vivido su madre, en la que su madre había fallecido.
-Sí -contestó-; aquí estoy. ¿Qué ocurre? ¿Qué deseáis?
-¿Que qué pasa? ¿Que qué quiero? ¡Quiero saber de dónde venís así, como un vagabundo!
-De donde me place -replicó Everard-. Me parece que, tocante a eso, siempre he sido libre, y jamás he tenido que dar cuentas a nadie.
-Pero, ¿qué es esta insolencia? -respondió el desconocido, con el ceño fruncido y una mano crispada en el respaldo del sillón que ocupaba-; señor, ¿no sabéis a quién os dirigís?
-Pues no, en verdad -contestó Everard, con toda su buena fe, cada vez más sorprendido.
-¿Cómo que no? Os molesta, si os pregunto; y os burláis, cuando os señalo con el dedo.
-Claro, porque no sé qué derecho os asiste para preguntar o señalar.
-¿Qué derecho me asiste? ¿Estáis loco, señor? ¿Y eso me lo decís a mí, al conde Maximiliano de Eppstein, a mí, a vuestro padre?
-¿Vos sois el conde de Eppstein? ¿Vos sois mi padre? -acertó a decir Everard, estupefacto.
-Claro; no me habéis reconocido. La excusa me parece bien y, especialmente, propia de un hijo.
-Monseñor, perdonadme, pero os juro que, en esta oscuridad y a primera vista... Además, hace ya tanto tiempo que no tengo el honor de veros...
-Callaos -gritó el conde, furioso por tales justificaciones, que eran como un blasón sobre su conciencia-, callaos. Respondedme como un hijo obediente, no como un vástago rebelde.
Se produjo una pausa. Everard permanecía con la cabeza descubierta, de pie, con la frente sonrojada y una lágrima temblorosa en los ojos; esperaba. Por su lado, el conde Maximiliano, cuya cólera subía como la marea, se paseaba de un lado para otro, y a veces se detenía a contemplar a aquel que, con esfuerzo, había conseguido llamar hijo suyo, a pesar de encontrarse en la estancia de su madre, en la cámara de Albina, en el mismo lugar donde, quince años antes, había destruido a aquella a quien creía culpable, y con una cólera como la que sentía en aquel momento, que le ahogaba. Como si se tratase de un enemigo, Maximiliano experimentó todo el odio del mundo hacia aquel muchacho, porque no era capaz de perdonarle los remordimientos que aún sentía de vez en cuando. Pero, sobre todo, no podía perdonarle el profundo terror que había experimentado la noche en que soñó que veía a Albina ya muerta, que acunaba a su hijo dormido. De repente, se detuvo frente a Everard, con los brazos cruzados y, como si el muchacho hubiera podido seguir los tumultuosos pensa-mientos que agitaban su espíritu y ardían en su cabeza, le gritó:
-¡Respondedme!
-Pensé que me habíais dicho que guardase silencio -dijo el joven.
-¿Dije eso? ¡Está bien! Pues, ahora, os ordeno que habléis. Veamos. ¿De dónde venís? ¿Por qué abandonáis el castillo durante semanas enteras? Hace ya cinco días que estoy aquí; me intereso por vos, y pregunto, pero me dicen que no se sabe dónde estáis, que tras asistir a los funerales de no sé qué gañán, os habéis ido por ahí con un vagabundo.
-Señor, Gaspar Muden había muerto, y...
-Y vos, conde de Eppstein, habéis encabezado las honras fúnebres del campesino. Me parece bien. Y tras este acto popular, ¿adónde os habéis dirigido? ¿Qué os ha ocurrido? ¡Responded, por Dios, contestadme!
-Perdón, monseñor -repuso Everard, lentamente-, pero sé que, aunque abandone el castillo durante días o semanas, nadie se preocupa por eso.
Y gracias a aquellas palabras sencillas, poderosas en su propia simplicidad, el conde recordó,

con amargura, el estado de abandono en que tenía a aquel hijo, pues tal era su posición de padre respecto a aquel hijo, hasta el punto de que toda palabra pronunciada por el segundo hería al primero. Ya hemos visto a Maximiliano colérico, así que el lector comprenderá fácilmente la rabia que le producía la involuntaria ironía de aquel a quien consideraba como un intruso en su propia familia. Se acercó a Everard y, con voz altisonante, le dijo:
-¿No vais a cejar en vuestros insultos? ¿Nadie se preocupa de vos, según decís? Maldito hijo, ¿merecéis que alguien se inquiete por vos, por vos, cuya ignorancia y rudeza nos avergüenzan? ¿Sois digno de ocupar el lugar que os corresponde en este hogar familiar, en el corazón de este padre? ¿Os habéis ganado vuestra parte de herencia y cariño? ¿Quién sois, señor mío? ¿Quién sois?
-Me han dicho que era hijo vuestro, conde Maximiliano de Eppstein, y, lamentablemente, no sé nada más sobre el particular.
-¡Qué os han dicho, impío lenguaraz! ¡Qué os han dicho! -repitió el conde, cuyas sospechas se recrudecían al escuchar tales palabras, lo que hacía que su cólera aumentase-. ¡Así que os han dicho que erais hijo mío! ¿Tenéis la certeza -continuó, mientras clavaba su puño crispado en uno de los hombros del muchacho-, sabéis a ciencia cierta si quien tal os dijo no os mentía?
-¡Monseñor! -exclamó el joven, indignado-. ¡Monseñor! ¡Por la santa memoria de aquella que nos contempla a ambos, sois vos quien mentís y calumniáis a mi madre!
-¡Miserable bastardo! -gritó el conde.
En aquel instante, el conde de Eppstein, incapaz de resistir la violencia de la cólera que sentía, levantó la mano y la dejó caer sobre la cara de Everard, quien acusó el golpe. Asustado de lo que había hecho, Maximiliano dio un paso atrás. Pero el muchacho se incorporó lentamente, y contempló a su padre.
Se produjo un espantoso momento de silencio. Al cabo, Everard, pálido por tal humillación, con el pecho encogido y los ojos brillantes de lágrimas, se llevó una mano hasta su corazón oprimido y, con voz entrecortada, se contentó con decir estas palabras sencillas y profundas, inocentes y terribles, palabras de niño que imponen más que amenazas de hombre:
-¡Tened cuidado, monseñor, porque se lo diré a mi madre!

Capítulo IV

Confuso, Everard abandonó el aposento y salió del castillo. Y echó a andar sin saber adónde se dirigía, y no encontró un poco de calma y de sensatez hasta que no se tumbó, hecho un mar de lágrimas, sobre el prado lleno de flores que rodeaba su querida gruta.
Dos horas antes tan sólo, se sentía tan orgulloso y tan feliz, tan crecido con sus nuevas ideas: una amistad y un amor acababan de introducirse en su solitaria vida. Mas, de repente, un ultraje, tan sólo uno, le había devuelto a la niñez, y lloraba. Entre el amor de Rosamunda, que le daba miedo, y el desprecio de su padre, que le producía vergüenza, se sentía completamente solo en este mundo. Tanto el castillo como la cabaña se habían cerrado para él, y ya no le quedaba más refugio que su pequeño y despoblado valle; y ya no le que-daban más amigos que la sombra protectora de Albina, es decir, un desierto y un fantasma.
-¡Madre mía, madre mía! -exclamaba, entre sollozos-. ¡Cómo hemos sido insultados los dos! Madre, ¿estás ahí? ¿Me escuchas? ¿O también tú has de fallarme y renegarás de mí? Bien sabes cómo me ha maltratado. No tanto por la odiosa injusticia de la bofetada, como por haber sido humillado junto con tu nombre, por haber sido castigado junto con tu memoria. Ver pisoteado todo lo que amo, hollado todo lo que respeto, ¡ahí reside el verdadero dolor, la

ignomi-nia! Madre, aconséjame. ¿Es impía esta cólera que siento? ¿Es un sacrilegio mi rebelión? Madre, aconséjame; pero, por encima de todo, consuélame, ¡porque mi sufrimiento es terrible!

Quejas, gritos y ruegos, todo brotaba a la vez del pecho de Everard. Pero las lágrimas que lloraba, sin parar, cedieron poco a poco ante la amargura de su angustia, hasta que por fin fue capaz de escuchar, de mirar en derredor suyo, de hacer examen de conciencia con tranquilidad.

La noche era tranquila y fresca; las estrellas brillaban en el cielo, los blancos rayos de la luna rielaban como diamantes en el arroyo, y los espinos salvajes cedían a la brisa su olor penetrante. En el sombrío bosque, un ruiseñor feliz cantaba en medio de tan hermosa y apacible naturaleza. Todo era amor, alegría y éxtasis en el bosque, y el alma de Everard, liberada por un poder superior de los dolorosos pensamientos que le agitaban hacía un momento, arrullada por tan secretas melodías, adormecida por tan tenues resplandores, se apaciguó con lentitud. Al poco, levantó la cabeza y contempló aquel hermoso cielo, mientras que la dulce brisa del anochecer secaba las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

-Sí; madre mía, madre buena -murmuraba-, tienes razón. Me he equi-vocado al afligirme y al tomar sus insultos como una ofensa. Como imposible es que esta mano mía llegue a asir los impalpables rayos de la luna, la afrenta que ha querido hacerte, madre santa, jamás podría alcanzarte. He sido un necio por afligirme por un reproche o un castigo que no proceden de ti. Tú eres quien me ama de verdad, madre. Sí, te oigo y te siento, madre mía, en esta noche serena. De ti procede la suave y casta armonía que la envuelve, de ti, que eres su alma oculta. Gracias, gracias, madre mía. Todo se calma en mi interior, porque sé que no estás enfadada con tu hijo, sino que te compadeces de él y lo acaricias. Es tu voz el ruido del arroyo, y la brisa, tu aliento. Gracias. Tan sólo una palabra más, madre, un beso, con este viento tan fragante, y me quedo dormido, tranquilo y feliz, bajo tu angelical mirada.

Tras murmurar estas palabras, el muchacho cerró los ojos, y su respiración pausada y regular pronto fue la prueba de que se había quedado dormido profundamente. Pero, veamos si, en el castillo, la noche transcurría con tanta tran-quilidad como en el bosque.

Ante el simple hecho de que Everard se lo diría a su madre, el conde Maximiliano se había quedado anonadado, fulminado, porque aquellas palabras encerraban un terrible significado para sus remordimientos, siempre presentes. ¿Quién demonios habría enseñado a aquel chaval el Mane, Thecel, Fares de una conciencia atormentada? Y se había quedado de pie, pálido de terror, con las manos temblorosas. Dio unos pasos titubeantes, llamó con violencia a la servi-dumbre y se dejó caer en un sillón. A su llamada, acudieron algunos lacayos.

-¡Fuego! ¡Luz! -gritó el conde-; enseguida, al instante.

Los sirvientes obedecieron, y el fuego chisporroteó en el hogar, mientras seis velas ardían en los candelabros de la chimenea.

-¡Encended también la lámpara! -dijo el conde-. Y usted -ordenó a otro de los criados-, corra en busca de Everard y tráigalo aquí.

En aquel momento, sentía en lo más hondo de su alma un terror tan pro-fundo que deseaba que le llevaran cuanto antes al muchacho, porque si se disculpaba por su afrenta, pensaba, el chico se retractaría de su amenaza. Un rato después, el sirviente regresó para decirle que, por más que habían buscado al joven conde por todas partes, no daban con él.

-Entonces -dijo Maximiliano-, que venga mi secretario. Tenemos que trabajar.

Llamaron al secretario, y el conde, con el pretexto de comprobar las cuentas de sus aparceros, le hizo quedarse con él hasta las nueve de la noche. A esa hora, le anunciaron que la cena estaba preparada, y el conde Maximiliano descendió solo a cenar, no sin haber ordenado al secretario que siguiera con su trabajo y le esperase. Todo porque creía que la presencia de un extraño en aquella cámara alejaría a los fantasmas.

Alberto aguardaba a su padre en el comedor. Era un joven alto, triste, imper-tinente, aburrido y tedioso. El conde estaba tan pálido, tan nervioso, que su hijo le observó con extrañeza y le preguntó, en un tono más cariñoso de lo normal, si le había ocurrido algo. Alegre y ruidosamente, Maximiliano le dijo que no. Se sentó a la mesa, tras arrastrar la silla con estrépito, y habló, rió, bebió y comió mucho. Por un momento, al conde se le había pasado por la cabeza la idea de emborracharse para ahogar el miedo en la embriaguez. Pero enseguida refle-xionó que aquello podía engendrar los espectros que tanto temía, y dejó de comer al instante, para hundirse en una reflexión tan profunda, que ni siquiera reparó en Alberto cuando éste abandonó el comedor. Tras salir de aquella especie de torpeza gracias a un sirviente que se interesaba por si se encontraba indispuesto, echó una mirada despavorida a su alrededor, se dio cuenta de que estaba solo y preguntó por su hijo. Tras saber que se había retirado a su dormitorio, decidió regresar a la estancia, donde encontró a su secretario, sentado a la mesa, enfrascado en el trabajo.

-¿No ha visto ni oído nada, Guillermo? -preguntó el conde a su regreso.

-No, Excelencia -respondió el secretario-. ¿Por qué?

-Por nada -replicó el conde-: creí haber oído los pasos de otra persona.

-Pues, no, señor conde -contestó el secretario, y volvió al trabajo.

El conde paseó a grandes zancadas por la habitación, aunque, de vez en cuando, se detenía ante la puerta secreta y la miraba con pavor insuperable.

-Guillermo -dijo el conde, tras acercarse por detrás al sillón que ocupaba el secretario-, ¿cuánto tiempo cree que le queda aún de trabajo?

-Unas tres o cuatro horas, Excelencia -respondió el secretario.

-Me gustaría que el trabajo estuviera listo mañana por la mañana.

-Puedo llevármelo a mi habitación, y trabajar toda la noche.

-Mejor todavía -añadió Maximiliano-, acábelo aquí mismo.

-Pero, en ese caso, quizá el señor conde no pueda dormir.

-No lo creo. De todos modos, me siento algo indispuesto, y no me molestaría que alguien se quedara conmigo.

-Como gustéis, señor conde.

-Pues hágalo así. Creo que será lo mejor.

El secretario inclinó la cabeza en señal de aquiescencia y, con la idea de que, efectivamente, su señor tenía prisa por comprobar los cálculos que llevaba a cabo, se puso a trabajar de nuevo. En cuanto a Maximiliano, encantado de haber encontrado una excusa para que alguien permaneciese cerca de él, llamó a su ayuda de cámara para que le ayudase a desvestirse y se metió en la cama.

A pesar de haber tomado tantas precauciones, a Maximiliano le costó mucho conciliar el sueño al principio. Había luz en la estancia, porque allí estaba Guillermo y oía cómo la pluma corría sobre el papel. Todo aquello le parecía propicio para la aparición de fantasmas. Sin embargo, había algo que le tran-quilizaba en parte: la serenidad de aquella hermosa noche de junio, tan dife-rente de aquella otra de Navidad, toda ráfagas de viento y tormentas. En esta ocasión, una profunda calma reinaba en el exterior, la naturaleza parecía dormir y, a través de la contraventana entreabierta, el conde, desde su cama, contemplaba el brillo de las estrellas.

Restó importancia a sus locas quimeras y, tranquilizado por la presencia de Guillermo, el conde corrió los cortinajes para no ver la luz y terminó por dor-mirse con un sueño inquieto. No hubiera sabido decir cuánto hacía ya que dormía, cuando se despertó sobresaltado y sin motivo aparente. Se incorporó en la cama, mientras un sudor glacial le cubría la frente. Luego, sucedió algo extraño: a través de las aberturas de las cortinas del lecho, vio cómo las velas de los candelabros y de la lámpara se apagaban una tras otra.

En cuanto a Guillermo, agotado por el cansancio con toda seguridad, se había quedado dormido en su sillón. El conde quiso llamarle para que espabilase, pero la voz se le quebró en

la garganta, como si una mano invisible oprimiese su cuello. Quiso saltar de la cama, pero se sintió como encadenado al lugar donde estaba. Durante aquel rato, las velas se apagaban con una cadencia espantosa: no quedaban más que tres encendidas, las cuales se extinguieron también hasta que toda la estancia se sumió en la más completa oscuridad.

Al instante, se oyó el ruido sordo de una puerta al girar sobre sus goznes. El conde se metió de nuevo en la cama, sin perder de vista la pared, y con la cabeza envuelta entre las sábanas. No había duda de que alguien se aproximaba a su lecho. Más que oírlo, podía sentirlo en el desplazamiento del aire. En contra de su voluntad, dominado por una potencia invisible, sacó la cabeza del embozo y fijó sus ojos, despavoridos, en el lugar por donde se acercaba aquella cosa.

En vano, se agitó Maximiliano: no era capaz de hablar ni de levantarse, no podía ni espantar a aquella aparición que le amenazaba, ni siquiera huir de ella. Llegó el momento en que los cortinajes de su lecho se descorrieron, mientras él permanecía inmóvil, petrificado, tras reconocer la pálida sombra de Albina, tal y como la había contemplado la otra vez.

Sólo que, en esta ocasión, la funesta visitante parecía más adusta e irritada que la vez anterior, de forma que, cuando su impasible mirada de estatua se detuvo sobre Maximiliano, el culpable se sintió más frío que aquel cadáver, que se erigía en juez, y todos los pelos de la cabeza se le pusieron de punta, tal era el espanto que sentía. Fue entonces cuando, en el silencio de la noche estrellada, igual que catorce años antes en medio de los aullidos de la tempestad, resonó una voz cortante y enojada:

-¡Maximiliano, Maximiliano! -dijo aquella voz-. ¡Veo que pretendes olvidar las manifestaciones de la moribunda y las órdenes de la muerta! ¡Abofeteas a mi hijo y lanzas injurias sobre mi tumba! ¡Ten cuidado, Maximiliano, ten cuidado! Porque el muchacho te condenará, y la tumba te castigará. Por última vez, escúchame, y trata de acordarte de lo que te diga. Por encima de todo, créeme. Porque si no atendieras a las palabras de mi glacial lengua, será mi mano helada la encargada de convencerte.

El conde se agitó, como si quisiera hablar, pero, con un gesto rebosante de autoridad, Albina le impuso silencio, y prosiguió:

-¡Escúchame, Maximiliano! Everard es tan hijo tuyo como mío, es hijo tuyo, igual que Alberto. Pero quieres a este último, y descuidas al primero. Sea. Soy yo quien cuido de mi hijo, y no te necesito para hacer de él un hombre. Márchate, si quieres; abandona el castillo, si te place, y no pienses nunca más en Everard; regresa a Viena y a tus ambiciones. Te doy mi consentimiento. Es más, no sólo te autorizo a ello, sino que te animo a que lo hagas. Pero, en el nombre de Dios vivo, te prohíbo que vuelvas a levantar la mano sobre mi hijo: no le toques ni un pelo. Abandónale, pero no le amenaces nunca más. Tu indiferencia me parece bien, pero jamás consentiré tu violencia. Si no quieres ser su padre, no seas tampoco su verdugo. No estás autorizado para reprenderle ni castigarle, y no quiero que vuelvas a tocar a mi Everard. ¿Me has entendido? Pero, si me desobedeces, Maximiliano, préstame atención, porque estás perdido en este mundo y condenado en el otro. ¡Condenado y perdido! La primera vez que me viste, tras mi muerte, fue en el cuarto de arriba, con mi hijo. Hoy, estoy aquí, en esta estancia intermedia, en tus aposentos, en la cámara roja. La próxima vez que me veas, y piénsalo bien, será abajo, en mi lugar, en mi cripta, en mi sepulcro.

-¡Horror! -murmuró el conde.

-Tan sólo una palabra más, Maximiliano, antes de que regrese a mi habi-táculo de granito. Es mi alma la que habla en estos momentos con la tuya; ni por un momento creas que es un sueño, porque podrías pensar al despertarte, igual que hace catorce años, que habías soñado. Por Everard y por ti mismo, no quiero que caigas en error tan fatal. Maximiliano, ¿reconoces esta cadena que, veinte años atrás, pusiste en el cuello de tu recién prometida, y con la que fueron enterrados, cuatro años más tarde, los fríos despojos de tu mujer? Mañana, Maximiliano, esta cadena estará sobre tus hombros, de forma que no puedas pensar que todo

lo de esta noche no ha sido más que una terrible pesadilla, para que no caigas de nuevo en tan ciega y mortal fantasía, porque tus ojos verán y tus dedos tocarán la prueba y la prenda de mi presencia y de todo lo que te he dicho. Recibe, pues, esta cadena de manos de la muerta, igual que tú se la entregaste a ella cuando aún vivía.
Tras decir esto, Albina retiró la cadena de su cuello y la puso en torno al de Maximiliano, que estaba helado de espanto. Los labios del conde se movían, pero no era capaz de articular palabra.
-Y ahora -continuó Albina-, he dicho todo lo que tenía que decir. Adiós, o hasta la vista. ¡Acuérdate, Maximiliano!
El conde escuchó vagamente estas últimas palabras, y ni siquiera observó cómo el fantasma se alejaba. Tenía los ojos cerrados, y su respiración se había detenido. Inerte, cayó sobre el almohadón. Durante todo este tiempo, Everard permaneció tumbado sobre el musgo del bosque, y dormía con el sueño de los bienaventurados.
Al día siguiente, cuando Maximiliano se despertó, o más bien salió de su desvanecimiento, con los primeros rayos de luz, su primer movimiento fue lle-varse la mano al cuello. Y sintió aquella cadena de frío oro en sus heladas manos, y se puso más pálido que las propias sábanas.
-¡Guillermo! -gritó-. ¡Guillermo, despierte, miserable!
Sobresaltado, Guillermo se espabiló.
-¿Qué ocurre, Excelencia? -preguntó el secretario, aturullado.
-Ocurre que quiero hablar con Jonathas, el guardabosques. Baje, pues, y diga a un sirviente que vaya en su busca al instante. Necesito hablar con él.
-Y el trabajo -preguntó, tímidamente, Guillermo-, ¿lo termino aquí?
-No; en su habitación. Quiero estar solo.
Por mucha prisa que se dio Guillermo en atender al requerimiento del conde, y el criado en obedecer al secretario, para cuando Jonathas se enteró de que el señor le llamaba y llegó a la cámara roja, se encontró a Maximiliano levantado y ya vestido. Tuvo una primera sensación de terror, al ver al conde tan desencajado, tan pálido, aunque Maximiliano trataba de sonreír.
-Jonathas -le dijo-, acérquese y cuénteme la verdad. Usted estaba delante cuando introdujimos a mi mujer, Albina, en su sudario, cuando la metimos en el ataúd y lo claveteamos.
-Sí, por desgracia, monseñor.
-¿Cómo estaba vestida?
-Con su traje de novia blanco, y muy bella, a pesar de estar muerta, os lo juro.
-Jonathas, ¿vio si llevaba algo puesto en el cuello?
-Pues sí, monseñor: una cadena de oro que Vuestra Excelencia le había regalado, y que ella había pedido que le pusiesen.
-¿Reconocería esa cadena?
-Claro que sí, monseñor, si eso fuera posible y vuestra esposa no estuviera enterrada en un triple ataúd de pino, de roble y de plomo, cubierto por una losa de mármol.
-Fíjese bien, Jonathas. ¿Es ésta? -le preguntó Maximiliano.
-¡Esto es una profanación o un milagro, monseñor! -exclamó Jonathas-. ¡Es la misma!
El conde palideció aún más, volvió a ponerse la cadena al cuello e hizo una señal a Jonathas para que se retirase. Una hora después, tras preparar el equipaje del conde Maximiliano de Eppstein a toda velocidad, el propio conde, en com-pañía de Alberto, se ponía en camino hacia Viena, sin preguntar por Everard, sin volver la vista atrás.

Capítulo V

A la mañana siguiente, agotado tras tres días de marcha, así como por las crueles emociones sufridas la víspera, Everard no se despertó hasta muy tarde. El sol ya estaba alto, y los pájaros cantaban a pleno pulmón, así que todo era luz y alegría. Pero en el azul de aquel cielo, hacia el norte, un nubarrón negro se formaba con lentitud. Everard contemplaba aquel hermoso cielo, aunque, de vez en cuando, los ojos se le iban tras aquella nube.

-Ahí está el símbolo de mi destino -se decía-; hoy, tranquilo y feliz, ya que mi madre no está enojada conmigo, pero quizá inquieto y tormentoso mañana. ¿Dónde estaré mañana? No quiero aparecer por el castillo de Eppstein, porque mi padre me recibiría peor que a un mendigo. Tampoco puedo regresar a la cabaña, porque ya Rosamunda ocupa mi lugar, y el instinto me lleva a azorarme si pienso en volver a verla. ¿Qué haré, pues? ¿Qué refugio me queda? ¡Sólo vos, madre mía, tan sólo vos!

El muchacho puso la cabeza entre las manos y dejó volar su imaginación. Ya no lloraba, pero estaba serio. Mil proyectos, mil ideas pugnaban en su ánimo. Por fin, pareció haber tomado una decisión firme, se puso en pie, y dijo:

-Vamos, eso es: nada de pusilanimidades. Lo único que puedo hacer es reunirme con mi tío Conrado. Pero, ¿cómo lo conseguiré, sólo y sin dinero? No sé cómo lo haré, pero iré en su busca. Abandonaré para siempre esta tierra que dejé atrás, por primera vez, hace ocho días. Dios en su providencia, así como mi hado particular, mi madre, no me fallarán. Espero que, con su ayuda, seré fuerte y valiente. Y si algún obstáculo insuperable me detiene, si algún acontecimiento imprevisto me desvía de mi camino, si he de dar marcha atrás y volver sobre mis pasos y, así, renunciar a mi propósito, será que Dios y mi madre así lo quieren, y me someteré a su voluntad. Hago lo que me parece justo. Que ellos hagan conmigo lo que más les plazca. Trato de ordenar mi conducta lo mejor que puedo: que ellos conduzcan mi destino allá donde bien les parezca.

El equipaje de Everard se preparaba con rapidez, porque llevaba con él toda su fortuna, todo su porvenir. Bastaba con que tomase un bastón y se pusiese en camino. Pero, antes de partir, antes de abandonar su amado bosque, su valle y su gruta, se puso de rodillas y rezó a su madre con fervor.

Tras lo cual, se puso en pie, contento y seguro. Sin querer darle muchas vuel-tas, sin permitirse demasiadas reflexiones, se puso a subir por la colina, con todo su coraje, para llegar hasta el camino que le conduciría a Maguncia. Debía de ser mediodía cuando llegó a la gran ruta bordeada de olmos que daban, de un lado, a su bosque, y del otro, al valle del Mein, a la senda de Francia. Abandonaba, pues, para siempre el castillo que le había visto nacer y el bosque en el que había crecido. A la primera revuelta del descenso, estaría ya casi en un país extranjero. Y una vez más, antes de llegar a ese punto, se volvió para echar una última ojeada y decir un último adiós a las desperdigadas casas de Eppstein que se divisaban desde allí.

A la hora de poner en marcha sus proyectos, Everard había hecho bien en ponerse en manos de la Providencia y en no dudar del papel sagrado que ésta desempeña. Al echar un último vistazo a la pendiente que, un minuto más tarde, dejaría de ver, el joven vio cómo, por un sendero del bosque que terminaba allí mismo, venía Jonathas, el guardabosques, con su fusil bajo el brazo y, en la mano, la brida de su pequeño caballo, sobre el que iba sentada, orgullosa y son-riente, Rosamunda. La pareja formada por padre e hija se recortaba con nitidez contra el azul del cielo y el verde de los árboles.

Y nuestro viajero al que, según él, ya no le quedaba más por hacer que echar una postrer ojeada a su tierra natal, permaneció inmóvil, mientras contemplaba a Jonathas y a Rosamunda, como si los viese en sueños, como si aquellos amigos que se acercaban a su encuentro no fueran capaces de darse cuenta de que estaba allí. No se movió; se limitó a verles llegar desde lejos. Con ellos allí, se le representó una vida distinta de la que proyectaba justo unos momentos antes.

Si Everard hubiera pasado por allí cinco minutos antes, o después, todo su porvenir hubiera

sido distinto.
Pero antes de que el bueno de Jonathas, con sus cabellos grises, y la hermosa Rosamunda, con sus guedejas rubias, lleguen a encontrarse con Everard, detengámonos unos momentos en la vida de la muchacha, sonsaquemos los dulces secretos que guardan su corazón y su cabeza.
La doble impronta que había marcado toda su infancia, pasada en el convento del Tilo Sagrado, había sido la penetración de la inteligencia y la pureza del alma. Aunque parezca extraño, Rosamunda había regresado a Eppstein tan bien educada como candorosa. Lengua, historia, música, todo lo había estudiado con ardor; pero era del todo ignorante en lo tocante al mal. Aunque estaba dotada de maravillosas aptitudes para aprender todo, para hacerse una idea de todo, nunca había sido capaz de comprender el vicio y, a los quince años, aunque ya mujer por su forma de pensar, era como una niña en todo lo que al corazón se refiere.
Por lo demás, escasos acontecimientos habían marcado hasta entonces su existencia. Todo se reducía a estudios en serio y a profundas amistades, es decir, muchos sentimientos, muchas ideas, pero pocos hechos. De entre todas sus con-discípulas, y sus compañeras se contaban entre las más ricas y las más nobles herederas de la vieja Austria, siempre había sido la primera por su inteligencia y, cosa sorprendente, la más querida. Su superioridad siempre quedaba difu-minada gracias a su dulce trato. Sus amigas, y todas las colegialas lo eran o pre-tendían serlo, la consultaban, la respetaban, tenían en cuenta sus opiniones, y no por eso era objeto de envidias. Era la reina digna, buena y graciosa, de aquella juvenil y encantadora corte; además, sus superioras la adoraban, porque la tenían por una de ellas. De modo que, cuando hubo de irse, cundió una verdadera desesperación entre religiosas y alumnas.
Por otra parte, no había grandes cosas que enseñarle en el convento del Tilo Sagrado. Más bien, era ella quien adoctrinaba a las demás. Con sólo quince años, su curiosidad intelectual había profundizado y avanzado tanto en los estudios, que éstos ya no tenían secretos para ella. Pero no por ello se vieron afectadas ni su donosura ni su modestia. Y así, sin afectación, con la más absoluta sencillez, hubiera podido comentar a grandes rasgos, lo que permite suponer que también era capaz de hacerlo por lo menudo, la historia de las naciones y de los individuos. Con sincero entusiasmo, con un sentimiento vivo, hablaba lo mismo de Corneille o de Klopstock que de Goethe o de Shakespeare. En cuanto a la música, no era menor su penetración en los genios de Gluck o de Palestrina, de Mozart o de Paisiello. Y aunque parezca mentira, aquella intensa percepción poética, aquella tan precoz inteligencia musical, para nada le impe-dían saltar a la comba de maravilla o volar cometas a la perfección. Lo mismo las religiosas la veían, seria y pensativa, en su pupitre a la hora del estudio, que sus amigas la encontraban alocada y alegre bajo los enormes castaños del jardín. Aquella encantadora combinación de alegría expansiva y de concienzuda apli-cación era lo que hacía que fuera querida y respetada a la vez, por todas ellas.
Aunque ya hemos dicho que Rosamunda tenía como amigas a todas las internas del convento, entre todas ellas, su preferida era la hija de un ex embajador cerca de la corte de Inglaterra, que hacía años que estaba retirado de las intrigas diplomáticas. La madre de Lucila de Gansberg era inglesa, de lo que resultó que aquella muchacha, que tenía el inglés como lengua materna, enseñó dicho idioma, durante sus juegos, a su compañera inseparable, sin olvidar que, en más de una ocasión, la hija del gran señor llevó a su casa a la hija del guar-dabosques. Rosamunda pudo entrever así, a trazos, algo de la vida mundana, pero siempre regresaba al convento sin que nada hubiese turbado la paz de su noble corazón, porque no contemplaba el mundo, ni la sociedad le veía a ella, más que a través del velo de su pureza. No omitiremos ni siquiera algo que interesó más a aquellas dos jóvenes cabecitas, a Lucila y a Rosamunda, que los sosos parabienes de los señores de la corte vienesa. Fue una lectura de Romeo y Julieta, hecha a hurtadillas en un cenador cubierto de madreselva. Tan ardiente y pura poesía amorosa transportó a aquellos dos ángeles terrenales a un mundo ideal, mil veces más peligroso que el real. La pasión, que nadie ha sabido describir como Shakespeare, dejó a aquellas dos almas

Librodot

gemelas sumidas en un mar de sueños, inquietas. Pero la inocente locura de sus quince años pronto superó aquellas ensoñaciones sentimentales. La primera en despertar de aquel peli-groso sueño fue el alma casta y pura de Rosamunda, y aquella confusa revela-ción acerca del amor fue la única sombra que pesó en el despuntar de aquellas dos auroras.

No es difícil imaginar cómo sería el dolor de aquellas dos inseparables amigas cuando llegó la hora de la separación, cuando Rosamunda tuvo que marcharse con su padre, y dejar el convento y a sus amigas. Pena que, por otra parte, todos los que habían tratado a Rosamunda también sintieron. Y la animaban, la besaban, la lloraban.

-Siempre os querremos -le decían todas-, y pensaremos en vos sin cesar. ¿Quién nos echará una mano ahora para reconciliarnos? ¿Quién nos aconsejará? ¿Quién solicitará para nosotras el perdón de las religiosas? Nuestro ángel de la guarda se nos va, nuestra guía nos abandona.

Y manifestaban mil muestras de cariño, acompañadas de miles de regalos y de caricias. Querían que se quedase con ellas al menos durante algunos días, porque no podían aceptar una separación tan repentina. No otra fue la causa que retuvo a Jonathas en Viena más tiempo del que él hubiera querido. Sus superioras, las religiosas, no se mostraban menos entristecidas que sus condiscípulas.

-Si, más adelante, cuando os encontréis lejos de nosotras, no fuerais feliz -dijeron a Rosamunda, como despedida-, regresad aquí, al Tilo Sagrado, donde siempre dispondréis de una plaza, tanto en el dormitorio como en las clases, junto con todo nuestro maternal afecto.

-¡Gracias, madres, gracias! -respondía Rosamunda, entre sollozos-. Si mi padre no estuviera tan solo, si mi abuelo moribundo no me reclamase a su lado, si no tuviera un hermano que me espera, jamás os abandonaría. Tengo la sensación de que aquí dejo toda la tranquilidad y toda la alegría de mi vida. Si un día me encontrase mal, o si, en un momento dado, ya nadie necesitara de mí, tened por cierto que regresaría, y algo me dice, madres, que algún día así lo haré.

Pero hubo de marcharse. El abuelo moribundo no podía esperar mucho tiempo. Había que abandonar el convento, religiosas y compañeras; tenía que separarse de Lucila. Tras besarse más de cien veces y prometer que se escribirían, las dos amigas se dijeron un último adiós. Pero, como recuerdo, Lucila suplicó a Rosamunda que se llevase consigo una pequeña biblioteca de cerezo, repleta de sus autores favoritos: oculta en uno de sus rincones, se encontraba una edición inglesa de Shakespeare.

-Así, cuando leas a nuestros grandes poetas -le dijo Lucila-, te acordarás, Rosamunda, de los días en que los leíamos juntas, y de aquella que los leía junto a ti. ¡Adiós, mi querida hermana! ¡Adiós, o tan sólo hasta pronto!

Y la pesada puerta del convento se cerró tras Rosamunda.

-¿Volverá a abrirse alguna vez para mí? -se decía la muchacha, mientras se alejaba pesarosa del brazo dé su padre-. ¿Volveré a ver algún día estos apacibles muros, a estas buenas religiosas, a mis queridas amigas? Quién podría decirlo... ¡Quiera Dios que sí! Fui feliz allí, porque era joven, y no habré de volver, a no ser que me encuentre mal; y eso que, cuando nuestras alegrías se convierten en consuelo, resultan casi dolorosas; si nuestro paraíso se convierte en refugio, es algo casi triste. ¡Por eso, pido a Dios que no vuelva a verte jamás, dulce nido de mi infancia!

Sin embargo, el viaje y la novedad de todas las impresiones que recibía pronto consiguieron distraer a Rosamunda. Aunque al principio se mostró silenciosa, enseguida comenzó a responder a las preguntas de Jonathas. Al cabo de dos días, fue la muchacha quien comenzó a preguntar acerca de Eppstein, sobre cómo era la vida que llevaban allí y sobre las personas que iba a ver.

Con su carácter bondadoso, Jonathas trataba de satisfacer la curiosidad de su querida hija en todos sus extremos. Al principio, había estado un poco celoso, el pobre padre, por la melancolía de Rosamunda. No le dijo cómo iba a ser de feliz, sino cómo iba a sentirse de

Librodot

querida, porque, en primer lugar, volvería a ser todo su orgullo y toda su felicidad, y además estaría en su casa, libre y a su aire, como antes, cuando era pequeña y su madre tanto la mimaba. Le habló entonces de aquel joven huésped que tenían y a quien iba a volver a ver, Everard, que la esperaba tan impaciente, y que tan sencillo, tan melancólico y tan bueno era. Tampoco hubiera hecho falta. Aun cuando Rosamunda se hubiera olvidado del aquel rubio compañero de su infancia, las cartas fraternales que éste le había escrito habían servido para mantener vivo el recuerdo. Conservaba, pues, todo en la memoria de su corazón y, muchas veces, pensaba en Everard, huérfano como ella y nacido el mismo día.

Era, por tanto, de su edad y, además, abandonado e infeliz. Una dulce com-pasión vino entonces a unirse al cordial afecto que Rosamunda sentía por él: ella le consolaría y sabría cómo llenar su soledad. Aguijoneó a Jonathas con preguntas acerca del joven y, a partir de las respuestas de éste, se imaginó a nuestro poético y encantador soñador. Fue entonces cuando sintió prisa por verle de nuevo, sin que supiera explicarse la razón de su impaciencia. Además, por mucho que se hubiera examinado en conciencia aquella casta muchacha, tal impaciencia le hubiera parecido igual de natural: Everard era hermano suyo, alimentado con la misma leche que ella, educado con ella y tratado por su madre como igual a ella. Everard era, además, el hijo de su benefactora, el hijo de Albina, cuyo recuerdo aún permanecía vivo en el Tilo Sagrado. Por último, Everard, tanto por su cuna como por su educación, habría de ser la única persona que la comprendiese, con la que ella pudiese hablar, no sólo de corazón a corazón, sino de alma a alma. Su padre le dijo que era un muchacho sencillo y excelente. Ella no le preguntó si era de espíritu elevado e instruido, porque, en sus sueños, ambas cosas iban de la mano. Lo más importante era que no fuera un orgulloso, cargado de desdén. En cuanto a la distancia que les separaba, ¿no habría de bastar su dolor compartido para borrarla? Y, además, quién piensa en esas cosas a los quince años.

Rosamunda, aquella hermosa y casta niña, soñó, pues, sin preocupaciones, en toda su inocencia, con aquel a quien ella llamaba hermano suyo. Y deseó con todas sus fuerzas que llegase el momento en que pudiera estrechar la mano de Everard, y ponerle al tanto de las miles de cosas que tenía que contarle.

¿Será preciso añadir que la esperanza de volver a encontrarse con su joven amigo casi compensaba, en el corazón de Rosamunda, el dolor que en ella suscitaba la idea de la muerte cercana de su abuelo? Además, ¿por qué no habría de ser así? El egoísta olvido de la juventud, que cree que está sola en el mundo y que no mira más que para adelante, es tan natural, tan encantador, que todo se le perdona y hasta se asume con gusto una cierta complicidad con ella. La juven-tud ha de olvidarse del pasado, no ha de preocuparse por el ayer, porque, está claro, su reino es cosa del mañana, reside en el futuro.

Ya hemos relatado la llegada de Rosamunda a Eppstein y su primer encuentro con Everard. No sólo era un muchacho modesto, sino que, además, era tímido. No sólo no se mostraba orgulloso, sino que parecía acobardado. Y tanta dulzura, tanto apuro, se acomodaban a la perfección al carácter firme y serio de Rosamunda, porque lo que la muchacha más podía despreciar en el mundo eran la impertinencia y los aires de grandeza. Pero su felicidad se convirtió en tristeza, cuando se percató de que Everard la evitaba. ¿No sería capaz de darse cuenta de nada de lo que le ocurría? Cuando se fue con su tío Conrado, sin casi atreverse a mirarla, casi no pudo refrenar las lágrimas. Y se sintió herida en la compasión que había experimentado, en un primer momento, por aquel ser tierno y melancólico. Rosamunda pensaba que ella habría podido servirle de ayuda, de sostén, y sufría al verse obligada a renunciar al dulce papel de hermana querida que tan bien habría desempeñado. Aquel trato frío, del que no se creía merecedora, le partía el alma. ¿Qué podría hacer para que Everard vol-viera a ella, cuando éste se alejaba sin cesar?

Durante el tiempo que duró su ausencia, se sintió inquieta, preocupada. Pero su padre la rodeaba de toda clase de cuidados, de distracciones, de cariño. Por las buenas o por las malas,

todas las mañanas le obligaba a montar a caba-llo y a visitar con él un nuevo lugar de lo que constituía su reino, el bosque. Y Jonathas se sentía feliz cuando le hacía sonreír o le arrancaba una exclamación de sorpresa, de admiración o de alegría. Tantas veces como tenía ocasión, le hablaba de Everard, porque se había dado cuenta de que era un tema de con-versación que agradaba a su hija, y porque, cuando juntos hablaban del ausente, los colores subían a las mejillas de la muchacha y una llama nueva le iluminaba los ojos.
Ya sabemos bastante de Rosamunda, quien, por otra parte, habrá tenido tiempo de reunirse ya con Everard, a quien habíamos dejado al pie de un árbol, inmóvil, mudo, mientras observaba cómo la joven se acercaba hasta él, como una aparición. Volvamos, pues, a ellos, que ya deben de estar juntos.

Capítulo VI

Fue Rosamunda quien primero vio a Everard y, al hacerlo, dio un grito de sorpresa.
-¡Everard, hermano mío!
Bajó del caballo y corrió hasta el lugar en el que se encontraba el joven, con los brazos tendidos. Estaba de un humor delicioso, porque su padre acababa de contarle cómo, un día, Everard se había tirado, vestido, al Mein para rescatar al niño de una pobre mujer, que había caído al agua mientras jugaba.
-¿Así que era aquí por donde andabais, Everard? ¡Y cuánto tiempo hace! De verdad, que ya estábamos intranquilos. Habéis obrado mal por no darnos noticias vuestras. Pero olvidemos todo.
Entretanto, Jonathas se había acercado a los dos jóvenes.
-¡Por fin está de regreso nuestro querido ausente! -dijo el buen guarda-bosques-. Everard ni siquiera sabéis que, durante vuestra ausencia, vuestro padre ha estado en Eppstein y que os ha buscado, con mucha insistencia, durante varios días, lo que no ha impedido que haya tenido que marcharse sin llegar a veros.
-¡Se ha ido! -exclamó Everard.
-Sí, claro que sí. Cierto es que, esta mañana, cuando se iba, no es que haya hablado mucho de vos. Además, daba la impresión de ser presa de una fuerte agitación y de tener una prisa enorme por partir. Da lo mismo, pero es bien raro que ni tan siquiera haya pronunciado vuestro nombre. Y eso que yo estaba allí, porque me había hecho llamar para pedirme una información de lo más extraña y, cuando he visto que se disponía a marcharse, le he preguntado que si iba a esperar a vuestro regreso. Pero me ha obligado a callar, en tono desabrido.
-¡Se ha ido! -repetía Everard-, ¡se ha ido!
-Sí, pero, a cambio, aquí estáis vos -replicó Rosamunda, con su dulce voz.
Everard la contemplaba, con una curiosa mezcla de ternura y turbación; ella bajó los ojos, y sonrió.
-Y como aquí está de nuevo -prosiguió su padre-, a fe mía que voy a dejaros, si os parece, que continuéis el paseo juntos. Mientras he estado pendiente de la brida del caballo y te he contado cosas, y de esto hace ya ocho días, Rosamunda, mi fusil ha permanecido ocioso, para solaz de lobos y cazadores furtivos. Así que, Everard, sed un buen caballero y ocupad mi lugar, y conducid a mi hija hasta los más floridos senderos. Si no habéis comido, lo haréis juntos, porque mi hija lleva en el zurrón todo lo necesario. De postre, ya cogeréis unas cuantas moras o unas fresas silvestres; en cuanto a la bebida, cualquier manan-tial os saciará. Así que

os dejo, hijos míos, hasta esta noche a la hora de cenar. No tengo ni que deciros que miréis por vuestra hermana. Daos un buen paseo, hijos míos.
El guardabosques se echó el fusil a la espalda, dijo adiós a los jóvenes y se introdujo en la espesura sin dejar de silbar. Rosamunda y Everard se quedaron solos, tan apurado el uno como la otra. Pero fue Rosamunda la que primero rompió aquel incómodo silencio.
-Como tenemos que comer, Everard, si os parece, podemos instalarnos aquí mismo, a la sombra de ese enorme roble y darnos un real festín en la hierba, mientras escuchamos el concierto de los pájaros.
Dicho y hecho. Everard ató el caballo a un árbol, mientras Rosamunda extendía las provisiones por la hierba, y pronto dieron cuenta los dos de la comida con el mejor de los apetitos. Sin embargo, Everard no decía ni palabra. En el cuarto de hora que duró el almuerzo, apenas intercambiaron algunas frases intrascendentes. Pero Rosa munda, que le observaba, encontró que los ojos del muchacho eran lo suficientemente elocuentes: veía sus pensa-mientos a través de su mirada, y le oía como si él le hablase. Ya hemos dicho que, a pesar de sus modestas y bastas ropas de montañés y campesino, Everard era un apuesto muchacho, dotado de esa belleza interior que traducimos por fisonomía. Ni el embarazo de sus modales era capaz de ocultar el orgullo y la dignidad de su alma: como por encanto, su firme y dulce mirada decía todo lo contrario. A pesar, pues, de su torpeza y de su silencio, sólo un necio habría podido tomarle por torpe. Pero Rosamunda era tan fina y sagaz como sólo una muchacha buena y sincera pueda serlo. Y entre los corazones hones-tos y puros se genera una simpatía secreta, que resulta imposible que sea engañosa.
-Cuando acabemos de comer -dijo Rosamunda-, me enseñaréis aquellas partes del bosque que más os gustan. ¿Os parece bien, Everard? ¿No os molesta hacer de guía y de acompañante?
-¡Molestarme! -exclamó Everard.
-A lo peor -añadió Rosamunda-, he interrumpido vuestro paseo, me he inmiscuido en vuestro deseo de estar a solas. Porque ya sé que os gusta estar solo. ¡Tanto como os he echado de menos!
-¿Me habéis añorado, Rosamunda?
-Claro que sí, y me decía que, en lo sucesivo, al menos contaríais con una hermana, con una amiga. Pensaba que nos entenderíamos bien. Me acordaba de los días de antaño, y creía que podríamos retomar y continuar, en medio de estos lugares solitarios, tan tranquilos y hermosos como el paraíso, la dulce fraternidad de nuestra infancia. Porque la vida aquí por fuerza ha de ser agradable y pura. En fin, que soñaba con una novela, como Pablo y Virginia -añadió, con una carcajada por tamaña ocurrencia, aunque enseguida se sonrojó.
-¿Qué es eso? -preguntó Everard.
-Un hermoso libro en francés, de Bernardin de Saint-Pierre. ¿No lo conocéis? Os lo prestaré. En fin, que había tenido un sueño feliz: habríamos vivido ignorados, pero felices, en las montañas, en estos bosques, junto con el bueno de mi padre, Jonathas. He pensado en ello durante todo el camino de mi vuelta aquí. Preguntádselo a mi padre, a quien aburría con preguntas sobre vos, y que siempre me respondía con frases que alimentaban mis quimeras y mis esperan-zas. Pero en cuanto llegué, desde el primer momento, comprendí que mis pro-yectos eran pura ilusión. Os tendí la mano como a un hermano, y me tratasteis como a una extraña. Sé que no es cuestión de orgullo, lo sé. Mi padre me ha asegurado que vuestro corazón es tan noble como vuestra cuna. ¿Por qué, pues, esa frialdad y esa indiferencia que me mostráis?
-¡No es frialdad ni indiferencia! -dijo, vehemente, Everard-. ¿Qué queréis? Soy un chico arisco, un hijo salvaje de estos bosques, y vuestra presencia me ha intimidado, igual que la de un ángel o un hada.
-¿Qué decís? ¿Hasta tal punto soy estirada y terrible? -dijo la joven, con una sonrisa-. Everard -continuó, ya más seria-, tratemos de no despreciarnos. Os digo con toda claridad, con toda la

sencillez de mi corazón, que me siento atraída por vos, porque creo que sois leal y bueno, y por eso os pido que seáis mi amigo y mi compañero. Puesto que podemos estar juntos, ¿por qué permanecer solos? Esta naturaleza de Dios, en medio de la que nos hallamos, así como el sagrado recuerdo de nuestros muertos, santifican de algún modo el afecto que nos profesamos. Que no haya falsas modestias ni malentendidos. En presencia de nuestras dos madres y de estos robles, os pido que seáis mi hermano. ¿Lo aceptáis?

-¡Que si lo acepto! Grande y generosa es vuestra alma, Rosamunda, y yo trataré de mostrarme digno de vuestra amistad. Me avergüenzo de haber sido tan tímido y temeroso. Pero el cervatillo asustado, ahora está domesticado, santa mía, y el ciervo, en vez de huir, se acercará a lamer vuestros pies.

-Como si fuera Genoveva de Brabante-dijo Rosamunda, entre risas.

-¿Quién fue ésa? -preguntó Everard.

-Me quitáis un gran peso de encima -continuó la joven, sin escuchar tan poco afortunada pregunta-. Así que fue por causa de vuestra timidez por lo que no me dirigisteis la palabra el primer día. Por timidez también, me habéis evitado, e incluso os fuisteis con vuestro tío Conrado casi sin decirme adiós...

-Y por esa misma razón iba a abandonar Eppstein y Alemania para siempre, para no volver a veros -añadió Everard-, cuando la Providencia y mi madre hicieron que aparecierais en mi camino.

-Pero, ahora, os quedaréis -dijo Rosamunda, con vehemencia-. A partir de ahora, nos comprenderemos, nos querremos... ¿Qué os pasa? ¿En qué pen-sáis?

-Pienso -prosiguió Everard, soñador-, que quizá no sea sólo por mi carácter insociable por lo que quería alejarme y unirme al Ejército del Emperador. También estaba lo de mi padre..., pero se ha ido a Viena. Y algo más.

-¿Qué más? -preguntó Rosamunda, con un deje de inquietud.

Se produjo un silencio. Con los ojos fijos, Everard parecía observar las tinie-blas que rodeaban sus pensamientos, y movía la cabeza con aspecto de meditar.

-¡Rosamunda, Rosamunda! -dijo, con lentitud-. Una especie de encanto me atrae hacia vos, y, sin embargo, algo en mi interior me dice que huya. ¿No me comprendéis, verdad? No debéis juzgarme como a los demás: soy un ser aparte, una naturaleza extraña, que no lleva la vida de todo el mundo. Ya veis que he empezado a hablaros con toda confianza. Sí; tengo confianza..., y tengo miedo. Un presentimiento me dice que nuestra amistad resultará funesta, y que se pro-ducirá una desgracia. Un instinto me advierte de que haría mejor en marcharme, pero no lo haré. Ya sabéis que hay cosas que están predestinadas, Rosamunda.

-Sólo sé que hay un Dios -contestó la piadosa muchacha.

-¡Sí, Dios! -prosiguió Everard, tras enfrascarse de nuevo en sus sueños-. Dios mío -añadió, mientras juntaba las manos como si estuviera solo-, Dios mío, tú que me aclaras en mis imperfectas luces, tú que me das este vago deseo de alejarme sin, por ello, darme la fuerza y la valentía para hacerlo, te obedezco, Señor. Haz de mí lo que quieras. ¿De qué sirve que mi espíritu se agite, si es tu mano la que me guía? Mi madre, quizá, me aconseja que me vaya; pero si el des-tino que tienes para mí me ordena quedarme, ¿cómo podría oponerme?

-¡Oh, sí! ¡Quedaos, quedaos! -dijo Rosamunda, con graciosa insistencia-. ¡Podríamos ser tan felices juntos! Mi padre me ha dicho que conocéis recónditos lugares del bosque, a los que podríais llevarme. Y caeréis en la cuenta, amigo mío, de que es mucho mejor, pero muchísimo mejor, ser dos que per-manecer en soledad. En cuanto a mí, sin vos y lejos de mi padre, que se pasa el día en el bosque, os aseguro que me moriría de aburrimiento. Mientras que si estuviéramos los dos juntos, podríamos charlar, comunicarnos nuestros pen-samientos, nuestras sensaciones, leer y estudiar juntos. Parecéis sorprendido. ¿No pensaréis que soy una muchacha ignorante, verdad? No os equivoquéis, porque he aprendido muchas cosas, y puedo entender vuestras ideas y responderos acerca de casi todo. Confieso que no he profundizado

tanto como vos, que sois un hombre, en el francés, el griego, el latín, la historia o las matemáti-cas, que no me gustan nada.
-¡Rosamunda, Rosamunda! Pero si ignoro hasta el nombre de tales materias...
-Pero, ¿cómo? ¿Qué me decís?
-Nada más que la verdad. Vuestra madre me enseñó a leer, y el capellán hizo lo propio respecto a escribir. Pero ambos han muerto, y yo me quedé solo aquí, abandonado, como bien sabéis, sin más maestros que el bosque, sin más educación que la que nos regala la naturaleza. ¿Quién se habría ocupado de mi instrucción? Nadie. Hasta ahora sólo he abierto la Biblia, y no muchas veces, Pero ni los árboles ni los pájaros me reprochaban mi ignorancia. Me di cuenta de ella, por primera vez, hace un mes, cuando la visita de mi tío. Pero hasta hoy nunca me había sonrojado por causa de ella.
-¡No puede ser! -exclamó Rosamunda-. Hubiera debido reflexionar y pensar sobre ello... Disculpadme, amigo mío, os pido perdón por haberos herido involuntariamente.
-No, no me habéis hecho daño, Rosamunda. Ya veis que mi compañía en poco puede complaceros, de nada os va a servir, porque no estoy a la altura de vuestra inteligencia y mi conversación, en lugar de distraeros, os aburriría. Comprenderéis que es mejor que me quede a solas, con mi aburrimiento y mi ignorancia. Ya veis que tenía razón, y que lo mejor que puedo hacer es alistarme y combatir.
-Amigo mío -le replicó, muy seria, Rosamunda-, poseéis un alma demasiado elevada como para hacer caso de falsos orgullos o aceptar mezquinas susceptibilidades. Quedaos aquí; nos seremos útiles el uno al otro. Vuestro corazón es sabio, Everard, y los campos, los bosques y el cielo os han transmitido enseñanzas saludables y buenas. Me haréis partícipe de ellas, que me vendrá bien. Por lo que a mí respecta y, dado que debo mi educación a la casualidad o, más bien, a la protección de la condesa Albina, no me neguéis la alegría de devolver a su hijo parte de lo que he recibido de su madre. ¿Me aceptaríais como maestra? Sería precioso, en realidad.
-¡No, ya es tarde, Rosamunda! ¡Demasiado tarde!
-¡Dios mío! ¿No pensaréis que las ciencias sean algo árido en extremo y difícil? Es sencillo y muy interesante, Everard; no encontraréis nada que os resulte novedoso. Comprenderéis que las naciones nacen como los manantiales, que los genios brotan como las encinas y que las revoluciones estallan como las tempestades. Hay libros que os harán gozar más que un hermoso atardecer de mayo, aunque hay épocas también en que os dejarán tan triste como una llu-viosa tarde de diciembre. Por otra parte, las lenguas no son más difíciles de descifrar que los signos escritos en el cielo o en el viento, y reconoceréis que Dios actúa por igual en la naturaleza y en la historia. Además, ¿no os sentiríais orgulloso y feliz de encontrar en los anales de Alemania las gestas de vuestra glo-riosa familia, reconocer en todas las crónicas el nombre de vuestros antepasados, el vuestro propio, el apellido Eppstein?
-¿Creéis que yo me considero un Eppstein? -le interrumpió Everard, con amarga melancolía-. No os equivoquéis, Rosamunda. Soy un hijo abando-nado, de quien su padre reniega. Eso es todo. ¿Para qué aprender, para qué tener una mejor educación? ¿Para comprender mejor la bajeza de mi situación? Rosamunda, para lo que es mi misión en este mundo, me basta con lo que sé. Mi madre me sirve de guía, y con eso me basta. Ya sé que no me comprendéis. Si tomarais una mayor parte en mi confianza y en mi vida, me vería obligado a revelaros cosas que os causarían no sólo sorpresa, sino pavor. Tengo que repetiros que tanto mi alma como mi destino son más que extraños. Dios me ha marcado para un porvenir que tan sólo Él conoce y, respecto al cual, nada puedo hacer para evitarlo. Siento que su aliento me impulsa y, puesto que ve por mí, ¿de qué me servirían las ciencias humanas? Mi instinto me basta para obedecer su voluntad, incluso tendría miedo de mi razón. Lo mejor, para mí, sería mar-charme o, caso de no hacerlo, permanecer en la ignorancia.
No repetiremos todas las súplicas que formuló Rosamunda, ni todas las res-puestas que

Librodot

obtuvo de Everard, todo aquel enfrentamiento entre el instinto ilustrado y la prudencia ciega. El papel maternal le iba a la perfección a la serenidad y a la seriedad del carácter de la colegiala del Tilo Sagrado. Por eso, trataba de convencer a Everard de que el estudio sería una actividad gozosa y amable, a la sombra de aquellos árboles seculares o en la soledad de los perfumados claros del bosque.

Y el día se les fue en discutir, mientras paseaban y admiraban la grandiosi-dad de los maravillosos paisajes que les rodeaban. Hay que decir, asimismo, que los consejos se mezclaron con juegos y apuestas, y que, en más de una ocasión, interrumpieron una disertación sobre las ventajas de la ciencia para corretear tras una mariposa de colores. No hay que olvidar que el mayor de nuestros protagonistas no tenía aún quince años. Así que, entre chiquilladas y disertaciones, cayó la tarde, y Everard acompañó a su hermana hasta la casa del guardabosques. Pero su indecisión seguía viva, y mantenía que se iría al día siguiente.

Mas no le había contado todo a Rosamunda. No le había dicho, por ejemplo, que lo que le obligaba a abandonar aquellos lugares era la afrenta sangrante que había recibido de su padre, y que, por eso mismo, no podía regresar al castillo. Pero, aunque no dijese nada sobre el particular, no dejaba de darle vueltas y, cada vez que pensaba en ello, un repentino rubor le cubría el rostro.

En medio de tantas indecisiones, fue como llegó a la cabaña de Jonathas, a pesar de que, aquella mañana, se había prometido a sí mismo que no volvería a verla. El guardabosques les esperaba.

-¡Qué de tiempo habéis estado fuera! -les dijo-. Ya estaba un poco preocupado. He recibido una carta que el señor conde me ha enviado desde Francfort, y que ha traído un mensajero a toda prisa. Leedla, porque os interesará.

Con mano temblorosa, Everard cogió el papel y lo leyó. Maximiliano comu-nicaba a Jonathas que había decidido fijar definitivamente su residencia en Viena y que, en el futuro, no volvería por Eppstein.

«Dígale a mi hijo Everard, añadía, que dejo el castillo a su disposición, así como la cuarta parte de los ingresos que éste produzca. Mi administrador se pasará todos los años por allá para recaudar el resto. Pero Everard ha de saber que no debe abandonar Eppstein, ni intentar verme. Nuestros destinos han de permanecer separados, y le prohíbo que intente unirlos. Sólo bajo esta condi-ción, le permito ser libremente dueño de sí y permanecer en mi casa. Nunca más le molestaré, pero él tampoco habrá de entrometerse. No le pediré a llas, dibujaba un tronco de árbol, retorcido y nudoso, que servía de refugio a un enjambre de abejas. El muchacho desviaba a menudo la vista de su tarea para mirar hacia el claro, pero como era un día de diario, no se veía a nadie por aquel lugar. No se oía más que el chapoteo continuo de la fuente y el canto de alguna curruca entre el follaje.

Tras una hora de espera, una joven apareció por aquel lugar, y el dibujante se puso en pie para ir a su encuentro. Tras dar algunos pasos, se detuvo y la con-templó sin que ella se diera cuenta. El joven era Everard; la muchacha, Rosamunda.

Noble y apuesto, como era de natural, Everard llevaba, con más elegancia y distinción que antaño, su sencilla y rural vestimenta. Su mirada era igual de dulce y de seria, pero había ganado en profundidad y tristeza. Su frente se mos-traba igual de altiva y grave, aunque tenía más acentuadas las arrugas por causa de algún oscuro destino, de alguna desconocida fatalidad. Rosamunda, encan-tadora como siempre y con modesta arrogancia, vestía una blusa roja, cuyo cue-llo realzaba su gracioso rostro, y una falda negra. Llevaba un cántaro de cerá-mica sobre uno de sus hombros y una jarra, más pequeña, en la mano. Iba a la fuente.

Cuando bajaba por aquellas gastadas piedras, Everard salió de entre los tilos y corrió a reunirse con ella.

-¡Buenos días, Everard! -le dijo al verle, en un tono que denotaba que esperaba encontrárselo en aquel lugar.

Los dos se sentaron en el bancal.
-Tomad, Rosamunda -dijo Everard, al hacerle entrega del cartón-; ya casi he terminado el dibujo y, gracias a vuestros buenos consejos de ayer, creo que no ha quedado mal. He intentado reflejar ese horror que, según vos, imprimía a los bosques nuestro gran Alberto Durero, cuya sencilla y sublime historia me contasteis el otro día.
-Pero si está muy bien... -dijo Rosamunda-; tan sólo, la sombra de aque-lla rama podría producir un efecto mejor.
Tras quitarle el lapicero de la mano, corrigió con algunos trazos aquel defecto.
-Ahora ha quedado estupendo -añadió Everard, mientras aplaudía-; me siento doblemente orgulloso de mi obra de arte, puesto que lleva algo de vuestra mano. Mostráis tanta indulgencia y paciencia con vuestro mal alumno, que vuestra bondad ha de igualar por fuerza a vuestra hermosura, Rosamunda.
-Parecéis un niño -le dijo, en tanto que éste le besaba las manos con dulzura y la contemplaba con ingenua admiración-, ¿no es una tarea encantadora esta de nuestros de estudios en compañía? ¿En qué se diferencian nuestras lecciones del placer? ¿No sois mi compañero, además de mi alumno? Por otra parte, estoy tan orgullosa, Everard, de haber contribuido a devolver a la nobleza alemana a uno de sus más históricos representantes, a un caballero que, por su rango, había sido llamado a tan altos destinos, pero que languidecía en la ignorancia y en el aburrimiento... He hecho por vos, y me siento orgullosa de ello, lo que hubiera hecho vuestra madre, lo que hubiera debido hacer el conde Maximiliano. ¡Qué enormes progresos en tan sólo tres años! ¡Con qué rapidez habéis captado todo! ¡Cómo habéis conseguido aprehender cosas que yo sólo conocía a medias! ¿Qué serían, en comparación con vos, todos esos moscones dorados que pululan por Viena?
-No es gracias a la ciencia, por lo que me habéis devuelto la felicidad -repuso Everard, con tristeza-, Rosamunda, hermana mía. ¿Para qué ampliar los horizontes del conocimiento, cuando los límites de la vida son tan estre-chos? ¿De qué le sirven sus alas a un águila que está cautiva? ¿De qué vale un gran apellido si tan oscuro es el destino? Nunca he comprendido mejor mi soledad que desde que entiendo cómo es el mundo. Por eso, si no diera gracias por vuestra presencia, estoy seguro de que os detestaría por culpa de vuestras ense-ñanzas. Creo que comencé a existir en el momento en que os vi; pero si pienso en ello, sufro. A lo peor llega el día, Rosamunda, en que deploremos como un don fatal el favor que me habéis hecho.
-No -respondió Rosamunda-, jamás me arrepentiré de haber devuelto a un Eppstein a sí mismo y a su tierra.
-Pero yo soy un Eppstein renegado, olvidado -prosiguió Everard, mientras sacudía la cabeza melancólicamente-; nunca seré un general ilustre, como mi abuelo Rodolfo, a quien temía hasta el propio Federico; ni siquiera un gran diplomático, como mi abuelo materno, capaz de darle lecciones al mismo Kaunitz. Como mucho, seré el protagonista de alguna lúgubre y terrible leyenda. Si algún día llego a alcanzar alguna notoriedad, no será en campos de batalla ni en círculos académicos, sino en veladas de campesinos.
-Everard, hermano mío, ¡qué ideas tan insensatas! - le interrumpió Rosa-munda.
-Por más que insistáis, veo algún delito en mi destino. Es más, desde que, gracias a vos, conozco mejor la realidad, he tomado conciencia de la extraña vida que Dios me ha impuesto, siempre con una muerta al lado. Gracias a los atisbos de verdad que me habéis ayudado a entrever, me he dado cuenta de que mi sitio está fuera del común de los mortales: soy una sombra, un fantasma, una amenaza, quizá, o una venganza. Cualquier cosa menos un hombre.
-¡Amigo mío!
-Contra eso no se puede luchar. Vos estáis delante de mí, Rosamunda. Pero tengo a mi madre, Albina, detrás. Vos podríais ser un maravilloso futuro, ¡pero ella representa un pasado tan formidable! Hablemos mejor de otra cosa.

Se produjo una pausa repleta de reflexiones.
-¿Ya habéis acabado la historia de la guerra de los Treinta Años? -preguntó Rosamunda.
-Sí, y creo que Wallenstein es un general tan grande como Schiller en el campo de la poesía. Tengo que daros las gracias, Rosamunda, por haberme familiarizado con las crónicas de tiempos pasados, por haber añadido a mi propia vida, las de todos esos otros seres, tan fecundas, tan maravillosas. Disculpadme si alguna vez me oís decir palabras amargas; no las escuchéis, porque soy injusto, soy malo. En el fondo, sabéis que os quiero como a una hermana y que os venero tanto como a mi madre.
-Everard -contestó Rosamunda, cuya voz grave y gesto serio recorda-ban a los de una joven madre que da consejos a su hijo-, sé que sois bueno y afectuoso. Pero me da pena veros tan triste y desanimado. ¿Por qué creéis en la fatalidad y no en la Providencia? Eso no está bien. ¿No velan Dios y vuestra madre por vos? Tan sólo os faltaba una cosa, la educación del espíritu, y yo he sido la elegida para aportárosla. Ya fuera en invierno, al amor de la chimenea, o en el verano, en vuestra gruta, o al lado de esta fuente, hemos charlado, leído y meditado. Habéis aprendido con celeridad todo lo que yo sabía; más allá de mis imperfectas explicaciones, me habéis enseñado muchas cosas que ignoraba hasta hoy. A partir de ahora, tanto si permanecéis aquí, en vuestro retiro, como si optáis por ir a la corte, a Viena, siempre destacaréis por vuestra preclara y cultivada inteligencia, hasta el punto de que podríais aconsejar y dirigir a otros. Os ruego que no empañéis, con vuestras dudas y vuestra tristeza, la alegría que siento al pensar que he contribuido con mis humildes medios a haceros digno del nombre que portáis y del futuro que os aguarda.
-Está bien, Rosamunda, mientras estéis delante, me mostraré contento y alegre, tanto como las flores bajo la luz del sol.
-¡Ya era hora, hermano mío! -exclamó Rosamunda-. Permitidme que coja el agua que he de llevar a casa y, más tarde, si os viene bien, terminaremos de repasar juntos la historia de los Hohenstaufen.
-Me encantaría -repuso el joven, alegremente-. Rosamunda, si puedo quedarme a vuestro lado, os prometo no volver a pensar en el mañana.
Y ambos amigos se estrecharon la mano con una sonrisa llena de verdadero cariño. La joven tomó la jarra y se dispuso a llenarla de agua. Everard se hizo con el cántaro y se puso a hacer lo mismo. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba azul, y sus encantadores rostros se reflejaban en el espejo de la fuente. Con esa alegría, se aproximaban al agua, reían y se miraban con cariño, hasta que se incorporaron.
-Voy a beber -dijo Everard, contento.
Rosamunda le acercó la jarra, y el joven bebió. Si un escultor hubiera cap-tado la graciosa postura de ambos, hubiera dado con una de las ideas más pró-ximas a la felicidad.
-Parecemos una escena de la Biblia, como Eliezer y Rebeca -comentó la joven, con una sonrisa.
La joven comenzó a subir por las piedras, con el cántaro a la espalda, y a ale-jarse de la fuente. Con la jarra en una mano y el car tón en la otra, Everard no tardó en alcanzarla, y los dos se fueron a la casa del guardabosques. Mientras andaban, se miraban uno a otro con frecuencia. Los ojos de Everard no refleja-ban más que admiración y cariño. Por el contrario, en la mirada de Rosamunda había más prudencia y bondad que amor.

Capítulo VII

Baste el relato de aquella mañana para entender cómo había transcurrido, en los tres últimos años, la agradable vida en armonía de Everard y Rosamunda. El dulce soñador de los montes

del Taunus y la aplicada alumna del Tilo Sagrado se habían desarrollado según su carácter y su destino. Rosamunda había instruido a Everard, y éste la había amado. El paseante solitario ya no lo estaba. Había encontrado a quién ofrecer su alma, a quién comunicar sus pen-samientos y a quién consagrar aquellas partes de su corazón y de su vida que su madre dejaba vacías. Toda su felicidad estribaba en obedecer a Rosamunda: no le costaba nada hacer todo lo que la muchacha le pedía, porque aquel espíritu salvaje le reconocía todo el derecho a hacerlo. En la naturaleza ruda y entregada de Everard, todo era para Rosamunda.

Lo único que el muchacho conservó para sí fue su devoción por el fantasma de Albina. Para todo lo demás, su confidente era Rosamunda. Pero respecto a sus visiones, nocturnas o diurnas, incluso ante la muchacha, guardaba una cierta reserva, y no reveló más que a medias el secreto de las apariciones y de los consejos de aquel querido espectro. Como en todo amor verdadero, el respeto filial de Eve rard también tenía su pudor, que le impedía traicionar aquella tumba cerrada para todos, salvo para él.

Everard llevó, desde entonces, una doble existencia, y mantuvo un doble afecto. Su madre no pareció irritada por tener que compartirle. Cuando Rosamunda estaba a su lado, trabajaba junto a ella, feliz de escucharla y comprenderla. Una vez que la joven se marchaba, el muchacho volvía a su bosque y a sus sueños. Era entonces cuando llamaba a su madre, que se llegaba hasta él, que conservaba su autoridad de siempre, y que le hablaba por medio del viento o de la brisa para aconsejarle y ayudarle a superarse.

De aquellas conversaciones, guardaba para sí los detalles y el asunto tratado, al igual que un amante respetuoso nunca menciona las caricias de su querida. Sus únicos testigos y confidentes eran los fríos rayos de la luna o la pálida claridad de las estrellas. Pero hemos de pensar que su madre se compadecía de él, cuando no le regañaba, del mismo modo que si él no incurría en sus reproches, no por eso dejaba de estar preocupado por sus aprensiones y su compasión. Siempre regresaba triste y melancólico de la gruta y, cuando Rosamunda le preguntaba, con tacto, él evitaba darle respuestas. Más tarde, llo-raba amargamente y hablaba vagamente de un temible futuro. En días de ésos, ni siquiera ella era capaz de consolarle. Aparte de eso, estaba entregado a Rosamunda y, cada día más encantado, reconocía el ascendiente que la joven tomaba sobre él.

La muchacha hacía uso de esta circunstancia con prudencia y dulzura infinitas, como si los instintos maternales que poseía no fueran a tener otra ocasión de manifestarse. Se había entregado con alegría y llevado a buen fin con amor la educación del espíritu juvenil e inculto de Everard. Con él, había regresado a los duros e ingratos senderos de la ciencia. Con paciencia y salero, había enseñado a su alumno todo lo que ella sabía, historia, geografía, dibujo y música, y sin olvidar la literatura de su tierra, le había familiarizado con las lenguas fran-cesa e inglesa. En algunas cuestiones, el joven la había superado; en otros asuntos, la muchacha era aún mejor que él; pero, en realidad, era un espectáculo encantador y conmovedor el de aquella adolescente dedicada a instruir a un coetáneo, al igual que no dejaba de ser un extraño misterio la transformación que había conseguido la muchacha, al hacer de un rudo e ignorante campesino un hombre elegante y cultivado.

Por otra parte, no es fácil hacer un resumen de todo lo que les había ocurrido en Eppstein a lo largo de aquellos tres años. No hay modo de vida más sencillo que el que llevaban Rosamunda y Everard: era una existencia fecunda en cuanto a ideas, aunque estéril en lo que a hechos se refiere, y podría resumirse en un par de frases. Seguirles a ambos un día cualquiera, era como saber de' ellos, a diario, durante aquellos tres años.

Por la mañana, Everard abandonaba el castillo, donde, definitivamente, se había instalado en sus habitaciones y, tras rezar largo rato ante la tumba de su madre, iba a llamar a la puerta de la cabaña del bueno de Jonathas. Mientras Rosamunda, que era un ama de casa excelente y dispuesta, ordenaba y disponía todo en la casa, Everard estudiaba solo, repasaba las lecciones de la víspera y preparaba las de aquel día. Más tarde, comían allí, con sencillez y alegría. A

con-tinuación se ponían a trabajar durante varias horas, con seriedad y buen ánimo, en casa, si hacía malo, o en el bosque, en el campo o en la fuente, si el tiempo era bueno. Y no les cundía menos el esfuerzo por haber estudiado entre trigales, ni se prestaba menos atención a las lecturas porque se vieran acompañadas del canto de los pájaros. No porque los libros fueran marcados con flores que reco-gían por el camino, aquellas páginas perfumadas resultaban menos provechosas para aquella pareja de lectores.

Al atardecer, se dedicaban a charlar y a descansar. Durante los días de invierno, se sentaban cerca del hogar; en verano, hacían lo propio en el banco de la entrada, bajo la madreselva y el jazmín. En invierno, oían cómo caía la lluvia o la nieve; en verano, contemplaban las puestas de sol y la salida de las estrellas. Además, Jonathas o Rosamunda sabían siempre algún cuento maravi-lloso o alguna leyenda encantadora, sobre todo el guardabosques, que era el mejor narrador de la región y cuyos recuerdos eran inagotables, sin que ni siquiera omitiese, tal era la pureza y la sinceridad de su corazón, historias de amor, quizá peligrosas para un auditorio juvenil como el suyo, si su efecto no hubiese quedado mitigado por su casto candor y su bendita ingenuidad.

Si no había relatos, Rosamunda se sentaba al clavecín y tocaba maravillosas piezas de Gluck, de Haydn, de Mozart, incluso de Beethoven, que comenzaba a alcanzar fama por entonces. Es difícil describir el efecto, difuso y profundo, como la propia música, que tan inmortales melodías produjeron en el espíritu de Everard. Mientras, ágiles, los dedos de Rosamunda recorrían el teclado, los sueños del joven erraban, con alocada rapidez, por el campo sin límites de su imaginación.

Ya hemos dicho que el muchacho se creía rodeado por una eterna armonía y que, en medio del silencio, escuchaba voces celestiales a todas horas. En ocasiones, en las sublimes inspiraciones que le suge rían aquellos maestros, reconocía algunas de las notas que creía oír en sus éxtasis. Incluso en aquellos

momentos, se figuraba a Rosamunda, como a Albina en otras ocasiones, precedida por los sones de arpas seráficas y envuelta en un velo de melodías, hasta el punto de que la hubiera adorado como a una santa, hasta que le despertaba la voz de Jonathas, que le recordaba que no estaba en el paraíso.

Y aunque pocas cosas ocurrían en su solitaria vida, la belleza es realmente tan sencilla, que nuestro atento soñador creía revivir su propia y escueta his-toria en una sonata o en una sinfonía. Por ejemplo, un bajo continuo, majestuoso y grave, era el fondo triste y sombrío de su existencia, el pensamiento eternamente presente de su madre muerta, la sorda amenaza de un porvenir ignoto. Pero una fantasía brillante y rápida, como un ligero arabesco bordado sobre el fondo de acordes uniformes, le transportaban a la vida que llevaba al aire libre, a una Rosamunda sonriente, a los dorados bosques o a sus estudios cuajados de juegos. Acunado por caprichos armónicos, Everard sonreía y descansaba. Mas, de repente, una nota fulminante, como un trueno en un cielo azul, le devolvía el formidable presagio de algún siniestro acontecimiento.

Cuando no había ni historias ni música, Rosamunda o Everard leían en voz alta lecturas que realmente representaban los únicos acontecimientos reseñables que se producían en aquel retiro. Una noche, Rosamunda leyó Hamlet. En silencio, Everard escuchó tan tétrico drama, se levantó sin decir palabra cuando hubo acabado y salió abrumado por el peso de sus pensamientos.

Un día después, confió a Rosamunda las impresiones que esa terrible epo-peya de la duda había sembrado en su espíritu. ¿No había un extraño parecido, una especie de parentesco moral entre él y aquel héroe del escepticismo? Sin cesar, los dos veían una sombra a su lado. Ambos eran jóvenes, melancólicos y frágiles, y los dos presentían que tenían que llevar a cabo algo terrible, que eran instrumentos de la fatalidad. Mas lo que Everard no se atrevía a añadir era que, al igual que Hamlet, también él dudaba ante la vida, y tenía miedo de esperar, de

Librodot

creer y, sobre todo, de amar. En su amargo desaliento, habría sido capaz de reco-mendarle a su Ofelia particular que regresase al convento.
-Hay un punto, sin embargo -decía Everard, pensativo-, en el cual somos diferentes el príncipe danés y yo, pobre desterrado: él sabe de antemano la horrorosa misión que le depara el destino, mientras que yo la ignoro. Él ve hacia dónde va, el puñal con el que ha de matar y se estremece. ¿Qué pasaría si, como yo, se dirigiera hacia el crimen, pero entre tinieblas, si se supiera verdugo, pero fuera ciego?
-Pero, ¿qué decís, Everard? -replicó Rosamunda, asustada.
-Sí, Rosamunda, ya sé que os produzco horror y compasión. Pero no estoy loco, no me engañan mis revelaciones. Hamlet es el instrumento de una venganza, y yo seré la ocasión de un castigo. Mi madre está triste; sus ojos desecados no dejan de llorar. No seré yo quien mate quizá, pero ofreceré a Dios la ocasión de hacerlo. Creo que no he venido a este mundo más que para eso, Rosamunda. Hay hombres que son grandes, que llevan a cabo maravillosas obras, que renuevan la faz de la tierra. Mi destino no está en ninguna acción memorable. Yo no soy libre, como mis semejantes; en manos del Señor, o en las de un demonio, sólo seré ocasión para que alguien sufra un castigo. Como un guijarro al borde del camino, mi única finalidad es que un alma se precipite a los infiernos. Y hacia eso va mi vida, Rosamunda, esta vida que vos tratáis de hacer inteligente y útil. ¡Ya veis que os equivocáis! ¿Por qué, Señor? Hermosas son las luces en los palacios, pero en las cárceles sólo sirven para iluminar la miseria.
Tales eran, en ocasiones, las amargas quejas de aquel alma desolada, y ni la sonrisa de Rosamunda era capaz de devolverle la esperanza y la resignación. Con mucho esfuerzo, valor y bondad, lo conseguía a veces aquella generosa muchacha, y trataba de enmendar a Hamlet con la Imitación de Jesucristo, de corregir a Werther con la Vida de Santa Teresa.
¿Quién resultaría vencedor de aquella lucha entre el amor y el hado? ¿Quién tendría razón? ¿La visión esperanzada de Rosamunda, o los terrores de Albina? ¿La viva o la muerta? Sólo Dios lo sabía.
Ya sabemos algo, pues, de los detalles conmovedores o tenebrosos, lúgubres o infantiles, en los que transcurrieron aquellos tres años de las vidas de Everard y de Rosamunda. Señalemos, no obstante, que aunque haya aparecido la palabra amor en diversas ocasiones, los jóvenes jamás la habían pronunciado. Everard estaba demasiado triste, y Rosamunda era demasiado pura como para atre-verse a hacerlo. Como en una versión cristiana de Dafnis y Cloe, se amaban sin saberlo, sin habérselo dicho siquiera. Tan sólo una revelación externa podría aclararles aquella circunstancia, porque, desde luego, ésta no vendría nunca de su interior.
Así vivían, inocentes y solos bajo el cielo azul, en la cabaña, a la sombra de enormes árboles, siempre juntos, por todas partes, cogidos de la mano, unidas sus frentes mientras leían el mismo libro. Al verles así, en aquellas actitudes graciosas o indolentes que adoptaban, cualquiera hubiera creído contemplar algún antiguo grupo escultórico, realizado en mármol blanco.

Capítulo VIII

El bondadoso Jonathas poseía un sincero y gran corazón; pero su ingenio, desprovisto de clarividencia, no era capaz de adivinar una pasión oculta, ni de preverla ni de detectar sus progresos. Aunque Everard ya se había hecho todo un hombre y Rosamunda se había convertido en una muchacha, para él, no eran sino dos niños. Y no se equivocaba del todo: la inocencia de los dos justificaba su ceguera. Ni como hermanos de verdad, según los

apelativos que ambos utilizaban, sus charlas y sus diversiones hubieran estado presididas por una más limpia pureza. Si se les hubiera preguntado si se amaban, con toda candidez habrían respondido que sí, de forma que, al igual que en el caso de Paolo y Francesca, habría bastado con una sola palabra, dicha por casualidad, para revelarles lo que, aun sin saberlo, ocurría en sus corazones.

Y Dios hizo que se produjera tal azar en el momento preciso, para precipi-tar el desenlace de esta sencilla historia. Un día, al regresar de su jornada en el bosque, el guardabosques encontró en casa una carta. Era de Conrado. A pesar de que hacía ya tres años que el devoto del Emperador no había dado señales de vida a sus amigos de Eppstein, poco les contaba de sus aventuras a los morado-res de la cabaña, a los que se limitaba a enviarles recuerdos. Confiaba, además, en que, sin tardanza, les daría una sorpresa cualquier día, porque, aun absorto en sus gloriosas correrías a lo largo y ancho de Europa, siempre tenía un pensa-miento para aquella familia que vivía en las faldas del Taunus. Todo eran buenas palabras, porque, según él, ellos eran los únicos familiares que le quedaban en el mundo. Es más, cuando desde el vivaque oía las trompetas que llamaban a la batalla, su primer pensamiento era para ellos. ¿Se acordaban también del ausente? Durante las veladas, ¿Jonathas mencionaba su nombre? ¿Rezaban los jóvenes por él? El joven Everard, tras haber sido su anfitrión y compañero, en el castillo de Eppstein y durante el viaje a Maguncia, ¿seguía igual de salvaje, de solitario, de soñador? ¿O se había vuelto más sociable, como el Hipólito de Racine? Tales eran las preguntas que Conrado les formulaba.

-Pues claro que permanece en nuestro recuerdo y en nuestros corazones -exclamó Jonathas, emocionado-. ¡Noble Conrado! ¡Qué bien y qué propio de él que no se haya olvidado de nosotros! ¡A cenar! ¡Vamos a beber a su salud, muchachos!

En efecto, durante la cena, el bueno de Jonathas se sirvió algunos tragos más de lo normal para festejar el recuerdo de Conrado. Tras haber vaciado dos o tres veces su copa de los días de fiesta, sintió que el corazón se le ensanchaba y la lengua se le desperezaba. Era a finales de diciembre y, mientras cenaban, se había hecho de noche. Fuera, caían gruesos copos de nieve, pero en la cabaña ardía un buen fuego y, como es bien sabido, la cercanía de la chimenea, cuando el viento sopla en el exterior, anima tanto a la conversación como el vino.

Tras acabar de cenar y, una vez recogida la mesa, con las manos juntas, Jonathas ocupó su gran sillón de piel. Los dos jóvenes se sentaron juntos, cerca de él, en un banco adosado al hogar, y comenza ron a charlar. Por supuesto que Conrado fue el tema de conversación. Jonathas era, más o menos, de la misma edad que su cuñado, a quien había conocido cuando no era más que un niño. Y habló de sus correrías solitarias, de su seriedad, hasta que, al hilo de sus recuerdos, les contó cómo aquel conde de Eppstein, uno de los señores más impor-tantes de Alemania, había comenzado a aparecer por la casa de Gaspar, el viejo guardabosques y había llegado a enamorarse de Noemí, una campesina. Como era una historia que guardaba más de una analogía con la suya propia, Everard y Rosamunda escuchaban a Jonathas con la mayor atención. Sólo las llamas de la chimenea iluminaban la estancia en la que se encontraban, resplandor que alcanzaba también al guardabosques, quien se encontraba sentado, placenteramente, cerca de la embocadura. Mientras, los jóvenes, agazapados en una esquina, permanecían ocultos, perdidos en las sombras y, sin razón aparente, retenían la respiración y estaban emocionados, como ante la proximidad de algún acontecimiento de importancia.

-¿Sabéis cuándo -comentó Jonathas, con cara de enterado- y cómo empecé a darme cuenta de que monseñor Conrado estaba enamorado de Noemí? Al comprobar que un obstinado azar les llevaba a encontrarse siempre. Noemí tenía una cabritilla blanca, que ella misma llevaba a pastar a los linderos del bosque. Aunque parezca increíble, cualquiera que fuera la hora o el camino que siguiese, uno podía estar seguro de que allí se encontraría con monseñor Conrado, quien paseaba como si nada, con una escopeta o con un libro en las manos. Se dejaba caer

hasta el lugar donde se encontraba Noemí y, enseguida, se ponían a departir. Y cuando no era por causa de la cabra, nos hacía una visita; y si ésta no se producía, Noemí salía para cumplir con sus obligaciones domi-nicales, y siempre el amor arras traba a Conrado tras los pasos de la chica. Como yo era tan joven como ellos, en aquellos tiempos, no tenía gran mérito el des-cubrir que todas aquellas idas y venidas no eran sino citas de los dos.

De repente, Everard y Rosamunda se contemplaron entre sí, aunque la oscu-ridad les impedía verse con los ojos del cuerpo. Como atraídos por un imán irresistible, también ellos se habían encontrado muchas veces en un mismo lugar, sin saber la razón de aquella circunstancia. Ni habían quedado y, además, creían que estaban solos, aunque pensaban el uno en el otro, cuando, de pronto, a la vuelta de un sendero o tras una cerca, se encontraban los dos, tan felices, aunque también sorprendidos por aquellos lazos invisibles, por aquella simpa-tía secreta que les aproximaba, incluso por encima de su voluntad.

-Me acuerdo también de un día -continuó Jonathas-, en que el perro del viejo Gaspar mató a dentelladas a la curruca que Noemí tenía en una jaula. La muchacha se puso a llorar amargamente, porque quería mucho a aquel pájaro que, como si fuera salvaje, se iba a volar por el bosque, pero que, a una llamada de su ama, volvía para deleitarla con sus melodiosos trinos. Conrado no dijo nada, y se internó en la espesura. Por la noche, regresó: traía la ropa hecha jirones y las manos ensangrentadas. En unos matorrales, hasta los que no había llegado ni mi perro, Castor, había descubierto un nido de currucas, y se lo traía a la desconsolada Noemí. Cinco pájaros a falta de uno, como si le ofreciera el futuro a cambio del presente. Así que las penas de la muchacha pronto se convirtieron en alegría. Pero aquel hallazgo de Conrado iba tan poco con su forma de ser que, de verdad, si Gaspar no hubiera estado tan ciego...

Rosamunda y Everard no oyeron el final de la frase. Sus manos se habían encontrado, se habían juntado. En aquel mismo instante, Rosamunda acababa de recordar una sorpresa que le había dado su hermano Everard. Un día, la muchacha había dibujado en un trozo de papel un plano exacto del pequeño jardín que ella misma cuidaba en el convento, y que tanto añoraba. Era un huerto de unos diez pies cuadrados, en el que había un rosal blanco, un árbol de grosellas, fresas en abundancia y una enorme cantidad de las flores propias de cada estación. Cuando al día siguiente paseaba por el jardín de Jonathas, Rosamunda dio un grito de alegría y de sorpresa, porque allí, en una de las esquinas, había un huerto similar al que tenía en el Tilo Sagrado. Levantó la cabeza y, muy cerca, vio que Everard acechaba para captar su sorpresa. Y aque-lla atención del muchacho le había agradado todavía más, puesto que sabía a ciencia cierta que era la primera vez que Everard tocaba una laya y un rastrillo.

Hay que reconocer que la historia de la curruca guardaba estrechas semejanzas con la del huerto, y los dos jóvenes estaban encantados, pero inquietos. Rosamunda había estrechado la mano de Everard como para darle las gracias, una vez más, por la sorpresa de aquel día. Y sus manos, ardientes, habían permanecido unidas. Transportados a otra vida, creían vivir un sueño mientras escuchaban lo que les contaba Jonathas, subyugado, aun a pesar suyo, por los vivos recuerdos de su juventud.

-Eran dos nobles corazones -prosiguió-. Puros como hijos de Dios, no era culpa suya el que, además, fueran jóvenes y guapos, y se quisieran. Como yo era de su misma edad, y también pretendía casarme con mi bondadosa Guillermina, les entendía mejor que ellos mismos. Un día, Noemí cayó enferma; nada grave, gracias a Dios. Pero el médico le recomendó que no abandonara su cuarto ni saliera durante unos cuantos días. Conrado no tenía, pues, ningún motivo de preocupación; pero se encontraba solo. Y se hundió en una sombría tristeza de la que nada parecía sacarle. Por aquel entonces, yo sustituía ya a Gaspar, en ocasiones, en sus funciones de guardabosques, y en cada paseo que daba y por el monte, me encontraba al pobre Conrado tan afligido, tan desconsolado, que me daba pena. Cuando me veía, se secaba las lágrimas, porque no quería compartir su pena con nadie, ni siquiera consigo mismo. Y

Librodot

cuando yo le Preguntaba, con todo el respeto que me inspiraba su posición, pero con aquel cariño casi paternal que sentía por él, el muchacho me respondía que no sabía lo que le pasaba, que ni siquiera él mismo era capaz de comprender la misteriosa dolencia que le aquejaba, porque todo le hería y le molestaba sin motivo, y que no había razón para que se echase a llorar. Me decía cosas así, y yo ponía cara de creérmelas. Pero la verdad es que yo sabía muy bien cuál era la razón de aquella tristeza, e incluso habría podido decírsela a él, que no se daba cuenta. Porque yo también estaba enamorado de Guillermina, como él lo estaba de Noemí, y yo también había sufrido una separación.

Si el lugar en que se habían acomodado no hubiera estado tan oscuro, Everard y Rosamunda, que ya lo pasaban mal, hubieran sufrido mucho más, porque, al oír aquellas palabras, se sonrojaron y palidecieron a un ritmo de veinte veces por minuto. Un mes antes, Rosamunda había ido a pasar unos días a Espira, a casa de una prima de su padre y, a su regreso, Everard le había contado el hastío y la desazón que habían colmado aquellas largas jornadas sin ella, mientras le aseguraba a la joven que su alma había partido con ella y que, sin saber el motivo, había llorado durante horas enteras.

Dios mío, Dios mío, así que esto es amor, se decían para sí cada uno de ellos. Una atracción incesante, que conduce a uno hacia el otro, dar la felicidad y la vida para satisfacer un deseo del otro, sentir que no se puede vivir ni respirar más que bajo la mirada del otro. ¡Dios mío! ¿Será amor el enigma por el que suspirábamos? Y todo un mundo desconocido se desvelaba ante los dos jóvenes, tan maravillados como perdidos, que ardían y se estremecían a un tiempo. Sus cuerpos se rozaban; sus manos no se habían separado. Si hubieran atendido a algo más allá de sus tumultuosos pensamientos, habrían sido capaces de escu-char los latidos de sus corazones.

En el exterior, la noche había quedado apacible, serena. Había parado el viento que azotaba la cabaña, y la luna brillaba en un cielo despejado de nubes, hasta el punto de que sus rayos se colaban por las rendijas de las contraventanas. El bosque parecía dormido. El silencio que rodeaba a Rosamunda y a Everard casi les aterraba.

-¿Y cómo se declararon Conrado y Noemí? -preguntó Everard, cuya voz temblorosa reveló a Rosamunda que el muchacho estaba tan emocionado como ella misma.

-Sin decirse una palabra -le respondió Jonathas-, porque los enamorados no necesitan palabras para entenderse. Aunque creo que me equivoco al hablar de enamorados. Porque hay algunas personas con las que no sirven los términos que utiliza todo el mundo. Es cierto. Eran tan puros y santos, que parecían casados aun sin estarlo todavía. Siempre pensé que Dios los había unido mucho antes que el cura. Y como, además, lo pasaron tan mal, el dolor y la muerte han purificado aún más estos sagrados recuerdos. La historia de su inocente y maravilloso amor me parece tan digna de imitación como las de los már-tires y los santos y, cuando pienso en ella, tengo la impresión de que es como una segunda religión para mí. Les veneraba, incluso más de lo que les quería, que no es poco. Ellos lo sabían y, como me veían como a alguien de la familia, me tomaron por confidente. ¡Con qué dulzura, con qué ternura me hablaba el uno acerca del otro! Noemí contó a su hermana Guillermina, la cual hizo lo propio conmigo cuando ya era mi mujer, que un día estaban solos los dos, sentados en un banco y cogidos de la mano. Creo que leían un libro. Pero el único libro en el que se fijaban, en realidad, era en el de sus corazones. Tanto fue así que, sin saber cómo, sus alientos se confundieron, sus labios, sus dulces labios se acercaron y estoy seguro de que así, sin necesidad de palabras, se dijeron lo que ya sabían, que se amaban.

Mientras Jonathas se expresaba así, con aquella pureza, con aquel candor de alma y de pensamiento, Everard y Rosamunda apretaban sus manos, y sus almas, fundidas, se estrechaban, embriagadas, agitadas, ocultas en la oscuridad. Nadie les veía, ni siquiera ellos mismos. El joven había pasado uno de sus bra-zos por detrás del cuerpo de su amiga, y Rosamunda, arrastrada por una irresistible fascinación, no tenía ya ni fuerza ni capacidad de

pensar. Sus cabellos se rozaron, sus alientos se confundieron, temblorosos, acercaron sus labios y sus bocas se unieron. Aquel beso, su felicidad primera, duró lo que un relámpago, porque, espantados, se echaron hacia atrás, con precipitación. Jonathas conti-nuó, como si hubiera aguardado a que se produjera aquel instante.

-Vamos, vamos, muchachos, que el fuego se apaga, y hemos de separarnos. Ya es hora de que el señor conde se vuelva a su castillo, y tú, Rosamunda, sube a tu cuarto.

La voz del guarda arrancó a los dos jóvenes de su éxtasis, y los expulsó del paraíso a la realidad. Se incorporaron, pues, los tres. Eve rard y Rosamunda estaban tan aturdidos, tan temblorosos, que se apoyaron entre sí para no caer. Tras unas cuantas palabras más, se estrecharon la mano y se fueron cada uno por su lado: Jonathas, con sus tranquilos sueños del pasado; Rosamunda y Everard, emocionados, con la mirada puesta en el porvenir.

¡Y cómo latían los corazones de aquellos dos pobres y candorosos mucha-chos! ¡Qué entrecortada su respiración, como si acabasen de correr rápidamente y durante mucho tiempo! Claro que, ¿no habían recorrido velozmente un largo camino por esa rápida pendiente de la juventud que llamamos amor?

Así fue cómo Everard y Rosamunda supieron lo que pasaba por sus almas. Parecía que el destino quisiera servirse de la historia iniciada con los amores de Conrado y de Noemí para continuarse en la de sus sobrinos. ¿Cuál sería el terri-ble desenlace de aquella situación? Ya hemos referido que sólo Dios lo sabía.

Capítulo IX

Al día siguiente, los dos enamorados, a los que ya podemos designar así, se encontraron en la gruta tapizada de musgo, cálida incluso en invierno, para la lección matutina. La alegría de Everard resplandecía en sus ojos y en su corazón. Rosamunda estaba más pensativa y seria que de costumbre. Ni que decir tiene que ninguno de los dos había dormido aquella noche. Tras un primer momento de sorpresa, el joven la había pasado en una especie de delirio, de embriaguez. ¡Querido! ¡Era querido, y él también amaba! De modo que lo que tanto tiempo había embargado su pensamiento, su existencia, aquellas inquietudes, aquel languidecer, todos esos impulsos involuntarios, ¿aquello era el amor? Una nueva vida se desvelaba ante Everard, y consideraba miles de recuerdos bajo una luz nueva, mientras vislumbraba otras tantas esperanzas que brillaban en su porvenir. ¡Nunca más estaría triste! ¡Y qué más daba, si le aguardaba un lúgubre destino! ¿No contaba ahora con alguien que, cerca de él, le serviría como refugio?

En cuanto a Rosamunda, había pasado la noche sumida en espantos y angustias. No porque su alma audaz se arrepintiese de haber cedido a un impulso irresistible, sino porque no se perdonaba por haber servido a Everard un nuevo motivo para que se sintiera desgraciado, por ofrecer al injusto Maximiliano un nuevo motivo de rencor. ¿Era así como debía pagar todas las bon-dades que su bienhechora, Albina, había tenido para con ella? Porque, al fin y al cabo, su amor, tan puro a los ojos de Dios, era censurable para el mundo. El ejemplo de Conrado y Noemí, que le había dejado fascinada la víspera, la horrorizaba al día siguiente. ¿Adónde les había conducido aquella santa pasión? Al destierro, a la desesperación y a la muerte. Y eso que el conde Rodolfo no odiaba a su hijo como el conde Maximiliano detestaba al suyo. Y eso que Noemí no debía a Conrado su educación, la vida del alma.

Tal era la razón de que, al llegar a la gruta, Rosamunda estuviera seria, mien-tras que Everard no cabía en sí de contento. En cuanto el joven, impaciente como estaba, vio a Rosamunda, a la que esperaba desde hacía tiempo, corrió hacia ella, y le dijo:

-¡Sois vos! ¡No tengo palabras! Pero, escuchadme; tan sólo una palabra, que encierra en sí el mundo entero: ¡os quiero! Y una más, que contiene todo el cielo: Rosamunda, ¡me amáis!
Y el joven cayó de rodillas ante ella, con las manos juntas, mientras la con-templaba arrebolado.
-Everard, amigo mío, hermano mío -le contestó Rosamunda, con el tono y el gesto revestidos de aquella dignidad que jamás le abandonaba-, Everard, levantaos, y charlemos fraternalmente, como solíamos hacer. No repetiré jamás la tácita declaración que se nos escapó en medio de nuestro entusiasmo. Pero, sí, os amo, como vos me amáis, Everard.
-¡Por todos los ángeles del cielo! ¿Qué decís? -exclamó el impetuoso joven.
-Sí -prosiguió Rosamunda, pensativa, os lo repito, porque tales pala-bras tienen un encanto en el que el alma se complace. Os amo, como Noemí amó a Conrado. Pero pensad en Conrado y en Noemí. Os doy mi vida, pero no puedo aceptar la vuestra. Muchas veces me habéis dicho que barruntabais grandes desgracias en vuestro futuro. Si lo que llegara a ocurriros, sucediese por mi culpa, Everard, me moriría. No me importa que yo sea desgraciada, pero sufrir por vos es algo que va más allá de mis fuerzas, ya os lo advierto. Lo mejor, pues, sería olvidar el peligroso sueño en el que nos embarcamos ayer por la noche.
-Es como si me pidierais que olvidase mi vida -replicó Everard-, porque ese sueño es mi aliento, mi ser y mi existencia. Ese sueño soy yo. Nada podrá separarnos en adelante, Rosamunda, porque vos sois mía, como yo os pertenezco.
-¿Quién habla de separarnos? -le contestó Rosamunda, alma tenaz, pero ignorante en asuntos del corazón, y que cedía sin vacilar a los sutiles consejos de una pasión imperiosa-. Podemos seguir juntos, Everard, pero a condición de que sea como en el pasado, de que borremos la pasada y febril velada de nues-tro recuerdo, de que volvamos a la tranquilidad y a la santidad de nuestras con-versaciones de antes. A condición, Everard, de que mi hermano me sirva de pro-tección y de apoyo, y que nuestras dos santas madres sigan presentes entre los dos. Si lo aceptáis así, nos esperan días de felicidad, porque he de confesaros que me sería muy difícil, en verdad, renunciar de repente a nuestra intimidad. Pero si cumplimos con nuestro deber, con valentía y resignación, Dios nos ayu-dará y nos amará, y no hay que olvidar que el futuro está en sus manos.
-¡El porvenir!... Eso es -dijo Everard, con amargura-, demos esquinazo a nuestra felicidad, como se hace con un acreedor al que no se puede pagar.
-¡Everard, amigo y hermano mío! -repuso Rosamunda, mientras miraba con tristeza a Everard-. ¿Por qué tanta ironía, tanta injusticia? ¿Por qué hoy os parecen despreciables las puras y apacibles alegrías que os satisfacían tanto hasta ayer? ¿No es preferible que vuestra amiga y hermana sea, no sólo reverenciada por vos, sino honrada por todos?
-Sí, Rosamunda, sí, todo el mundo os honrará y os venerará. Tal es la razón de que no debamos limitarnos, en cuanto al porvenir se refiere, a vaga palabrería. Escuchadme. El abandono que he sufrido y que, como Dios y mi madre saben, tantas y tan amargas lágrimas me ha costado, hoy me satisface, puesto que me ha servido para algo. Mi padre tomó la decisión de que, con tal de que yo no lo estorbase, nada suyo sería. Soy, pues, libre, y dueño de mi vida. Pero mi vida es vuestra, y no os la doy, sino que es Dios quien os la entrega, puesto que, junto con mi condición de huérfano, me dio el derecho a dispo ner de ella. Acep-tadla, tan sólo, os lo ruego, Rosamunda. Sed mi mujer.
-¡Ay, ay, Everard! Eso debió de ser lo que dijo Conrado a Noemí... Y Noemí... ¡Acordaos, Everard!
-Noemí murió en el patíbulo, ¿no es eso? No os propongo un matrimonio secreto, Rosamunda. Os ofrezco un matrimonio a la vista de todos, en la capilla de Eppstein, un matrimonio reconocido por Dios y por los hombres, un matrimonio que no ocultaré ni a mi propio padre. Los libros que me habéis hecho leer me han enseñado algunas cosas sobre el mundo, y creo que soy capaz de adivinar los designios y los sentimientos del conde

Maximiliano. Si pretendiese encumbrarme o aparentar, si buscase la parte de su gloria que me corresponde al abrigo de su apellido, si reclamase mi lugar al sol del favor imperial, me maldeciría, me aplastaría. Pero si permanezco en la oscuridad, si me cierro las puertas de la corte y de la fama, si, de acuerdo con la estrechez de su mente, me rebajo y contraigo un matrimonio poco conveniente, os prometo que eso no será ninguna ofensa para él y, lejos de apartarme de mi propósito, me animaría a seguirlo si tal estuviera en su mano. Para su ambición y su vanidad, yo represento un obstáculo, y creedme, Rosamunda, de que se sentirá feliz de verse desembarazado de mí gracias a mí mismo. En el momento en que yo haya alzado entre los dos tal barrera, cuando ya no tenga que dar cuentas a nadie sobre mí sin sonrojarse, en el momento en que sólo pueda censurarme y quejarse, ya se sentirá en cómoda posición, y estará encantado, aunque jamás lo reconocerá, de la oportunidad que le he dado. Porque entonces podrá dedicarse a pensar con tranquilidad en su fortuna presente, y en la de mi her mano mayor en el futuro. En adelante, su único y verdadero hijo será Alberto. Y jamás volveré a aparecer yo, tercero en discordia, para entrometerme en sus sublimes proyec-tos. Seré un hijo rebelde que, como Conrado de Eppstein, me casaré con una humilde campesina y del que, con toda la ley de su parte, su padre habrá renegado. Al igual que ocurrió con Conrado, el mundo que me olvida hoy me olvidará mañana. Pero, al revés que en su caso, no nos veremos obligados a huir, puesto que nada nos obliga a cambiar de vida ni a llevar nuestra felicidad a otra parte. El conde de Eppstein vive, y allí ha de seguir, en Viena, ciudad de la que, según él mismo escribió, no se alejará jamás. Mientras que nosotros, Rosamunda, podremos quedarnos aquí, en casa de vuestro padre, solos e ignorados, es decir, tranquilos y felices. Vamos, Rosamunda, creo que podéis aceptar. No es el rico heredero de la casa de Eppstein quien os ofrece su mano, sino un proscrito pobre, miserable y oscuro, a quien vos, generosa muchacha, aportáis la serenidad de vuestra cabeza, la alegría de vuestra mirada y el tesoro de vuestro amor. Veamos, ¿no os atrae la dedicación que reclamo de vos? ¿No sería nuestra unión como un paraíso? Y ese paraíso, Rosamunda, ese paraíso que yo, Everard, vuestro hermano, vuestro amigo, os ofrezco, ¿tendréis el valor de rechazarlo?

-¡Everard, Everard! ¡No me tentéis! -repuso Rosamunda, con voz que-brada, al tiempo que rechazaba al joven con firmeza-. En verdad me ofrecéis el cielo, pero aquí estamos, en la tierra, y vos no sois más que un muchacho, y un insensato por esperar la felicidad absoluta, del mismo modo que erais un blasfemador y un impío cuando presentíais, sin asomo de duda, un porvenir miserable. No sois más que un pobre soñador. ¿No sabéis que, en este mundo, lo mejor no consiste en soñar sino en esperar?

-¡Rosamunda, Rosamunda! -exclamó Everard-. No me arrojéis de nuevo a las angustias de mi destino. Creo que vos seríais capaz de apartar de mí todas esas desgracias de las que me advierte mi instinto, y que con un solo gesto vuestro, como si fuerais un hada bienhechora, cambiaríais todas mis dudas en ilusiones. Por el contrario, si me rechazáis, me veré obligado a pensar que os da miedo compartir conmigo los sufrimientos que me reserva el destino.

-No digáis eso, ni lo penséis -replicó Rosamunda, con energía-; mi único temor es aumentar el peso de vuestras penalidades. Pero os juro que unirme a ellas sería, para mí, una verdadera alegría.

-Entonces, estamos de acuerdo. Sois mía, Rosamunda, sois mi mujer. ¡Y que vengan dolores y muerte! Un día en el paraíso, con vos en la tierra, y ¡qué más da que tal dicha continúe aquí o en el cielo!

El joven hablaba con tanta convicción y elocuencia, con tanto ardor, que, como el día anterior, Rosamunda se sentía fascinada, arrastrada. La joven se había sentado sobre el saliente de una roca, mientras que él, como por obra de un encantamiento, se había postrado a sus rodillas. Sin fijarse, Rosamunda miraba la gruta, el musgo, aquellos mudos testigos de tantas horas deliciosas y tranquilas como habían pasado juntos. Experimentaba, en su seno, una felicidad angelical, y aquella niña, inmaculada y noble, se dejaba llevar por las peligrosas emociones y

el desconocido atractivo de aquella felicidad. Hasta el silencio que la rodeaba estaba lleno de inquietud y seducción.
A causa, precisamente, de la fuerza y novedad de aquellas sensaciones, se avivaron en ella el orgullo y la castidad virginales. Se llevó una mano a la frente como para borrar hasta el menor residuo de aquellas ideas que hasta la cabeza le subían, procedentes del corazón, se levantó de repente y ordenó, con gesto firme, a Everard que hiciera lo mismo. Una vez en pie, cara a cara con su amante subyugado, con fuerte y decidida calma, le dijo:
-Hermano, nada de debilidades ni de peligrosos sueños. ¿O es que en un minuto, sin pensar en ello, como niños aturdidos, debemos jugarnos, no digo nuestras almas que hace mucho ya que están comprometidas, sino nuestra existencia? Valor y sangre fría, hermano mío. Afrontemos con tranquilidad el por-venir que Dios nos ofrece y sigamos nuestra senda.
-Si reflexionáis -replicó Everard-, es que no me amáis.
-Os amo santamente, Everard, y Dios lo sabe. Cuando pienso en vos, un sentimiento dulce y embriagador inunda mi corazón, pero se trata también de un pensamiento augusto o, por así decir, maternal.
-¡No me amáis, no me amáis! -repetía Everard.
-Escuchadme, Everard -repuso la sincera y fuerte Rosamunda-. Creo, en efecto, que si os amo, no es con un amor como el vuestro. Seguramente, os amo según mi forma de ser. Lo que sí puedo aseguraros es que, una vez repuesta de mi inquietud, esta noche he pensado mucho y he sondeado mi alma. Por eso, tenéis que escucharme. Os prometo y os juro, Everard, que si no soy vuestra, no perteneceré a nadie en este mundo más que a Dios, porque la idea de unir mi destino a alguien que no fuerais vos me resulta insoportable. Me quedaría muy contenta, si esto que os he dicho pudiera consolaros y apaciguaros un poco.
-Lo que me decís me basta para hoy, Rosamunda. Pero, ¿qué será del mañana?
-Tanto mañana como el día de hoy, mi existencia es toda vuestra, Everard. Pero, hacedme caso, no despojemos a nuestro amor de la sanción del sufrimiento y del tiempo. Preservemos los derechos del infortunio. Porque creo que, si aceptásemos nuestra felicidad sin someternos a ninguna prueba, la suerte se vengaría de nosotros, y he sido educada para acatar la voluntad de Dios. ¿Qué os pido, pues? Paciencia. Quizá me equivoque al no ofreceros más que una qui-mérica esperanza, al no ser más que medianamente razonable y sólo en lo que al presente se refiere. Aunque me repliquéis que no os amo, lo que hago es ya superior a mis fuerzas, y no me es fácil, por las buenas, renunciar a tanta felicidad como he acariciado... ¡Perdonadme por eso, Dios mío! ¡Madre, Albina, perdonadme!
-Por lo que hace a mi madre, Rosamunda, no sólo os perdona, sino que os da las gracias en nombre de su hijo, porque mi vida, hasta ahora sombría y triste, haréis que se mude en bella y deslumbrante. Tomad, Rosamunda. En su nombre, y que ese reverenciado nombre santifique mis pensamientos y mis actos, en su nombre, os digo, aceptad este anillo que ella llevaba cuando era joven. Aceptadlo por el amor de ella y mío, y puesto que no me cerráis las puertas en el futuro, que esta joya sea el símbolo de que sois mi prometida, mi santa adorada.
-Everard, Everard. ¿Estáis seguro?
-Os lo ruego; os lo imploro -repuso Everard.
-Oíd, pues, mis condiciones -continuó Rosamunda.
-Claro que os escucho.
-Si me comprometo con vos, y lo hago de todo corazón, entiendo que seguiréis siendo libre, totalmente libre.
-¡Rosamunda!
-Tal es mi deseo, Everard. Además, aunque conservemos en nuestras almas el recuerdo de esta solemne mañana, jamás volveremos a hablar de ella, y tornaremos a ser lo que éramos ayer, hermano y hermana, y continuaremos con nuestras lecciones y nuestras agradables conversaciones. Nunca volveremos a hablar de amor entre los dos, y aguardaremos, tranquilos

Librodot

y confiados, a los cambios que el tiempo y la Providencia nos traigan.
-Pero, por amor de Dios, ¿no tendrá fin tan dolorosa prueba?
-Dentro de dos años, Everard, el día en que ambos cumplamos veinte años, hablaréis a vuestro padre acerca de vuestras intenciones. Entonces, ya veremos.
-¡Dos años! ¡Dentro de dos años!
-Así es, hermano mío. ¿Aceptáis mi firme e irrevocable decisión?
-Me resignaré a ella, Rosamunda.
-Ponedme, pues, el anillo en el dedo, Everard. Gracias, amigo mío. Desde hoy soy, en mi corazón, vuestra prometida; pero, desde este momento, vuelvo a ser vuestra hermana en mi forma de trataros.
-¡Querida Rosamunda!
-Enseñadme el final de vuestra traducción de Hamlet, Everard.
No es difícil imaginar que, a pesar de la heroica decisión de ambos jóvenes, la lección de aquel día fue más corta de lo normal y sufrió algunas interrupciones. Pero no decayeron en su propósito y, cuando llegó la hora de separarse, habían mantenido la fidelidad a su promesa y a ellos mismos.

Capítulo X

Rosamunda estaba alegre y tranquila, feliz. La joven creía que, con aquel plazo de tiempo que se habían dado, había ganado todo, por que había sabido mantenerse con firmeza entre el amor y el deber, porque había transigido con su pasión, sin dejar por ello de satisfacer a su conciencia. Y no dejaba de repetirse que Dios y Albina también debían de estar satisfechos.
-¡Dos años es tanto tiempo! -no dejaba de repetirse-. Para entonces, Everard ya no me amará, pero le habré evitado todo remordimiento. Mientras tanto, le guardaré cerca de mí, y si, dentro de dos años, me ama todavía... Pero vos sois testigo, Dios mío, de que estoy segura de que para entonces ya no me amará.
En cuanto a Everard, se separó de Rosamunda, ahíto de amor y loco de ale-gría.
-Dos años es poco tiempo -se decía-, puesto que la veré todos los días. Emplearé estos dos años de prueba en convencerla de mi amor y de mi cariño. No creo haberme equivocado acerca de lo que mi padre dispuso. Pero lo intentaré, en cualquier caso; haré la prueba. Es una astucia que Dios sabrá perdonarme. Procuraré alarmarle con mis futuros proyectos, y le obligaré a creer que también tengo mis ambiciones. Así, en lugar de encontrarse con legítimas exi-gencias que le asustarían, estará encantado de oír hablar de un amor que le tran-quilizará. Y aunque me lo echará en cara, me dejará hacer lo que quiera. Y Rosamunda, tan orgullosa para aceptarme como noble y poderoso, no me rechazará cuando me vea solo y abandonado. Eso es. Voy a escribir hoy mismo a mi padre, y haré que sus dudas crezcan con palabras vagas y frases retorcidas. Antes, y como paso previo, volveré a leer la carta que escribió hace tiempo a Jonathas, en la que hacía renuncia de su autoridad paterna, si yo renunciaba a mis derechos.
Con todo cuidado, Everard conservaba aquella carta en su cuarto del casti-llo de Eppstein. Así que, con la cabeza baja y a paso lento, allá se fue, hacia las altas torres de la mansión familiar, mientras daba vueltas a los términos de la carta que iba a escribir al conde. Cuando ya la tenía más o menos pergeñada en la cabeza, había llegado a las puertas del castillo.
-Sí; tiene que ser así -se decía-, ésa es la cuerda que hay que tocar. Tengo el éxito casi asegurado, y tengo que hacerlo por carta, puesto que mi padre juró que jamás regresaría a Eppstein.
Con estas ideas en la cabeza y con el corazón henchido de alegría, Everard cruzó lentamente

el umbral de la puerta principal, cuando, al levantar la cabeza, se encontró ante él, siniestro y altivo, al conde Maximiliano, enlutado. Y un mismo escalofrío recorrió las venas de padre e hijo.

El conde Maximiliano pertenecía a esa tortuosa y cautelosa raza de políticos que consideran que la línea recta es el camino más largo entre dos puntos. Cual-quiera que hubiera observado la actitud y el tono que adoptó al saludar a Everard hubiera presentido que aquel diplomático, con sus retorcimientos y perífrasis, ocultaba algún propósito que no quería descubrir. Hábil y profundo, se notaba que quería sondear y estudiar a su hijo antes de pronunciar alguna mis-teriosa palabra que se guardaba, y que actuaba como un autor dramático en el desarrollo de su argumento.

-¡Monseñor de Eppstein! -murmuró, finalmente, Everard, estupefacto.

-Llamadme padre, Everard, y venid a darme un beso, hijo mío -replicó el conde.

Everard pareció dudar.

-Tenía mucha prisa por veros -prosiguió Maximiliano-; por eso, he venido tan sólo en cuatro días desde Viena.

-¿Por verme, señor? -balbució Everard-. ¿Habéis regresado para verme?

-Tenéis que pensar, hijo mío, que hacía ya tres años que no os veía, tres años ya, por culpa de las odiosas preocupaciones de la política, que me retienenen Viena, lejos de vos. Pero permitidme, antes que nada, que os haga un cumplido, Everard. Dejé a un niño entonces, y ahora me encuentro con un hombre. Me encanta vuestro aspecto, tan masculino y apuesto. Al contemplaros tan diferente de cómo erais, mi corazón de padre se siente rebosante de felicidad, de orgullo y de alegría.

-Monseñor -dijo Everard-, si pudiera creeros, yo también me sentiría orgulloso y feliz.

Everard no salía de su asombro. ¿Era el mismo conde Maximiliano, otrora tan duro y tan cruel, quien ahora le hablaba con tanto cariño, con tanta bondad? Por eso, a pesar de la inocencia de su alma, Everard, iluminado por el instinto del amor, adivinó que le iban a tender una trampa y se mantuvo en guardia. Por su parte, el conde espiaba las impresiones y los pensamientos que revelaba el rostro de su hijo.

Aquella conversión resultaba curiosa: tras tres años sin verse, contemplar a aquel padre y a aquel hijo que se besaban con reparos, que hablaban entre sí con la mayor de las delicadezas. Eran como jugadores o duelistas, con cartas o floretes en la mano, que se miraran a los ojos, al acecho de cualquier movimiento del otro, con tanta palabrería de por medio.

-Pues, sí, Everard -continuó el conde, con el mismo tono fingido y la misma mirada escrutadora-, no os hacéis ni idea de la satisfacción que experimentaba al acercarme a Eppstein, y qué alegría sentía al pensar que iba a volver a ver a un hijo a quien no he tratado mucho, y a quien quizá haya descuidado un poco, pero de quien espero obtener su perdón por este aparente olvido, al hacerle partícipe de las preocupaciones que me obsesionan. En vues-tro aislamiento, Everard, y he de deciros que lo deploro profundamente, no habéis tenido acceso a la ciencia contenida en los libros ni al conocimiento del mundo. Pero la educación nunca llega tarde, cuando se cuenta con una naturaleza despierta como la vuestra. Quiero presentaros -prosiguió el conde- al sabio doctor Blazius, a quien he traído conmigo desde Viena para comprobar en qué punto os encontráis y para que adquiráis el nivel de instrucción que necesitáis.

En ese instante, Everard observó cómo asomaba, por una de las puertas del vestíbulo, un hombre alto, delgado y siniestro. Cuando oyó que pronunciaban su nombre, aquel individuo balbució algunas palabras entre las que su futuro alumno no distinguió más que monseñor y dedicación.

-O sea, que ésta es la cosa -pensó Everard-; las salutaciones de mi profesor son tan esclarecedoras como las pamplinas de mi padre. Pretenden saber si, por casualidad, no me habré vuelto peligroso, si soy todavía el niño ignorante e inofensivo de antaño. Ha llegado el

momento de sembrar una cierta alarma en sus corazones recelosos, y mostrarles que soy capaz, si fuera preciso, de adelantarme y trastocar sus proyectos.
-Padre -respondió el joven, tras hacer una reverencia-, os agradezco, igual que a este señor, que queráis aportar a un pobre recluso esa ciencia por la que siento verdadera avidez, habida cuenta de que, hasta este momento, no he podido absorber más que una mínima parte de ella.
-Lo lamento, sí -replicó Maximiliano-; es más un reproche dirigido a mí que para vos. Pero es posible reparar tal falta, ¿no es así doctor Blazius?
-Sin duda, monseñor, sin duda -repuso el competente profesor-, y prefiero mil veces más tratar con un espíritu virginal donde, como en una tabla rasa o un folio en blanco, nadie ha escrito nada, que con una inteligencia deformada por doctrinas o principios erróneos. Es mejor que todo esté por hacer, aunque sea mucho, que empezar por deshacer.
-Os agradezco que hayáis esperado hasta este momento -dijo el conde.
-Y yo, a mi vez, porque no hayáis desesperado -añadió Everard, cuyo espíritu recto y leal se indignaba cada vez más por asistir a aquella comedia, pero que extraía un raro y amargo placer al mezclar su ironía con su falsedad.
-Vamos, pues -continuó el doctor-, y me alegro; vamos, repito, a comenzar todo desde el principio: historia, lenguas, ciencia y filosofía.
-Para no perder el tiempo -repuso Everard, sin dejar de observar el efecto que causaban sus palabras en el rostro de su padre-, querido profesor, haremos bien en dejar como están las cosas que creo que domino, y remontarnos rápidamente, juntos, hasta los principios. Por ejemplo, en cuanto a la historia, creo que poca cosa tendréis que enseñarme sobre los hechos en sí. Pero estaré encan-tado de conversar con un hombre tan versado como vos acerca de la filosofía que encierran los acontecimientos. Señor doctor, al igual que yo, ¿estáis a favor de Herder y en contra de Bossuet?
El conde y el profesor se miraron con extrañeza.
-Por lo que hace a las lenguas -prosiguió Everard-, sé bastante francés e inglés como para entender a Molière y a Shakespeare de corrido. Mas si queréis que profundice más en el pensamiento de esos dos genios, y estudiar conmigo el espíritu que late en sus obras, os prometo que encontraréis en mí, doctor, un alumno que, si bien no demasiado inteligente, será atento y trabajador como ninguno.
Maximiliano y Blazius no podían ocultar su sorpresa.
-Everard -exclamó el conde-, ¿cómo os las habéis arreglado para ser tan leído, a pesar de vuestra soledad?
-Gracias a esa misma soledad -respondió Everard, quien se dio cuenta de que debía intensificar su prudencia-. Me llevaba al bosque libros de la biblioteca, gramáticas, crónicas, tratados de matemáticas, y no los devolvía a su sitio hasta haberlos entendido. Así, fecundaba mis lecturas con la reflexión. Me ha costado mucho, sin lugar a dudas, especialmente en el caso de las cien-cias exactas. Pero, con ánimo y paciencia, he salido con bien de las dificulta-des y, un día en que cayó en mis manos el programa de conocimientos que se exige en las escuelas estatales, me llevé la alegría de constatar que podría presentarme tanto a los exámenes para el ingreso en las academias militares como en la universidad. Incluso pensé que, si algún día me viera obligado a seguiros a la corte, en lugar de sonrojaros por mi causa, padre, os sentiríais incluso honrado.
-¡No es posible! -exclamó el conde-. ¡Se trata de un milagro, doctor, de un verdadero milagro! Preguntadle acerca de todo, porque no me lo creo. Entremos, entremos, rápido doctor, que ardo en deseos de quedarme tranquilo en este punto. Y vos, Everard, querido hijo, venid, venid.
Y el conde se llevó a Everard hasta el comedor, estancia que les pillaba de camino, y donde el doctor Blazius procedió a examinar al pretendido alumno. Pronto comprendió que sería más prudente no aventurarse demasiado con aquel joven erudito, dado que, en la mayoría de las

Librodot

materias, el alumno sabía más, cuando no había sido mejor instruido, que el propio maestro. En efecto, las notables aptitudes de Everard le habían permitido ir más allá, con mucho, de las superficiales enseñanzas de Rosamunda y, a pesar de su natural modestia, se divertía en llamar la atención, gracias a su seguridad, ante la clásica pedante-ría de que daba señales aquel doctor oficial, que era Blazius.

-¡Un milagro! -confirmó finalmente el profesor, atónito-; un milagro que el cielo os debía, señor conde, no como resarcimiento, sino como consuelo.

-Por supuesto -respondió Maximiliano-, y me he llevado tal alegría que, por un instante, he olvidado el duelo de mi alma y de mis ropas. Sí, querido Everard, habéis de saber la funesta noticia que no quería comunicaros hasta no haber comprobado que erais digno de vuestros antepasados y de vos mismo. Vuestro hermano mayor, mi pobre Alberto...

-¿Y bien? -preguntó Everard, con ansiedad.

-Ha muerto, Everard. Nos fue arrebatado, hendido como por un rayo, por una fiebre cerebral. En tres días, y sólo tenía veintiún años. Precisamente cuando atisbaba un maravilloso porvenir, gracias a mis cuidados y a sus talentos. Pobre muchacho, dominaba todo ya con tanta maestría, disponía de tantos y tan inteligentes recursos, sabía moverse ya tan bien por las arenas movedizas de la corte, sabía zafarse tan estupendamente de las intrigas más embarulladas, advertía tan a primera vista las trampas de nuestros enemigos, y les devol vía tan certera-mente todas y cada una de sus estocadas... Pero Dios se lo ha llevado. Everard, ¿lo entendéis? Aunque he de reconocer que Dios sólo me ha golpeado con una mano, ya que me devuelve a otro hijo, tan digno de mi afecto y de los favores imperiales como Alberto. Hijo mío, seguiréis la senda de vuestro hermano, puesto que ahora sois el primogénito y único heredero de la casa de Eppstein, y bien sabéis lo que tal honor exige. Una nueva vida va a comenzar para vos. Olvi-demos el pasado para fijarnos tan sólo en el porvenir. En adelante, contad con todo el cariño y la protección de vuestro padre. Tengo en mente proyectos con los que enseguida recuperaréis el tiempo y el terreno perdidos. ¡Estad tran-quilo, hijo mío, estad tranquilo!

Everard palidecía y sentía que las rodillas le fallaban. Acababa de darse cuenta, de repente, de todos los cambios que iba a representar en su existencia el acontecimiento que su padre acababa de anunciarle. Sin embargo, y como a pesar de su lucha interna, su rostro seguía impasible, el conde continuó:

-Desde hoy, Everard, sois un funcionario al servicio de Austria, ¿me comprendéis? He aquí vuestro nombramiento. Y esto no es todo.

El conde se dirigió hacia una silla sobre la que reposaba una espada, la tomó y se la presentó a su hijo:

-Y aquí está vuestra espada -continuó-. No tenía que entregaros nin-guna de las dos cosas hasta dentro de seis meses, pero, puesto que os habéis hecho acreedor a ellas, recibidlas de mi mano. Y ahora, Everard, creedme si os digo que no terminarán aquí los favores del Emperador. Pero ya hablaremos de todo ello en otra ocasión. Bástenme por el momento los recuerdos que se han despertado en mí al volverte a ver, la memoria de mi querido Alberto, suscitada por mi pena, y la felicidad que he sentido al encontrar en vos todo lo que podía desear. Tantas emociones, buenas y dolorosas, me han agotado. Os dejo para que charléis con el doctor Blazius. Cuando acabe el día, volveré a veros, Everard. Será entonces cuando os comente algo acerca de los grandes designios que tengo para vos y que, a ciencia cierta, comprenderéis claramente. Mientras tanto, os deseo que seáis feliz, y que soñéis, hijo mío, aunque vuestra imagina-ción no se encuentre a la altura de lo que os espera en la corte vienesa, a donde me acompañaréis dentro de unos días.

A continuación, besó a Everard, y el conde se fue, tras dejar al joven estupe-facto y regalar al doctor Blazius, que hacía una profunda reverencia, con un gesto protector.

-Dentro de unos días en la corte de Viena -se repetía Everard, aterrado, mientras contemplaba

Librodot

su nombramiento y la espada con tristeza-. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué dirá cuando se entere?
A pesar de las advertencias del doctor Blazius, que no tenía intención de seguirle, se fue del castillo. Éste le advirtió:
-Señor de Eppstein, no olvidéis que almorzaremos dentro de una hora, y que vuestro padre os espera para cenar.
En un periquete, Everard recorrió la distancia que separaba el castillo de la cabaña, donde se encontró con Rosamunda, que paseaba por el jardín que él le había arreglado. Pálido y sin aliento, se presentó ante ella, con el nombramiento y la espada en la mano.
-¿Qué os sucede, Everard? -preguntó Rosamunda.
-¿Que qué me ocurre, Rosamunda? Que el conde ha regresado y, como siempre, la desgracia viene con él.
-¿Qué queréis decir, Everard?
-¡Mirad, mirad! -exclamó el joven, tras mostrar a Rosamunda el nombramiento y la espada.
-¿Qué es eso? -preguntó la joven.
-¿No lo adiviná is, Rosamunda?
-Pues, no.
-Mi hermano Alberto ha muerto, y me he convertido en el primogénito de la familia. Mi padre me ha traído este nombramiento y esta espada, para llevarme con él a Viena.
Una palidez mortal se adueñó de la joven, lo que no impidió que sus labios esbozasen una melancólica sonrisa.
-Tomadme del brazo, Everard -le dijo-, y vayamos dentro.
Ambos muchachos entraron en la cabaña y, mientras Rosamunda se dejaba caer en el sillón de Jonathas, Everard dejaba la espada en un rincón y el documento sobre la mesa.
-Bueno, Everard -dijo Rosamunda-, ¿no os dije esta mañana que habría que contar con el infortunio? Pero ha llegado antes de lo que yo pensaba.
-¡Qué más da, Rosamunda! -repuso Everard-. ¿No pensaréis que voy a marcharme?
-Pues claro que sí.
-Rosamunda, no os abandonaré jamás. Lo he jurado.
-No jurasteis eso, Everard, puesto que eso significaría que habríais jurado desobediencia a vuestro padre, y no haríais una cosa así.
-El conde me abandonó. Él mismo lo puso por escrito. Yo no soy su hijo, ni él es mi padre.
-Un mal pensamiento lo apartó de vos Everard, y un buen pensamiento os lo devuelve. Dios ha querido que no haya tales diferencias entre padres e hijos. Así que obedeceréis, Everard, e iréis a Viena.
-Nunca, Rosamunda; ya os lo he dicho.
-Entonces, soy yo quien regresará al convento del Tilo Sagrado, por-que, de todas todas, Everard, no pienso ser cómplice de vuestra desobediencia.
-Rosamunda, eso lo decís porque no me amáis.
-Al contrario, Everard; precisamente, porque os amo, es mi deseo que aceptéis lo que os propone vuestro padre. Hay deberes que vienen impuestos a los hombres desde el mismo día de su nacimiento, obligaciones a las que no pueden sustraerse. En tanto tuvisteis un hermano mayor, y la gloria y el apellido Eppstein descansaban sobre otra cabeza, podíais vivir feliz e ignorado. Rechazar, en estos momentos, la herencia de hidalguía y dolor que el cielo os envía, sería un crimen contra vuestros antepasados y contra vuestros descendientes. Hermosa y honorable es la carrera de las armas, que os propone vues-tro padre. Y deberéis seguirla, Everard.
-¡Rosamunda, Rosamunda! ¡Qué cruel os mostráis!
-No, Everard; os hablo como si yo no existiera, porque ante intereses tales, la existencia de una muchacha como yo debe...
-Está bien, Rosamunda. Juradme una cosa -dijo Everard.

Librodot

-¿Cuál?
-Que si no puedo hacer cambiar de idea a mi padre, respecto a acompañarle a Viena; que si me veo obligado a seguir la carrera de las armas, a la que no aportaré más que el disgusto de vivir y el desprecio por la muerte; que si, después de todo, llego a ser libre, dueño de mis destinos, árbitro único de mi voluntad, vos cumpliréis con la promesa que habéis jurado esta mañana, Rosamunda, y seréis mía.
-Juré, Everard, no perteneceros más que a Dios o a vos. Os lo juro por segunda vez, y os ruego que me exijáis el cumplimiento de tal promesa.
Escuchadme bien, Rosamunda -dijo Everard-: yo juro por la tumba de mi madre que no habré de tener otra mujer que no seáis vos.
-Everard, Everard... -exclamó Rosamunda, horrorizada.
-He pronunciado el juramento, Rosamunda, y no he de dar marcha atrás. Seréis mía, o de Dios; seré vuestro, o de nadie.
-Terrible cosa son los juramentos, Everard.
-Así es para los perjuros, pero no para las personas que desean cumplirlos.
-Recordad siempre esto, Everard, que no hará falta que vengáis a verme para sentiros libre de vuestro juramento, porque, desde este mismo momento, os libero de él.
-Está bien, Rosamunda. La campana que avisa para cenar reclama mi presencia. Hasta mañana.
Everard se fue, y dejó a la joven espantada ante la fría determinación de su enamorado.

Capítulo XI

Tras la cena, durante la que su padre se mostró más alegre y afectuoso con su hijo que por la mañana, Maximiliano invitó solemnemente a Everard a su alcoba. Perturbado y ansioso, el joven obedeció las órdenes de su padre.
Cuando ambos se encontraron en la cámara roja, Maximiliano señaló a su hijo un sillón, en el que éste se sentó, en silencio. El conde comenzó a dar gran-des zancadas, desde la ventana hasta la puerta secreta, sin dejar de observar a Everard, ese hijo por el que había mostrado hasta entonces tan escaso amor paterno. Casi intimidado por aquella límpida frente y aquella ingenua mirada, resultaba evidente que rebuscaba las palabras para entrar en materia. Final-mente, juzgó que lo mejor sería adoptar el tono afectado y solemne que, con tanto éxito, utilizaba en las relaciones diplomáticas.
-Everard -dijo, tras acomodarse al lado de su hijo-, permitidme que, por un momento, desaparezca la figura paterna y ceda la palabra al hombre de Estado, a uno de los encargados de los destinos de un gran imperio. A mi lado, estáis llamado a ocupar, Everard, el lugar que ha dejado vacío la muerte de vuestro hermano, de forma que llegará el día en que, según vuestra condición, os veréis obligado a manejar pueblos e ideas, hijo mío. Pero al aceptar tan gloriosa como peligrosa misión, deberéis cumplir con los ingratos deberes de vuestra posición. Habréis de despojaron de vuestras pasiones y de vuestra personalidad, porque ya no viviréis sólo para vos, sino para todos. En vuestra sublime abne-gación, habréis de renunciar a vuestros deseos, a vuestras inclinaciones, incluso a vuestro orgullo, y situaros por encima de las convenciones sociales, más allá del bien y del mal, de los sistemas y de los prejuicios, por encima de las cosas humanas, para llegar con toda imparcialidad, igual que Dios rige los destinos del mundo y del universo, si me atrevo a usar de tal metáfora, a regir la parte de la administración que os corresponda de esta gran nación, y de la que seréis responsable.
Satisfecho con tan majestuoso comienzo, el conde hizo una pausa para evaluar su efecto en el rostro de su interlocutor. Everard estaba atento, pero no absorto, y su actitud revelaba tanto

aburrimiento como respeto.
-Supongo que habréis tenido ocasión de meditar sobre cuestiones tan serias, y que compartiréis mi opinión al respecto, Everard -añadió Maximiliano, un poco inquieto ante aquel obstinado silencio.
-Claro que comparto vuestra opinión, padre -repuso el joven, tras hacer una inclinación-, y admiro de todo corazón a quienes tan bien aceptan tales dignidades. Pero pienso, y creo que seréis de mi opinión, que, a pesar de sacrificar tendencias, inclinaciones, incluso felicidad, han de prevalecer los derechos de la conciencia, a fin de que, además de hacer de la vanidad abnegación, quede un lugar para el honor.
-Eso no son más que palabras vacías, muchacho -replicó el conde, con sonrisa desdeñosa-, distinciones sutiles que, a no tardar, os parecerán anodinas. Hay que tener un corazón más grande, un alma más fuerte.
-Desconozco, padre -repuso Everard-, si, para algunas personas, de determinada posición social, la virtud y la probidad son palabras vacías. Para mí, y en mi humilde retiro, son sentimientos e instintos por los que daría mi vida, incluso más que eso. Permitidme que os diga, entonces, monseñor, que me temo que hayáis concebido vanas esperanzas sobre mi persona. Después de todo, no hay que olvidar que soy poco más que un campesino ilustrado, un hijo salvaje de estos bosques y de estas montañas, y que difícilmente me adaptaría a los usos y costumbres de la sociedad. Sin quedar mal, podría hacer acto de pre-sencia en ese mundo, durante un momento, pero vivir en él de continuo y actuar sin torpeza, creo que me resultaría imposible. Me conozco y, desde esta mañana, he reflexionado bastante. Acostumbrado a los aires del bosque, me ahogaría tras los muros de una ciudad. Habituado a la verdad y a la libertad, pronto moriría entre intrigas y convenciones, porque me indignaría y me rebelaría, lo que me perdería a mí y, quizá, os comprometería a vos, padre mío. Os ruego, pues, monseñor, que desechéis los brillantes proyectos que tenéis para mí y, habida cuenta de que no pretendéis más que mi felicidad, regresad solo a la corte, y dejadme aquí, en el campo.
-No solamente tengo en cuenta vuestra felicidad, Everard -respondió el conde, en un tono que no ocultaba ya la severidad, aunque sin dejarse llevar todavía por la sorda cólera que comenzaba a agitarse en el fondo de su corazón-, sino también la gloria y la fortuna de nuestra casa, de la que, desgraciadamente y en este momento, sois el único heredero. ¡Dios mío! Hace tiempo que yo también hubiera preferido correr y cazar por mis tierras que atarme al yugo de los asuntos públicos. Pero no se lleva impunemente el apellido Eppstein. Mi padre me obligó a sacrificar mis gustos, cosa por la que ahora debo estarle agradecido, como vos me lo estaréis a mí algún día. Tuve que dominar, pues, mi inclinación a no hacer nada y mis violentas actitudes, porque, hace tiempo, yo era tan lanzado y bravucón como hoy soy atempe-rado y paciente, hijo mío. No deberíais, pues, mostrar tanta resistencia, Eve-rard, porque sería peligroso que me llevarais al límite, especialmente en asun-tos concernientes a nuestra familia, de la que me considero juez y jefe supremo. A veces, se despierta en mí el hombre viejo, y habéis de saber que su rencor es terrible.
La tormenta se acercaba. Las palabras del conde eran sordas y cortantes. Pero continuó, en un tono más morigerado.
-Por otra parte, estoy seguro, Everard, de que no me harán falta amenazas con vos. Porque cederéis a mis paternales consejos, y para haceros entrar en razón, sólo tengo que deciros que necesito de vos, hijo mío.
-¿Qué me decís, padre? -exclamó Everard, guiado por su corazón ino-cente, tocado por la bondad que rezumaban las palabras de aquel cortesano- ¿Qué necesitáis de mí?
Maximiliano no pasó por alto aquel gesto de entrega, y decidió aprovechar la circunstancia.
-Quiero decir, Everard -prosiguió, tras poner una de sus manos sobre las del muchacho-, quiero decir que os necesito de verdad. No sabéis lo que es el terreno resbaladizo de la corte, y cuántas y permanentes intrigas nos alejan de ella. Hace dos meses tan sólo, uno de esos

manejos pudo haber causado mi perdición. La fidelidad de vuestro hermano me habría salvado de ello, pero Dios se lo llevó. Fue entonces, Everard, cuando yo, que os tenía olvidado, pobre hijo mío, he pensado en vos y he regresado a buscaros.
-¡Decidme, padre mío, decidme! -exclamó Everard, encantado-. Y actuaré como mi hermano.
-Así lo haré, Everard -respondió Maximiliano-, porque pronto os daréis cuenta de que los hombres que, por su cuna, han sido llamados a ocupar las más altas funciones del Estado han de pagar tal privilegio con su absoluta abne-gación, y no accederán a tan ingratas dignidades más que mediante pruebas y sacrificios. Duro y penoso es, Everard, ese aprendizaje de los honores, puesto que tales títulos han de ser adquiridos tras muchas solicitudes, numerosos dis-gustos, infinidad de noches sin dormir e incontables días sin reposo. He de deci-ros que, tanto los príncipes como sus ministros, a veces de forma caprichosa, en otras ocasiones para probarnos, nos imponen difíciles condiciones. Pero el objetivo es tan luminoso, tan hermoso, tan grande -añadió el conde, con entu-siasmo- que pronto se olvidan las dificultades que uno se ha encontrado por el camino.
Esta vez, el diplomático falló en sus dardos. Ante la imagen del ambicioso, Everard había recuperado su sangre fría, y sólo pensaba en cómo eludir las ofertas que le proponía su padre. Pero éste tomó su actitud reflexiva por aceptación, y prosiguió:
-Mirad, hijo mío, en tanto que numerosos son los obstáculos con que se encuentra quien quiere llegar tan lejos, vos, sin querer, mientras dormíais, os encontráis en el punto que otros no llegan a alcanzar ni tras veinte años de esfuerzo. En vuestro caso, todo depende de una formalidad, de una minucia, de un acto intrascendente: se trata, sencillamente, de casaros.
-¡Casarme! -exclamó Everard-. ¿Casarme, yo? ¿De qué habláis, padre?
-Ya sé que sois un poco joven; pero no importa. Escuchadme hasta el final -añadió el conde, en respuesta al espanto que había percibido en Everard-; más tarde, tendréis tiempo de mostrar vuestra sorpresa, si tal es vuestro deseo. Tened por seguro que de eso depende vuestra felicidad. El matrimonio que os propongo, Everard, es el que vuestro hermano estaba a punto de concluir, cuando nos fue arrebatado. Y fue cuando pensé en vos, porque dicho matri-monio representa un magnífico futuro, una felicidad inesperada, un camino que os conduce muy cerca del trono; incluso diría más, Everard, os conducirá al trono, si es que el poder real vale tanto como las apariencias dan a entender. Veo que os calláis. ¿No os maravilla un porvenir así?
-Padre, os repito que no van por ahí mis sueños.
-¡Por todos los diablos! ¿En qué pensáis, pues? Everard, el sueño que des-preciáis es a lo que aspira toda la corte. Los más nobles señores se han disputado el honor de convertirse en esposos de la duquesa de B...; pero ante el apellido Eppstein, todos han compren dido que no tenían nada que hacer, y han renunciado a ello.
-¿Quién esa duquesa de B..., cuyo nombre jamás había oído hasta ahora -preguntó Everard-, y que necesita del heredero de una de las más antiguas casas de Alemania?
-Everard, la duquesa de B... es todo y es nada. Es una simple mujer, sin apellido, a la que se le ha concedido un ducado; pero ella es la verdadera empe-ratriz. ¿Comprendéis ahora, Everard, todo lo que tiene a su alcance, para sí y para su familia, el feliz hombre que llegue a convertirse en marido de tal mujer?
-No, padre, no -repuso Everard-; no lo comprendo.
-¡Cómo! ¿No comprendéis que esa mujer es libre y que, para salvar las apa-riencias, conviene que esté casada? El marido de dicha señora tendrá todo lo que quiera, y podrá dar lo que desee, porque su grandeza, así como la de su familia, se convertirán en una necesidad de Estado. Sería alcanzar la cima del reconocimiento social, Everard, a no ser que hayáis perdido la cabeza.
-¿Y qué respuesta he de daros, monseñor? -insistió Everard.
-Pues una respuesta a la propuesta que acabo de formularos.

Librodot

-¿A cuál de ellas?
-¡Pardiez! A la propuesta de matrimonio. ¿Es afectación o incapacidad?
-Ni una cosa ni la otra, monseñor: es estupefacción. Así que vos, conde de Eppstein, proponéis a vuestro hijo... Perdonadme, padre, estoy seguro de que ha de tratarse de una prueba que me planteáis o de una broma. Porque no me hablaréis en serio, ¿verdad?
-¡Everard, Everard! -dijo el conde, con los dientes apretados.
-No, monseñor -continuó Everard, sin escucharle-, no os creo. Sé que ambicionáis más los títulos y los honores que la propia gloria, lo cual me sorprende, pero lo entiendo. Pero especular con vuestros antepasados, vender el apellido que han de llevar vuestros hijos, es más ignominioso de lo que alcanzo a entender. Por eso, pienso que no sois vos, Maximiliano de Eppstein, quien me pide algo así. Que me incitéis a ser ambicioso, puedo aceptarlo, pero estoy con-vencido de que jamás querríais hacer de mí un infame.
-¡Miserable! -gritó el conde, lívido de ira.
-No, no soy un miserable, sino un loco, por haberme equivocado así res-pecto a vuestras intenciones, mi noble padre. Perdonadme. ¿Qué queréis? No puede uno fiarse mucho de mi inteligencia. Me tomo todo al pie de la letra, y cometo sorprendentes errores de apreciación. Os decía, monseñor, que haríais mejor en dejarme aquí, en mi tierra, y perseguir solo vuestras grandes ambiciones. Ya veis que no valgo para nada; aunque comprendo dos o tres idiomas, no sería capaz de hablar en lenguaje cortesano. Abandonadme aquí, monseñor; regresad a Viena sin mí, y no me obliguéis, os lo suplico, a abandonar este pueblo en el que caben toda mi ambición y todas mis aspiraciones.
Colérico, tras unos instantes, el conde que no dejaba de escrutar el rostro de Everard, pareció haber tomado una determinación.
-Y si no os hubierais equivocado, Everard, y ese proyecto de matrimonio no fuera una suposición, sino un hecho, ¿también os resistiríais?
-Sí, monseñor -respondió el joven, con firmeza-. Pero antes de nada os lo advertiría, y os diría que, en nombre del cielo (iba a decir que en nombre de su madre, pero sin saber la razón no se atrevió a invocar su recuerdo), padre mío, no me obliguéis a pasar por tal vergüenza, porque la maldad de vuestro único hijo no os haría tan feliz como a mí miserable. Padre, tomad mi vida, si la necesitáis, pero respetad mi conciencia. Y si persistierais en vuestra voluntad, monseñor, alzaría la cabeza y preguntaría al conde de Eppstein qué derecho le asiste para reclamarme mi honor. Mi vida es vuestra, quizá, pero no así mi virtud. Y como soy portador de uno de los más nobles y orgullosos apellidos de Alemania, estoy seguro de que no me situaríais por debajo del último de los artesanos, a quien su mujer se entrega por completo, y os desobedecería, monseñor.
Everard hablaba acalorada y apasionadamente. El conde le observaba, con mirada fría y penetrante, mientras sonreía. Cuando el joven hubo acabado, le tomó de la mano, y con una alegría que sonaba a sincera por lo bien que la disimulaba, le dijo:
-Muy bien, Everard, muy bien. Venid, querido hijo, que os dé un beso, y perdonadme por haber dudado de la lealtad de vuestro corazón. Al fin y al cabo, sólo os conozco desde hoy. Pero mi noble hijo me hace sentirme el más feliz de todos los padres. Ahora sé que sois digno de la mujer que he elegido para vos, la más pura y preciosa muchacha de todo Viena. Y una de las más ricas y de las más nobles herederas de Austria, un tesoro de castidad y de hermosura: Lucila de Gansberg; ella será vuestra esposa.
El conde Maximiliano acababa de pronunciar ante Everard el nombre de aquella de la que Rosamunda le había hablado en multitud de ocasiones.
-¿Qué decís, padre? -exclamó el muchacho, aturdido-. Lucila de Gansberg, esa bella y casta joven...
-Ya está acordado. Os casaréis con ella dentro de un mes. Y supongo que vuestro honor no tendrá nada que oponer a dicha unión.

Incluso en mi soledad, he sabido -añadió Everard, con la mirada baja- que Lucila de Gansberg es el partido más deseable y envidiado de Alemania.
-Está bien, Everard -dijo el conde-; espero vuestro agradecimiento. Una mujer pura y una espada sin mella son dos hermosos regalos, que bien valen un reconocimiento por vuestra parte.
-Sí, padre, os lo agradezco -dijo Everard, al tiempo que besaba la mano que le tendía Maximiliano-; sí, sois el mejor y el más previsor de los padres. No sé en qué términos expresaros todo el reconocimiento que siento en este momento...; pero no puedo..., no me atrevo... a casarme con Lucila de Gansberg.
-¡Bien! ¡Por fin os he pillado, mi joven señor! -exclamó con voz terrible y, una vez puesto en pie, el conde Maximiliano, cuyos ojos echaban chispas-. ¡Gran hipócrita! ¡Habéis caído en la trampa! Sois verdaderamente adorable. No es, pues, el honor lo que os impedía casaros con la mujer que yo os destinaba. No se trataba de la mujer, sino que os repugnaba la idea del matrimonio. ¿Qué hermoso amor me ocultáis?
La comedia estaba a punto de convertirse en drama, y Everard, pálido y azo-rado, no era capaz de articular palabra. El conde le puso una mano sobre el hombro, mano que le pareció de plomo y, con voz cortante y en tono de mando, le dijo entre dientes:
-Escuchadme, querido hijo; ahora ya no suplico, sino que ordeno; ya no os pregunto que si queréis, sino que afirmo qué es lo que yo quiero. El príncipe ha recibido mi palabra, y el matrimonio ya ha sido anunciado. Si no tuviera ya cincuenta años, no perdería ni un minuto con vos, estúpido rebelde. Pero necesito a alguien joven; sois mi hijo y, como tal, os tomo. Ni una palabra. Porque si llego a saber algo más de la causa de vuestro rechazo, que, con sólo imaginár-melo, me pone furioso, no respondo. Quien me busca, sabe que soy de temer. Tengo la impresión de que queréis decir algo. Callaos, os lo aconsejo, y bajad la mirada. Creedme, pero hay recuerdos que, más que espantarme, consiguen que me exaspere. Terminaré por apiadarme de vos, por tener miedo de mí mismo. Salid de aquí. Tenéis de tiempo hasta mañana para pensar. Salid de aquí, os repito, y al instante. Hasta mañana, pues, y quiera Dios que la noche os resulte buena consejera, porque, si ofendéis a vuestro padre, éste se erigirá en juez implacable.
Pálido y desencajado, el conde mostró a Everard la puerta con el dedo. La cólera de aquel hombre era, ciertamente, terrible. Daba patadas contra el suelo, temblaba de rabia y echaba espumarajos por la boca. Abrumado ante tan terrible rencor, vencido por la autoridad paterna, y convencido, por otra parte, de que nada sacaría en limpio con su sorda y ciega furia, Everard abandonó la estancia, titubeante.
Todo esto ocurría el día de Nochebuena.

Capítulo XII

Everard abandonó el castillo y salió a la carrera hacia el bosque. La noche era fría, pero hermosa. El cielo estaba azul, aunque soplaba un viento desapa-cible. Había nevado durante todos los días anteriores, y la tierra parecía cubierta de un blanco sudario. Sólo se veía el verdor oscuro de los pinos sobre la solitaria blancura de los campos. Con la cabeza descubierta y los cabellos al aire, Everard iba y venía, corría, jadeaba, sin saber adónde ir, sin pensar. No sentía el viento ni el frío. Su instinto, más que su razón, le llevó hasta la cabaña, pero ya era casi medianoche, y todo estaba cerrado, apagado. Dio cinco o seis vueltas a la casa, pero, tras comprobar que todo parecía dormir, corrió a su gruta, se dejó caer de rodillas a la entrada y se echó a llorar sin dejar de llamar a su madre.

-¡Madre! -gritaba, mientras se retorcía las manos con desesperación-. ¡Madre! ¿Dónde estáis? ¿Sabéis lo que quieren hacer con vuestro hijo? ¿Ya estáis al tanto de la vergüenza en que quieren hundirle? ¿Sabéis las amenazas de que ha sido objeto? ¿Permitiréis que el deshonor y la perdición caigan sobre él? Esta misma mañana, aquí, en el mismo lugar donde ahora lloro, me habéis visto loco de contento. ¿Desaprobáis mi felicidad? Creía que no era así; sin embargo, no me habéis hablado en todo el día. Es cierto que, embriagado de alegría o de dolor, casi no os he llamado. Pero lo hago ahora. Perdonadme, y respondedme.

Everard escuchó. Sólo oía susurros y crujidos procedentes de las ramas de los pinos. Guardó silencio durante unos instantes, como si tuviera miedo de su propia voz.

-¡Madre! -prosiguió, en voz baja-. No decís nada, a no ser que me habléis en el lúgubre lamento del viento, pero ni os oigo ni os comprendo. ¿Estáis enfadada por causa de mi amor? ¿Os apartáis de mí? ¿O es que habéis de revelarme cosas terribles y, por eso, calláis? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Será que se acerca la hora en que ha de cumplirse mi destino? ¿No contaré con vuestros consejos? ¿Creéis que debo escapar? ¿O es ya demasiado tarde? ¡Nada, nada! ¡Madre, no me decís nada! ¡Sólo oigo el viento que gime! Es pavoroso. ¿Me habéis apartado de vuestro amor por primera vez en mi vida? Me siento solo, y no paro de temblar. ¿Os ha alejado Dios de mí para entregarme en manos de la fatalidad o de un ángel maligno? ¿Habéis muerto, espectro materno?

Todo seguía en silencio, menos el viento glacial del norte, que rugía al atra-vesar valles y sobrevolar colinas. Everard comenzó a estremecerse, tanto de frío como de espanto.

-¡Cielos! -murmuró, desesperado, con la voz ahogada en sollozos-. Estoy seguro de que mi ángel guardián ya no está a mi lado. ¿Qué pasará mañana? ¿Qué hará el conde? ¿Qué haré yo? Tenía que haberme ido hace tres años. ¿No puedo hacerlo ahora? Sí; eso es. Me marcho a reunirme con mi tío Conrado, que es mi único y mi último apoyo. ¡Era amigo vuestro, madre mía! Me iré, huiré ante mi destino.

Se puso en pie, como perdido, y ensayó un movimiento para comenzar la huida.

-¿Y Rosamunda? ¡Rosamunda! -exclamó-. He de volver a verla, porque, al fin y al cabo, es mi prometida, mi mujer. ¡Y me voy a ir sin ella! ¡Qué cruel sois, madre, al castigarme y dejarme solo de esta manera! ¡Cómo me duele! ¡Vos que os quejabais de que debía desempeñar el papel de verdugo! Si hasta ahora, ¡no he sido más que víctima!

Una violenta ráfaga, tan fuerte que arrancó de cuajo uno de los viejos robles que daban sombra a la gruta, pareció la respuesta a las quejas de Everard, lo que acabó de aterrorizarle. El resto de la noche lo pasó entre el terror y el abatimiento, la resignación y la rebeldía. Andaba, a veces, con paso rápido, para dejarse caer sentado, y sollozar. Otras veces se arrojaba contra el suelo, y daba dentelladas al musgo que crecía en la gruta. Cuando la pálida y tardía luz de la aurora iluminó con sus rayos dorados las cumbres del Taunus, estaba más lívido que el suelo cubierto de nieve, más frío que las rocas ateridas de escarcha. Estaba tan pálido y helado que cualquiera que lo hubiera visto lo hubiera tomado por un fantasma. A pesar de sus rogativas, de sus súplicas y de sus sollozos, durante toda la noche, Albina permanecía en silencio.

El sol, un triste sol de diciembre, un moribundo astro solar arrojó sus maci-lentos rayos entre los árboles secos, y Everard, agotado, se puso en camino en dirección a la cabaña. La única determinación que había tomado era la de volver a ver a Rosamunda, y pedirle consejo. Aunque creía que lo mejor que podía hacer era marcharse lejos de su padre, lejos de Alemania, quería ver a Rosamunda.

Mientras caminaba, sumido en sus pensamientos, levantó la cabeza al oír el sonido del cuerno y el ladrido de los perros. A través de la espesura observó a monteros y jauría, y también a Maximiliano que cazaba a caballo. Tuvo el tiempo justo para salvar un desnivel y ocultarse en el bosque. Cuando emprendió de nuevo la marcha, en diferentes ocasiones, en las vueltas del camino, le pareció ver que un criado del conde le seguía. Pero quizá no era sino una mues-tra

más de su delirio. Porque Everard tenía fiebre.
Y en ese estado fue como llegó a la casa del guardabosques. Jonathas, recla-mado muy temprano, se había ido a cazar, en compañía de su señor. De modo que Everard no encontró en casa más que a Rosamunda. Al ver entrar a su amado, tan pálido y destrozado, la joven dio un grito. Everard le contó todo lo que había pasado durante la segunda entrevista con su padre. Y tardó mucho en hacerlo, porque, en más de veinte ocasiones, le falló la voz, y en otras tantas las lágrimas le obligaron a interrumpirlo. Rosamunda se comportó como siempre, sublime en su forma de pensar y en su entrega.
-Amigo mío -le dijo a Everard-, si realmente Lucila de Gansberg se hubiera visto obligada a convertirse en vuestra esposa, os hubiera dicho que Lucila es una muchacha noble, os hubiera recomendado que obedecierais a vuestro padre y que os casarais con Lucila, porque, aunque no fuerais feliz, siem-pre seríais noble y honrado. Pero esa unión con la duquesa de B... es una mons-truosidad. Mi obligación ha de ser, pues, la de desanimaros, porque el conde Eppstein, en este caso, no sólo os engaña a vos y a mí, sino que ofende a Dios y a la justicia. Aunque sea vuestro padre, Everard, todo el mundo dice que su espíritu está poseído por la violencia y la tiranía. Además de impío, sería peligroso hacerle frente. Ciertamente, lo mejor que podéis hacer es marcharos. No os preocupéis por mí, Everard; ya sabía yo que nuestros sueños no eran más que qui-meras y que, a menos que el mundo cambiase, no podría ser vuestra mujer. ¡No importa! Os pertenezco, y nunca seré de otro. Me quedaré aquí, o en otro lugar, y rezaré por vos, y os amaré contra toda esperanza, hasta en mi desesperación. Porque ahora sois rico, sois conde y, aunque vuestro padre consintiera en nues-tra unión, lo que es imposible, sería yo quien me negase. Sin embargo, os repito que, durante toda mi vida, os seré fiel, como si fuera vuestra esposa. Pero vos, Everard, partid, sois libre; permaneced siempre así, sed bueno y generoso, y apaciguad al conde de Eppstein desde vuestra lejanía. Obligadle al perdón, mediante vuestras buenas acciones, a que os reconozca como hijo. Y después, olvidad si así lo deseáis a esta pobre muchacha que jamás dejará de llevaros en su recuerdo.
-¡Rosamunda, ángel mío! ¡No me abandonéis vos! -exclamó Everard, con los ojos llenos de lágrimas-. ¡Habladme siempre, y que vuestros dulces y cle-mentes pensamientos desciendan sobre mi espíritu junto con vuestras palabras! Sí, os obedeceré, faro de mi corazón, y vuestra última lección permanecerá en mí, al igual que las anteriores. Me iré, no para escapar, sino para huir de mi padre, porque gracias a vos, Rosamunda, he recuperado la prudencia y la cle-mencia. Mi madre no me ha hablado esta noche, pero hoy es Navidad, y tengo miedo, tengo miedo por él. Huyo, pues, ante el peligro que corre, ante su posible condenación quizá.
-¿Qué queréis decir, Everard? -preguntó Rosamunda, preocupada por el rostro alterado del joven visionario.
-Nada, nada -murmuró Everard-; los muertos saben cosas que los vivos ignoramos. Dejadme partir pronto, Rosamunda. Sólo os pido un último beso. No temáis nada, es un beso de hermana, un beso en la frente, un beso que recibiré de rodillas.
Everard se arrodilló, y Rosamunda, como tenía por costumbre al finalizar cada lección, depositó sobre su frente un beso tan dulce y casto como su corazón, un beso acompañado de un suspiro. En aquel momento, tras aquellos hermosos y puros muchachos, se oyó una amarga risa sarcástica. Precipitadamente, los dos se volvieron, y vieron, en el umbral de la cabaña, al conde Maximiliano, con atuendo de caza, con la fusta en una mano y la escopeta en la otra.
-Bien, muy bien -dijo, a modo de irónico saludo.
Y penetró en la estancia, tras arrojar gorra y fusta sobre la mesa, y colocar la escopeta contra la pared. Sonrojada y quieta, Rosamunda mantenía la vista baja y no se atrevía a dar un paso. En cuanto a Everard, se había colocado delante de ella y, con su mirada llena de orgullo y rebosante de decisión, desafiaba la mirada insolente y guasona del conde.
Maximiliano se quitó con lentitud los guantes, mientras silbaba una canción de cazadores, sin dejar de observar a ambos, con mirada burlona. A continuación, se sentó en un sillón, y cruzó

las piernas tranquilamente.
-¡Aquí está la clave del enigma! -dijo-; una clave encantadora, en verdad. He aquí la razón de tu virtud espartana; ¡bella y apetecible, añadiría yo!
-Monseñor -dijo Everard-, si vuestra cólera...
-¿Mi cólera? -le interrumpió el conde-. ¡Dios mío! ¿Quién habla de mi cólera? Aunque de eso se trata, en verdad, porque soy un caballero, Everard, y además del siglo XVIII. Gracias a Dios, no me he convertido aún en ermitaño, y de raza le viene al galgo. No, hijos míos, no estoy enojado con vosotros. Si os he hecho seguir, Everard, ha sido por interés, no por molestaros, creedme. Con una excusa, he dicho a vuestro padre que vaya a la ciudad, mi querida niña, vuestro padre, que no sabe nada de esto, creo, y cuya presencia habría estado de más durante vuestra conversación. Ya veis que no soy un tirano. Pero tampoco me gusta que me engañen, y no creo que vuestros devaneos...
-Perdón, señor, si os interrumpo -replicó Everard, con determinación-, pero hay un malentendido que creo que es mi obligación enmendar. Prestadme atención durante un momento, os lo ruego. Me abandonasteis en el viejo castillo de Eppstein, solo, sin tutor, sin maestros ni apoyos. He crecido por casualidad, como los árboles del bosque. ¿Erais entonces mi padre? ¿Era yo vuestro hijo? Nadie lo hubiera pensado, a la vista de vuestra indiferencia o, mejor, de vuestro odio. Un día escribisteis una carta, según la cual, yo debía renunciar a cualquier pretensión que tuviese sobre vuestro cariño, del mismo modo que vos renunciabais a todos vuestros derechos sobre la obediencia que os debía. Fiel a vuestra decisión, nunca más os preocupasteis de mí, como si hubiera muerto o fuera indigno de vos. Por lo menos, el campesino enseña a leer a sus hijos para que conozcan la palabra de Dios. Vos ni siquiera os habéis preocu-pado de si yo sabía leer. Me abandonasteis a mi aire, como un ignorante, como un vagabundo, y os fuisteis muy lejos con vuestro hijo Alberto, único objeto de vuestro cariño, para lanzaros a la conquista de puestos, títulos y honores. Pero ocurrió que Dios, cuya justicia es a veces terrible, llamó a su lado a vuestro amado hijo. Y os habéis acordado del otro hijo, del abandonado, porque, para llevar a cabo vuestros proyectos, necesitabais que vuestro hijo estuviera de vuestro lado. Y esperabais encontraros un espíritu sin cultivar, un alma salvaje, y trajisteis con vos a no sé qué profesor oficial que me pusiera en disposición de serviros en vuestros designios. Os sorprendisteis al comprobar que, gracias a mi educación por libre, poco teníais que hacer, y os alegrasteis, no por mi causa, sino porque esa circunstancia acortaba en uno o dos años el ver coronadas con éxito vuestras intrigas. ¿Sabéis quién me ha enseñado la ciencia, la vida y Dios? ¿Quién ha formado mi corazón y mi cabeza? ¿Quién ha sustituido a mi padre ausente, gracias a sus clases, o a mi madre muerta, merced a sus consejos? ¿Lo sabéis, monseñor?
-A fe mía que no -repuso el conde-. Me habéis hablado de la soledad, pero he de convenir en que es un tutor un poco disperso.
-Pues, bien, monseñor, fue Rosamunda, aquí presente, la misma Rosa-munda a quien habéis estado a punto de insultar. Esta noble y piadosa muchacha es la que ha concedido a vuestro hijo el beneficio de la educación, que ella recibió de su madre, y que, día tras día y hora tras hora, estudiaba conmigo, pacientemente, los fundamentos de todas las cosas. Es ella quien ha hecho que vuestro hijo, hoy, sea un hombre, el mismo a quien vos habéis tratado como un perro. Ella me devolvió la dignidad, la esperanza, incluso diría que el amor. Ella es quien me ha preparado para soportar los más severos infortunios, así como para alcanzar los más altos destinos. ¡Insultadla, pues, si os atrevéis!
-Sois elocuente, Everard -respondió Maximiliano-, de lo que me congratulo. Sin embargo -añadió, con sarcasmo-, lo único que queda claro del maravilloso discurso que acabáis de pronunciar con tanto ardor es lo mismo que había dicho yo en un primer instante, o sea, que esta muchacha es quien os ha educado. Bien por ella, y no sabéis cómo os lo agradezco. A cambio de sus clases, confío en que vos le hayáis enseñado otras cosas. Ya no sois un

Librodot

ignorante. Me parece bien. Pero, ¿sigue ella igual de inocente?
Rosamunda, rígida y derecha, quiso hablar, pero sus labios se movieron sin que pudiera articular ni una sola sílaba, y permaneció, inmóvil y pálida como una estatua.
-¡Por todos los cielos! ¡Continuáis con vuestros yerros! -exclamó Everard, tembloroso de indignación.
-Con mis errores, no; con mi desprecio, sí -replicó el conde.
Rosamunda, como si estuviese muda, elevó sus brazos hacia el cielo, con gesto sublime.
-Monseñor, tened cuidado -continuó Everard, ciego de ira-; habéis olvidado durante tanto tiempo que erais mi padre, que quizá, y Dios me perdone, quizá olvide yo también que soy vuestro hijo.
-Vaya, señor. ¿Llegaremos tan lejos? -añadió Maximiliano, tras borrár-sele la sonrisa insultante, y de nuevo serio y altanero-. Sería curioso de ver, en verdad. Joven, joven, tranquilizaos, por vuestro bien. Vuestra cólera infantil se disolvería en un instante al verse enfrentada con la mía. Contened vuestra furia; es lo más prudente. Y permitidme que acabe con vuestra enamorada que, aun sin ser duquesa, no hace mal por lo que veo el mismo oficio del que tanto renegabais esta noche.
-¡Dios del cielo! -exclamó Rosamunda, y cayó desvanecida en el suelo.
-¡Por todos los diablos! -gritó Everard, tras echar mano a su espada, que había dejado el día anterior apoyada contra la chimenea.
La sacó a medias de la vaina, y marchó sobre el conde. Pero, a dos pasos de él, se detuvo, y volvió a guardarla.
-Vos también me disteis la vida -le dijo-, así que estamos en paz.
Por su lado, Maximiliano se había precipitado sobre su escopeta, y la había cargado. En aquel momento, padre e hijo, con los ojos ciegos de ira, parecían más dos demonios que dos seres humanos.
-¿Que os he dado la vida, decís? Os equivocáis, miserable. No os he dado nada, y no me debéis nada. Sacad vuestra espada. Nos hemos ahogado en nuestra propia cólera contenida. Vamos, pues, que salgan espadas y cóleras. ¿Os echáis para atrás, cobarde? ¿Retrocedéis? Pues yo no retrocederé.
Fue hasta la puerta, y llamó a cuatro o cinco criados que había llevado con él.
-Recoged a esa muchacha -les dijo-; desmayada o no, levantadla, y echadla de mis tierras.
Everard se colocó delante de ella, y sacó la espada.
-Si uno de vosotros se atreve a tocarla -dijo-, es hombre muerto.
Los sirvientes, asustados, vacilaron.
-¡Cobardes! ¿No vais a recogerla? -les gritó Maximiliano, mientras alzaba la fusta.
Dieron un paso adelante, pero Everard les detuvo con la punta de su espada.
-Monseñor -añadió-, os juro que yo, Everard de Eppstein, seguiré a esta mujer donde quiera que ella vaya, sea de grado o por fuerza. ¿Me habéis oído?
-Como gustéis -replicó Maximiliano-. Haced lo que os he ordenado, gandules -repitió a los criados.
-Monseñor -añadió Everard, tras colocar la punta de la espada sobre el corazón de su prometida, aún desvanecida-: os juro que mataré a Rosamunda ante vuestros ojos, si uno de esos hombres osa ponerle las manos encima.
-¡Hacedlo! Si la punta está en buen estado... ¿Tenéis miedo? Llevaos a esa mujer, o seré yo quien lo haga.
-Monseñor -exclamó Everard-, os lo advierto: la defenderé contra cualquiera.
-¿Incluso contra vuestro padre? -preguntó el conde, tras dar un paso hacia Everard, con la escopeta en la mano.
-¡Incluso contra el verdugo de mi madre! -gritó Everard, cegado por una especie de frenesí.
Llevado por el vértigo de su cólera, Maximiliano apuntó a su hijo e hizo fuego.

-¡Madre, madre! ¡Tened piedad de él! -gritó Everard, mientras se derrumbaba.
El conde Maximiliano se quedó de pie, con la mirada fija, frío y pálido, como fulminado, porque creía ver, al lado de Rosamunda y de Everard, inconscientes ambos, a Albina y a Conrado, vivos.
Estaba claro que era a Conrado a quien veía Maximiliano, en su extraña alucinación. Conrado que, según su promesa, había regresado para ver a su familia de Eppstein. Había llegado justo a tiempo para desviar el tiro de su hermano y salvar, de aquella manera, la vida de su sobrino, que no tenía más que una ligera herida, cuando las consecuencias del disparo podrían haber sido mortales.
Vuelto en sus cabales, el conde le vio a su lado. Al principio, creyó que era objeto de un terrible sueño, y miró en derredor suyo con ojos perdidos. Estaba en la misma estancia, pero a solas, con Conrado. Todo el mundo se había retirado. En el suelo, había manchas de sangre.
-¿Dónde está Everard? -preguntó Maximiliano, con un estremecimiento.
-Está arriba; tranquilizaos. Sólo tiene una herida, y no grave, en un hombro -le aclaró Conrado.
-¿Y Rosamunda?
-Ya ha vuelto en sí, y está al cuidado de Everard.
-Pero vos, vos sois Conrado, tan cambiado y viejo como yo. ¿Cómo es que estáis aquí? ¿Y qué significa ese uniforme de oficial francés?
-Sí, yo soy quien, en otra época, fui Conrado. Pero ahora soy un general de Napoleón. Os contaré todo cuando os hayáis tranquilizado.
-¡De modo que estáis vivo! ¡No era un sueño! Pero, ¿y la otra? ¿Dónde está la otra?
-¿De quién habláis, Maximiliano?
-De la que estaba de pie, al lado de Everard, con una mano tendida para protegerle, mientras me amenazaba con la otra.
-¿A quién os referís? -repitió Conrado, preocupado.
-¡La he reconocido! -prosiguió Maximiliano, con la mirada perdida, con una expresión feroz e implacable-; ¡la he reconocido! ¡Estoy per dido! Por más que Everard le pida a su madre que se apiade de mí. No puedo esperar ninguna clase de gracia.
-No sé qué queréis decir -respondió Conrado-. Por su parte, Everard me ha pedido que os transmita que os perdonaba y que rezaría por vos.
-¿Para qué? ¿De qué sirve? -dijo el conde, con ansiedad-. Ella está ahí, os lo aseguro.
-Pero, ¿quién es ella?
-¡Ella es el castigo y la expiación! ¡Albina! Venid, hermano, salgamos de aquí. ¿No oís cómo esa sangre clama y pide venganza? ¿No veis que estoy ido, ido de ganas de matar y de miedo? Venid conmigo. El aire me sentará bien, el aire puro del campo. Aunque quizá ella corrompa hasta mi aliento... ¡Estoy perdido!
-¿No deseáis ver a Everard, y ofrecerle también vuestro perdón?
-No; no quiero ver a nadie. Ya no soy padre, ni hombre, ni pertenezco a esta tierra, sino a los infiernos... ¡Qué más da, pues, mi perdón! La clemencia de un maldito es anatema. Venid conmigo, Conrado. Salgamos de aquí, os lo suplico.
Junto a su hermano, a quien le costaba seguirle, Maximiliano abandonó aquella estancia y la casa de Jonathas. Chocaba contra las piedras y los obstáculos del camino. Cualquiera que le hubiera visto correr así, con los cabellos en desorden y los ojos perdidos, habría pensado que huía de alguien. Y así era, en efecto, pues huía del remordimiento, que siempre nos alcanza y nos sobre-pasa. Pronto llegaron los dos hermanos al castillo de Eppstein, y Maximiliano, como siguiera en su huida, buscó refugio en la cámara roja, tras hacer una señal a Conrado para que le siguiera. Espantado, hizo girar dos veces la llave de la puerta y echó los cerrojos.
-Ahora, estoy seguro -dijo, y se sentó en un sillón-. Veamos: ahora estoy despierto, me doy cuenta de quién soy y sé lo que pienso. Pero todo lo que acaba de suceder, ¿es una terrible

realidad o se trata de una visión provocada por la fiebre?
-Me temo que todo es cierto -le respondió Conrado.
-Vos que me lo aseguráis, ¿no sois un fantasma? ¡Contestadme!
-Mi vida es secreta -contestó Conrado-, pero os aseguro que estoy vivo. Pasaba por Eppstein, porque así se lo había prometido a Everard y a Jonathas. El azar o, mejor dicho, la Providencia ha hecho que llegase a tiempo para desviar el cañón de vuestro fusil y evitaros un crimen. ¡Y qué delito! ¡El asesinato de un hijo!
-¿Es posible? ¿Fue así? -balbució Maximiliano, presa del delirio.
-Sí, y para salvaros de la locura, hermano mío, para restablecer la verdad, os contaré mi propia y trágica historia. Por otra parte, hemos vuelto a encontrarnos en un momento tan extraño y tan terrible que, pulverizadas todas las normas, ni siquiera juzgo necesario el haceros prometer, por vuestro honor, que guardéis silencio respecto a lo que he de deciros. Aunque no sea absolutamente necesario, el misterio se ha convertido en una costumbre para mí, en una necesidad. He vivido tan apartado de todo convencionalismo, que los motivos que han inspirado mis actos serían mal comprendidos y falsamente interpretados. Resultaría fácil para la opinión pública calumniar y condenar, bajo capa de legalidad, toda mi conducta, por lo que prefiero no tener recurso a otro juez más que a Dios, al Dios que ve mi conciencia y que sabe de la rectitud de mis intenciones. Además, me gusta esta especie de sombra tras la que me oculto, porque, a fuerza de disimular la primera parte de mi vida de cara a los demás, hasta yo mismo he llegado a olvidarla.
Conrado emprendió a continuación el relato de su tormentosa y tenebrosa existencia. Comenzó muy serio, y acabó a lágrima viva. Maximiliano le prestó gran atención. Poco a poco, su rostro recobraba la calma y la serenidad. Extrajo de un bolso un frasco de aguardiente, y bebió dos o tres sorbos.
-Gracias, Conrado -le dijo, cuando éste hubo terminado su relato-; gracias por haberme devuelto a la realidad. Sea porque vuestra historia resulta com-plicada, sea porque el hombre a quien servís posea dotes milagrosas, el hecho es que, al escucharos, he vuelto a encontrarme con seres a los que conozco, que viven y respiran. Hace un momento, me había vuelto loco, Conrado; tenía visiones propias de un demente, los típicos terrores de cualquier niño. Creo que la cólera me había cegado. Os he hablado de Albina, de apariciones, de venganza, ¿no es así?
-Así es -respondió Conrado, sorprendido ante la recuperación de Maximiliano.
-¡Dios mío! -continuó, con una amarga sonrisa-; ¿es posible que las almas fuertes pasen, a veces, por momentos de debilidad y de terror? ¡Pensar que yo, Maximiliano de Eppstein, consejero del heredero de los césares, haya podido caer bajo el influjo de historias de viejas! Os habrá divertido, hermano.
-Me habéis dado pena, y he sentido compasión -respondió Conrado-; vuestra furia y vuestro temor me han asustado y aturdido, tanto como vuestras desabrida ironía y egoísta sangre fría me afligen y me indignan en estos momentos.
-¡Vamos, vamos! -prosiguió Maximiliano, tras menear la cabeza, como para liberarla de lúgubres pensamientos y dudas-, ¡vamos, vamos! Hay que ser un hombre, y no dejarse llevar por visiones. Me equivoqué al dejarme llevar por mi terrible cólera, estoy de acuerdo, y doy gracias a Dios y a vos, Conrado, por haberme salvado de cometer un asesinato. Pero, de verdad, que no estaba en mis cabales, porque ese insolente joven me había sacado de mis casillas. En fin, ¿me habéis dicho que es sólo una leve herida? Eso le servirá de lección, y hará que me obedezca en el futuro. Al menos, así lo espero. En cuanto a las amenazas de la muerta y los sueños en los que se me ha aparecido, no soy ni lo bastante joven ni lo bastante ingenuo como para perseverar en tales quimeras. Y vos, Conrado, un hombre superior, un soldado de Napoleón, creéis, al igual que yo, en la vanidad y falsedad de tales sueños, ¿no es así?

Librodot

-¿Quién sabe? -respondió Conrado, pensativo.
-¡Cómo! -replicó Maximiliano-, ¿creéis en espectros y fantasmas?
-Jesús -dijo Conrado- nos obligó a los vivos a rezar por los muertos.
¿Por qué el Evangelio no habría de ordenar a los ya fallecidos que cuiden de nosotros los vivos?
-Callaos, callaos -le interrumpió el conde, de nuevo pálido y agitado-; eso no puede ser. Estoy seguro, y así quiero creerlo, que no hay lazos entre la vida y la muerte. Hermano mío, hermano mío, no me devolváis al delirio, a mis terrores.
En un segundo, y tan sólo por culpa de esas palabras, aquel hombre que, un instante antes, se jactaba de poseer una razón poderosa, se había vuelto más tímido y miedoso que un niño o que una mujer. Pero hizo un esfuerzo, y alzó la cabeza.
-Y aunque así fuera -añadió-, que Dios hubiese concedido a sus elegidos la condición de ser ángeles de la guarda en este mundo, ¿habría hecho partícipes en tan maravilloso don también a los condenados? Creo, sé, Conrado, estoy seguro de que, a despecho de todo, Albina no fue digna del cielo, porque una mujer adúltera no sabría proteger a nadie, y menos aún al hijo de su pecado.
-¡Albina! -exclamó Conrado-. ¿Cómo os atrevéis a hablar así de la piadosa, casta y noble Albina?
-¿La conocisteis? -preguntó Maximiliano.
-Me han dicho... -contestó Conrado, en un aprieto.
-¡Os han dicho! ¡Parecía muy santa por fuera, y engañaba con habilidad a la gente, esa hipócrita! Pero a vos, hermano mío, quiero y debo confesaros su vergüenza. Sí -prosiguió Maximiliano, encendido, confundido-, sí, en definitiva, es necesario que la condene para que yo encuentre una justificación. Convendréis conmigo en que tuve y tengo razón, ya lo veréis, que he de plantar cara a sus amenazas, porque fue una infame. Todos mis terrores han tenido su origen en la perturbación de mi espíritu, pero erróneos han sido mis remordimientos. Sí; fui justo, no culpable. Si mis palabras, como un cuchillo, acabaron con su vida, eso estuvo bien. Ese Everard no es hijo mío, sino de un tal capitán Jacques, ¡que Dios confunda!
-¡Del capitán Jacques! -exclamó Conrado, tras dar un paso atrás.
-Así es; de un francés, que se enamoró de ella con un afecto un poco novelesco. Un aventurero misterioso del que ni siquiera quiso decirme su nombre, ni de dónde provenía. Un extranjero, a quien, en público, trataba de hermano y amigo.
-¡Porque era su hermano y su amigo, desgraciado! -gritó Conrado, con voz tronante-. Ese aventurero, ese francés, el capitán Jacques era yo, Conrado de Eppstein, hermano suyo y vuestro.
Como movido por un resorte, Maximiliano se puso en pie, y así permane-ció, rígido, pálido.
-Fui yo -prosiguió Conrado- quien le pedí, insensato, una discre ción que su alma generosa me prometió hasta la muerte. Así que yo también, con vos y como vos, aunque de forma involuntaria en mi caso, he sido su asesino. Yo que os ocultaba, hace tan sólo un instante, mi primer y funesto regreso de veinte años atrás, para no avivar vuestros terrores. Ahora debo deciros que matasteis a una inocente, por lo que, hermano mío, habréis de responder ante Dios.
Conrado se vio obligado a detenerse, porque el hundimiento de Maximi-liano, un hombre tan enérgico y orgulloso, era tan terrible que movía a compasión. Estaba pálido como un muerto, como si la mano del Señor, enojado, pesase sobre sus hombros. Apenas se atrevía a levantar los ojos, que revelaban un terror inefable. Y creía ver, con toda claridad y a su lado, al ángel vengador, espada en mano.
Un largo silencio siguió a estas últimas palabras. Conrado ya no encontraba fuerzas para maldecir, y Maximiliano tan sólo murmuraba que estaba perdido.
Y repetía continuamente las mismas palabras, en un tono lúgubre y siniestro.

Eran las cuatro de la tarde; se hacía de noche. Arrastradas por el viento, enormes nubes negras cruzaban el cielo, mientras los pinos crujían y bandadas de cuervos graznaban y volaban en torno a las torres de Eppstein. De repente, Maxi-miliano salió de su estupor.

-¡Gente! ¡Que venga gente! ¿Por qué estamos aquí solos? -gritó-. Conrado, ordenad que todas las personas que se encuentren en el castillo se reúnan en el salón principal. Que enciendan todas las antorchas y todas las velas, que haya música y ruido, que impidan que la vea o la oiga.

-Si mostráis arrepentimiento, estáis salvado -repuso Conrado, con dul-zura, sobrecogido y movido a misericordia ante tal frenesí.

-¿Arrepentirme? ¡Tengo miedo! -repuso Maximiliano-. ¿Me entendéis, Conrado, no es así? ¡Luz, jaleo! ¿Creéis que puedo quedarme solo aquí, en esta habitación, en la cámara roja, bajo la estancia en la que se encontraba la cuna y al lado de la escalera que conduce a la cripta? ¿No notáis nada siniestro en esas cortinas, que ondean; en la llama de esa lámpara, que vacila; en el chisporroteo de la chimenea, en el aire, en este silencio? ¿No veis que llevo colgada de mi cuello la cadena de oro, última y fatal advertencia de mi gélida acreedora? ¿Olvidáis que hoy es Nochebuena? Rápido; cantad, encended antorchas, que haya gente... O mejor, que preparen mi equipaje y que el personal que vaya a acompañarme esté listo y a caballo. Quiero irme ahora mismo a Viena.

-Hermano -le dijo Conrado-, ¿de qué os servirá huir? ¿Para qué rodearos de sirvientes? Lo mejor es que mostréis arrepentimiento, puesto que vuestro temor os serviría de ayuda para salvaros.

-¿Quién ha dicho que tenga miedo? -exclamó Maximiliano, tras incorporarse-. Quien sostenga tal cosa, miente.

Se dejó caer de nuevo en el sillón, con los puños crispados y los dientes apre-tados. En su corazón, se libraba un extraño combate entre la vergüenza y el miedo. Pero ganó el orgullo de Satán.

-¡Los Eppstein no tienen miedo! -gritó, mientras reía a carcajadas, aunque sus risas se asemejaban a silbidos.

Conrado movía la cabeza con compasión, y era esa piedad, precisamente, lo que más encolerizaba a Maximiliano.

-¡Los Eppstein no tienen miedo! -gritó aún más fuerte-. Cuando estaba viva, esa mujer temblaba en mi presencia. Ahora que está muerta, ¿será capaz de hacerme temblar a mí? ¡Claro que no! La desafío, a ella y a su venganza, ¡y también a su hijo rebelde!

-¿Os atrevéis a blasfemar? -exclamó Conrado, horrorizado.

-Eso no. Es de sentido común. Creo en Dios, porque es indispensable para permanecer en la corte austriaca. Pero, ¡por todos los diablos!, no creo en fantasmas. La leyenda del castillo siempre me dejó indiferente. Dejadme, quiero estar solo. Han sido vuestras imaginaciones las que me han confundido. Por una noche que estaba nervioso, y tuve una pesadilla, no hay razón para preocuparse.

-Maximiliano -dijo Conrado-, preferiría percibir en vos ese terror contra el que os protegéis que vuestra sacrílega alegría.

-Pero, ¿de qué terrores me habláis? ¿Estáis tan chiflado como antes? Vos mismo, vuestra repentina presencia, vuestras pamplinas y la compasión que habéis mostrado por mi víctima, eso es lo que me ha afectado al cerebro. Pero no temo a nada, ¿me oís?, ni a espectros ni a diablos. Y voy a daros una prueba. Me dejaréis solo e iréis, os los ruego, en busca de Everard, para decirle que abandone a esa muchacha y que se prepare para acompañarme a Viena, junto a la duquesa.

-Hermano, ¿estáis seguro? No voy a dejaros aquí -añadió Conrado.

-¡Pues, claro que sí, por todos los diablos! Tenéis que dejarme solo, porque, además, me sacáis de quicio. No soy un niño que tiemble y retroceda. Quiero estar solo para enviar

instrucciones a Viena, incluida mi conformidad en nom-bre de Everard.
-¡Tened cuidado, Maximiliano! -le advirtió, una vez más, Conrado.
-¡Cuidaos vos! -replicó el conde, mientras daba patadas en el suelo- Bien sabéis que no soy demasiado paciente. ¡Quiero estar a solas! -repitió, con enloquecida obstinación-. ¡Quiero quedarme solo!
-Que actúe, pues, la justicia de Dios -dijo Conrado, para sí.
-¿Os iréis, de una vez? -gritó Maximiliano.
-¡Sí, pobre desgraciado! Quizá tuvierais una oportunidad de esca paros esta noche, porque la que puede ir deprisa, aunque parezca que se mueve con lentitud, pero sólo porque dispone de la paciencia de toda una eternidad, os atraparía mañana.
-¡Por todos los diablos! -respondió Maximiliano, que se dirigió hacia su hermano, con los ojos inyectados en sangre y los puños cerrados.
Pero Conrado le obligó a detenerse, gracias a esa mirada tranquila de que hace gala el hombre honrado cuando ha de enfrentarse con perdidos.
-Adiós -le dijo, al tiempo que movía la cabeza, con amarga compasión, mientras se iba hacia la puerta. La abrió y salió.
-¡Buenas noches! -gritó Maximiliano, mientras corría el cerrojo con violencia-. Ya ves que sigo bien el juego del espectro, ya que me atrevo a quedarme encerrado con él. Si veis que mañana, a eso de las ocho, aún no me he levantado, pedid que derriben la puerta. ¡Buenas noches! ¡Y que el diablo, que tanto miedo os da, vaya con vos, cobarde!
Maximiliano no pudo decir nada más. Y se puso de rodillas, agotado, consternado y lívido. Desde el pasillo, Conrado no oyó nada más. Quiso decir adiós por última vez a su hermano, pero las palabras se le helaron en la garganta. Pensó en quedarse en vela, al lado de la puerta, pero una fuerza superior le apartaba de allí, como si le arrastrase la voluntad de Dios. Bajó las escaleras con paso inseguro, y se fue en busca de Everard, a casa de Jonathas.

Capítulo XIII

Conrado, Everard, Rosamunda y Jonathas, todos juntos, pasaron una triste noche de insomnio, cuajada de terrores y lágrimas, en la cabaña del guardabosques. Tras haberle practicado una primera cura de sus heridas, Everard había querido levantarse, pero estaba medio recostado en una hamaca. A su lado, y sentado, Conrado le sujetaba la mano. Rosamunda andaba de aquí para allá, y preparaba algo de beber para el herido. A veces, movida por la piedad, se hincaba de rodillas y rezaba con fervor. En cuanto a Jonathas, a quien todos estos acontecimientos no deberían de haberle cogido del todo desprevenido, estaba hundido, y no hizo más que llorar y sollozar durante tan lúgubre vigilia.
Entre aquellas cuatro personas unidas por un único y angustiado pensa-miento, se produjeron, durante aquella noche, silencios que parecieron tan largos como horas. Sólo se oían los sollozos de Jonathas, el tintineo regular del reloj de pared, y el viento que soplaba fuera, tan fuerte que parecía que iba a derribar la frágil techumbre de la choza. En medio de aquella triste espera, también se escuchaban, de vez en cuando, exclamaciones, oraciones e invocaciones a Dios, todo lo cual hacía que el tiempo transcurriese de manera más que angustiosa.
-Recemos por él -decía Conrado.
-¡Jesús, tened piedad de él! -contestaba Rosamunda.
-¡Madre, perdonadle! -murmuraba Everard.

Dieron las doce. Y fue una pregunta de Conrado la que sobresaltó a todos.
-¿Estará vivo todavía? -preguntó.
-Creo que no -respondió Everard, tras una pausa-. Mi madre siem pre lo dijo, que tendría que morir, si no por mi mano, sí por mi causa. No he sido el verdugo; tan sólo el hacha. Y aunque esa pobre sombra se compadecía de él, el destino ha sido más fuerte que ella. Han concurrido todas las circunstancias para que se produjera este acontecimiento predicho, todas; no sólo la impureza y la maldad que, junto con la ambición del conde y los vicios de mi hermano, son los que acabaron con él, sino también la bondad y la religión, es decir, la confianza de Jonathas y nuestro sagrado amor. La suerte así lo ha querido. Las pasiones, que dominaban a mi padre, clamaban por una víctima. Y él mismo ha buscado su perdición.
Una hora más tarde, Everard preguntó:
-¿Qué pasará allí? ¿Qué espantosa calamidad nos espera? ¡Dios mío! ¡Éra-mos tan felices ayer mismo, por la mañana, teníamos tan bonitos sueños...! Pero, ahora, ¿qué esperanzas nos quedan? ¿Cómo será nuestra vida en adelante?
-Recemos -dijeron al unísono, Conrado y Rosamunda.
El alba, una triste aurora de diciembre, más oscura que cualquier noche de mayo, tardó mucho en hacer acto de presencia aquella mañana. En cuanto un leve resplandor iluminó los cristales de la estancia, Conrado se puso en pie.
-Voy para allá -dijo.
-Iremos todos -añadió Everard.
Nadie se opuso. Everard se apoyó en su tío; tras ellos dos, iban Rosamunda y Jonathas. Los cuatro se encaminaron hacia el castillo. En el momento en que llegaban a la puerta principal, el reloj daba las ocho. Los criados comenzaban a despertar.
-¿Alguno de ustedes ha visto al conde de Eppstein desde ayer por la noche? -les preguntó Conrado.
No -le respondieron-; el conde se encerró en su cámara, y dio órdenes tajantes para que nadie le molestase.
-¿Ha llamado esta mañana? -insistió Conrado-. Soy el conde Conrado, hermano de vuestro amo, y éste es su hijo Everard, a quien ya conocen. Sígannos.
Seguidos por dos o tres sirvientes, Conrado y Everard subieron a la estancia que ocupaba Maximiliano. Rosamunda y Jonathas se quedaron en la planta baja. Llegados ante la puerta, Conrado y Everard se miraron, y ambos se quedaron aterrados al ver lo pálidos que estaban. Conrado llamó, pero no hubo respuesta. Al principio, utilizó los nudillos con suavidad, más tarde gritó y, luego, golpeó la puerta con desesperación. Everard y los criados del conde le imitaron. Pero todo seguía en silencio.
-Que traigan unas tenazas -pidió Conrado.
Derribaron la puerta, pero la estancia estaba vacía.
-Sólo entraremos Everard y yo -advirtió Conrado.
Así lo hicieron. Cerraron la puerta, y miraron en derredor suyo. Nadie había utilizado la cama; todo estaba en orden. Pero la puerta secreta estaba abierta.
-¡Mirad! -dijo Everard, al tiempo que señalaba con el dedo.
Conrado cogió una vela, que aún estaba encendida, de encima de la chimenea. Tío y sobrino se dirigieron a aquel estrecho corredor y, lentamente, bajaron por aquella fúnebre escalera. La puerta de la cripta estaba abierta. Everard arrebató la vela de las manos de su tío, y condujo a Conrado directamente hasta la sepultura de su madre. La losa de mármol estaba movida; de ella sobresalía la mano de un esqueleto, que había estrangulado al conde Maximiliano con dos vueltas de la cadena de oro.
Al día siguiente, tras haber llevado a cabo las honras fúnebres del conde de Eppstein, Conrado, Rosamunda y Everard se encontraron a solas.
-¡Adiós! -les dijo Conrado-. Me voy para dar mi vida por el Emperador.

Librodot

-¡Adiós! -dijo, a su vez, Rosamunda-; prometí ser del Señor o vuestra, Everard. Como esto último no puede ser, regreso al Tilo Sagrado.
-¡Adiós! -contestó Everard-. Me quedaré aquí solo.
Alcanzado en el corazón por una bala, Conrado murió en Waterloo.
Un año más tarde, Rosamunda pronunció sus votos en Viena.
Everard se quedó solo en Eppstein, e hizo su vida en la cámara roja, aquella estancia en la que se sucedieron los terribles acontecimientos que acabamos de relatar.
¿Habrán alcanzado la salvación de aquel asesino la muerte de aquel soldado, las oraciones de aquella religiosa y las lágrimas de aquel ser condenado a la soledad?

Fin